

JULIA LONDON

El Seductor seducido



El seductor...

El apuesto Julian Dane, conde de Kettering, ha causado sensación tanto en los mejores salones de baile y tocadores privados como en los campos de duelo de la capital. Pero la muerte de su amigo Phillip y su terrible sentimiento de culpa le han llevado lejos de la sociedad londinense. En los bulliciosos salones parisienses y las divertidas fiestas de los castillos franceses, Julian cree haber olvidado su interés por la íntima amiga de sus hermanas menores, Claudia Whitney. Pero si ha olvidado a la ingeniosa y atractiva joven, ¿por qué cree desfallecer cuando la descubre acercándose hacia él mientras aguarda el barco que ha de devolverle a Inglaterra? ¿Hasta allí ha de verse perseguido por su ya innegable enamoramiento?

Seducido

Siempre le había amado, primero como al hermano mayor que nunca tuvo; más tarde con el apasionamiento de una adolescente que sabía que él era simplemente un amor imposible. Sin embargo, cuando la había abandonado en un salón de baile y más tarde se había atrevido a aconsejarle sobre su relación con Phillip, había jurado no volver a amarle jamás. Por eso era tan terrible haberle encontrado en su camino de regreso a Inglaterra, sonriéndole, tan apuesto y arrogante como siempre, un seductor imposible. Pero esa manera de mirarla... ¿Sería posible que el seductor pudiera llegar a ser seducido?



Julia London

El seductor seducido

Los Libertinos de Regent Street - 02

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The Ruthless Charmer*

Julia London, 2003

Traducción: Rosa Arruti

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Para Matt.

Y Jimmy, Duane, Raymond y David...

*Para todos los que contribuyeron a dar forma a mi vida
pero no vivieron lo suficiente para dar forma a la suya.*

Amar, horas perdidas, si no son correspondidas.

«Y en otro tiempo fuimos los mortales más felices».

George Granville, Baron de Lansdowne

OceanofPDF.com

Prólogo

*«Que conozcas en esta muerte la luz de nuestro Señor,
la virtud del amor y la virtud de la vida,...
y que conozcas la virtud de la compasión. Amén...».*

Dunwoody, sur de Inglaterra ,1834

Las palabras del párroco apenas hicieron mella en su conciencia. De pie junto a la tumba abierta de Phillip Rothembow, Julian Dane se sentía atrapado en algún tipo de sueño macabro pues lo que había sucedido en aquel amarillento campo de trigo era simplemente inconcebible. Un solo disparo; Adrian disparando al aire, resignado a la embriaguez de Phillip y a lo absurdo de aquel duelo. El desafío debería haber concluido ahí, pero entonces Phillip disparó a dar: intentó matar a Adrian. Julian se quedó atónito, sin entender nada.

El disparo de Phillip fue ridículo de tan desviado; apenas podía sostener el arma recta. No obstante, en el momento de confusión que vino a continuación, pareció recuperar el equilibrio, se dio una vuelta y se abalanzó a por la pistola alemana de dos cañones de lord Fitzhugh, que el muy insensato llevaba medio salida del bolsillo. Phillip se volvió a continuación hacia Adrian, y entonces su rostro era el de un loco, casi maníaco. Julian intentó detenerle, pero era como si tuviera unos pesos atados a piernas y brazos. Todo sucedió tan rápido.

En un abrir y cerrar de ojos, lord Phillip Rothembow estaba muerto, de un disparo en el corazón realizado por su propio primo, Adrian Spence,

conde de Albright, quien disparó en defensa propia.

Julian recordaba haber visto su propia conmoción e incredulidad reflejada en el rostro de lord Arthur Christian. Recordaba haber caído sobre el cuerpo de Phillip, pegar su oreja al chaleco empapado en sangre y escuchar las palabras saliendo de su propia boca: «Está muerto».

Ese fue el momento en que el sueño se apoderó de él, a cada hora más pesado, manteniéndole hundido, sin dejarle despertar del todo. Pero ni siquiera el sueño podía impedir que se percatara con horror de que en realidad la intención de Phillip era que Adrian le matara. Phillip había buscado poner fin a su vida tras meses hundido en deudas y alcohol, y en las mujeres de *madame* Farantino. Meses que Julian había pasado con él, preocupado por sus excesos como era de esperar... pero ni en sus fantasías más disparatadas hubiera sospechado que quisiera poner fin a su vida con tal desespero.

¿Como podía haberlo imaginado? ¡Phillip, lord Rothembow, era uno de los mismísimos Libertinos de Regent Street! Un ídolo para cualquiera que formara parte de la aristocracia, igual que él mismo, Spence y Arthur Christian. Eran los Libertinos, por el amor de Dios los que vivían según su propio código, arriesgando su riqueza para conseguir más riqueza, sin temer jamás a la ley o a la sociedad, se contaba que de día rompían los corazones más jóvenes entre la clientela de las tiendas selectas de Regent Street, de noche ganaban dotes a sus papás en los clubes de caballeros de Regent Street y reservaban lo mejor de sí mismos para los notorios saloncitos de Regent vivían al límite, pero esta vez Phillip había ido demasiado lejos había caído como un ángel a sus propios pies.

Y el, Julian Dane, había probado el sabor de su propia mortalidad.

Comprendía que, en parte, era responsable de esta tragedia. Mientras miraba sin expresión la caja de pino en el agujero abierto ante él, se preguntó si este sueño encontraría un final. ¿Qué había dicho el párroco? Que conozcas en esta muerte la luz de nuestro señor y la virtud del amor...

Aquella noción era tan absurda que casi se echa a reír en voz alta. Sabía lo que era querer a un padre tanto como para llegar a jurar cualquier cosa ante su agonía mortal. Sabía lo que era querer a una hermana como si fuera su propia hija, sentirse como si le arrancaran el corazón al verla morir en

sus brazos. Y, que Dios se apiadara de él, sabía lo querer a un hombre como a un hermano y ver con impotencia como iniciaba una espiral descendente hasta caer atrapado en la locura y el suicidio.

Conocía la virtud del amor lo suficiente, pero eso no le consolaba mucho. Julian apartó la mirada de la tumba y observó a Arthur de pie con el gesto rígido mientras los sepultureros echaban tierra al agujero, Arthur el conciliador, dotado de aquella admirable habilidad para seguir el ritmo a cualquiera de ellos. Arthur, quien la noche pasada se había venido abajo mientras ahogaban sus penas en una botella de brandy y les había confesado que había notado aquella caída en picado, pero sin llegar a entender la profundidad de los problemas de Phillip hasta que ya fue demasiado tarde.

Tampoco Adrian.

Julian desplazó la mirada al líder no oficial, Adrian Spence, con el horror y la incredulidad de lo que había sucedido grabado en las líneas que rodeaban sus ojos. Adrian no se había percatado del descenso de Phillip, había dicho, porque estaba ciego a todo excepto a la guerra que mantenía con su padre.

Y mientras sus amigos lloraban, él, Julian Dane, conde de Kettering, se sentó a cavilar, totalmente paralizado por la culpabilidad y la desesperación.

En esos momentos caía una fina lluvia, pero la mirada de Julian continuaba petrificada sobre el montículo de tierra que rápidamente se estaba convirtiendo en barro. Era difícil creer que el hombre que había sido su compañero constante desde que los cuatro se conocieron en Eton, tantos años atrás, estuviera tendido en la tumba. ¡Dios! En realidad era difícil entender cómo había sucedido. ¿Cómo había permitido que sucediera? ¿Había confiado demasiado en el orgullo de Phillip? ¿Había sido demasiado consciente de su fuerza? ¿No había sido él lo suficientemente convincente con Phillip, no había dejado claras sus preocupaciones?

¿Tal vez se había encaprichado demasiado de Claudia?

Ahora importaba poco. Lo único que le quedaba era aquella sensación de que no había hecho lo suficiente para detener el declive de Phillip, y la muerte era su recompensa. Por supuesto, la desgracia era que no se tratara de su propia muerte.

Capítulo 1

Paris Francia , 1836

—¡**A**já! —un par de pechos le cubrían. Aquello explicaba al menos la fuerte fragancia de mujer. Julian se cambió de posición bajo los dos exuberantes senos y buscó aire mientras la más deliciosa de las criaturas femeninas murmuraba frases ininteligibles a su oído. Por desgracia, ni siquiera el contacto con la pequeña diosa francesa podía hacerle subir más allá de la media asta. Ni una grúa podría llevarle más allá de esa media asta; aquel maldito apéndice sólo le daba problemas en los últimos tiempos.

Julian suspiró al percatarse de que aún sostenía una botella de whisky y se las apañó para dar un buen trago antes de enterrar su rostro otra vez entre los dos pechos. Una gota de transpiración cayó por su sien y no pudo evitar sonreír; tal vez no se esforzaba lo suficiente. Como si siguiera alguna indicación, la dulce Lisette empezó a suspirar con ansia, encendiendo todos sus sentidos masculinos: excepto ése, qué carajo. Intentó cambiar de posición para probar otra vez. Rozó con las puntas de los dedos un terso pezón y con la palma de la mano abarcó la firme turgencia del pecho...

Las frías manos que le cogieron por los hombros le sorprendieron tanto que ni siquiera pudo gritar. De repente, sintió que lo levantaban y oyó el chillido ahogado de Lisette mientras la botella de whisky salía volando desde su mano y era propulsada sobre la cama. Alcanzó a ver un momento las elaboradas molduras con frisos del techo antes de darse contra el duro suelo de madera con un resonante golpe seco.

Eso sí que había dolido. Con un doloroso respingo, Julian alzó la vista a su asaltante.

—¿Por qué diablos has hecho eso? —La respuesta llegó en forma de su propia camisa arrojada contra su cabeza. Se la sacó de la cara y miró con ira la silueta traidora que se elevaba por encima de él: Louis Renault, conocido también en este país olvidado de la mano de Dios como *monsieur le Comte de Claire*, el sinvergüenza más grande que Julian había conocido, un franchute insufrible de modales detestables. Y para más desgracia, marido de su hermana Eugenie.

Julian consiguió ponerse en pie con cierta inestabilidad. Rezumando reprobación por cada poro, Louis le miró de arriba bajo mientras cruzaba los brazos ante su pecho.

—¿Has venido a París a buscarme problemas? ¿Es ésta la manera de pagarme por mis favores para con tu hermana? —preguntó con aquel tono suave y sedoso con que hablaba inglés, y se detuvo para recoger los pantalones de Julian—. Vamos. La juerga *c'est fini*. Tienes que largarte de aquí.

¿Largarme? Julian echó una mirada a Lisette, quien sonreía seductora mientras se enroscaba un mechón en del dedo. ¿De aquí? Entonces desplazó el enfoque a la cama revuelta. ¡*Jo, jo!* ¿*Dónde estaba su whisky?*

—¡Kettering, escúchame! —Con un esfuerzo supremo, Julian se obligó a mirar al franchute, toda una proeza considerando que al menos había dos—. Corres peligro... ¿entiendes?

Entendió a la perfección.

—Ridículo —balbuceó e hizo un ademán teatral a la pequeña diosa francesa—. ¿Qué peligro tiene Lisette?

Con un resoplido, Louis le tiró los pantalones, que Julian sujetó con torpeza contra su pecho.

—Si no te largas de París ahora mismo, *monsieur* Lebeau te pegará un tiro. O algo peor. Vístete, ¿quieres?

Vestirse. Tras una ojeada a su cuerpo desnudo, Julian admitió que al menos debería taparse sus partes púdicas. De acuerdo, se vestiría, pero no iba a irse con Louis a ningún lado. Iba a echarse otra vez en esa cama y reanudar su actividad justo donde la había dejado. Puesto que necesitaba

ambas manos para meterse los pantalones, dejó caer la camisa y levantó una pierna. No lo consiguió.

Por lo visto, esto iba a requerir ciertas habilidades de navegación.

—¡*Mon Dieu!* ¡Me veo obligado a sacarte de aquí! —exclamó Louis cogiendo a Julian por el brazo, con bastante presión, enderezándole para que pudiera ponerse los pantalones—. Te advertí muy bien de los problemas que estabas causando, ¿o no? LeBeau es un hombre odioso. Te lo dije, te lo repetí más de una vez, pero ¿estabas dispuesto a escucharme? ¡No! Y ahora te pregunto: *madame* LeBeau, ¿es en realidad tan atractiva como para justificar todos los problemas que estás creando?

Julian se detuvo a considerar aquello, con una pierna dentro y otra fuera del pantalón. Apenas podía recordar haber visto a Gisele LeBeau. ¿Había llegado ella a devolverle el beso? Era probable. El descaro de la mujer no tenía límites.

—¿Qué? ¿Te crees que él va a pasar esto por alto? —continuó Louis indignado—. Algunos de los nombres más importantes de París asisten a esos bailes del boulevard St Michel. ¿Cómo has podido humillarle así? ¡Coqueteando con su propia esposa!

De hecho, Gisele le había arrinconado cuando él no miraba, y no lo contrario. ¿Y qué podía hacer si una linda mujer apretaba sus pechos contra él? Él era humano.

¡Ja! —agregó entonces, empujando su segunda pierna dentro del pantalón con tal fuerza que se precipitó con brusquedad contra el pecho de Louis—. LeBeau es un... —tuvo que pensar en esto— un enano... con orejas —añadió con firmeza mientras intentaba abrocharse con torpeza los botones.

Tras estirarle del brazo con fuerza, Louis estuvo de pronto tan cerca que Julian tuvo problemas para enfocar aquellas narices que resoplaban.

—Harías bien en seguir mis consejos, *mon ami*. En Francia, una aventura discreta es algo que cualquier hombre puede esperar y tolerar, pero coquetear públicamente con su esposa en el salón más concurrido de todo París es otra cosa diferente por completo. ¡Cuando lo que está en juego es el honor de un hombre, esas aventuras resultan mortales! Confía en mí, ¡LeBeau se encargará de matarte si continúas aquí!

La imagen que invocó de pronto aquello en su mente provocó una sonora carcajada de Julian. Por algún motivo desconocido, también hizo reír a Lisette.

Un fuego graneado de palabras iracundas en francés estalló entonces en los labios de Louis. Aunque Julian pensaba que hablaba bastante bien francés, cuando Louis estaba de mal humor hablaba en aquel francés tan rápido, para-que-ningún-inglés-lo-entendiera. Diablos, hasta Lisette parecía tener problemas para seguirle. Con un movimiento impaciente de muñeca, Julian dijo:

—Te inquietas como un vieja, Renault. Corta el rollo.

Lo más asombroso, recordó Julian más tarde, era que en ningún momento había visto a Louis moverse. Ni siquiera sintió el impacto del puño de Louis contra su mentón. Sólo tenía la extraña sensación de haber volado antes de que todo se oscureciera de forma repentina.

Descalza, Claudia caminaba hacia él por el amplio césped de Château la Claire con la falda, libre de rígidas enaguas, arrastrándose sobre la hierba tras ella. Tenía el pelo suelto al viento, ondeante sobre los cremosos hombros blancos y sobre la espalda. El anhelo que sentía por ella era tan enorme que amenazaba con asfixiarle... y, de hecho, tenía problemas para respirar...

... Porque, de hecho, tenía una maldita soga tan apretada alrededor de su cuello que obviamente llevaba un buen rato estrangulándose. Mientras Julian acababa de desperezarse de los últimos restos de sueño antes de morir asfixiado, poco a poco comprendió que no sólo su cabeza amenazaba con estallar sino que todo se movía: arriba y abajo, arriba y abajo. O tal vez a los lados. No podía estar del todo seguro.

Milagrosamente, consiguió despegar un ojo y se esforzó por incorporarse hasta quedar sentado, sosteniéndose contra... Dios, ¿quién sabía? Le dolía *todo*. Le vino a la cabeza un vago recuerdo de Lisette y Louis, pero la única explicación que su doliente cerebro podía concebir era que le habían golpeado casi hasta dejarle sin vida: aporreado, pateado y pisoteado.

Exploró con cautela su nariz, su rostro e incluso sus ojos esperando encontrarse hecho papilla. Era extraño, nada parecía estar muy dañado. Pero

se estaba asfixiando y, por consiguiente, el primer procedimiento a seguir sería sacarse el maldito lazo del cuello. La cosa estaba tan apretada que era asombroso que pudiera respirar lo más mínimo.

Intentó buscar la cuerda con sus manos, palpándolo todo, desde sus orejas hasta sus hombros, pero no había tal soga. No había nada inusual, sólo un cuello y un pañuelo... atado muy apretadamente. ¡Santo cielo, se estaba muriendo de asfixia con su propio pañuelo! Y no sólo eso, mientras trataba de agarrar aquella insoportable pieza de lino, advirtió también que su chaleco estaba abrochado de un modo extraño... levantado por los sitios equivocados y abotonado de manera peculiar.

Una vez que fue capaz de volver a respirar, Julian entrecerró los ojos y escudriñó la oscuridad que le rodeaba hasta que reconoció el interior de un carruaje. De pronto desvió la mirada a una ventana con el rostro crispado de dolor. En el exterior estaba negro como boca de lobo, no había luz de lámparas de gas ni ventanas de habitaciones con las cortinas corridas. ¡*Maldición!* El carruaje atravesaba volando la noche, muy lejos de París, sin duda de camino al Château la Claire, donde estaría *ella* esperando para atormentarle...

Un abrupto y sonoro resoplido atrajo la atención de Julian. Volvió la cabeza con lentitud y, con ojos empañados, escudriñó en medio de la oscuridad una figura dormida enfrente de él. ¡Louis, ah, esta vez iba a matar a aquel sinvergüenza! Aferrándose a los cojines que tenía a ambos lados de las piernas, levantó una pierna enfundada en una bota y la arrojó contra el traidor dormido, yendo a dar con una parte blanda de su cuerpo. Louis se incorporó al instante con un respingo, farfullando a causa de la sorpresa.

—*¿Qu'est-ce qui s'est passé?*

—Yo te voy a decir qué ha pasado, degenerado franchute. ¡Me has secuestrado! —profirió Julian con voz ronca.

Pasó un momento de silencio.

—*Oui*, así es —contestó Louis con tono cansino, buscando a tientas en la oscuridad. Casi ciega a Julian con el destello repentino de la caja de la yesca que utilizó para encender las lámparas de queroseno, que iluminaron el interior lujoso del costoso carruaje en el que viajaban.

—Podrías haberme pedido que me marchara de París, ya sabes —exclamó Julian con irritación, pestañeando con la austera luz—. No había motivo para recurrir al secuestro. ¿No tenéis leyes para este tipo de cosas?

—Tenía todos los motivos —discrepó amigable Louis—. Un día me agradecerás el enorme favor que te he hecho. *Monsieur* LeBeau está completamente decidido a matarte... y no es que yo tenga ningún motivo en concreto que objetar, pero creo que Genie se sentiría bastante disgustada.

—¡LeBeau! —bufó Julian. No podía decirse que fuera culpa suya que la linda esposa de LeBeau no pudiera soportar al pequeño pavo real con el que se había casado. O que el muy imbécil no supiera llenar su estúpida vida jugando a las cartas. O que se ofendiera porque le llamaran «pequeñajo».

—*Oui*, LeBeau. Un líder de la República, un duro crítico de la monarquía, ¡y mi enemigo declarado! Es bastante despiadado, Kettering. No me sorprendería que te estuviera persiguiendo en este mismo momento.

Una parte de Julian esperaba que así fuera: le encantaría descargar su irritación con aquel pavo real. Pero dedujo que Louis no quería saber nada de eso. Cerró los ojos, con cuidado de reposar su palpitante cabeza contra los cojines de terciopelo.

—Creo que ya es hora de que regreses a casa —anunció Louis con tono impasible.

Julian se obligó a abrir un ojo. Su cuñado se estaba estudiando distraídamente una cutícula, con las piernas cómodamente cruzadas... por su talante parecía bastante inflexible al respecto.

—En los diecisiete años que hace que te conozco, nunca te había visto tan... desorientado. Sin rumbo, para entendernos. Sin objetivo. Un barco sin...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gruñó Julian y tuvo que contenerse para no comentar que en los diecisiete años que conocía a Louis, nunca se había percatado de que fuera tan maternal como en las últimas dos semanas.

—Supongo que sufres un poco de hastío y ¿quién puede culparte? —continuó Louis con aire risueño.

Julian parpadeó.

—¿Perdón?

—Has tenido que criar a tus hermanas desde que tenías dieciséis años y ya han crecido y se han ido de casa. Tu finca y tus negocios parecen marchar solos, y Dios sabe que los Libertinos ya no constituyen la misma fuerza que en otros tiempos. Parece que la única actividad que te merece la pena es alguna conferencia ocasional en la universidad, pero no puede decirse que eso sea suficiente para llenar los días de alguien, *¿n'est-ce pas?*

Julian soltó un gruñido de impaciencia y quitó importancia a aquello con un ademán. Louis tenía toda la razón del mundo al decir que estaba aburrido, pero no confiaba en que el franchute pudiera entender hasta qué punto. Porque no era tan sólo aburrimiento, era todo y nada, se trataba de una lucha por revitalizar su propia piel, la sensación cada vez más incómoda de haberse quedado atrapado para siempre en un traje que no le quedaba bien. Por desgracia, nada podía acabar con aquel estado. Ni la bebida —aunque Dios sabía que había intentado con empeño ahogar aquella sensación en alcohol—, ni los viajes, ni el estudio, ni el juego, ni las fulanas. *Nada*.

Louis entrecerró los ojos y murmuró algo en voz baja. Julian cerró los párpados, no estaba de humor para intentar explicar que aquella comezón insufrible había empezado el día en que su hermana Valerie dio su último suspiro. Luego se había multiplicado hasta convertirse en un sarpullido interior la mañana en que apoyó su cabeza sobre el pecho ensangrentado de Phillip. Y el sarpullido se había vuelto un cáncer que durante los siguientes meses hizo estragos en él. Porque, aunque le había ofrecido su ayuda a Phillip y éste la rechazó varias veces, él sabía la verdad. En realidad no había hecho lo suficiente para salvar a su amigo, aunque tenía sus dudas sobre si Louis querría oír en esos momentos sus sospechas más oscuras. A decir verdad, no lo había intentado lo más mínimo porque así, mientras Phillip estaba en algún garito de juego o encima de alguna fulana, no estaba con Claudia.

—Entonces, muy bien —resopló Louis—. Si al divino Dane le ha ofendido la idea de que al fin y al cabo tal vez sea humano, no puedo ayudarle.

¡Ja! ¡Ojalá sólo fuera humano! Julian se desplomó sobre los cojines y se echó un brazo sobre los ojos, pasando por alto el sonoro suspiro de

frustración de Louis.

—¡Aj! ¿Tan poco te importa lo que pienso? ¿Y qué me dices de Genie? Se preocupa muchísimo. ¡Al menos piensa en tus hermanas!

Oh, aquello casi le daba risa. Desde el momento en que su padre, en plena agonía, le había rogado que protegiera a sus hermanas y cuidara de ellas, había pensado en pocas cosas más.

—Pienso en ellas, Louis. Cada día —murmuró.

—Mis disculpas. Resulta obvio, tienes razón, Kettering. Siempre las has malcriado descaradamente...

—Por favor. Ahórrame esto.

—Siempre les has dado todo lo que han querido. Si querían vestidos y zapatitos nuevos, se los comprabas. Si preferían dulces en vez de comida, tú simplemente sonreías. ¡Si se quejaban de que no tenían suficientes cintas para salir por ahí, llamabas a la costurera aquel mismo día!

Julian levantó un poco el brazo para escudriñar mejor a Louis. —De acuerdo, es posible que las haya mimado un poco...

—¿Mimado? —Louis entornó los ojos—. Eran incorregibles...

—No eran tan incorregibles...

—¡Y sus gritos! Nunca olvidaré aquellos gritos. El baúl de Londres... *mon Dieu*, ¡me dolió la cabeza durante días!

A Julian se le escapó una risita involuntaria. Se acordaba como si fuera ayer. La modista a la que tan bien había pagado para vestir adecuadamente a sus hermanas con los tejidos de mejor calidad, había hecho un trabajo espléndido. Cada vez que un vestido salía del baúl, las muchachas manifestaban a gritos su aprobación.

—Me alegro de que te hayas recuperado lo suficiente del pavor que te producía pedirme la mano de Eugenie.

—Sobre mis dos rodillas —le recordó Louis, peleando por no poner una mueca—. Me obligaste a arrastrarme. ¿Entonces estabas bastante orgulloso de ti, mmm? Durante la comida del día de nuestra boda te pavoneabas como un gallo de pelea... ¡como si tú hubieras dado vida a esas cuatro muchachas!

No había dado vida a Valerie. Se la había quitado. De pronto un peso se instaló sobre el pecho de Julian, y con un estremecimiento cerró otra vez los

ojos.

—He hecho lo que he podido por ellas.

—*Oui*, eso resulta obvio. A Ann le has buscado una pareja estupenda: el vizconde Boxworth la adora, es cierto. Y Sophie ha sacado gran partido a los estudios que ya ha acabado en Ginebra. Pero ahora ya son mayores, y tu desasosiego responde sin duda a tus intentos de llenar el espacio que en otro momento ellas ocupaban.

—Eso es absurdo —replicó Julian con brusquedad—. Ahora que ya son mayores, disfruto del lujo de tener tiempo para dedicarme a mis propios intereses. Doy conferencias en Cambridge y en Oxford...

—Perdóname, ya sé que tienes cierto prestigio como experto en lenguas medievales, pero una conferencia ocasional sobre antiguos documentos no es suficiente para llenar los días de un hombre hecho y derecho.

A Julian no le gustaba el derrotero que estaba tomando la conversación, ni una pizca. De pronto se incorporó para sentarse y apoyó sus antebrazos en las rodillas, tragándose la náusea que este movimiento repentino le ocasionó.

—¡Dios, sí que es incómodo este vehículo! —protestó—. Pensaba que podías permitirte cosas mejores, Renault.

—Te advierto, *mon ami*, que un desasosiego como el tuyo puede llevar a un hombre a su muerte en Francia.

—¿Cuánto falta para llegar a Château la Claire? —interrumpió Julian levantando la cabeza para lanzar una mirada iracunda a su cuñado.

Louis pasó su mano sobre una arruga en la pernera del pantalón. —Nuestro destino no es Château la Claire. Vamos a Dieppe.

—¿Dieppe? —Esto cada vez le gustaba menos—. Puesto que doy por supuesto que no tienes intención de tomar las aguas curativas de ese centro, ¿puedo deducir que continuaremos el trayecto desde allí?

—No lo haremos. Lo harás tú. A Inglaterra.

—Me echas de Francia. —No era una pregunta, era la constatación de un hecho.

—Así es —admitió Louis sin avergonzarse—. Por suerte, Christian gestiona una empresa bastante satisfactoria. Cuando hablé con su hombre la semana pasada, me aseguró que tendría sitio para ti en el paquebote diario.

Con un gruñido de indignación, Julian cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Y si me niego?

Louis se encogió de hombros con indiferencia.

—También prometió devolverte el arma y la cartera en el momento en que pongas pie en suelo inglés.

Julian se palpó el costado al instante y su ceño se marcó aún más cuando descubrió que le faltaban la pistola y la cartera.

—No las necesitarás a bordo.

El pulso le palpitaba de forma dolorosa en la sien.

—Te juro que si no fuera por este espectacular dolor de cabeza, recuperaría a golpes mi cartera con sumo gusto.

—Ah, pero no se puede decir que estés en condiciones de hacerlo, y yo me veo obligado a ocuparme de que abandones Francia antes de que tu hermana encuentre tu cabeza de chorlito clavada en la entrada de la Claire. No pongas en duda, Kettering, que LeBeau llevará a cabo sus amenazas. Es un hombrecillo malvado que no tolerará la humillación que le has infligido. Te vas a Inglaterra.

La respuesta de Julian a aquella declaración fue una fría mirada de ira.

—Esta noche has salvado la vida —le advirtió Louis—. Hazme caso y cambia de actitud antes de que alguien logre quitártela.

Un murmullo de risa amarga se quedó alojado en la garganta de Julian.

—Tal vez mi actitud cambiara de forma más eficaz si alguien consiguiera matarme, ¿no has pensado en eso?

Louis respondió apretando los labios con firmeza y bajando la vista con expresión ceñuda. Julian se tumbó sobre el banco.

—Despiértame cuando lleguemos, ¿quieres? —murmuró.

Y así lo hizo Louis. Le despertó justo a tiempo para sacarle del carruaje de un empujón y echar tras él una pequeña bolsa. De pie en la principal vía de Dieppe, Julian dedicó una mirada asesina al francés mientras éste le explicaba que el *Maiden's Heart* partiría a medianoche y que el capitán le devolvería pistola y cartera cuando atracaran en Newhaven. Y justo antes de cerrar de golpe la puerta del carruaje, Louis arrojó una moneda que

Julian atrapó en el aire. Echó una ojeada a la palma de su mano —un franco de oro— y fulminó con la mirada a Louis.

—Come algo, ¿quieres? Por tu aspecto parece hacerte falta. ¿Puedo recomendar el Hôtel la Diligence? Se me antoja el lugar perfecto para un Libertino.

Julian, llevándose dos dedos a la sien, hizo una inclinación:

—Ha sido un anfitrión gentil en extremo, *monsieur* Renault. Espero con ansia corresponderle de igual manera algún día —se burló. Louis se rió.

—No lo pongo en duda. Hasta entonces, *¡au revoir!*

—Con una abierta sonrisa, hizo una indicación al chófer y cerró la puerta de golpe, dejando allí a Julian con una talega a sus pies, un chaleco mal abotonado y la espesa sombra de una barba marcando su rostro.

—Maldito franchute —musitó con irritación mientras el carruaje desaparecía por una esquina. Se ajustó la ropa lo mejor que pudo y se ató en un santiamén el pañuelo formando algo parecido a un nudo; se sacudió el polvo de las perneras y se pasó ambas manos por el pelo en un intento de peinarlo. Se imaginaba que su aspecto era más bien horrendo, pero no le importaba demasiado. No podía hacer nada al respecto, de modo que recogió la bolsa y caminó como pudo hasta el Hôtel la Diligence.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Mientras avanzaban con dificultad por una carretera francesa llena de baches y en un carruaje que había conocido días mejores, Claudia Whitney miró frunciendo el ceño al hombre que iba sentado a su lado.

—Intenté advertirle, Herbert, sabe que lo hice. Le dije que no me hacía ninguna falta un chófer, recuerdo con claridad haber dicho que no, y aun así echó a correr detrás de mí.

Herbert la miró con tal detenimiento que Claudia casi pudo ver las ruedas oxidadas girando dentro del débil cerebro del lacayo.

—*¿Qu'est-ce que ca veut dire?*

—Oh, Señor... —gimoteó Claudia sacudiendo con impaciencia las riendas contra la grupa de la desventurada yegua, instándola a ir a un trote más rápido que aquel paseo. Este viaje se estaba transformando por momentos en el más largo de su vida. Por desgracia sabía muy poco francés; de acuerdo, nunca había sido especialmente estudiosa, y en estos momentos pagaría una fortuna por haber aprendido. Cuando arrolló por accidente a aquel lacayo y le lesionó el pie, se vio obligada a traérselo con ella; desde luego no podía dejarlo cojeando en la carretera. Y él había fingido saber inglés por amabilidad. Para llenar el espacio y el tiempo, Claudia se había dedicado a hablar de cualquier cosa hasta que, durante más o menos las últimas quince millas, Herbert había empezado a gesticular de forma atropellada, señalando sin parar su tobillo, el caballo y las riendas.

Claudia lanzó una rápida mirada al tobillo hinchado. ¡Para empezar, aquel maldito lacayo no tenía que haber intentado detenerla!

—Si no fui lo bastante clara al decir que no quería un chófer y que por favor no me siguiera, lo fui sin duda cuando le pedí que se apartara —le

recordó—. Hablando con sinceridad, ¿qué clase de hombre se planta en medio de la carretera cuando un carruaje se dirige directo hacia él?

—*¡Madame, parlez un peu plus lentement, s'il vous plait!*

—¡No me culpe de su situación, señor! —dijo con brusquedad—. ¡Oh, mire! ¡Ahí delante está Dieppe! ¿Ve? Le curarán ese pie en un periquete. — Le dedicó una sonrisa radiante.

Con una sacudida de cabeza, Herbert alzó las manos al aire y apartó la vista, mirando a la distancia.

—*Je ne comprends rien* —musitó.

Pese al hecho de poder ver Dieppe, Claudia no tenía esperanzas de llegar alguna vez allí. Al menos no a este paso. Uno pensaría que un hombre con una fortuna considerable como Renault tendría algo más que un viejo jamelgo en los establos. Pasó el cuarto de hora restante maldiciéndole en silencio.

Cuando entraron deslizándose por la vía principal de Dieppe, Claudia tiró de las riendas para que la yegua se detuviera y bajó ella sola del carruaje seguida por las sonoras protestas en francés de Herbert. Una vez en el suelo y con las manos en las caderas, examinó al hombre, su tobillo y la altura hasta al suelo.

—Es una altura considerable, señor —le informó—. Creo que tendrá que apoyarse en mi hombro mientras yo le cojo por la cadera —dijo tendiéndole los brazos—. Y luego, podríamos...

Herbert soltó un chillido cuando ella le tocó la cadera, tras lo cual se puso a bramar en francés como un loco. Con una rápida y mortificada mirada a su alrededor, Claudia abrió la boca para decirle que se callara de inmediato, pero dos hombres bastante robustos se detuvieron e intercambiaron unas palabras con Herbert. El lacayo gesticulaba vehemente y señalaba con frecuencia su tobillo con toda clase de expresiones de agonía. Claudia empezó a sentir un calor en su nuca y miró con ira al ridículo lacayo.

—*Pardon, madame* —dijo uno de los hombres, indicándole que se apartara. Al no hacer Claudia amago de moverse, la empujó con delicadeza y se situó para ayudar a bajar a Herbert. Le metió el brazo bajo los

hombros, hizo una inclinación a Claudia e indicó con un gesto el *Hôtel la Diligence* mientras su acompañante cogía las maletas.

—¡Oh! —exclamó Claudia, comprendiendo que pretendían ayudarle a llevarlas hasta allí—. *Merci beaucoup* —dijo alegremente, y marchó hacia el hotel, dejando al renqueante Herbert en manos de los dos franceses.

Con su segunda cerveza en la mano, en vez de la cuarta o quinta como le hubiera gustado —gracias a Louis—, Julian se volvió con apatía al oír el ruido de un alboroto. Dos hombres se abrían camino a través de la pequeña puerta de la posada, ayudando a un lacayo cojeante que iba entre ellos. Julian reconoció al instante la librea de Château la Claire y buscó a tientas los lentes en su levita. Mientras se los colocaba, se enderezó lentamente, entrecerrando los ojos para mirar a la mujer que iba tras el lacayo. Dio un brusco respingo hacia atrás, quitándose los lentes del caballete de la nariz.

Maldición, ¿acaso era esto alguna clase de pesadilla, algún sueño horrible del que nunca iba a despertar? Se adelantó otra vez con un nuevo espasmo para asegurarse de que no imaginaba cosas, pero, oh, no, no estaba imaginando nada. Aquella muchacha era ella: ¡la imposible, terca, extraordinariamente difícil lady Claudia Whitney! ¿Estaba siendo castigado? ¿Encontraba Dios tan tremendos sus pecados como para ponerla en su camino y atormentarle toda la eternidad? ¿O acaso era esta la idea que Dios tenía de una broma?

Observó al mesonero que se apresuraba a saludarla. Claudia, alisándose con aire indolente un mechón del cabello caoba increíblemente espeso que llevaba recogido en la nuca, sonrió e hizo un gesto en dirección al lacayo. El mesonero habló, ella se encogió algo de hombros y de nuevo hizo una indicación señalando al lacayo. Este por su parte agitaba como loco ambas manos hacia el mesonero, con gritos de *¡non, non!*, audibles incluso para Julian.

En una nube de seda gris oscura, Claudia se dejó caer con gracejo sobre una silla al otro lado del nervioso lacayo y se inclinó sobre la mesa, mirando al hombre con interés. Tras un momento de animada conversación entre criado y mesonero, este último se alejó presto. Ella dedicó entonces

una amplia sonrisa al lacayo, y Julian sintió el poder de la sonrisa incluso desde el otro extremo de la estancia, donde él se encontraba. *Había sonreído una vez a Phillip de esa manera, desde el otro lado de la mesa en una fiesta familiar de Christian.*

Julian sacudió la cabeza y se estiró el cuello de la camisa como si de repente hiciera un calor increíble. Decidió que no estaba en absoluto con ánimos para sufrir al mismísimo engendro del diablo justo en este momento, sobre todo después de que ella hubiera dejado del todo claro en Château la Claire que le despreciaba. Vaya por Dios, cuando vino a Francia para sorprender a su hermana Eugenie con una visita improvisada, no tenía ni idea de que ella estaría en Chateau la Claire. A excepción de una rápida y fortuita mirada desde el otro lado de un salón de baile abarrotado, no la había visto desde la muerte de Phillip casi dieciocho meses atrás. ¡Nunca se habría lanzado a cruzar el Canal si y hubiera considerado la remota posibilidad de que ella se encontrara aquí!

¿Y como diantres era posible que ahora su aspecto fuera aún más luminoso que quince días antes cuando se encontraron de forma tan inesperada?

Resoplando con fuerza, Julian se pellizcó el caballete de la nariz. No era posible que estuviera todavía más hermosa que aquel día en que apareció como salida de sus sueños, deslizándose descalza por el amplio césped con sus dos sobrinas, vestidas ambas con pequeños trajes medievales. Toda la escena era tan sorprendente que literalmente le había cortado la respiración. Su corazón empezó a latir como un tambor, las manos le sudaban y se había quedado allí como un imbécil, hipnotizado por completo mientras ella llegaba hasta la terraza de la fuente donde él se hallaba de pie.

Julian le había sonreído, al menos pensaba que lo había hecho. Los ojos grises azulados de ella le habían evaluado con recelo, con una mirada a fondo que de pronto le turbó, por lo cual él se había inclinado con rapidez para esconder su incomodidad dando un beso a la pequeña Jeannine.

—Pareces una princesa, cielo —había comentado.

—Soy un caballero.

—Y yo también —soltó alegre Dierdre, levantando una espada infantil de madera para que él la inspeccionara.

—Ah, ya veo —dijo Julian arrastrando las palabras, para desplazar luego velozmente la mirada hacia Claudia—. ¿Y tú eres... ?

Las niñas se rieron. El más breve indicio de sonrisa adornó los labios de Claudia.

—Merlín, por supuesto. Éste es sir Lancelot —dijo Claudia señalando a Jeannine— y este otro sir Gawain.

Dierdre le dio un golpecito en la espinilla con la espada. Las dos niñas le miraron volviendo hacia arriba los rostros como si fueran margaritas a la espera de su reacción. Julian puso una mueca.

—Así que matando dragones, deduzco.

Claudia entonces sonrió, y Julian sintió que su corazón de tonto le caía hasta los pies.

—Eso podría decirse —dijo riéndose cuando Dierdre le dio otro porrazo, esta vez un poco más fuerte.

—Cielo, no soy un dragón —informó con afecto a su sobrina, conteniendo las ganas de arrebatarse la espada de madera de su rechoncha mano y romperla sobre su rodilla.

—Está en Francia —le informó Claudia con aire risueño, y Jeannine le azotó con la espada imitando a su hermana. Julian se apresuró a retroceder para escapar de su alcance mientras Claudia preguntaba:

—¿Qué le trae a Château la Claire?

Dios, si él lo supiera.

—Podría decirse que el viento me ha traído hasta aquí —dijo encogiéndose de hombros, encontrándose de pronto cautivado por aquellos brillos de oro oscuro entremezclados en el marrón terroso de su cabellera.

—Debe de haber sido un vendaval —comentó Claudia. Sus labios se movieron con erotismo al pronunciar esas palabras, y el deseo de tocar aquellos labios con los suyos fue casi abrumador... hasta que Dierdre le atizó en las tripas con la punta de la espada—. ¿Entonces está de paso?

Con un respingo, Julian mintió.

—Por un tiempo. —En verdad no tenía la más mínima noción de lo que estaba haciendo en Francia, por cuánto tiempo o qué venía a continuación. Lo único que sabía con certeza era que la Temporada de Londres había concluido y, con ella, la distracción de las fiestas alrededor del Parlamento.

Claudia había inclinado la cabeza a un lado con aire pensativo, y Julian, consciente de que la estaba mirando con demasiada fijeza, sonrió a sus sobrinas y le quitó la espada a Jeannine antes de que la lanzara contra la punta de su bota.

—¿Puedo enseñar a los caballeros un poco de esgrima?

Aquello complació en gran manera a los señores Lancelot y Gawain, pero para gran disgusto de Julian, Claudia aprovechó el instante para cederle la custodia de los pequeños caballeros. Dio un paso atrás, recordó a las niñas que no hirieran de gravedad a su tío y, con un último movimiento de sus ojos grises azulados sobre él, se volvió de forma abrupta hacia el *château*. Julian la observó alejarse, con un millar de preguntas en la punta de la lengua y un anhelo desplegándose por todo su cuerpo, hasta que sus sobrinas exigieron su atención.

Ahora, en Dieppe, Claudia charlaba con el lacayo mientras tomaban dos jarras de cerveza como si fueran viejos amigos. Bien. Hablaba con un lacayo pero apenas le había dirigido la palabra a él durante esos pocos días en el Château la Claire.

No es que no se alegrara de ello. Se había sentido como un torpe zoquete a su alrededor, con la lengua de trapo, incapaz de hablar francés o inglés. Él, Julian Dane, el hombre que había seducido y se había acostado con más mujeres de las que podía contar, reducido a un balbuciente idiota en su presencia.

¿Y con exactitud cuándo se había apoderado de él aquella enfermedad?

No siempre había sentido tal ansia por Claudia Whitney. Años atrás la había considerado una niña graciosa, luego una jovencita fastidiosa y después una tímida señorita. Prácticamente había crecido con sus hermanas. Hija única del poderoso conde de Redbourne —su madre había fallecido en el parto—, Claudia conoció a Eugenie y Valerie en un exclusivo colegio femenino poco después de que muriera el padre de Julian, y las tres se hicieron buenas amigas. Cuando Julian decidió que la educación de las chicas sería mejor impartida —y también mejor recibida— si él la supervisaba junto con unos cuantos tutores en la mansión solariega de la familia, Kettering Hall, Eugenie y Valerie se quedaron sin su amiga. Poco después Julian escribió a lord Redbourne para solicitar la visita de lady

Claudia al campo durante un mes. Y así empezó lo que acabaría por convertirse en un acontecimiento estival anual para las hermanas Dane y lady Claudia hasta que las niñas se hicieron mayores.

Por aquel entonces él no sentía en realidad ningún anhelo por ella, pensó, mientras advertía la mirada de un hombre sentado a una mesa cercana que la observaba como un perro salivando encima de un pedazo de carne. Desde luego no podía culpar al pobre tipo; Claudia tenía la capacidad de atraer la atención de cualquier hombre. Su belleza era asombrosa: un poco más alta que la media, delgada y terriblemente curvilínea. Seguía sus propias normas y establecía sus pautas. Si Claudia Whitney decidía que la hierba era azul, la mitad de la maldita aristocracia más selecta de Londres le haría caso. Se negaba a doblegarse a las últimas modas, no obstante poseía más encanto que los más modernos. En algún momento del recorrido, cuando él no miraba, el diablillo había florecido hasta convertirse en una mujer hermosa y desenvuelta.

En los últimos años, lord Redbourne, como miembro del comité asesor del monarca, era un influyente consejero del rey Guillermo en la mayoría de asuntos. Su casa en Berkeley Street era una de las residencias más populares de Londres a la hora de hacer una visita, y eso se debía en gran parte a Claudia. Se decía que las invitaciones a una de sus cenas eran tan codiciadas como las invitaciones a Carlton House. Era ingeniosa y lista y no le daba miedo disfrutar de la vida. No obstante, pese a toda su audacia, tenía un gran corazón y estaba siempre dispuesta a aprovechar su posición para recoger donativos para diversas causas que merecieran la pena. Era eso lo que Julian más admiraba en ella; apreciaba con devoción su belleza, pero la admiraba aún más por ser la mujer que era, y por descontado muy atrayente.

Resultaba gracioso, reflexionó, que nunca hubiera reparado en ella hasta dos o tres años antes. Pero una noche, en algún baile, la había visto como si fuera la primera vez. Lo recordaba perfectamente: con un vestido de terciopelo gris, decorado con diminutas lentejuelas que reflejaban la luz a su alrededor, con un ingenioso peinado recogido en un simple moño, sujeto con horquillas con pequeñas joyas en los extremos que competían con el destello de su vestido. Cuando entró en el salón de baile del brazo de su padre, el mundo pareció detenerse para coger aliento. Era una joven

brillante, deslumbrante, con ojos grises azulados muy claros que podían perforar la mismísima alma de un hombre y con formas voluptuosas que suplicaban abrazarlas.

En el espacio de aquella sola velada, la estima de Julian por Claudia la Mujer había echado raíces en su corazón y crecía como una mala hierba.

Por desgracia, lo mismo le había sucedido a Phillip.

Aquella extraña sensación de desasosiego le invadió otra vez, la peculiar sensación de encontrarse demasiado comprimido dentro de su propia piel, y se preguntó por milésima vez qué habría sucedido de no haber sido Phillip quien se hubiera fijado en ella primero. Pero su amigo se había adelantado, y el código de honor no escrito que los Libertinos habían forjado a lo largo de veinte años de amistad exigía negar su creciente atracción hacia Claudia.

Que el cielo le ayudara. Había intentado con desespero negarla: había intentado contenerla, ahogarla en whisky e interminables rondas de fiestas, pero nada de todo eso había surtido efecto, y se despreciaba por su incapacidad para mantenerse completamente al margen. Después de que Phillip hubiera muerto, se sentía culpable incluso por *pensar* en ella.

Julian vació de repente el resto de su jarra de cerveza. La culpabilidad le había corroído durante todos estos meses, y cuando se había encontrado con Claudia en casa de Eugenie, el desasosiego se había apoderado de él con venganza. Por desgracia, había empeorado en el transcurso de los siguientes días en Château la Claire al percatarse de que Claudia era por completo indiferente a él. Santo Dios, parecía preferir la compañía de los borregos a la suya, daba largos paseos por donde nadie pudiera encontrarla y comía en la soledad de sus habitaciones. Después de soportar varios días de tan distante actitud, había aceptado de buen grado una invitación para acompañar a Louis a París, donde se había embriagado con entusiasmo hasta que intervino el franchute.

Y hablando de esto, no le importaría recurrir al whisky en esos momentos. Se estiró una vez más el insufrible cuello.

Estaba más que harto de negar su anhelo por ella. Phillip llevaba muerto más de un año. Aunque pensara que podría haber actuado de modo diferente, que de algún modo había contribuido a la trágica muerte de su

amigo, el hecho era que Phillip ya no estaba entre ellos y no existían motivos terrenales para negar más tiempo lo que sentía su corazón. Si Claudia podía hacer migas con un humilde lacayo, pensó con irritación mientras ella se llevaba a los labios la jarra de cerveza, muy bien podría tratarle a él como si fuera algo más que un extraño malévolo. Con franqueza, no podía recordar que una mujer le hubiera tratado alguna vez con semejante desdén. Chica ridícula, ¿quién se creía que era?

Julian apartó la mirada para buscar al posadero. Una vez atrajo la atención del hombre, indicó que le trajera otra jarra de cerveza, luego echó otra rápida ojeada a la mesa de Claudia y dio un respingo. Ella le estaba mirando directamente; sus ojos grises azulados perforaban limpiamente su cuerpo.

¡Increíble!

¿Cómo era posible que de todos los días, las horas, los *momentos* en pueblos y países de todo el mundo, *él* fuera a aparecer *aquí*, en una pequeña posada de un pueblo francés aún más pequeño? ¿Se suponía que estaba en París!, aulló su mente. Después de las molestias tomadas nada más que para asegurarse *doblemente* que no le veía, ¡estaba aquí!

Tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada. Tal vez aquel apuesto caballero no era más que un desconocido; al fin y al cabo cada vez estaba más oscuro y se hallaba sentada entre sombras. Se dio media vuelta en su asiento.

—Herbert —dijo al lacayo, indicando al hombre en cuestión—. *¿Qui est-ce?*

Herbert miró al caballero entrecerrando los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—*Monsieur le comte de Kettering, madame.*

¡Oh, *no podía ser!* Claudia se volvió otra vez hacia aquel gandul y le hizo un ademán de reconocimiento. De acuerdo, de acuerdo, ¿cuánto faltaba para que partiera el paquebote? ¿Tres horas? ¿Tal vez cuatro? No le iba a invitar a su mesa. Se adelantaría y enviaría a Herbert a hablar con el posadero para decirle que no era bien recibido.

—Herbert —empezó, luego se detuvo y se apretó la frente con la mano mientras rebuscaba en su cerebro una frase correcta en francés. Como no le salía ninguna, desplazó otra vez la mirada hacia aquel granuja al que el mesonero estaba sirviendo otra jarra mientras un extremo de su boca se elevaba formando una perezosa sonrisa, levantando luego esa jarra en gesto de silencioso saludo.

Santo cielo, aquel hombre era apuesto hasta lo intolerable, pensó mientras veía cómo se ponía en pie con aire indolente. Un Adonis, en verdad. Era alto, siete o nueve centímetros por encima del metro ochenta. Su ondulado pelo negro era demasiado largo, casi le llegaba a los hombros, pero le quedaba terriblemente bien, sobre todo despeinado como lo llevaba, con un espeso mechón cubriéndole la frente. Sus ojos negro carbón le recordaban los de un cuervo, penetrantes y destellantes cuando enfocaban su presa. La nariz era recta y patricia, perfecta; tenía el rostro esculpido en elevados pómulos y una mandíbula cuadrada cubierta por una sombra de barba. Poseía hombros anchos pero, pensó alocada cuando él empezó a andar hacia ella, aún más sorprendentes eran sus piernas que parecían todo músculo, enfundadas en aquellos ajustados pantalones que llevaba, largas hasta lo increíble... y la inconfundible prominencia entre ellas... oh, Dios... Sintiendo frenética de pronto, se volvió a Herbert y le susurró agitada:

—¡Herbert! Ah... *¡aidez-moi, s'il vous plaît!*

Su torpe petición de ayuda sorprendió a Herbert.

—¿*Pardon?*

Podía oír las pisadas sonoras de las botas de él acercándose sobre las maderas de roble.

—¡No permita que se siente aquí! —susurró como loca. Una luz se hizo en el rostro de Herbert.

—Ah —exclamó y, asintiendo con entusiasmo, se enderezó en la silla cuando Kettering se detuvo junto a la mesa. Herbert estalló en su parloteo francés sin dejar de hacer gestos en dirección a Claudia y luego a su pie. Kettering se cruzó de brazos y apoyó el peso en una cadera mientras escuchaba con paciencia al lacayo, asintiendo de vez en cuando. Su postura informal cuadraba con su aspecto: llevaba el pañuelo manchado, la levita

arrugada y la incipiente barba sugería que no se había afeitado hacía más de un día. De hecho, por su aspecto parecía que hubiera estado metido en alguna trifulca. Mientras Claudia consideraba esto, la mirada de él se desplazó hacia ella, arqueando socarrón una ceja. Por como sonaba, Herbert ahora estaba explicando el desafortunado accidente, reproduciendo su versión de los hechos, naturalmente, y luego hizo un gesto inconfundible a Kettering para que se sentara.

—¡No! —chilló ella y agarró el respaldo del asiento vacío mientras echaba una ceñuda mirada a aquel villano. Los ojos negros de Kettering relumbraban de deleite.

—*Merci bien, monsieur, je vous suis très reconnaissant* —dijo al lacayo y luego a ella.

—¿No entiendes una palabra, verdad?

Claudia hundió los hombros.

—No demasiadas —confesó con irritación.

Entonces él se rió, arrugando los rabillos de los ojos y revelando una dentadura perfecta y blanca.

—Siempre sospeché que descuidabas un poco los estudios —comentó mientras le quitaba la silla y se sentaba. Antes de que ella tuviera ocasión de responder que no los había descuidado, sino que más bien prefería estudiar cosas más excitantes que lenguas muertas o costura, Julian se había vuelto a Herbert para hablarle en un perfecto e impecable francés.

El pobre lacayo, después de haber pasado la mayor parte del día sin poder comunicarse, respondió con excitación, gesticulando hacia la mesa, la cerveza y hacia ella... revelando sin duda todo sobre su huida de la Claire. A juzgar por la manera en que Kettering le dedicaba miradas divertidas, Herbert estaba adornando bastante toda la inocente historia. Al fin y al cabo, había dejado a Eugenie una carta perfectamente apropiada en la que explicaba su necesidad de regresar a Inglaterra, etc., etc., etc. ¿Qué había de malo en eso? ¡Eugenie podía pasarse semanas de visita con la tía enferma de Louis! Oh, pero tenía que marcharse, tenía que irse de Château la Claire antes de que él regresara. Antes de que su presencia desenterrara todo el pesar y el dolor que había sentido por la muerte de Phillip. Y le había explicado todo aquello al ridículo lacayo.

Herbert de repente se desmoronó contra el respaldo de la silla, agotado. Por lo visto, había concluido su explicación de lo que estaban haciendo en Dieppe y por qué llevaba el pie vendado.

Kettering le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Tienes por costumbre atropellar a todos los lacayos o lo reservas sólo para los franceses? —le preguntó con tono despreocupado.

Claudia miró a Herbert frunciendo el ceño.

—Bien, lo cierto es que yo no le pedí que me llevara y desde luego no era mi intención arrollar su pie, pero... —Espera. ¿Qué estaba haciendo? ¡No le debía ninguna explicación a ese granuja! Parecía bastante divertido y de repente se acordó de las muchas veces que ella, Eugenie y Valerie habían sido llamadas a su estudio para dar explicaciones de alguna fechoría. *¿Haréis el favor de intentar explicar vuestro comportamiento? ¿O pasamos sin rodeos a vuestro castigo?*

Le miró directamente a los ojos.

—¿Cómo es que se encuentra en Dieppe? ¿Le ha arrojado la marea?

Él se rió con franqueza al oír aquello, y aunque a ella le repateaba admitirlo, su sonora risa hizo que un hormiguelo recorriera su piel.

—Algo parecido —contestó él con una mueca.

—Bien. Ha sido muy amable por su parte que se haya acercado a interesarse por nosotros, pero yo...

Él volvió a arquear la misma ceja.

—De hecho, pensé en sentarme contigo.

¡Oh, qué bien! Claudia frunció el ceño.

—No quiero ser descortés, milord, pero preferiría no tener compañía en este momento.

Él no le hizo caso y echó una mirada curiosa a la jarra de cerveza.

—¿Cerveza, Claudia? Un poco vulgar para ti, ¿no te parece?

—¡Me encanta la cerveza!

—¿De veras? Nunca lo hubiera adivinado.

—Y tanto que sí. Bebo cubos de cerveza cada día. —¡Oh, Dios Santo, que cosa tan ridícula había dicho!

Sonriendo, Kettering dijo algo al sirviente. Fuera lo que fuera, los dos hombres compartieron unas carcajadas con ello.

—¿Puedo preguntar que es lo que les hace una gracia tan terrible, señor? —preguntó fulminándole con la mirada.

Él la sorprendió inclinándose de repente hacia delante.

—¿Por qué te diriges a mí con tanta formalidad, Claudia? Me has llamado por mi nombre de pila desde que eras una niña, cuando en realidad deberías haberte dirigido a mí con modos más apropiados —Bajó la mirada a sus labios—. ¿Se supone que me conoces lo suficiente como para ahorrarnos la formalidad, no?

¡No! Bueno... tal vez. Con franqueza, apenas le conocía ya como para saber de qué forma dirigirse a él. No era el mismo hombre que había conocido de niña, algo que comprendió el día que le llamó para explicarle de aquella manera suya tan condescendiente que no era lo bastante buena para lord Rothembow y que por tanto debería dirigir sus miradas a otros hombres. Dicho por el mismo hombre que había llevado a Phillip a su desaparición a causa del juego constante, el alcohol y Dios sabe qué más. Aun así, tenía que reconocerlo: sentado allí junto a ella parecía el mismo Julian Dane que había conocido todos aquellos años atrás. Exactamente el mismo que aún hacía que sus entrañas se derritieran. Pero no era posible que fuera el mismo hombre, porque ese Julian Dane había desaparecido con la muerte de Valerie, para ser reemplazado por este impostor. Este impostor increíblemente apuesto y exageradamente *viril*.

Kettering soltó una suave risita para sí al ver que ella no respondía. Volvió su atención a Herbert y le hizo una pregunta que Claudia no consiguió entender. El criado respondió con gran entusiasmo y, tras varios momentos de charla ininteligible entre ellos dos —la verdad, llegaría a entender bastante si todo el mundo moderara un poco el ritmo—, Kettering hizo una indicación al posadero. Sonriendo de aquella encantadora manera tan particular, explicó algo al mesonero que incluía un gesto en dirección a Herbert y una moneda que rebuscó en su bolsillo.

—*Certainement, monsieur* —contestó el mesonero con un gesto entusiasta de asentimiento y, cogiendo la moneda, se apresuró a girar sobre sus talones—. *¡Francois! ¿Où est Francois?* —llamó y se alejó a toda prisa, desapareciendo por una puerta mientras Herbert apoyaba las manos en la mesa para incorporarse hasta quedar de pie.

Alarmada, Claudia miró frenética a Kettering y a Herbert una y otra vez.

—¿Qu-qué está haciendo, Herbert? ¿A dónde va? ¡No puede andar! El lacayo sonrió ampliamente e hizo una inclinación.

—*Bon voyage, madame.*

—No te preocupes —explicó despreocupado Kettering—. Me ha dicho que regresas esta noche a Inglaterra. La suerte ha querido que crucemos el Canal juntos en el mismo paquebote. Por supuesto me he ofrecido a escoltarte para que él pueda partir lo antes posible hacia la Claire. Lo agradece mucho, te lo aseguro, y más cuando no era su intención viajar tan lejos hoy.

Claudia pasó por alto aquella pulla mientras su mente intentaba asimilar la idea de que aquel sinvergüenza volvía a Inglaterra... ¡esa noche! Sintió un ataque de pánico y abrió la boca para protestar, pero Kettering añadió enseguida:

—Sin duda coincidirás en que a Herbert le espera un largo viaje. No nos gustaría que hubiera de partir en medio de la noche de forma innecesaria, ¿verdad que no?

Un joven apareció de pronto y, con una mirada al lacayo, los dos estallaron en una charla simultánea. Mientras Herbert rodeaba con el brazo el hombro del otro francés, hablando con excitación y señalando a cuantos le rodeaban, Kettering se volvió a Claudia.

—Di *au revoir* a Herbert.

—¡*Au revoir, madame!* —cantó el lacayo e hizo una indicación al otro hombre para que prosiguiera. Los dos franceses empezaron a abrirse camino por la sala de reunión charlando ambos vivamente.

—Pero...

—Parece que Francois es un amigo del primo de Herbert —explicó Kettering.

—¡Pero no puede conducir el carruaje! —bramó ella mientras el criado desaparecía por la puerta.

—Ah, sí que puede. Como por lo visto ha intentado decirte durante todo el trayecto hasta Dieppe, el vehículo tiene un freno de mano y está bastante

seguro de poder usarlo, contando que lo que le has destrozado es su pie, no la mano.

Eso le dio una pausa momentánea... pensando en ello, Herbert había indicado bastante el freno con sus gestos.

Kettering sonrió.

—Parece que has tenido una escapada bastante excitante.

Al cuerno, ¿cómo diablos había podido acabar a solas con él?

—No ha sido ninguna escapada —insistió, y se percató que a él los ojos le danzaban divertidos. Una pesadilla, esto era una maldita pesadilla, pensó como una loca, porque ¿no había en Europa nadie que lograra confundirla tanto como el conde de Kettering!

Claudia frunció el ceño, él dio un sorbo despreocupado a la cerveza.

De niña le había adorado, había rogado cada noche para tener un hermano mayor como él: fuerte, apuesto y ansioso por colmarla de regalos y atención, igual que hacía con Eugenie, Valerie, Ann y Sophie. De adolescente había sentido las punzadas de un profundo enamoramiento que se volvió una horrible mortificación cuando ella le besó con ímpetu una noche en la terraza. En realidad no era su intención hacerlo, pero él había estado enseñándole a bailar el vals y la magia de toda la situación la había conmovido tanto que se sintió impulsada a besarle, saltando sobre sus puntillas para soltar un beso en sus labios. Él casi la destierra de Kettering Hall entonces, pero aquello no había detenido su deseo. Según se fue haciendo mayor, cualquier rumor o cuento sobre los Libertinos de Regent Street acaparaba su atención. De todos ellos, el conde de Kettering tenía la reputación de ser el donjuán más conquistador, y Dios, ¡lo que hubiera dado por que él la conquistara!

Pero nunca había mostrado ningún interés. Peor aún, con diecisiete años él le aniquiló toda esperanza. En un baile ofrecido con ocasión de la boda de Eugenie, Julian le había sonreído, le había dicho que estaba muy guapa y luego se quedó con ella para bailar el primer vals. Con su gracia natural, la había hecho dar vueltas por toda la pista de baile, sin dejar de sonreírle y cautivarle el corazón con esos ojos negros. Le habló de cómo había crecido, de lo encantadora que estaba con aquel vestido, de lo bien que bailaba. Si no la hubiera estado sosteniendo tan cerca de él, se habría derretido allí

mismo sobre la pista. Y cuando concluyó, llevó la mano de Claudia a sus labios y le besó los nudillos enguantados.

—¿Me reservarás otro baile? —le había preguntado. Demasiado aturdida como para responder, ella asintió estupefacta, y luego esperó toda la noche a que él volviera a acercarse.

No lo hizo.

Ni siquiera volvió a echar una ojeada hacia donde ella se encontraba. Y cuando vio que se escabullía al jardín por una puerta lateral con la señorita Roberta Dalhart del brazo, se sintió muy descorazonada.

Así era, había pisoteado su corazón alocado, por lo tanto no estaba dispuesta a perder las horas con él. Entonces se puso de pie de repente.

—*Au revoir*, lord Kettering, creo que esperaré sola —dijo con frialdad y se dispuso a darse media vuelta.

Él la asió por la muñeca, sujetándola con firmeza.

—Claudia, siéntate —le dijo en voz baja—. Tal vez no sea el acompañante perfecto, pero apuesto a que soy un poco más deseable que cualquier francés borracho al que no eres capaz de entender.

¡Qué arrogancia! Le había calificado de Seductor con mayúscula

Años atrás, le costaba tolerar la idea de estar en la misma habitación que un libertino tan arrogante, en especial uno con tanto amor propio.

Se sentó.

Le pareció que sus dedos continuaban en su muñeca un momento más. Pero luego la soltó de repente y sonrió.

—Vaya, vaya —dijo él mientras se acomodaba para observarla—. La última vez que conseguí que me hicieras caso sólo tenías doce años... y en aquella ocasión no fue una victoria significativa.

—¿De qué habla? —preguntó ella con recelo.

—Mi caballo.

De inmediato el rubor se fue propagando por las mejillas de Claudia.

—Oh, ¡por favor! Mi padre me permitía montar el caballo que yo prefiriera. Como era natural, supuse que también podría hacerlo en Kettering Hall —explicó con un leve gesto de desdén con su muñeca.

—¿Tu padre te permitía montar sobre la grupa de sementales acostumbrados al peso y la fusta de un hombre? —preguntó con

incredulidad.

Claudia encogió un poco los hombros y miró su jarra de cerveza. *No exactamente.*

—Y aunque me gustaría pensar que no volviste a intentar montar a *Apollyon* por seguir mis sensatos consejos, creo que más bien fue la caída sobre tu trasero lo que en realidad lo consiguió.

Claudia no pudo contener una leve sonrisa en sus labios.

—Tal vez tenga razón, *sir* —admitió— pero, por lo que recuerdo, vuestro presunto consejo fue igual de doloroso.

Kettering se rió.

—Eras una muchacha de lo más extraordinaria, Claudia.

Por favor. Había sido una niña normalucha con rodillas huesudas y una boca demasiado grande para su rostro.

—Y ahora eres una mujer extraordinaria —añadió él.

Aquello hizo que Claudia se atragantara con la cerveza. Podría haberla llamado traidora o fulana, habría sonado igual de impactante. Consciente de que él la estaba mirando, levantó la jarra y dio un trago largo y generoso a la cerveza amarga sin que su cabeza dejara de dar vueltas. A él nunca le había parecido extraordinaria de niña, y en realidad no la consideró extraordinaria en la Temporada de su presentación en sociedad. Incluso después de la muerte de Valerie, en las raras ocasiones en que habían coincidido en algún baile o en alguna otra salida, actuó como si apenas la conociera. Ah, pero todo aquello cambió cuando Phillip empezó a cortejarla, ¿o no era así?

—Caramba, hay cosas que nunca cambian.

Claudia alzó bruscamente la cabeza. Kettering estaba mirando el roto en la manga de su vestido, un desgraciado percance acaecido cuando intentaba empujar hacia atrás el carruaje para liberar el pie del lacayo. Él se adelantó y ahondó en el agujero con los dedos, quemando la piel desnuda que había debajo.

—Prefiero imaginar que tiene algo que ver con el accidente de Herbert —conjeturó y alzó su relumbrante mirada a ella—. ¿No podrías contarme por qué te escapabas de Château la Claire?

¿O pasamos sin rodeos al castigo?

Claudia apartó el brazo de su contacto.

—¿Sabe? Tiene una manera muy peculiar de aparecer cuando menos lo espero.

—Yo estaba pensando lo mismo de ti. No te despediste de Eugenie. ¿No os habréis peleado otra vez, verdad?

Ella entornó los ojos al oír aquella conclusión tan ridícula.

—Aunque no es en modo alguno asunto de su incumbencia, debería informarle de que no nos hemos peleado. Eugenie y yo ya no somos unas niñas.

—Eso —dijo él arrastrando las palabras— resulta evidente, señora. Si no me lo quieres contar, me enteraré por Eugenie, ya me entiendes, de modo que podrías confesarlo.

Agitándose con incomodidad en su asiento, Claudia echó una mirada por encima de su hombro en busca del mesonero.

—Entonces, muy bien, tendré que llegar a la conclusión de que fue por mi causa —dijo él alegremente.

Oh, era por él, de acuerdo, por todo lo que tenía que ver con él. Era la manera en que miraba, la forma refinada de hablar, el modo tan encantador en que sonreía. Era porque su nombre había estado vinculado a todas las bellezas de la sociedad más selecta, casadas o no, pero nunca al suyo. Y era por la manera en que la había denigrado cuando le dijo que no era bastante buena para Phillip, dándose a continuación media vuelta para conducir a Phillip hasta su muerte. Era por todo eso y por la necesidad apremiante de huir antes de verse confrontada otra vez a aquellos demonios, a revivir la muerte de Phillip una vez más y los sucesos que desembocaron en ella. En realidad no quería despreciar a Julian.

Pero lo hacía.

—Confieso que siento bastante interés por saber qué motivo te lleva a querer evitarme con tal desespero como para atropellar a un hombre. Sin duda hiere mis sentimientos.

Como si algo pudiera herir su negro corazón.

—No atropellé a ningún hombre. De hecho no le vi hasta que ya era demasiado tarde. La verdad, no tengo por qué contestar.

Una risita retumbó en su pecho.

—Pero lo harás —dijo él de aquel modo tan terriblemente sedoso que sabía utilizar.

Claudia hizo entonces una señal frenética al posadero y, cuando éste se percató, ella se volvió de cara a su nuevo acompañante. Aquellos ojos negros se clavaron en los suyos y una sonrisa apareció perezosa en un extremo de su boca. Como respuesta, sus entrañas dieron una voltereta. Ése era exactamente el problema: sus entrañas siempre daban una voltereta cuando él sonreía. Pero eso no cambiaba quién era él, y él no podía sentarse con ella, aunque fueran las dos últimas personas en la tierra. Era un granuja egoísta, arrogante e irresponsable. Aunque Adrian Spence fue el que apretó el gatillo, Phillip no hubiera estado batiéndose en aquel campo de no haber sido por Julian Dane.

Pero, por Dios bendito, ¿por qué tenía que sonreír de ese modo? —¡Oh, por favor! —musitó con desesperación.

Con un leve ceño de preocupación, Julian se inclinó hacia delante. —¿Qué pasa, Claudia? —preguntó intentando sonar preocupado de veras.

—¿Podemos al menos tomar una botella de vino si tenemos que esperar? —preguntó entonces ella, y de inmediato cerró los ojos, mortificada porque aquellas palabras hubieran salido de su boca.

Capítulo 3

Claudia podía beberse un tonel entero de vino si quería, a él le traía sin cuidado... cualquier cosa con tal de que se quedara justo donde estaba. El mesonero sonrió radiante de placer cuando Julian le pidió la mejor botella de vino, y se apresuró a sugerir una ración de queso y pan para acompañarla. Julian asintió distraído a aquello ya que su atención estaba centrada con embeleso en la mujer que tenía a su lado. Entretanto ella lanzaba miradas a otros clientes de la taberna, tamborileaba sus largos y ahusados dedos sobre la mesa rayada, luego toqueteaba la cruz de oro que rodeaba su cuello...

Otra vez Phillip. La sensación confusa y demencial de que estaba mirando.

¿Estaba también ella pensando en él? ¿Recordando lo que podría haber sucedido? Sólo habían pasado dieciocho meses... tal vez aún le lloraba.

¡Qué increíble! La grave desgracia de Julian era y había sido quererla, sin tener ningún derecho. Más de lo que el sentido común podía justificar, ni siquiera ahora. No obstante la deseaba completamente, pese a su abatimiento, y aunque sabía que ella nunca podría haber sido suya si Phillip viviera, no podía soportar verla cometer el horroroso e irrevocable error de encadenarse a su amigo, ya que, pese a toda la sofisticación de Claudia, era una inocente. No había manera de que supiera que, al aceptar la petición de Phillip, se habría unido a un borracho que se enfrentaba a una deuda pasmosa y a la ruina.

De modo que Julian se había visto obligado a ir a verla y explicarle que Phillip no era el tipo de hombre para ella. Lo había hecho por su bien... estaba seguro de que lo había hecho por su bien. No obstante, no se podía

decir que Claudia le hubiera agradecido sus consejos. De hecho, había estado peligrosamente a un tris de pegarle, y Julian no tenía ganas de resucitar aquel recuerdo.

Esperó a que trajeran el vino y, mientras le llenaba la copa, comentó:

—Tuve ocasión de visitar el jardín de Luxemburgo mientras estaba en París y por casualidad pude ver una de las mejores exposiciones de rosas que he contemplado en mi vida.

De inmediato, Claudia le lanzó una mirada recelosa.

—¿Rosas?

—Me vino a la cabeza un jardín que en otros tiempos daba las mejores rosas de Inglaterra. Tal vez no tan espléndidas, pero aun así bastante agradables a la vista y bien consideradas por los residentes de aquel distrito en concreto. —Sonrió y le tendió la copa de vino.

Ella entornó los ojos.

—¿Y?

Con parsimonia, Julian sirvió una copa para él.

—Y me recordó su desgraciada desaparición. —Alzó su vino y tocó el borde de la copa de Claudia—. Todo por la creación de un castillo imaginario. Eras incorregible, Claudia.

El recuerdo danzó en los ojos de ella.

—Te ruego me perdones, pero te equivocas —dijo con educación—. No fue por la creación de un castillo imaginario sino por el patio interior imaginario del castillo, donde los caballeros imaginarios dejaban sus corceles. Y, a propósito, no era incorregible, era creativa. Tú, por otro lado, eras de lo más inflexible.

—¿Inflexible? ¿Yo? —Soltó una risita, alzó la copa y dio un sorbo con parsimonia—. No confundas la disciplina con la austeridad. Te lo aseguro, inculcar un poco de disciplina en cinco niñas no era una tarea fácil. Estoy convencido de que recuerdas el incidente del arco iris. Sin duda me tomaste por demasiado rígido, pero debería haber aplicado la vara a vuestros cinco traseros, o como poco al tuyo, por escaparos de ese modo.

Claudia casi expulsa el vino de la boca.

—¿Crees que yo fui responsable? Ya te informé de que había sido idea de Genie encontrar el final del arco iris. Yo nada más alegué que era mi

deber protegerla de tu ira, como a menudo me veía obligada a hacer.

Eso sí que le hizo reír.

—¿Pretendes que me crea eso? ¿Debo creer entonces que Eugenie cortó los rosales? ¿O que ella dio un susto de muerte a la pobre Sophie?

—No se puede decir que fuera mi culpa el que consolaras a Sophie con tal desvergüenza —dijo ella en un intento de ocultar una sonrisa impúdica tras su copa.

—En absoluto la consolé. Pero si una niña de ocho años se sube a tu cama y se te agarra a la camisa de noche con la fuerza de diez hombres es porque está muerta de miedo. Y uno se siente inclinado a dejar que se quede.

Claudia entonces se rió de él.

—De acuerdo, tengo que reconocer este argumento —replicó divertida—. ¡Pero yo sólo tenía doce años! ¡Y en realidad no era una historia tan espeluznante!

¡Que no era una historia tan espeluznante! Durante un breve instante, Julian se sintió transportado de regreso a aquella ocasión en la que Claudia a los doce años permaneció ante él en su estudio, con sus manitas formando puños, la mandíbula alzada con gesto desafiante y Eugenie y Valerie encogidas tras ella. *Pero ¿no se os ocurrió pensar que la niña iba a asustarse cuando Eugenie fingiera ser un fantasma?* La naricilla respingona de Claudia se arrugó al oír aquello y había lanzado una mirada de soslayo a su compañera de travesuras. *No me pareció que diera ningún miedo. Tenía que haber hecho algunos ruidos.*

—Era suficientemente espeluznante para una niña de ocho años. Sophie durmió en mi cama durante tres noches antes de que por fin la convenciera de que era Eugenie la que estaba debajo de la tela.

Con una sonrisa avergonzada, Claudia bajó la mirada, y sus espesas pestañas de chocolate se sacudieron sobre sus mejillas.

—Supongo que éramos tal vez un poco despreocupadas —admitió— pero eso no quiere decir que tú no fueras terriblemente rígido.

—¿Qué? ¿Otra vez con lo de rígido?

—Me imagino que el viejo Tinley tendría bastantes problemas para meterte las botas cada mañana.

Julian esbozó entonces una amplia sonrisa.

—¿Con esas estamos? Entonces, ¿qué tienes que decir de los ponis?

—¡Oh, eso no fue en absoluto culpa mía! —insistió Claudia con un resuello de indignación—. ¿Y qué me dices de Genie? ¿Por qué no recuerdas el espantoso comportamiento de ella?

—Querida mía, Eugenie era una verdadera santa. ¿Y supongo que el desastre de los conejos también tiene poco que ver contigo?

Claudia levantó la mano con la palma hacia fuera.

—Por mi honor que eso fue obra de Genie, sin la menor duda.

Julian se rió por primera vez en semanas; una risa que surgió de algún lugar en lo profundo de su vientre y revoloteó por su corazón antes de escapar por su boca.

—Eras una niña testaruda, lo que me extraña es que Redbourne no te encerrara en algún convento.

La sonrisa iluminó considerablemente el rostro de Claudia. *Señor, pero qué ojos tan fascinantes.* Julian bajó la copa y miró por la sala mientras recuperaba la compostura.

—¿Qué te trae a Francia? —preguntó—. Oí decir que estabas molestando al pobre lord Dillbey para que redactara un proyecto de ley que permitiera la creación de organizaciones obreras para mujeres y niños.

Las pálidas mejillas de Claudia se ruborizaron poco a poco y entonces ella adoptó un semblante más serio.

—¿Es eso tan terrible? Los hombres ya las tienen. En Francia se está hablando de permitírselas también a las mujeres.

—¿Y exactamente cómo es que sabes esto? Apenas hablas francés y dudo bastante que puedas leerlo.

Aquello le valió una mueca insolente.

—¡Caray! Hay otras maneras de comunicarse, no es necesario saber francés.

Oh, sí, podía imaginarse que eso era verdad.

—¿Supongo que tus considerables encantos bastan para convencer a Dillbey?

Con un resoplido impropio de una dama, Claudia sacudió la cabeza.

—¡Ni el propio rey podría convencer a Dillbey! ¡Ese hombre es imposible! Está bastante satisfecho de sí mismo, ya que preguntas, y le apetecería que los demás le halagáramos igualmente...

Por lo visto Claudia tenía a lord Dillbey en la cabeza bastante a menudo ya que pasaron buena parte del siguiente cuarto de hora detallando sus muchas idiosincrasias; su aparente desprecio por el género femenino en general no era la más insignificante. Aquello no era del todo cierto, Dillbey era cliente habitual del local de *madame* Farantino, un club para caballeros bastante caro y clandestino, pero sí era verdad que el hombre era bastante odioso, aunque no tanto como Claudia describía. Julian se divirtió muchísimo con el retrato de su largo y delgado cuello y de unos andares peculiares que recordaban a un avestruz vestido para el día de Navidad.

Cuanto mas hablaba ella de Dillbey y de sus causas, más parecía relajarse. Aunque parecía imposible, Julian estaba cada vez más embelesado. La actitud distante con la que ella le había castigado en Château la Claire parecía disiparse por completo, y era fácil ver por qué Claudia era tan popular entre los buenos partidos de la alta sociedad. Tenía una docena de maneras de sonreír que hacían que un hombre se sintiera en la cumbre del mundo. Cuando sus ojos relumbraban con diversión, ese mismo hombre no podía evitar preguntarse cómo brillarían en medio del acaloramiento amoroso.

Dios todopoderoso, ¿no había nada que pudiera dominar su corazón ante esta mujer impertinente, encantadora, obstinada y hermosa?

Phillip nunca la tuvo.

Le avergonzó pensarlo, pero aquella idea, infundada e inoportuna, no dejaba de invadir sus pensamientos. No obstante, Julian se alegraba de ello. Quería para sí el privilegio de abrazarla y hacerle el amor con pasión. La quería toda para él, y en ese momento no le importaba lo que eso pudiera decir de su carácter o de su actos dos años atrás. La deseaba tanto, la había deseado durante tanto tiempo que de hecho a veces se sentía paralizado por un anhelo que le costaba contener. Aquello no evitaba que se viera como un traidor a Phillip, incluso ahora, pero ya no había manera de que tal cosa le importara.

Sólo la quería a ella.

Claudia tenía graves problemas. Oh, sí, muy graves. Serios de verdad.

Hizo girar el contenido de su copa con una mano mientras observaba cómo él acariciaba con sus dedos las líneas de la palma de la mano mientras fingía leerla, una habilidad adquirida sospechosamente en un viaje memorable a Madrid varios años atrás.

Ella había intentado mantener una actitud distante con aquel vividor arrogante, pero sin duda era el ser más inteligente, encantador e ingenioso, ¡y, cielos, qué guapo! Ah, pero sabía lo que andaba buscando. A sus veinticinco años estaba familiarizada con las señales de la seducción más sutil, como leerle la mano, ¡y tanto que sí! ¡Le irritó pensar que aún pudiera sucumbir a semejantes juegos adolescentes!

—Ah. ¿Has visto esta línea? Significa que darás mucho amor y que a cambio te amarán mucho también —dijo él, y alzó sus ojos azabache para mirarla.

—Más bien te gustaría que dijera eso.

—No sabes cuánto —admitió él sin problemas y dejó caer de nuevo la mirada sobre la palma de la mano mientras seguía con languidez aquella línea con la punta de los dedos, rozándola como una pluma. Claudia sintió un delicioso hormigueo en la piel y luego se acordó. Beatrice Heather-Pratt, la esposa del detestable Dillbey, le había susurrado: «*Ningún hombre sabe dar placer a una mujer como Kettering querida mía! Lo que ese hombre puede hacer con sus manos...*». Le había dicho esto a Claudia entre jadeos mientras se ajustaba la toca nada más salir del saloncito de costura en una fiesta de Harrison Green. Ella y Beatrice se habían mantenido pegadas a una pared, observando furtivas a Kettering cruzando como si tal cosa la estancia como un gallo de pelea después de salir de aquel mismo saloncito.

—Y esta línea significa que tendrás una larga vida, aparentemente con muchos nietos que te acompañarán en la vejez.

La piel le quemaba.

—¡Qué tontería, esta quiromancia! —se mofó ella, y retiró la mano.

—Tal vez, pero creo que debo decir algo a su favor. Al fin y al cabo la piel revela muchas cosas del carácter de una persona.

Claudia sintió un hormigueo en el cuero cabelludo. Dio un trago al vino.
—¿A través de la piel? —preguntó ella sintiéndose un poco mareada.

—Sí, y tanto. —Se inclinó hacia delante, a tan sólo centímetros del rostro de Claudia y lo miró con detenimiento—. Por ejemplo, las finas líneas en torno a los ojos de una mujer —murmuró, alzando la mano para rozarle la sien— dicen a un hombre que le gusta reír y que es feliz. —El ardor se disparó por el cuello de Claudia y luego descendió hasta el pecho mientras él dibujaba una línea alrededor del rabillo del ojo—. Y las finas líneas que rodean su boca —continuó, bajando la mirada y el dedo a sus labios— le dicen a un hombre que no es feliz. —Le tocó la comisura de los labios con tal suavidad que el pulso de Claudia de pronto se aceleró. Aunque pareciera imposible, él se acercó aún más. Pretendía besarla. La mente de Claudia gritó para sí que retrocediera, pero se quedó paralizada, incapaz de detenerle, deseando que la tocara con sus labios...

—*Pardon, monsieur.*

Claudia dio un respingo con las mejillas ardiendo, pero Julian se echó hacia atrás con calma y retiró la mano de su mejilla, la mirada aún clavada en sus labios.

—¿*Oui?*

El mesonero informó de algo en un francés aceleradísimo.

—*Merci* —dijo Julian, todavía con la mirada fija en ella—. Parece ser que el *Maiden's Heart* está listo para que subamos a bordo.

—¡Oh, qué buena noticia! —soltó ella con torpeza y bajó la vista mientras intentaba meter la mano en el guante que Julian de algún modo había logrado sacarle. El mesonero dijo algo más y, para cuando Claudia consiguió meter la mano en el apretado guante de piel de cabritilla, Julian se había puesto en pie y se pasaba la mano por su espeso pelo alborotado mientras el mesonero seguía hablando. La miró con aire avergonzado.

—Tenemos un pequeño problema, me temo.

No le gustó cómo sonaba aquello.

—Al parecer debemos al hombre un poco más de la cuenta. Dice que hemos bebido su mejor reserva —explicó e indicó sin convicción la botella vacía.

A juzgar por los problemas que tenía para ponerse de pie, Claudia pensó que en concreto ella sí que había bebido su mejor reserva. Tras agarrarse a la mesa para apoyarse, se impulsó hacia arriba sonriendo alegremente a Julian, y habría jurado que oyó algo muy parecido a un gruñido.

—Claudia... es una historia bastante larga, pero, en pocas palabras, me temo que me has encontrado sin mi cartera.

Claudia pestañeó.

Él frunció el ceño.

—No tengo dinero.

Aquello hizo que se despejara. Por su cabeza pasaron miles de cosas, la menos desagradable era la noción de que él había insistido en disfrutar de su compañía porque se encontraba sin blanca. ¿Y exactamente cómo era que uno de los hombres más ricos de Inglaterra se encontraba en un aprieto así? No quería saberlo.

—Ya veo —dijo y cogió su bolso con brusquedad.

Le miró de arriba abajo y, con sorprendente destreza teniendo en cuenta su estado, consiguió abrir el pequeño monedero y sacar varias monedas que arrojó sobre la mesa.

—Es muy amable de tu parte —murmuró él.

—No es nada —respondió ella con tirantez. ¡Aquel hombre era un mujeriego, siempre lo había sido y sin duda seguiría siéndolo durante el resto de su maldita vida! Debería haber sabido que sus atenciones no eran sinceras, que su deferencia era interesada.

Se detuvo a coger su baúl de viaje, pero Julian se le adelantó y se lo puso con facilidad sobre el hombro.

—Por favor, permíteme —dijo, con su pequeña bolsa haciendo contrapeso en la otra mano.

Oh, ya lo había hecho otra vez. Había permitido que él la pusiera en ridículo. Otra vez. Claudia empezó a andar, haciendo esos más bien, para salir por la puerta, mientras su corazón latía fuerte y lleno de rabia en su pecho, y marchó con indignación por la acera que llevaba hasta el embarcadero.

—Claudia, yo también estoy tan ansioso como tú por llegar a Inglaterra, créeme, pero no sé volar —dijo desde algún lugar tras ella.

Comprendió que casi estaba corriendo y se detuvo, se cruzó de brazos y recorrió con la mirada llena de ira el antepuerto. Julian hizo una pausa para recuperar el aliento y se ajustó el pesado bulto sobre el hombro.

—No es lo que piensas —dijo leyendo su pensamiento.

Que le partiera un rayo si no lo era.

—El capitán tiene mi cartera y mi pistola. Es la manera que tiene Renault de exasperarme. Cuando llegemos a Newhaven, te pagaré por tu generosidad hasta el último franco.

—Debes de pensar que tengo unos modales espantosos para creer que iba a negar un poco de vino a un compañero de viaje —dijo Claudia con su mejor voz aristocrática—. Ahí está el *Maiden's Heart* —añadió con rapidez antes de que él pudiera decir algo más, y marchó a buen paso sin importarle si la seguía o no.

Por suerte, el capitán era el mismo que la había traído a Francia y enseguida la guió hasta el mejor camarote; en realidad, un cubículo pequeño y sin aire. Echada en la hamaca que servía de cama, pugnó consigo misma, intentando no pensar en el Seductor. Aquel hombre era uno de los Libertinos de Regent Street originales, un depravado con una horrible reputación de rompecorazones, un mujeriego despiadado. Para empezar, su mayor error había sido compartir una botella de vino con él.

Y tal error lo era también en otros aspectos, como se dio cuenta en cuanto el barco empezó a moverse. Nunca se había desenvuelto especialmente bien en el mar, sobre todo en las pequeñas embarcaciones rápidas. Con aquella cantidad de vino en el cuerpo empezó a sentirse mal antes de que el barco hubiera salido a alta mar. Intentó afrontarlo lo mejor que pudo, pero al cabo de una hora de viaje necesitó aire con urgencia.

Se apresuró a subir a cubierta, sonrió levemente a dos marineros que estaban enrollando una cuerda tan gruesa como un brazo y buscó frenéticamente un lugar donde pudiera estar sola. En el lado de sotavento encontró un sitio que parecía lo mas privado que se podía esperar y se apoyó en la baranda, respirando profundas bocanadas de aire. Aquello le ayudó a asentar su turbulento estómago y al cabo de unos instantes se sintió mucho mejor, con la cabeza más despejada. Echó una mirada hacia arriba; el cielo nocturno formaba un brillante pabellón encima de ella. La luna

llena iluminaba la travesía y las estrellas relucían como diamantes suspendidos de los cielos. Era un prodigio enorme, natural, del que nunca se cansaba, y durante un momento se olvidó de todo lo demás.

—Pocas cosas hay con una belleza tan impresionante como una noche de estrellas en el Canal.

Con lentitud, Claudia bajó la cabeza y la volvió hacia el sonido de la voz. Él estaba de pie varios metros detrás, con un pie sobre un barril y los brazos apoyados en la rodilla, y de su mano colgaba con descuido un puro. Se había aflojado el cuello y soltado el pañuelo que, a la luz de la luna, destacaba reluciente sobre la parte delantera del pecho. Dio una calada al puro y el extremo llameó incandescente contra el telón de fondo de la noche antes de lanzar el final del cigarro por la barandilla.

—Sólo conozco otra visión con poder suficiente para embargar mi corazón del mismo modo.

Un buen whisky escocés y una mujer de vida alegre en el local de *madame* Farantino, apostó ella.

Julian bajó el pie del barril y, metiéndose las manos en los bolsillos, se paseó hacia ella.

—Hay otra belleza que me corta la respiración una y otra vez.

Tal vez fuera la noche estrellada o el persistente calor del vino, Claudia no lo sabía con exactitud, pero se sentía incapaz de contenerse.

Y se rió; con una carcajada bastante sonora.

Una de las cejas de él flotó hacia arriba, pero continuó andando, cubriendo la distancia que les separaba. El corazón de Claudia palpitó con un extraño revoloteo, una advertencia interna de peligro. Era el vino. Era el vino lo que hacía que su corazón latiera de este modo.

Volvió a reírse.

—Y ahora —dijo él con suavidad, pasando por alto la risita— veo esa belleza a la luz de la luna. —Levantó la mano para tocarle el cuello. Claudia se estremeció como si él la hubiera quemado. Una sonrisa petulante curvó los labios de Julian, quien se inclinó sobre ella obligándola a sentir su respiración en el cuello—. Veo esa belleza a la luz de la luna y me siento compelido por un deseo sobrenatural a estrecharla en mis brazos —murmuró.

Y el repentino deseo de Claudia de encontrarse entre esos brazos la dejó asombrada. De inmediato dio un paso hacia atrás.

—Vaya, vaya —dijo parapetada tras una risita nerviosa—. Pensaba que era yo la que se había bebido casi todo el vino, pero por lo visto, milord también se ha permitido unas copas. Debes de pensar que soy una ingenua tremenda.

—¿Ingenua? No. Inocente, sí.

—No tan inocente como para no saber lo que estás haciendo.

Él puso una mueca.

—Tengo que expresar mi admiración sin reservas. —Y tranquilamente la miró de arriba abajo como si tuviera que demostrarlo—. Eres tan asombrosa bajo los rayos de la luna como a la luz de la mañana, Claudia.

Con un estallido de risa, Claudia sacudió la cabeza con vehemencia.

—Por favor, ¿quieres parar? Me temo que si no me romperé una costilla o me lesionaré de algún otro modo.

—No puedo parar.

Malditas rodillas, pensó Claudia, estaban empezando a temblar, dando crédito a la ridícula teoría que circulaba por los salones de Londres y que sostenía que él, de hecho, podía fundir a una mujer.

—Mira, ya sé qué buscan los hombres, y yo no soy una desvergonzada, Julian.

—Ah, o sea que sí recuerdas mi nombre —dijo él al tiempo que daba otro paso hacia ella. Y otro. De repente no hubo nada más que un fino rayo de luna entre ellos.

—Pues dime, bella Claudia, ¿qué buscan los hombres?

Ella sabía *exactamente* lo que buscaban, pero tenía problemas para hablar en aquel momento porque sus oscuros ojos la estaban perforando, traspasándola por completo, más allá de la fachada de decoro, hasta el mismo centro de calor que de pronto se desplazaba hasta su cuello y su rostro.

—Pla-placer —balbució.

—Mmm —musitó él, y desde detrás de su espalda apareció una mano que le cogió el codo—. No es un mal objetivo, en términos generales. ¿Tal vez —dijo pensativamente mientras la otra mano se deslizaba como si tal

cosa alrededor de su cadera— te sientes un poco celosa de los hombres y de todo ese placer?

Habría protestado, pero la pura verdad de su afirmación la pilló desprevenida, y, por otro lado, la cabeza de Julian descendió tan deprisa que se sintió arrastrada por una oleada de placer antes de que pudiera saber qué estaba sucediendo. La suave presión de sus labios hizo que perdiera por completo el equilibrio y que todo quedara cabeza abajo; perdió del todo el juicio cuando su lengua tocó la juntura de sus labios, recorriéndolos y devorándolos al instante. El leve sabor a tabaco se mezclaba con su aroma masculino; el cosquilleo en sus labios se propagó de pronto como un fuego feroz por todo su cuerpo.

Julian levantó las manos y tomó su rostro entre ellas. Involuntariamente, Claudia abrió la boca bajo la de él, que lanzó su lengua hasta lo más profundo, haciéndola girar contra sus dientes, contra la suave piel del interior de sus mejillas y alrededor de su lengua. Entonces se desplomó hacia atrás y él la cogió fuertemente con un brazo por la espalda, apretándola contra su cuerpo.

¡Ni en el más alocado de sus sueños había pensado que un beso pudiera ser tan descaradamente erótico! Su cuerpo se retorció buscando más y de pronto se abalanzó hacia él, rodeándole el cuello con los brazos. Era como si se viera arrastrada por una extraña bruma que la empujaba contra la baranda, y el muslo de él estaba allí situado estratégicamente entre los suyos, mientras su lengua exploraba su boca siguiendo un ritmo ancestral que ella comprendió por puro instinto y al que respondió de la misma manera. Julian bajó la mano por su pierna y agarró un puñado de faldas, levantando un poco el brocado. Una advertencia primordial resonó en la mente nebulosa de Claudia y entonces intentó apartar la mano.

Él respondió levantándola hacia arriba hasta dejarla sentada en la baranda con una pierna a cada lado de él, atrayéndola con firmeza hacia él con uno de sus vigorosos brazos. Con la mano libre, recogió las faldas hasta que la mano encontró su pierna debajo.

De no haber sido por aquel férreo asimiento que la rodeaba, Claudia se habría caído hacia atrás, directa al mar, y se habría ahogado en un estado de delirio feliz. Las suaves caricias en la parte interior de su rodilla —el

contacto prohibido de un hombre— provocaron una corriente de deseo en toda ella que culminó en un calor húmedo y puro entre sus piernas. Aquel ardor azotaba sin control su pecho y, con dificultad para respirar, jadeó contra la boca de él. Julian retiró los labios y enterró la cara en su clavícula.

—Déjame enseñarte el placer, Claudia —murmuró—. Déjame enseñarte un placer con el que nunca has soñado.

La pasión en su voz le provocó un estremecimiento. Pero aunque su cuerpo anhelaba con ansia algo más —lo suplicaba—, su conciencia chilló una débil protesta. Era Julian Dane, un hombre que en otro tiempo había pisoteado su pobre corazón y luego había matado a su pretendiente por mucho que ahora ella no quisiera pensar en eso. Julian tenía razón tal vez fuera inocente, pero no era ingenua.

Su habilidad para la seducción sobrepasaba con creces la de cualquier hombre que hubiera conocido y le daba miedo darse cuenta de lo rápida y fácilmente que ella se había rendido. Pero él seguía siendo un granuja consumado en el arte de seducir a las mujeres, y las sensuales palabras susurradas a su oído eran firmes evidencias.

—Bájame —murmuró Claudia.

Tras un momento de vacilación, la levantó de la baranda y la sujetó contra él mientras deslizaba su cuerpo entre sus brazos hasta quedarse de pie en el suelo. No la soltó de inmediato, sino que la besó en la frente. Su mejilla sintió el roce de la barba crecida.

—¿Dónde está tu camarote?

Claudia le empujó el pecho, lo cual le sorprendió.

—No seré una de tus conquistas. ¡No me voy a dejar dominar por tus encantos! Guarda tus besos para alguien que los quiera, Julian.

Y con eso, se libró de él y se alejó andando, castigándose en silencio por ser tan débil y casi haberse rendido a sus encantos. ¡Qué tonta llegaba a ser! ¡No había un granuja más célebre en toda Inglaterra! Caray, ¿iba a echarse en los brazos de un hombre sólo porque sabía decirle palabras bonitas? Desde luego que no, ¡y menos aún en los brazos de él!

¡Le despreciaba!

Le despreciaba, ¿verdad?

Capítulo 4

Berkely Street, Londres

Marshall Whitney, conde de Redbourne, acababa de regresar de St. James Palace y estaba rodeado de su corte particular en el estudio sur de su impresionante residencia en la capital, situada en Berkeley Street. Los hombres del comité asesor del monarca se reunían aquí cada tarde, a las seis en punto, y Randall, el mayordomo del conde, servía copas de brandy entre los presentes.

Allí es donde Claudia encontró a su padre al llegar de Newhaven, donde el *Maiden's Heart* había anclado por la mañana bajo un aguacero constante. Tanto su padre como sus invitados se pusieron de pie nada más verla.

—No te esperaba hoy, angelito —dijo mientras ella obviaba su mano extendida y le abrazaba—. Tenía entendido que ibas a quedarte en casa de *madame* Renault otra quincena más.

—La tía de Renault tiene problemas de salud y me daba la impresión de estar molestando —explicó y apoyó la mejilla en el hombro de su padre.

—Ah, qué lástima. Tienes que contarme todo sobre tu pequeña aventura en Francia durante la cena. —Dio un paso atrás para soltarse de su abrazo y sonrió—. ¿Conoces a mis invitados?

Claudia hizo una amable reverencia.

—Buenas tardes, Excelencia —dijo al duque de Dartmoor.

—Lady Claudia —balbuceó él con una rápida inclinación de cabeza.

—Milord Hatcliffe, me alegra ver que su tobillo está muy recuperado.

El más bajo de los dos hombres, lord Hatcliffe, sonrió con aire avergonzado y meneó el tobillo.

—Muy recuperado, milady, cierto. Fue un mal gesto.

—Querida mía, ahora querrás descansar —intervino su padre, Cogiéndola por el codo la acompañó hacia la puerta y llamó con suavidad. De inmediato, un lacayo la abrió de par en par y se mostró dispuesto a atenderles—. Descansa un rato y te veo a la hora de la cena —dijo mientras le soltaba el codo y se volvía hacia el interior de la habitación—. ¿Randall? —Mientras la puerta se cerraba de golpe, Claudia vio cómo su padre indicaba a sus invitados que se sentaran al tiempo que él volvía a su asiento y estiraba la mano para que Randal pusiera la copa en ella.

Despedida. Era la misma escena interpretada cientos de veces en esta casa, y una y otra vez no podía evitar sentirse fastidiada. Tenía que retirarse a sus habitaciones y preocuparse por sombreros, vestidos y téis mientras ellos, los hombres, hablaban del rey y de asuntos de la monarquía y reformas y...

—Señora, ¿debo llamar a su doncella?

Cayó en la cuenta de que seguía de pie en el corredor, mirando la puerta cerrada de roble. Claudia echó un vistazo al lacayo por el rabillo del ojo.

—Gracias, Richard, no es necesario.

Giró sobre sus talones y prosiguió a paso rápido por el pasillo.

Incluso los lacayos estaban aleccionados para creer que era frágil e indefensa, pensó con irritación mientras subía a saltos la amplia y curva escalera que llevaba a los pisos superiores. Frágil, cabeza hueca y útil para una única cosa. Ah, pero así eran las cosas en el mundo de los hombres. Aquel era un pequeño detalle de la vida en el que no había reparado hasta la muerte de Phillip.

Suponía que, como mínimo, podía agradecer eso al Seductor, podía agradecerle por haberla despertado a las desigualdades entre hombres y mujeres.

Eso y la pasión entre ellos.

Claudia se detuvo ante la puerta de sus habitaciones y apoyó la frente contra el frío roble mientras recordaba aquel beso maravilloso y abrasador. No había dejado de pensar en ello ni un solo momento en todo el día y, cada vez que cerraba los ojos, veía su cabello despeinado, el destello de sus ojos negros, la barba crecida en su barbilla. Peor aún, le sentía —oh, Dios, le

sentía—, sus manos en su piel, su lengua en su boca, su respiración en su oreja...

Se enderezó con brusquedad y frunció el ceño mirando a la puerta. Nunca había sentido un anhelo tan desgarrador por Phillip. ¡Phillip! ¡Dios en los cielos, se estaba volviendo loca! Empujó la pesada puerta para abrirla y, tras cruzar el umbral, se dirigió directamente a la alcoba, sin molestarse en llamar a su doncella. Se retiró la pelliza y, una vez desabrochado el fajín de su cintura, se soltó los botones de la parte delantera del vestido de viaje mientras se dirigía hasta la cama, donde se desplomó boca abajo.

Allí estaba otra vez. Aquella sonrisa endiablada obsesionaba su imaginación. ¿Por qué tenía que embelesarla así? ¿Por qué tenía que ser un maldito granuja? Verle otra vez en Francia había desenterrado viejos sentimientos hacia él que pensaba que ya estaban muertos hacía tiempo. Si no la hubiera besado de ese modo, estaba bastante segura de haberle podido enterrar otra vez. Tenía que enterrarle otra vez, porque, por desgracia, el paso del tiempo no había cambiado en realidad su opinión: Julian Dane había llevado a Phillip por ese camino fatal, sin tener en cuenta a persona alguna aparte de sí mismo, y menos aún a Claudia. Pero entonces, él había dejado claro que no era merecedora del afecto de Phillip... igual que otra vez había dejado bien claro que no era merecedora de su afecto.

De acuerdo. La verdad, aunque no fuera a admitirla, era esa: ella fue la primera sorprendida al descubrir que Phillip se había fijado en ella durante el baile en la residencia Sutherland. Le había asombrado que lord Rothembow, uno de los Libertinos de Regent Street, la elite entre los mejores partidos de la sociedad más selecta, se interesara por ella. Tan encantador como imprudente, según contaban, para Claudia era un personaje exuberante, terriblemente apuesto con sus rizos rubios y sonrientes ojos azules. Había disfrutado absolutamente con sus atenciones, pero ¿quién no? Al principio, Phillip la hizo sentir como si significara algo para él, como si fuera importante. La acompañaba a numerosos actos, le regalaba chucherías como muestra de admiración, y parecía sincero en su afecto.

Como era de esperar, no pasó mucho tiempo hasta que sus amigas empezaran a susurrar que Phillip la iba a proponer en matrimonio. Incluso

Phillip lo había insinuado en una ocasión; nada muy directo, la verdad, sólo un comentario casual sobre su futuro juntos. Dios sabía que ella estaba abierta a la posibilidad. En realidad, más bien lo esperaba. Pero luego, en las últimas semanas de su vida, Phillip se volvió cada vez más distante, incluso beligerante, y aquello sólo podía atribuirse al todopoderoso lord Kettering. Claudia seguía por completo convencida de que Phillip nunca se habría alejado tanto de no haber sido por él. Incluso aquella noche horrible y desdichada en que le acompañaba, había llamado a su puerta inesperadamente, bastante bebido... incluso aquella noche él había salido con Julian.

Era la peor noche que recordaba. Era obvio que Phillip estaba bastante ebrio, pese a que normalmente era un maestro a la hora de disimularlo. Pero en realidad no supo lo borracho que estaba hasta que ella le recibió no tan fervientemente como él esperaba. Furioso, había arremetido contra ella, arrinconándola contra la puerta en un intento de obligarla a ser cariñosa con él.

Claudia sintió un escalofrío por toda la columna al recordar cómo le había metido la mano dentro del corpiño, apretando con crueldad su pecho mientras con la otra mano buscaba a tientas su parte más íntima. El miedo se transformó en terror cuando ella se sintió incapaz de detenerle, cuando no pudo impedir que la tratara de ese modo, en la casa de su padre, como a una puta...

Como por obra de un milagro, había conseguido soltar un brazo y abofetearle con fuerza, con cada gramo de fuerza que poseía. Aturdido por el golpe, Phillip retrocedió tambaleante mientras se llevaba la mano a la cara. Y luego se rió. Se rió de ella del mismo modo indolente que Julian se había reído cuando insistió en que Phillip sentía un profundo cariño por ella.

Nunca volvió a verle. Apenas dos semanas después había muerto, después de seguir a Julian Dane y a los demás a un remoto pabellón de caza, para un fin de semana de desenfreno.

Adrian Spence apretó el gatillo, pero Julian Dane lo puso en la línea de fuego.

Y ella no podía olvidarlo, no iba a hacerlo, por mucho que él le subiera la temperatura de la sangre.

Pero, la verdad, aparte de la extraordinaria excepción de la noche anterior, él nunca había dado muestras de sentir el menor interés por ella en todos los años que hacía que le conocía. En todo caso, siempre había huido horrorizado en dirección contraria. No podía evitar recordar el verano de sus doce años y la noche en que había hecho lo impensable: le había dado un beso en la boca. Ella apenas había tenido tiempo de asombrarse de la locura cometida cuando él la apartó con una sacudida tan fuerte que casi sintió sus brazos desencajados. «¡Si alguna vez vuelves a hacer algo tan estúpido, te enviaré a casa inmediatamente, con una carta explicándole a tu padre por qué te han echado de Kettering Hall!», ladró con voz aterradora.

A Claudia se le retorció el estómago de horror por aquella equivocación. Se apartó de él como una exhalación y huyó de la terraza cegada por las lágrimas de vergüenza.

Trece años después, aquel recuerdo aún le producía dolor.

El desasosiego hizo que se incorporara de la cama para acercarse a la ventana.

Aunque continuó acudiendo a Kettering Hall cada verano, después de aquello le vio con menos frecuencia; y en contadas ocasiones, como mucho, para cuando ella ya se hizo mayor. Pero, oh, ¡cómo disfrutaba con los rumores que circulaban sobre los Libertinos de Regent Street! Julian era considerado el sinvergüenza más guapo de todos ellos, capaz de fundir como mantequilla a cualquier mujer sólo con una sonrisa, lo cual hacía por lo visto con una frecuencia alarmante. Si había que hacer caso de los cotilleos, una llegaba a pensar que cambiaba de dama como cambiaba de camisa. Por supuesto, ahora que ella ya era mayor y tenía más experiencia en el funcionamiento del mundo, entendía que hombres como Julian se querían a ellos mismos por encima de todo lo demás.

Al diablo con él.

Oh, de acuerdo. Había visto un Julian diferente cuando murió Valerie. El Julian que velaba el ataúd de Valerie en el estudio con cortinas negras mientras los amigos y familiares acudían a presentar sus respetos. No comió ni bebió en dos días. Cuando Louis Renault intentó convencerle de que

descansara un poco, al menos para recuperar las fuerzas, él les respondió beligerante, lleno de dolor, suplicando a todos que le dejaran en paz.

Cuando el carruaje de la mansión Redbourne se alejó de Kettering Hall dos días después con Claudia en su interior, le vio en el cementerio de la capilla de rodillas junto a un montículo reciente de tierra, y su corazón se rompió en pedazos. No dejó de sollozar durante todo el recorrido de regreso a Londres por un hombre que sufría más allá de lo que ella podía entender.

Pero no había vuelto a ver a ese Julian.

Lo peor era que desde la distancia con que el tiempo permitía mirar las cosas, podía darse cuenta de que Phillip en realidad no era muy diferente de Julian. Al final, ella no era para él más de lo que las mujeres eran para los hombres en general: meros objetos de placer, insignificantes en lo fundamental para el mundo.

Una vez pasado el golpe de la muerte de Phillip, había empezado a mirar a su alrededor y a percatarse de veras la desigualdad entre géneros. Con independencia de su posición las mujeres eran meras pertenencias en la sociedad inglesa: casi por sistema, no recibían educación, vivían bajo la tiranía de un hombre y eran sometidas por completo a sus caprichos. Por lo tanto si algo había aprendido era que deseaba más en la vida que ser la mera anfitriona, la esposa o la amante de alguien. No obstante, ¿cómo romper las cadenas de las restricciones de la sociedad o las costumbres convencionales que nunca antes había cuestionado?

Había reflexionado sobre aquello durante un tiempo sintiéndose inepta para tal tarea, carente de la imaginación necesaria para forzar algún cambio. Luego, un día, encontró a la hijita de una criada de la cocina paseándose por la biblioteca principal. Contenta de disfrutar de un poco de compañía, Claudia fue a buscar un libro que su institutriz le había leído de niña e invitó a Karen a sentarse a su lado para poder leer el libro juntas un rato.

Pero Karen no había aprendido el alfabeto y ya superaba la edad en que una niña debería aprender a leer. Peor aún, Karen no parecía especialmente preocupada por ello. Claudia supo al instante lo que tenía que hacer.

Aquella clara noción le llegó casi al instante: las mujeres tenían que abrir sus mentes si querían conquistar la igualdad y el respeto. Era preciso educar a las niñas más allá del lenguaje más rudimentario y el cálculo más

básico para que pudieran llenar sus cabezas de posibilidades interminables. Las muchachas de clases más bajas, las que menos probabilidades tenían de recibir educación, necesitaban su ayuda más que nadie.

Así pues, abrazó aquella causa con gran entusiasmo, como una meta que daba sentido a su vida, y desde entonces había trabajado sin descanso en ella. Su convicción se fortalecía día a día gracias a las mujeres que conocía y a los muchos sueños y aspiraciones que éstas tenían, con independencia de su posición o situación. Ella aprovechaba su condición social —o más bien la de su padre como confidente del rey— para favorecer su causa. Tenía que admitir que sus esfuerzos no siempre eran recibidos con gran entusiasmo. La mayoría de hombres y mujeres de los círculos más refinados creía que el lugar de una mujer tanto en el hogar como en la sociedad tenía que continuar como hasta entonces y se resistía a cualquier cambio. Había veces en que Claudia se sentía como si intentara mover una montaña, pero ni una vez se rindió. De hecho, estaba disfrutando de un respiro en casa de Eugenie antes de enfrentarse a uno de sus proyectos más importantes hasta la fecha: estaba decidida a conseguir el apoyo financiero necesario para abrir una escuela para niñas cerca de las fábricas londinenses donde muchas mujeres y niñas trabajaban.

Y en eso era en lo que concentraría su atención de inmediato. Se olvidaría de aquel Seductor, olvidaría el beso y olvidaría todo lo de Francia también.

De modo que, después de un baño caliente, cuando descendió a los pisos inferiores para la cena aquella noche, se sentía mucho mejor, con energías renovadas y la atención centrada en la tarea tan importante que tenía ante ella. En la puerta del comedor se le acercó un lacayo que llevaba un gran ramo de narcisos, lirios y rosas: una combinación inusual pero agradable de las mejores flores de invernadero.

—Qué preciosas, Jason. ¿Las ha hecho enviar papá? —preguntó con una sonrisa radiante mientras el lacayo colocaba el gigantesco ramo en una pequeña consola.

—No, milady —dijo él y le tendió una carta. Abrió el sobre, echó un vistazo a la firma y sintió de inmediato una oleada de nerviosismo en su estómago.

Recuerdo con una sonrisa de placer nuestro encuentro en Dieppe, pero aún rememoro con mayor estima el cruce del Canal. Por favor, acepta esta pequeña prueba de mi agradecimiento por tu encantadora compañía durante lo que bien podía haber sido una espera intolerable,

Tuyo, Kettering

A fin de cuentas, el Seductor había encontrado el camino a casa.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Kettering House , St James Square

Walter Tinley, mayordomo de la residencia Kettering durante más de cuarenta años, abrió la puerta de la mansión que daba a St. James Square y de inmediato arrugó su nariz marcada por los lunares propios de la edad.

—Le ruego me perdone, milord, pero da la impresión de que un olor bastante acre le ha acompañado a casa.

Julian fulminó con la mirada al anciano mayordomo; cuanto mayor se hacía Tinley, más irreverente se volvía. Cada año por Navidad, Julian le ofrecía una pensión generosa y una preciosa casita en Kettering Hall en Northamptonshire. Y cada año, el viejo burro declinaba la oferta, decidido a servir hasta el día de su muerte.

—¿Vas a dejarme entrar? —gruñó.

Tinley se apartó, soltando una sonora exhalación cuando pasó.

Irritable y agotado, el ruido de unos pies corriendo asaltó los nervios crispados de Julian mientras entraba en la casa. Con un chillido, su hermana pequeña, Sophie, bajó volando la escalera de mármol y entró en el vestíbulo.

—¡Ya estás en casa! —gritó mientras se echaba a sus brazos. Él la cogió por la cintura y encontró el equilibrio justo antes de que ambos acabaran en el suelo.

—¡Te he echado tanto de menos, Julian! La tía Violet dijo que pasarías otra quincena o más fuera... oh, vaya —dijo de pronto y se apartó con cautela arrugando la nariz—. Oh, cielos —repitió y retrocedió varios pasos.

Con un suspiro de impaciencia, Julian arrojó los guantes al lacayo que se mantenía a la espera.

—Ha sido un viaje bastante duro —refunfuñó—. Tinley me gustaría tomar un baño. Que preparen uno hazme favor.

—Enseguida, cómo no —replicó el hombre y se apresuró todo lo que le permitieron sus viejas piernas. Julian miro con el ceño funcido la espalda del mayordomo mientras se retiraba. Por suerte, Rosie propietaria del invernadero de Park Lane no se había sentido tan ofendida. Pero, claro, él era uno de sus mejores clientes. Los dos caballeros que esperaban para comprar flores frescas parecieron un poco agraviados, sobre todo el que sacó el pañuelo y se lo sostuvo contra la nariz. Bueno, ¡al cuerno! Cuando le ofreció a aquel testarudo diablillo, el único coche que había podido encontrar en Nhewaven, lo hizo convencido de que él podría viajar también en él. Pero, oh, no. Aquello no agradaba a lady Claudia. No iba a aceptar su dinero pero lo que sin duda estaba dispuesta a coger era el carruaje, dejándole de pie bajo la lluvia sin ningún medio de transporte. Tuvo la puñetera suerte de encontrar a un hombre dispuesto a venderle a un viejo jamelgo en vez de verse obligado a quedarse allí.

—¡Tengo muchas cosas que contarte! —dijo Sophie con gran excitación, y Julian forzó una sonrisa. Estaba guapa de pie bajo la suave luz del vestíbulo. No tenía los asombrosos ojos de Eugenie y Ann, o el precioso y espeso pelo negro del que Valerie había estado tan orgullosa. Su pelo era de un castaño desvaído y sus ojos marrones eran pequeños y separados. No es que aquello le importara a él —veía su belleza en tantas otras cosas— pero a la alta sociedad sí que le importaba, y Sophie había tenido muy poca suerte en el mercado matrimonial.

Por desgracia, aquella falta de éxito había minado la confianza de la muchacha. Y por aquel motivo, por encima de todos los demás, Julian despreciaba a la clase distinguida.

—¿De veras? —preguntó, y le hizo un gesto para que le acompañara mientras subía por la escalera.

—Lady Farnhall nos invitó a tía Violet y a mí a tomar el té el último martes mientras lord Farnhall estaba en Edimburgo o en algún sitio por el

estilo, y aunque en realidad yo no quería ir porque tenía bastante dolor de cabeza, tía Violet me convenció ¡y me alegro mucho de haber ido!

—¿Ah, sí? ¿Y a quién viste? —preguntó distraídamente mientras llegaban al primer piso y se metían por el pasillo que llevaba al conjunto principal de habitaciones. Sophie recitó veloz los nombres de todos los asistentes y luego repasó lo que cada uno llevaba puesto mientras cruzaban el umbral de la puerta del alojamiento de Julian. Tras hacer un gesto con la cabeza a Bartholomew, el mayordomo, Julian se quitó el mugriento pañuelo que llevaba en el cuello y lo tiró a la mano estirada del criado. Este un maniático, puso una mueca y sostuvo la ofensiva prenda entre el pulgar y el índice, lejos de su cuerpo, mientras Sophie continuaba con su charla sobre una seda o algo que la señorita Candace Millbrook se había puesto para el té. Julian, con un conveniente *ah* de vez en cuando, desapareció en el interior de su vestidor para quitarse las botas. Se estaba abanicando el repugnante olor que despedían cuando oyó el nombre de sir William Stanwook. Se incorporó en el asiento.

—¿Perdón? —dijo en voz alta a través de la puerta.

Siguió un momento de silencio y luego un débil:

—Sir William me hizo una visita.

Al instante Julian estaba de pie en la habitación principal, haciendo caso omiso de sus pies descalzos y los faldones colgando de su camisa.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó.

El rostro de Sophie perdió al instante todo color.

—Estuvo... estuvo el miércoles.

Hizo un esfuerzo supremo por mantener la compostura, pero, maldición, ¡qué difícil! Varios años mayor que ella, sir William Stanwood era un hombre odioso que no tenía otro interés en Sophie aparte de la obscena cuantía de su dote y la generosa asignación anual que le había dejado su padre. Su reputación era sórdida, se sabía que estaba con un pie dentro de la prisión de deudores y se rumoreaba que tenía una veta mezquina en lo referente a las mujeres de origen humilde con las que trataba. Su conexión con las periferias de la alta sociedad era indirecta, por decir algo, debida sobre todo a una relación sanguínea vaga pero aparentemente real con el vizconde de Millbrook.

—Sophie —empezó Julian, pero se detuvo mientras ella se hundía en un sillón de cuero junto a la chimenea, con expresión a la vez esperanzada y temerosa. Fantástico. Estaba a punto de pisotear una esperanza verdadera que su hermana creía que le quedaba. Oh, Julian no tenía duda de que llegaría el día en que Sophie se casara, y cuando lo hiciera lo haría con un hombre que no sólo tuviera la distinción apropiada sino que además ofreciera garantías de tratarla bien. Y desde luego, ése no sería William Stanwood.

Julian se pasó la mano por el pelo y se volvió hacia su asistente:

—Nada más —dijo, y esperó a que Bartholomew saliera de la habitación para hablar otra vez—. Pensaba que habíamos acordado durante la Temporada que no harías caso ni corresponderías a las atenciones de sir William, ¿cierto? Era un acuerdo, entre tú y yo.

La mirada de Sophie descendió con culpabilidad sobre su regazo. Se encogió de hombros y se estudió las manos.

—He dicho que me hizo una visita, nada más. No he dicho que le recibiera.

Oh, no. No había criado a cuatro muchachas sin aprender un par de sus trucos.

—No, no has dicho eso... ¿Le recibiste?

Otro encogimiento de hombros, más leve.

—Tal vez un momento —musitó y alzó la vista, y se avergonzó de lo que vio allí, fuera lo que fuera—. ¡Hubiera sido demasiado rudo hacerle ese feo! ¡Tía Violet nos hizo compañía! ¡Vino porque estaba por aquí cerca y pensó en presentar sus cumplidos! ¿Qué daño hay en eso?

¿Daño? El daño era que Stanwood se metería en su vida como una culebra, luego apretaría hasta dejarla sin respiración. ¿Cómo explicarle a una joven que el único hombre de Inglaterra que sentía algo por ella era un canalla degenerado que iba detrás de su dinero? Se fue hasta la ventana y, mientras pensaba con precisión cómo decirle las cosas para no hacerle daño, el músculo de su mandíbula funcionaba sin parar.

—Lo último que querría sería llevarte la contraria, Julian, pero pronto tendré veintiún años. No puedes decirme a quién puedo y a quién no puedo ver.

El desafío de sus palabras, impropio de ella, le atravesó con un rayo de miedo. Julian se volvió de súbito y en pocas zancadas cubrió la distancia entre ellos. Sophie dio un respingo e intentó levantarse del sillón, pero él la cogió por el codo y la puso en pie de un tirón, sosteniéndola con fuerza.

—No pienses —dijo en voz baja— que te voy a permitir verle ni siquiera entonces, pequeña. Aún seguirás en *mi* casa, bajo *mi* protección, y nunca tendrás *mi* permiso para recibirle, ¿me entiendes?

Sophie pestañeó abriendo los ojos, sacudió el brazo para que él la soltara y dio unos pasos tambaleándose hacia atrás.

—¿Y por qué no quieres que sea feliz?

—¡Por supuesto que quiero que seas feliz, Sophie! Pero no encontrarás la felicidad en tipos como él. Debes confiar en mí... sé qué es lo mejor para ti.

El labio inferior de Sophie tembló.

—¡No sabes nada! —lloriqueó y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Sophie!

Ella se detuvo en seco, de espaldas a él, con las manos en el pomo de porcelana.

—No vuelvas a verle.

Salió disparada por la puerta sin volver la mirada. Al oír sus sollozos apagados mientras huía por el pasillo, Julian suspiró cansinamente... luego se fue en busca de aquel baño.

Cuando la hermana mediana de Julian, Ann, envió una nota al día siguiente en la que le invitaba a pasar la velada junto con unos pocos amigos, Julian aprovechó enseguida la oportunidad, ansioso de escapar de la melancolía en que había sumido toda la casa la desdicha de Sophie. Al llegar a casa de Ann, Julian saludó a su hermana, exclamó con horror cuánto había engordado durante su breve ausencia y sonrió cuando una risueña Ann le recordó que estaba embarazada de cinco meses.

Los «pocos amigos» de Ann de hecho sumaban varias docenas, y tuvo que abrirse camino entre la aglomeración hasta reunirse con Victor, el marido de Ann, para tomar una copa de jerez junto al aparador. El vizconde

de Boxworth, a quien Julian sacaba una cabeza, era un hombre tranquilo que sorbía el jerez mientras observaba encubiertamente a Ann revoloteando por el salón de un invitado a otro. Era algo de Victor que a Julian le encantaba: adoraba a Ann. Y ahora que estaba embarazada, apenas era capaz de quitarle los ojos de encima. Mientras los dos comentaban cuestiones intrascendentes —de hecho Julian era el que más hablaba—, se preguntó qué se sentiría al saber que uno había puesto una vida en el vientre de una mujer, conocer esa clase de amor que como resultado daba una imagen de uno mismo.

Victor acababa de preguntarle algo acerca de su viaje a París cuando lady Felicia Wentworth entró majestuosa y decidida en la estancia. Julian frunció el ceño. En más de una ocasión, Felicia había dado a conocer los deseos que él le inspiraba, y no podía decirse que estuviera de ánimo para rechazar sus insinuaciones. Pisándole los talones entraron lord y lady Dillbey. Oh, espléndido. En una ocasión coincidió con lady Dillbey en una oscura biblioteca, bien... fue su mano más bien quien la encontró. Desde entonces, ella prácticamente le perseguía de baile en baile, y él tampoco estaba en absoluto de ánimo para eso. Se despidió de Victor y sin prisas se abrió camino hasta la parte posterior del gran salón, deteniéndose a menudo para saludar a los conocidos.

Estaba hablando con la hermana del desafortunado lord Turlington —a quien un buen día en Eton Julian, por casualidad, había metido la cabeza en un orinal— cuando vio a Claudia. Pese a que tenía lady Elizabeth apoyada en él, haciéndole ojitos y obstruyendo la vista sin dejar de parlotear sobre un tema insulso tras otro, Julian la vio, Bertie Rutherford estaba a su lado, el muy imbécil se la comía descaradamente con los ojos y con frecuencia hundía la mirada en el escote de su bonito vestido color ciruela.

Julian expresó sus disculpas a una desilusionada lady Elizabeth y se adelantó andando despacio.

Sonrió de un modo encantador cuando Claudia abrió los ojos con evidente sorpresa por verle allí.

—Buenas noches, lady Claudia —dijo con una graciosa inclinación, y luego añadió cortésmente—, Rutherford. —Para obstruir cualquier saludo

que Bertie pudiera tener el aplomo de expresar, se apresuró a centrar toda la fuerza de su atención en Claudia.

—Ah, lord Kettering, ya veo que ha encontrado el camino de regreso desde Francia. —Sonrió de modo irreverente—. ¿Supongo que el viento le empujó de vuelta hasta las costas de Inglaterra?

Mozuela desvergonzada.

—De hecho, soplado por una tormenta, y desde allí tuve que recorrer andando toda la campiña, ya que era bastante difícil alquilar un carruaje en Newhaven. —Sin el menor remordimiento, la muy diablillo de hecho se rió al oír esto. El petimetre de Bertie miraba como si intentara pensar algo ingenioso que decir, de modo que Julian se movió un poco hasta situarse parcialmente entre Bertie y Claudia—.¿Entiendo que le llegaron las flores?

Los ojos de Claudia refulgieron con gran diversión.

—¡Pues claro! Qué amable de su parte acordarse de los hombres que han servido a nuestra querida Inglaterra. Todos los internos del hospital de Chelsea quieren escribirle una nota de agradecimiento, como bien se merece, ya que su sala de actividades se iluminó considerablemente con su considerado gesto.

Con un aire un poco confundido, como era usual, Bertie se quedó mirando a Julian con ojos de miope.

—Le ruego me perdone, pero ¿ha mandado flores a los internos del hospital Chelsea?

—No exactamente —respondió con suavidad.

—Oh, claro que lo ha hecho —le contradijo una animada Claudia—. Por lo visto le apasionan los militares.

—Mi pasión, en realidad, señora, es...

—... sin duda incesante —interrumpió ella risueña—. ¡Oh! Veo a Lord y a lady Dillbey. Por favor discúlpeme, señores, me gustaría mucho presentar mis respetos —dijo y en seguida se quitó de en medio.

Bertie suspiró con anhelo observando como se marchaba, luego miró a Julian.

—¿Los militares, eh? A mí me gusta bastante la Armada.

—¡Oh, por el amor de Dios, Bertie! —soltó Julian con irritación y se fue dando zancadas tras el diablillo.

Dillbey se iluminó como un candelabro cuando Julian se acercó.

—¡Kettering! ¡Debe participar en nuestro pequeño debate! —Llamó bulliciosamente mientras tendía una mano para saludarle. Julian hizo un gesto con la cabeza a los hombres que estaban con Dillbey, luego se inclinó a su pesar sobre la mano que lady Dillbey le ofreció. Ella le dedicó una sonrisa descaradamente insolente que su marido no pudo evitar ver. Claudia sin duda también la vio a juzgar por la forma en que frunció el ceño.

—Lady Claudia, nos encontramos otra vez.

—Sí, es asombroso que suceda, ¿no? —musitó.

—Lady Claudia nos estaba explicando en este momento para fascinación de todos que los franceses están debatiendo las posibles ventajas de las organizaciones de mujeres trabajadoras —explicó Dillbey—. Por lo visto, ha confirmado lo que nosotros ya veníamos sospechando... ¡que los franceses son imbéciles! —Se rió de su propio chiste al igual que los dos dandis que estaban a su lado. A Julian le pareció un comentario de bastante mal gusto y casi pudo percibir la incomodidad de Claudia—. Milady, ciertamente llega a ser muy divertida —continuó Dillbey sonriendo a Claudia—. ¡Tengo que llegar a la conclusión de que las jóvenes que acuden a su salón salen con impresiones muy, pero que muy extrañas! —Volvió a reírse; los dos dandis se rieron entre dientes esta vez con mucho menos entusiasmo.

—¡Milord! —exclamó lady Dillbey, sin duda azorada—. ¡Eso simplemente no es cierto!

—¡Y tanto que sí! —insistió con obstinación el viejo necio—. ¡Querida mía, incluso tú te quedaste por completo atónita con su sugerencia de que las mujeres deberían ocupar escaños en el Parlamento! —le recordó. De pronto un recuerdo invadió la mente de Julian:

Valerie sentada en el extremo de una silla con los pies colgándoles sobre la alfombra. *Claudia dice que en el Parlamento deberían sentar sólo mujeres, porque los hombres discuten demasiado.*

—¿Por qué las mujeres no iban a ocupar escaños? —preguntó Claudia con una sonrisa encantadora a los dos petimetres—. ¿Por qué los hombres tienen que pensar que son los únicos que saben qué es lo mejor para todos?

—Porque así es —respondió Dillbey en un tono sorprendentemente cortante—. Las mujeres desconocen temas como los asuntos de estado, lady Claudia, y los hombres no quieren que sus esposas e hijas se vean abrumadas indebidamente por las decisiones difíciles que deben tomarse para resolver los asuntos de la nación. Además, no es que sean el tipo de cosas que se puedan hacer basándose sólo en las emociones.

Al hombre no le caía bien Claudia, Julian se percató de ello y sintió una punzada de rabia.

—Le ruego me disculpe, milord, no es que quiera provocarle, pero tengo que discrepar, con todos mis respetos —dijo Claudia con suma cautela—. Las mujeres no somos tan simples como para no poder aprender, ni tan frágiles como para no poder tomar decisiones difíciles.

Aquello hizo que el rostro de Dillbey se pusiera como la grana. Al percibir la inminente explosión, Julian se apresuró a intervenir.

—Tiene usted toda la razón, lady Claudia. De hecho, espero poder convencerla para que me ayude a tomar una decisión difícil esta misma noche. —Aquello consiguió atraer la atención de todo el mundo, incluso la mirada asesina de lady Dillbey.

—¿Qué decisión, milord? —preguntó Claudia con frialdad.

—Tengo ganas de hacer un donativo desinteresado al hospital de Chelsea. —Echó una ojeada a Dillbey—. Siento cierta pasión por los militares, ¿sabe? —Y volviendo la mirada a Claudia, esbozó una amplia sonrisa—. Pero no estoy del todo seguro en cuanto a la cantidad. Usted es una de las benefactoras del hospital, ¿no es así?

—Sí.

—Espléndido. ¿Puedo abusar entonces de su amabilidad?

Ella vaciló sólo un momento.

—Por supuesto —dijo, y con un ademán de cabeza al pequeño grupo, caminó en la dirección del gesto de Julian.

Él saludó con la cabeza a los demás y se colocó al lado de ella. Esperó a encontrarse fuera del alcance de sus oídos para decirle:

—Es un idiota, Claudia. No le hagas caso —murmuró mientras se deslizaban entre la multitud.

—Pero es el líder de los moderados, y los moderados son los únicos con la influencia necesaria para introducir reformas en ambas cámaras

Su perspicacia política sorprendió a Julian, quien la miró con atención, preguntándose quién le habría explicado eso.

—Ah, creo que lady Wentworth reclama su presencia —dijo Claudia. Julian alzó la vista y dio un respingo. Sí, Felicia estaba reclamando su presencia, agitando su abanico como una meretriz desde el otro lado de la sala.

—Lady Wentworth puede esperar —dijo de manera cortante y guió a Claudia en la dirección contraria, hacia un aparador lleno de grandes cuencos de cristal con ponche de vino—. Aunque él sea un moderado, también... —

—¿También debe esperar la señorita Early? —Interrumpió Claudia. Con un gemido silencioso, Julian echó una ojeada por encima de su hombro. La señorita Drucinda Early estaba avanzando rápidamente del brazo de su prima, Dalton Early, quien no era más que una conocida ocasional de Julian.

—Señorita Early —dijo arrastrando las palabras.

—¡Lord Kettering! ¿Qué tal está? —chilló como un cerdo degollado.

—Discúlpeme, por favor —murmuró Claudia, y antes de que Julian pudiera cogerla, se le había escurrido entre los dedos. Lo que la señorita Early dijera después de aquello, Julian ni siquiera lo oyó. Lo único que vio fue a Claudia abrazando a Ann antes de salir seguidamente de la abarrotada habitación a solas, llevándose con ella su alocado corazón.

Capítulo 6

Dos días después, Claudia se había recuperado por completo de la aparición inusitada de Kettering en casa de Ann y había atribuido sus atenciones a su vocación de Seductor. Con la seguridad de que aquel tonto encaprichamiento se le pasaría pronto, si no había sucedido ya, acudió a los oficios religiosos con su padre.

Mientras permanecía a la espera en el atrio —su padre estaba hablando con el párroco, aguardando el momento apropiado para hacer la entrada adecuada a su rango social—, se puso a admirar en silencio un gran ramo de rosas. Mientras tocaba con el dedo un capullo rojo, dio la puñetera casualidad de que se le partió en la mano. Consternada, miró a su alrededor de forma encubierta con la esperanza de que su padre no lo hubiera visto, ya que era ese tipo de cosas que le provocaban un ataque de nervios. Por descontado, no había ningún sitio para deshacerse de la evidencia, de modo que lo metió apresuradamente en su cartera.

—Chist, chist. —Claudia se quedó petrificada en cuanto reconoció la socarronería de aquella voz. Lentamente se volvió y lanzó una mirada feroz al Seductor. Pero, maldición, vestido con una levita azul de tejido extrafino y con aquella sonrisa malévola, estaba especialmente guapo aquella mañana. Al instante, el pulso de Claudia adquirió un ritmo acelerado.

Julian, mirando su pequeña cartera bordada con cuentas, sacudió la cabeza con aire triste.

—Me pregunto para qué se molesta en venir a la iglesia.

¡Era la última persona del mundo que podía decirle eso!

—Le ruego me perdone pero...

—Cielito, ya estoy listo —dijo su padre a su lado—. Buenos días, Kettering. Me alegra mucho que se una a nosotros al menos de vez en cuando.

El muy libertino le sonrió con generosidad.

—Lord Redbourne, es un placer para mí asistir de tanto en tanto

—Sí, por supuesto —contestó cortante su padre, y cogiendo Claudia por el codo, la guió hasta el pasillo central de la iglesia mientras saludaba imperioso con la cabeza a sus conocidos en los bancos de ambos lados. Murmuró en voz baja a su hija—: Será que hace día especialmente frío en el infierno para que Kettering haya decidido unirse a nosotros, ¿mmm?

Sí, bien, no sólo había decidido «unirse» a ellos, sino que también había decidido sentarse justo detrás de ella. Como resultado, a Claudía le picó la piel durante todo el servicio: podía sentirle observándola, sus ojos quemándole la piel del cuello. ¡En medio del sermón estuvo convencida de que sentía su aliento en la nuca! Aquella repentina fascinación la estaba volviendo loca, ansiosa en extremo, y le hacía imaginar cosas imposibles. Permaneció sentada con gesto rígido y las manos agarradas con fuerza sobre su regazo, temerosa de moverse tan sólo una fracción de centímetro, no fuera que pensara que tenía algún efecto sobre ella.

Cuando la congregación se levantó para el Gloria, su intensa voz de barítono se deslizó sobre Claudia como la seda y, por estúpido que fuera, sintió incluso cierto desmayo. Mientras volvían a ocupar sus asientos, ella ya no pudo aguantar más y le echó una mirada furtiva, por encima del hombro. Él alzó una ceja y asintió con cortesía. ¡O ¡No podía soportarlo! Tal vez pudiera engatusar a otras damas con su encanto, pero a ella no. Oh, no, a ella no. Cuando concluyó el oficio subió por el pasillo del brazo de su padre sin tan siquiera mirar en su dirección, segura de que él estaría riéndose y decidida más que nunca a poner fin de una vez por todas a este absurdo.

Al otro lado de la ciudad, Doreen Conner, una mujer con manos encallecidas a la que le fallaba la vista, estaba sentada en una mecedora igual que cada día hasta bien pasada la medianoche, haciendo cualquier trabajo a destajo que le dieran. Era una labor dura, tediosa, a veces le dolía

la espalda más de lo que creía posible soportar, pero aquí las cosas estaban mejor que donde había estado antes, y estaba agradecida de poder trabajar aún a su edad.

Doreen había venido a Londres desde Irlanda hacía tantos años que ya no sabía cuántos, antes de la emancipación católica y antes de que su padre descubriera que llevaba un hijo de Billy Conner. Ella y Billy habían viajadaquí para no tener que trabajar la tierra como sus padres, quienes tenían problemas para poner un plato de comida cada día encima de la mesa. Se casaron en una pequeña iglesia cerca del mercado de pescado de Billingsgate y con las monedas que habían reunido —a las que sumaron las pocas que les dio el amable párroco— alquilaron una habitación encima del local de un zapatero en St. Giles.

Billy salía cada mañana en busca de trabajo y regresaba cada día, a veces bebido, y otras totalmente deprimido. Doreen arreglaba su pequeña habitación, lavaba la ropa y la llevaba a la fuente comunitaria para aclararla, traía su porción diaria de pan e intentaba preparar algo de comer. A veces, cuando el panadero se sentía generoso, le daba una patata para hacer sopa. Para cuando nació el pequeño Neddie, Doreen ya había llegado a la conclusión de que Billy nunca encontraría trabajo. Se había juntado con unos paisanos irlandeses resentidos, pero a Billy le ponía como loco que ella dijera aquello y, cuando llevaba encima una o dos copas de su whisky irlandés favorito, le pegaba sólo por pensarlo.

Hicieran lo que hicieran aquellos inútiles durante el día, no era suficiente para alimentarles, por no hablar del mantenimiento de Neddie. De modo que Doreen empezó a coger trabajo a destajo de las fábricas textiles. Apenas pagaban lo suficiente para alimentarles, de modo que cuando abrieron una nueva fábrica, se fue a pedir trabajo allí como tejedora. Traía a casa unos pocos chelines cada semana y escondía lo que Billy no se bebía, pero al final parecía que sólo trabajaba desde el amanecer a la noche para que Billy pudiera tomarse su whisky irlandés.

Una noche, Billy no regresó a casa. Doreen se puso histérica cuando uno de sus compadres le dijo que la había palmado a orillas del Támesis. Desquiciada, se fue corriendo hasta el lugar donde se encontraba la fosa común. Un hombre amable se compadeció de ella y la acompañó hasta un

gran agujero donde echaban los cadáveres y, allí, ella y el hombre arrancaron las botas de los pies tiesos de Billy. Con las botas agarradas contra el pecho, Doreen se encaminó de regreso a casa. Al final, podía dar gracias a Billy de dos cosas: haberle dado a Ned y un par de botas resistentes.

Aún las guardaba.

Después de la muerte de Billy, el zapatero no quiso tener una mujer sola ocupando una habitación por la que podía conseguir una libra o dos más si la alquilaba a un padre de familia. De modo que Fanny Kate, una mujer a la que había conocido en la fuente, le dio alojamiento durante un tiempo. Doreen compartía parte de su semanada con Fanny Kate a cambio de que le cuidara al pequeño Ned junto con sus propios hijos mientras ella se dejaba las manos como tejedora, soportando los manoseos y las insinuaciones lascivas del supervisor. Despreciaba a aquel hombre, con su gran barriga y horrible dentadura, pero no tenía otra opción que soportar aquello, pues era el único trabajo que podía conseguir.

Un día, cuando Doreen regresó de la fábrica, Ned ya no estaba en casa de Fanny Kate para darle la bienvenida. Ésta alzó la vista de su faena a destajo lo justo para contarle que el chico se había escapado con unos pillos de la calle. Por primera vez en su vida, Doreen sintió verdadero pánico. Se metió las botas de su difunto marido y recorrió todas las calles de St. Giles buscando en cada portal y cada callejuela a su hijo de seis años. Con cada paso que daba, más comprendía que no conseguiría criarlo como era debido para que se hiciera un hombre, no de aquella manera.

Encontró a Neddie en los muelles pidiendo medio penique a los elegantes señores que subían a sus elegantes barcos que les trasladarían río arriba a sus señoriales y grandes casas. Doreen se lo llevó de vuelta a casa de Fanny Kate y pasó toda la noche sentada pensando en lo que tenía que hacer. Al día siguiente, ella y Neddie fueron a ver al supervisor a su habitación, cerca de la fábrica. Doreen le ofreció el uso de su cuerpo a cambio de un lugar donde dormir y donde tener a su Ned.

Aquel arreglo funcionó lo bien que podía esperarse hasta que el viejo verde la dejó embarazada. A partir de entonces no mostró el mismo interés por ella y cuando engordó la echó a la calle. Entonces pudo meterse en un

asilo para pobres, donde permitieron que se quedaran ella y Ned porque éste ya tenía ocho años y era suficientemente mayor para trabajar. Los dos trabajaban hombro con hombro en la sala de carda de una fábrica hasta que ella rompió aguas y dio a luz a una niña perfecta a la que llamó Lucy. Fue porque Dios quiso, supuso, que consiguiera llenar las tripas de sus niños durante aquellos años. Recurría a los hombres cuando hacía falta, pero por suerte, ninguno volvió a dejarla embarazada.

Cuando Ned se convirtió en un joven alto, delgado y guapo, lo único que quería era hacerse marinero. Solía observar los barcos que entraban en el Támesis y fantocheaba que un día él conocería mundo y traería a casa un guapo marinero para que se casara con Lucy, y vestidos elegantes para su madre. Lo único que quería Doreen era que su hijo viera cumplido su sueño y trabajaba cada día, incluso cuando tenía tanta fiebre que apenas sabía como se llamaba. Hacía grandes sacrificios con el dinero, ahorraba y por fin tuvo bastante para comprarle un par de botas nuevas y dos camisas buenas de lana para que pudiera marcharse y ser marinero. Su Ned se despidió de ella una luminosa mañana, cuando tenía quince años, y ella supo mientras le veía marchar con su saco de algodón echado encima del hombro que nunca más volvería a verle.

Ella y Lucy continuaron en la fábrica como tejedoras. Lucy se convirtió en una guapa niña de ojos verdes y pelo rubio, y cuando empezó a desarrollar curvas, los muchachos se fijaron en ella. Su madre intentó hacer lo mejor por ella y la advirtió de lo que buscaban los hombres, pero la muchacha parecía no escuchar. Sólo tenía trece años cuando el hijo del supervisor se la llevó detrás de la fábrica y le enseñó lo que un hombre le hacía a una mujer. Y tan sólo catorce cuando otro joven la dejó embarazada. Y acababa de cumplir los quince cuando ella y aquel bebé murieron en su mugriento catre, sin poder separarse como debían el uno del otro.

Cuando Lucy murió, Doreen se sintió como si hubiera perdido el brazo derecho, pero regresó al trabajo al día siguiente como siempre había hecho. Dejó que el nuevo supervisor le dijera que había llegado tarde y que tenía que pagar una multa y dejó que las otras mujeres le quitaran el pan de su cubo para que tuvieran con que alimentar a sus niños aquella noche. Dejó que todo el mundo abusara de ella día tras día, sin sentir nada. Sonreía

cuando algunas señoras elegantes venían a hacer sus actos caritativos y no sentía nada ante sus miradas de repugnancia horrorizada mientras pasaban. Dejó que el supervisor la vapuleara los pechos cada vez que quisiera, sin sentir nada cuando su repugnante aliento llegaba a sus pulmones. Se desplazaba en la hilera cuando llegaba una nueva mujer y quería ocupar su sitio en el puesto de carda. No sentía... nada.

Hasta una mañana fría y ventosa. Doreen reconocía que no sabía con exactitud qué había cambiado entre la hora en que se fue a dormir y la de levantarse aquella mañana. Pero cuando sonó el silbato señalando la hora de empezar el trabajo, se sintió diferente. Sabía que algo había cambiado cuando llegó una mujer nueva y le dijo que se moviera y ella fingió no oírla. Sabía que era diferente cuando aparecieron las damas benefactoras, todas deslumbrantes con sus elegantes trajes y joyas, y ella les puso cara de pocos amigos al pasar. Y cuando el supervisor le dijo que tendría que responder por una de las grandes máquinas ovilladoras que le había enganchado la falda y se la había roto, Doreen se oyó a sí misma diciendo que no. El supervisor no daba crédito a lo que acababa de oír, cogió la vara que utilizaba cuando una mujer no hacía lo que él quería y la golpeó con fuerza en el hombro. Pero ella volvió a decir que no, todavía más fuerte, y el hombre habría seguido hasta matarla a golpes de no haber sido porque llegó aquel ángel y se la llevó.

Por supuesto, sabía que no era un ángel de verdad. Era una de esas damas caritativas, con bonitos ojos grisáceos, oscuro pelo caoba y un vestido confeccionado con un tejido tan bueno que ella nunca había visto nada igual. Apoyó su mano en la suya. Ninguna de las damas benefactoras la había tocado cuando venían a inspeccionar el lugar. Pero aquel ángel sí que lo hizo, la ayudó a levantarse, y salió de la fábrica por última vez.

El ángel la llevó a una pequeña y ordenada casa de la ciudad, en Upper Moreland Street, muy lejos de las fábricas. Eso sucedió un año antes, y desde entonces Doreen permanecía en la pequeña casa unifamiliar, ya que la señorita Claudia le había pedido que se encargara del cuidado del lugar. En el transcurso de aquel año, varias mujeres más habían venido y se habían ido, todas ellas con muy mala suerte, algunas magulladas, otras necesitadas tan sólo de un lugar donde tener a sus hijos a salvo durante un

tiempo hasta que pudieran idear cómo alimentarles. El lugar era en buena parte secreto ya que la señorita Claudia decía que en ocasiones una mujer necesitaba encontrar su rumbo sin que interfiriera su hombre o el magistrado o el supervisor. Esa era la regla que tenía para la casa: cualquier mujer que se quedara tenía que prometer que no contaría nada sobre ese lugar a nadie, a no ser que se tratara de una mujer necesitada.

Doreen mantenía la casita limpia, se aseguraba de que todo el mundo tuviera comida suficiente y una cama limpia donde dormir, y a cambio de aquello la señorita Claudia le daba una paga mensual. Pero era demasiado generosa según la manera de pensar de Doreen, de modo que pasaba las veladas haciendo trabajo a destajo, con la esperanza de que algún día pudiera pagar a la señorita Claudia por toda su amabilidad. Dudaba que hubiera dinero suficiente en todo Londres para hacerlo, pero de todos modos ella trabajaba.

Y estaba trabajando aquella tarde en la que vio que el carruaje de la señorita Claudia se detenía junto al bordillo. Hizo una pausa y la observo descender y luego coger una caja que le tendía el chofer. Un ceño arrugó la frente de Doreen; algo había cambiado desde el regreso de la señorita Claudia de Francia. Oh, seguía sonriendo con esa dulce sonrisa suya, pero había una mirada distante en sus ojos y cierta vacilación en su habla. Era casi como si tuviera la mente en otro mundo. Aquello no era asunto suyo pero de cualquier modo, tenía alguna intuición de lo que la aquejaba. No había estado trabajando rodeada de mujeres toda su vida para no saber un par de cosas acerca de ellas.

—¡Buenos días, Doreen! —saludó con alborozo la señorita Claudia mientras entraba.

—Es la tarde. ¿Tiene fiebre? —preguntó Doreen cruzando los brazos sobre el pecho.

La señorita Claudia pareció sorprendida.

—¿Fiebre? Por supuesto que no —contestó y luego se rió.

—No tiene muy buen aspecto. No lo tiene desde que regresó —insistió Doreen.

—Me encuentro muy bien, te lo aseguro —dijo, y entró majestuosamente en el salón; una vez allí dejó la caja en el suelo. Se quitó

el sombrero y lo mantuvo colgado de la mano durante un momento mientras permanecía con la mirada perdida—. Oh, cielos, ¿aún no han arreglado la silla? Le pedí al señor Walford que viniera lo antes posible —dijo y dejó caer el sombrero distraídamente. Al suelo.

—El señor Walford ha dicho que vendrá mañana...

—Dijo lo mismo el lunes...

—Vendrá cuando tenga tiempo. Siéntese mientras le sirvo un poco de té —insistió Doreen, pero la señorita Claudia no le hizo caso. Puso patas arriba la silla rota e intentó atornillar la pata ella misma.

—Aunque parezca fácil, no consigo ajustar la pata como es debido.

—Yo ya lo he intentado. Esa silla necesita la mano de un hombre. —Echó una ojeada a la señorita Claudia por el rabillo del ojo mientras ella continuaba contemplando la silla con las manos en jarras—. Lo mismo que usted, a decir verdad.

Con un resuello de sorpresa, la señorita Claudia miró boquiabierta a Doreen.

—Perdón, cómo...

Doreen esbozó una amplia sonrisa, rara en ella, que mostraba su dentadura incompleta.

—No es que sea asunto mío, señorita, pero tiene esa mirada, si no le importa que se lo diga, de hecho la tiene desde que volvió de Francia —continuó mientras le servía con calma una taza de té.

—¿Esa mirada? ¿Qué mirada? —quiso saber Claudia mientras cruzaba con rapidez la habitación para aceptar la taza de té que Doreen le ofrecía.

—Esa mirada. La que se le pone a una mujer cuando se le ha metido un hombre en la cabeza y no hay manera de sacárselo. —La alusión era suficiente para que la señorita Claudia adquiriera un intenso matiz rosa, y Doreen se hundió en su silla—. Déjeme adivinar. ¡Sí que es un hombre! —exclamó con una mueca.

—No —la señorita Claudia lo dijo sacudiendo categóricamente la cabeza.

—¿Quién es el tipo? —preguntó con alegría Doreen, sin prestar atención a su negativa.

El rosa de las mejillas de la señorita Claudia se volvió rojo.

—¡No hay ningún hombre, Doreen!

—Uno de esos altivos y poderosos señores de Mayfair, ¿no es así? Oh, apuesto a que es guapo, también. Seguro, todos esos señores son guapos. Caray, un dandi le ha echado el ojo, ¿verdad?

La taza de té de Claudia vibró sobre el platillo desportillado. Se apresuró a bajarlo.

—¡Tienes mucha imaginación, Doreen! —dijo ella, y se rió mientras jugueteaba con timidez con la manga del vestido.

—¡Me parta un rayo, ese caballero la tiene pillada! —exclamó Doreen con regocijo—. Bien, me alegra mucho. Una mujercita tan guapa como usted debería estar casada. Claro que sí, una mujer como usted es lo que quieren para esposa esos dandis.

Claudia se levantó, echó un vistazo a la habitación y luego volvió a sentarse.

—Me... me he olvidado de preguntarte. ¿Necesitas alguna cosa?

Doreen se rió por primera vez en mucho tiempo. La señorita Claudia siempre era tan segura, tan desenvuelta, tal como ella se imaginaba a la reina. No obstante, nada más mencionar a un hombre se convertía en un manojo de nervios.

—Tenemos de todo —dijo todavía riéndose entre dientes, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la caja—. Reconozco que estamos tan bien servidos como el rey. No tiene que preocuparse por nosotros.

Claudia echó entonces una mirada a la caja.

—¡Pues bien! ¡Entonces, aquí dejo esto! —sonrió radiante, demasiado radiante, y prácticamente se levantó de un salto de la silla—. Lo siento, pero no puedo quedarme. —Salió de la sala. Sin su sombrero.

Doreen lo cogió y la siguió hasta la puerta de entrada. La señorita Claudia la abrió de par en par y apenas echó una mirada a Doreen por encima del hombro.

—Pasaré otra vez dentro de unos días...

—Sí. ¿Quiere su sombrero? —preguntó sonriendo otra vez cuando Claudia se sonrojó y lo cogió precipitadamente de su mano. Se dio la vuelta sobre los talones, bajó por la pequeña escalinata en dirección al carruaje que esperaba y se subió de un brinco antes de que el chófer pudiera bajar a

ayudarla. Doreen sonrió y le saludó con la mano, riéndose entre dientes con deleite cuando la joven dama se negó a mirarle a los ojos mientras el carruaje se alejaba del bordillo.

Qué diablos, ¿era tan obvio? Claudia se sacó de un tirón el guante para apretarse la mejilla con la mano, sintió el calor de la mortificación filtrándose a través de la piel mientras el carruaje avanzaba dando tumbos por la calle llena de hoyos. Por lo visto era así, ya que Doreen Conner lo había notado. ¡Era increíble! Hacía menos de un mes, ella estaba feliz con su trabajo, sin dejarse intimidar por el escepticismo de la sociedad y los comentarios cada vez más frecuentes de su padre sobre el tema del matrimonio. Estaba satisfecha por completo, deseaba únicamente visitar a Eugenie y descansar unos días antes de emprender el proyecto de la escuela. Y había acudido allí con toda tranquilidad porque Eugenie le había dicho que él nunca iba a Francia; eso le había escrito de un modo explícito en una de sus cartas, había dicho que a Kettering no le caían bien los franchutes.

Bien, al parecer el Seductor no sentía tal aversión hacia los franceses, porque allí había aparecido junto a la fuente de Eugenie, tan grande y ufano como siempre. Su repentina e inesperada aparición la había puesto tan nerviosa que apenas fue capaz de pensar en lo que debía hacer. De modo que había hecho lo que le habían enseñado en los salones de baile de Londres.

Herirle.

Directa, indirectamente, de todas las formas que se le ocurrían, hasta que al final él se marchó de Château la Claire.

Naturalmente, había pensado que se había librado de él. Pero, oh, no, la batalla no había hecho más que empezar. Era una batalla, eso era cierto. La había iniciado él a bordo del *Maiden's Heart*, demostrando ser un dechado de detestable conducta masculina; y eso pese al fuego que encendió en su vientre. Gracias a Dios, pudo recuperar la cordura y poner fin a aquel momento tan ridículo. Y si él tenía alguna idea sobre lo absurdo que ella encontraba todo aquello, debían de habersele disipado al día siguiente

cuando cogió el carruaje y le dejó de bajo la lluvia en Newhaven... maldiciendo en voz alta, por lo que recordaba.

¡Pero no! Oh, no, no, no. Primero le había mandado un monumental ramo de flores, tan grande y ostentoso que incluso su padre —que normalmente sólo se fijaba en las cosas que tenían que ver el rey o con su propia apariencia fastidiosa— había hecho un comentario sobre las flores, aprovechando la ocasión para recordarle que, a sus veinticinco años, sus oportunidades de buscar un buen marido se iban desvaneciendo. Aquello ya la había humillado suficiente, de modo que hizo enviar el ramo del conde libertino a los internos del hospital Chelsea.

Con cualquier otro hombre, el desaire habría acabado ahí. Pero no con Kettering. Incluso en la reunión en casa de Ann, cuando ella aprovechó la oportunidad para decirle abierta y claramente lo que había hecho con las flores, él permaneció impasible de un modo irritante. Así que después de aquello había pasado a ignorarle, aunque era posible que ni siquiera se hubiera enterado, con las señoras Wentworth Dillbey y también la horripilante señorita Early prácticamente babeando encima de él.

A esa noche siguió su repentina y divina aparición en los oficios del domingo, donde su asistencia inexplicable quedó eclipsada únicamente por la llegada poco después, aquella misma tarde, de una caja de la joyería con un brazalete del que colgaban una docena o más de céntimos franceses. No la acompañaba nota alguna.

A primera hora del día siguiente, el brazalete fue devuelto a la residencia Kettering en St. James Square, con una nota:

Kettering, me ofende gravemente al continuar insistiendo en el reembolso de una botella de vino bastante barata y un trozo de queso, y más teniendo en cuenta que el vino estaba agrio y el queso podría describirse más apropiadamente como basura. Por favor, desista de enviarme ningún otro obsequio de agradecimiento, señor.

C. Whitney

A media tarde, Claudia había recibido dos botellas de un vino francés muy caro y un queso suizo con el sello de la orden real de Guillermo IV. Tras decidir que la esplendidez de Kettering sería mucho mas apreciada entre las pupilas de Doreen que en casa de su padre, Claudia lo había llevado a la casa de Upper Moreland Street, pero por Dios, ¡ni siquiera allí podía escapar de él!

Bien, su siguiente nota sin duda pondría fin a todo aquello. Incluso un conquistador tan despiadado como Kettering se arredraría si ella no cedía en su postura. por fin podría concentrarse en su escuela.

Tranquilizada por completo, Claudia volvió su atención a la ventana y se percató de que se encontraba en Regent Street. Ann le había hablado de una nueva modista, y pensó de pronto que le apetecía hacer una visita a la tienda. Dio unos golpecitos en el techo, explicó a Harvey dónde debía dejarla y luego descendió del carruaje delante de la tienda. Se detuvo ante las grandes ventanas arqueadas, con las manos enlazadas a su espalda, examinando con atención los últimos tejidos recién llegados de Holanda. Mientras estudiaba una seda azul, una sombra llenó el extremo del escaparate. De pronto, Claudia fue consciente de que tenía alguien directamente detrás de ella y, sorprendida, se dio media vuelta, chocando casi con la pared de ladrillo de su pecho.

Julian sonrió burlón, inclinándose sobre su hombro para observar con detalle el escaparate y comentar con tono despreocupado:

—El azul real te quedaría muy bien. En realidad es el único color que podría hacer justicia a la belleza de tus ojos, creo yo.

Claudia sujetando la mano sobre su corazón atronador, le miró boquiabierta.

—¿Me está siguiendo? —preguntó.

Él se rió con una carcajada profunda y sonora mientras estiraba el brazo para buscar su mano, que apartó con atrevimiento de su corazón.

—Amor mío, si te siguiera, escogería una hora y un lugar más apetecibles, créeme. —El extremo de su boca se curvó hacia arriba y dejó caer su mirada sobre los labios de Claudia—. Pero no dudes de que en el momento en que me llames, yo te seguiré. —Entonces le dio la vuelta a la mano, encontró el pequeño círculo sobre los botones donde no se juntaba la

tela y le besó la muñeca. Con esa arrogancia y descaro suyo, y muy pausadamente, lo hizo justo en medio de Regent Street, delante de Dios, Inglaterra y un curioso barrendero que se encontraba allí por casualidad.

Un río de fuego se propagó por el brazo de Claudia, que de pronto sintió el corazón en la garganta.

—P-puede estar tranquilo de que nunca llamaré a un mujeriego —le lanzó como respuesta, tirando de su mano.

Aún con su sonrisa perezosa, Julian retrocedió un paso, bajó el sombrero con una inclinación y dijo:

—No esté tan segura de eso. Buenos días, señora.

Y se marchó.

Con un gemido, Claudia flaqueó y se apoyó en la parte delantera de la tienda. ¿Es que no iba a dejarla en paz? ¡No quería sus atenciones! ¡No quería tener nada que ver con él, y Dios sabía que aquel Seductor no quería nada aparte de un revolcón en el heno! Al fin y al cabo, eso era lo único que Julian Dane quería de las mujeres.

Estaba segura de aquello casi en un setenta y cinco por ciento.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Este juego persecutorio se había vuelto algo serio.

Un Julian con lentes se subió a un carruaje blasonado con el escudo de armas de Kettering y se acomodó contra los suntuosos cojines de terciopelo. Ataviado con un chaqué azul medianoche y chaleco y pantalones color gris perla, se sintió un poco como un dandi a media tarde; pero, por otro lado, en raras ocasiones asistía a este tipo de meriendas, ¡a quién se le ocurría! La invitación a este acto para recaudar fondos en realidad había sido cursada a Ann, pero había decidido con toda frescura hacerla extensiva a él también. En estos momentos se preguntaba por qué, concretamente, estaba haciendo eso.

Era sencillo, ¿o no? Por el momento, la cautivadora Claudia Whitney le daba algo en que pensar en vez de la deprimida Sophie. Por desgracia, en cuanto a su bobita hermana, Julian se había enterado por tía Violet que durante su ausencia Stanwood había hecho no una sino tres visitas, la última de más de una hora de duración. Aquella noticia había provocado una nueva riña con Sophie que había acabado con su negativa de bajar a cenar o cruzar con él una sola palabra.

De acuerdo, era eso, pero lo cierto es que aquel juego le tenía del todo intrigado.

¿Y cómo no iba a estarlo? ¡Claudia era un enigma tan desconcertante! Le devolvía los obsequios con breves notas tan mordaces que le provocaban risas durante varios días. Una tarde que la encontró saliendo de casa de Ann, ella fingió no verle y tuvo que hacer talmente una pirueta de acróbata circense para subir al carruaje de la mansión Redbourne, mientras él permanecía justo delante de ella dándole los buenos días. Y se había

sonrojado con un rubor encantador cuando él le besó la muñeca en Regent Street antes de replicarle con brusquedad. Estaba claro que aquella mujer se negaba a sucumbir a sus encantos.

Y eso era algo inaudito en esta ciudad.

Julian cambió de postura entre los cojines, sintiendo cierta incomodidad. Ése era el motivo de que se hubiera vestido como un pavo de Navidad a plena luz del día... pero había algo más, también. Algo que le tenía despierto de noche, que le devoraba durante el día y le volvía loco de una necesidad abrasadora: la simple necesidad de verla. Que Dios le ayudara, pero la imagen de Claudia, que durante los últimos dos días se había instalado en su imaginación, la percibía ahora de pronto vibrante y viva, marcada en su corazón con un beso a bordo del *Maiden's Heart*.

Por suerte, la distancia hasta Redbourne House era corta. El lacayo que le recibió por lo visto pensó que sólo con su nombre bastaba para dejarle entrar, y le condujo hasta el gran salón donde ya se habían reunido dos docenas de invitados. Julian reconoció sólo a un puñado, incluida su hermana Ann, quien le sonrió y le hizo un ademán con la cabeza desde el otro lado de la estancia. También a lord Dillbey y lord Cheevers y, por supuesto, al objeto de su gran deseo, cuya mirada encontró casi en el momento en que cruzó por el umbral de la puerta.

Se hallaba en la otra punta de un salón demasiado grande hablando con el viejo lord Montfort. Cautivado por la visión de ella, Julian se hizo a un lado y permaneció junto a la entrada sur de la estancia, con la mirada clavada en ella. Llevaba un vestido azul real ribeteado de plata, con los hombros al descubierto como estaba en boga. Tenía el pelo recogido ingeniosamente, sujeto por una cinta plateada. Unos zafiros pequeños relucían en los lóbulos de sus orejas y un colgante con un solo zafiro descansaba justo por encima de la prominencia de sus senos.

Pensó que podría quedarse allí todo el día sólo mirándola, absorbiéndola, y cuando de repente ella sonrió a Montfort, Julian se quedó asombrado de la facilidad con la que parecía iluminar todo lo que la rodeaba. *Phillip había dicho eso mismo en una ocasión, en el salón de baile de la mansión Fairchild: ilumina todo lo que la rodea.*

Un dolor punzante le atravesó el costado.

Claudia apartó la vista de Montfort e inspeccionó el grupo de invitados con la mirada, pasó sobre él... y luego volvió. Su sonrisa se desvaneció levemente. Tras decir algo a lord Montfort, asintió a una mujer que se encontraba cerca y se adelantó en su dirección. Julian se preparó, se agarró las manos por la espalda y puso una sonrisa en su rostro, intentando no regodearse tanto con la visión de ella avanzando hacia él.

Claudia se abrió camino hasta él e hizo una reverencia tan infinitesimal que hasta un mosquito se habría ofendido, pero él, no obstante, sonrió e hizo una profunda inclinación. Al fin y al cabo, era un caballero.

—¿Y exactamente cómo ha entrado aquí? —preguntó sin andarse por las ramas.

Con una rápida y maquinadora mirada a su alrededor, le indicó con astucia que se acercara más. Ella se inclinó hacia adelante, tanto que él pudo oler el débil aroma a perfume de lavanda.

—Andando —murmuró—. Los pies resultan bastante prácticos en ocasiones como esta.

Claudia retrocedió de golpe, alzando bruscamente las cejas en un frunce oscuro.

—Oh, sí que es gracioso, sir. Por desgracia, un acto como éste requiere algo más que ingenio. Requiere una invitación.

—Tengo una.

—Oh, ¿de veras?

—Sí, de Ann. Supuse que era extensiva a mí.

Claudia cruzó los brazos sobre la cintura, tamborileando con sus delgados dedos un antebrazo.

—Qué interesante. Juraría que la invitación iba dirigida a lord y a lady Boxworth en exclusiva. Creo que su denominada invitación no le da ningún derecho. Me temo que ahora deberá pagar por el privilegio de entrar.

—Vaya, eso es extorsión —le informó con gesto alegre.

Una sonrisita juguetona elevó las comisuras de los labios de Claudia.

—¿Y?

Julian se rió.

—De acuerdo, estoy pillado. ¿Cuánto es el privilegio?

—Mil libras —contestó ella y alzó levemente la cabeza hacia atrás con gesto pícaro, en espera de que él rehusara. Julian se encogió de hombros.

—Muy bien.

Claudia abrió los ojos con sorpresa.

—¿Va a pagar?

—Sí, lo voy a hacer.

La mirada de asombro que adornó el rostro de Claudia abrió una senda ardiente en Julian, atravesándole desde lo alto de la cabeza hasta la punta de sus zapatos de charol.

—Con franqueza, no le entiendo —susurró en voz alta—. ¿Qué espera conseguir con esa suma?

—Sólo quería verte, Claudia, y estoy encantado de contribuir a tu causa. No soy un ogro.

—Nunca he dicho que fuera un ogro —respondió ella, y le lanzó una sonrisita diabólica—. Dije que era un mujeriego.

Julian soltó una risita y se permitió recorrer con la mirada sus formas exuberantes, admirando la manera en que la carne deliciosamente hinchada de su seno se alzaba tentadora con cada respiración.

—Ya veo que has seguido mi consejo.

Claudia abrió la boca y luego la cerró. Luego volvió a abrirla.

—¿Qué consejo?

—Azul real. Estás imponente de guapa, ¿lo sabes?

El color marcó al instante sus mejillas. Se miró nerviosa el vestido y se alisó con torpeza la falda. Luego miró con sigilo a quienes les rodeaban. Tras cubrir su rostro de una sonrisa, murmuró:

—¡Pero qué ridículo!

—Hablo totalmente en serio.

Claudia tocó con el dedo el colgante de zafiro mientras miraba por la habitación sonriendo y saludando con la cabeza a los demás.

—¿No es posible que tal vez tenga fiebre? —le preguntó con suavidad—. Tal vez una lesión cerebral de alguna clase... ¿Por casualidad no se habrá caído hace poco de algún árbol y aterrizado de cabeza?

—Me encuentro muy bien, gracias.

Ella centró de nuevo la mirada en él.

—Bien, entonces es que sencillamente ha perdido su condenada cabeza. Él se rió.

—¿Debo entender que no te convence mi sinceridad?

—¿Sinceridad? —Entornó los ojos—. Viene sin invitación a un té benéfico, sin duda con la intención de jugar con alguna joven inocente de la que se haya encaprichado por un momento, ¿y espera que crea que hay un gramo de sinceridad en usted? ¡Y supongo que espera que me crea también que es un filántropo! —Tras sacudir la cabeza se alejó andando, aunque se detuvo para dirigirle una ojeada por encima del hombro—. Pero las gafas dan un toque agradable. —Con una sonrisilla de superioridad, la muy diablillo se alejó a buen paso.

Una sonrisa de idiota se extendió por los labios de Julian mientras la observaba deslizarse por la habitación saludando a sus invitados, sonriendo con aquella brillante sonrisa suya y, de tanto en tanto —por si acaso acaso — mirando ceñuda por encima del hombro en dirección a él.

Qué lista era la chica, pensó con cierto orgullo.

Claudia podía sentir los ojos sobre ella. Perforando un agujero, de hecho, mientras explicaba a lady Cheevers que su padre estaba aquella noche en su club. Intentó concentrarse en la conversación indiscreta de la mujer, pero de nuevo su mente estaba regresando al momento en que le había visto de pie junto a la puerta, con sus ojos de color azabache clavados en ella. Y ahora, mientras intentaba obligarse a recordar que en realidad era un sinvergüenza, lo único en que por lo visto podía pensar era que había dicho que estaba imponente de guapa. Imponente de guapa.

Sí, ¿y que esperaba exactamente una que dijera un mujeriego?

—¿Entonces su padre no va a venir a tomar el té con nosotros? — preguntó lady Cheevers, devolviendo al presente a Claudia. La relación estrecha de su padre con el rey era una fuente constante de fascinación para algunas personas. Como miembro del comité asesor del monarca tenía el privilegio de tener acceso a información muy valiosa. Lo único que Claudia había sabido por su padre era que Guillermo IV no era el monarca de más talento que iba a sentarse en el trono de Gran Bretaña. Por lo visto, sus

ideas podían ser bastante inconvenientes, y el trabajo de su padre era asegurarse de que las ideas más absurdas no perjudicaran a la monarquía de ninguna manera. No obstante, había ocasiones, como hoy, en las que su padre se quejaba de que su tarea era demasiado exigente. Él y sus amigos se habían retirado al club más próximo para no tener que hacer frente a los invitados.

Su padre no lamentaba perderse el té. Marshall Whitney creía que las causas de Claudia era una afición agradable para ella, pero no el tipo de cosas a las que él dedicaría alguna atención seria. Esto era así porque Whitney no se preocupaba de asuntos tan mundanos como la difícil situación de las mujeres y los niños pobres.

—Me temo que no, lady Cheevers —dijo con una sonrisa de excusa. La mujer hizo un leve puchero y estaba a punto de responder pero contuvo su lengua cuando apareció Randall, el mayordomo. Agradecida por aquella intrusión, Claudia se disculpó y se apartó para que Randall pudiera decirle que habían servido el té. Tras indicar a todo el mundo que buscara un lugar en una de la docena de mesas dispuestas, Claudia se movió hasta el centro de la sala, y sin pensar, miró a su alrededor en busca de Julian.

Por una vez, sus ojos oscuros no estaban clavados en ella, sino la señorita Harriet Redd, gracias a Dios sentada junto a él en una íntima mesita para dos cerca de la chimenea.

Claudia no tenía ni la más remota idea de por qué aquello la enfadó, pero se dio media vuelta para dejar de ver a Harriet, quien prácticamente parecía estar sentada en el regazo de él, cosa que a ella le traía sin cuidado. Ni lo más mínimo. Aparte de confirmar el acierto de su punto de vista: Julian era un genuino conquistador arrogante. Mientras los invitados llenaban sus tazas de té y sus platos de pastas y canapés, la joven se negó a encontrar la mirada de él, y en vez de eso prefirió estudiar el corte exacto del cristal de los candelabros mientras empezaba a hablar.

—Me gustaría mucho darles las gracias a todos por haber venido hoy —empezó—. Es conmovedor saber que puedo contar con mis amigos cuando hace falta. ¿Todos han tenido ya la oportunidad de contemplar los dibujos de una escuela colgados en la pared? —Indicó los bocetos que había

encargado expresamente con este propósito. Un murmullo surgió de los invitados en medio del tintineo de la porcelana.

Ahí estaba otra vez, la sensación de sus ojos sobre ella.

—La escuela aún no existe, pero espero que, con perseverancia y un poco de suerte, pueda construirse muy pronto para provecho de las niñas que trabajan en las fábricas. —Claudia se arriesgó a lanzar un vistazo a la parte posterior de la habitación; él tenía las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en ella.

—Por favor, cuéntenos, ¿cómo desarrolló este interés por las fábricas? —preguntó lady Cheevers, a quien redimía, en opinión de Claudia, la única cualidad de estar casada con lord Cheevers.

Sonrió a la mujer.

—Es una historia bastante larga, la verdad, pero tuve oportunidad de visitar algunas fábricas en Londres y Lancashire y descubrí que las condiciones de trabajo allí podían ser ciertamente lamentables, sobre todo las de las mujeres y los niños.

—He oído que en esas fábricas suceden todo tipo de cosas indignas —dijo lady Willbarger con un estremecimiento—, no me gustaría entrar en una. —Algunas de las otras mujeres murmuraron con aprobación.

—No es que vaya a desmayarse por eso, Eloise —intervino Ann desde el medio de la estancia—. Las cosas indignas son los salarios vergonzosos de las mujeres y niños, las jornadas terriblemente largas y las medidas inadecuadas que se toman para garantizar su seguridad.

—Y el trabajo puede ser agotador —apuntó Claudia—. Es más, las mujeres cobran un tercio de lo que cobran los hombres por el mismo trabajo; aunque muchas de ellas ni siquiera tienen marido. A menudo sus hijos se ven obligados a trabajar, sólo para poder tener un plato en la mesa.

—No propugnaré que una mujer soltera haga lo mismo que un hombre, ¿o sí? —se mofó lord Montfort, mirando a su alrededor a los pocos hombres presentes buscando su respaldo.

Oh, sí, lo defendería sin pensarlo dos veces.

—Nada más estaba explicando las condiciones, milord —dijo en un tono amable.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con las escuelas? —preguntó lady Cheevers—. Me parece demasiado tarde para que las trabajadoras de las fábricas reciban formación. Veo difícil que les resulte de alguna utilidad ahora.

La falta de compasión de la mujer era asombrosa.

—Sí, bien, en el caso de muchas mujeres es cierto. Pero hay muchas jóvenes y niñas en las fábricas, lady Cheevers, y algunas de ellas no saben ni siquiera leer. Sin una educación adecuada, esas niñas no tienen esperanza de escapar de la carga del trabajo en las fábricas.

—¿Por qué iban a querer escapar de las fábricas? —preguntó lord Dillbey, con una amable sonrisa entre dientes, como si Claudia acabara de pronunciar la cosa más estúpida del mundo. Echó una mirada a la sala—. Esta nación depende de los bienes que producen esas fábricas, y está claro que tenemos que contar con las personas que trabajen en ellas —remarcó. Varias personas asintieron mientras Dillbey miraba a Julian—. A ver, Kettering, usted tiene un interés considerable en las iniciativas industriales. ¿Qué haría si no tuviera mano de obra?

Todos miraron a Julian, quien apartó la mirada de Claudia y obsequió a Dillbey con una mirada de puro hastío.

—Por supuesto que necesitamos mano de obra en las fábricas, Dillbey. Aun así, no creo que eso obvie la necesidad de educar a nuestros niños.

—Habla como si fueran sus niños, milord —se burló Dillbey y dio un sorbo a la taza con delicadeza.

—Sin duda admitirán que la ocupación de uno debe ser una cuestión de elección personal —se apresuró a añadir Claudia—. Pero para muchas jóvenes las fábricas son la única opción viable. Tienen, en el mejor de los casos, pocas opciones, pero sin formación ni educación aún son menos.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Dillbey tajante, llevando su atención otra vez a Claudia y dejando el té sobre la mesa delante de él—. Las jóvenes no necesitan tener opciones. Su función está predestinada y es la de ser madres. Si hay que reunir dinero para construir escuelas, sin duda tales escuelas deben construirse para nuestros muchachos. Hay igual número de chicos en las fábricas y un día tendrán que mantener una familia.

Claudia se agarró las manos con fuerza sobre su regazo en un esfuerzo por controlar su creciente indignación.

—Eso también es cierto, pero muchas de las muchachas, algún día también...

—Ése es precisamente el problema —interrumpió Dillbey—. No es la falta de educación la que mantiene a esas muchachas en la fábrica toda su vida. Es la falta de moral. Las chicas decentes se casarán algún día y dejarán las fábricas para criar a sus hijos legítimos.

Era lo que le faltaba a Claudia para arremeter contra el ignorante cretino.

—Le ruego me perdone —dijo con suavidad—, pero eso parece una condena bastante dura.

El hombre se encogió de hombros con indiferencia.

—Es la constatación de un hecho, nada más.

—¿Puede ser que tenga razones en contra de que las niñas aprendan a leer?

—¡No, por supuesto que no!

—Entonces evidentemente debemos tener escuelas para enseñarles.

—¡Necesitamos más escuelas para chicos! —insistió Dillbey—. ¡Por cada libra que gaste en la educación innecesaria de una niña, hay dos muchachos que podrían aprovecharla! ¡Si hay que construir escuelas, yo digo que sean para los chicos! ¡La única educación que necesita una chica es la de ser una buena esposa y madre!

La sala se sumió en un silencio sepulcral; todos los ojos se volvieron a Claudia. Se le estaba escapando la oportunidad y, de pronto, se sintió incapaz de rebatir aquella idea tan común entre la clase privilegiada. Buscó con frenesí un argumento que el viejo verde tuviera que aceptar.

—Lamento discrepar.

Veinte cabezas se volvieron hacia el sonido de la voz serena, sin alterar, de Julian. Él miró directamente a Claudia... y a ella el corazón le dio un brinco hasta la garganta.

—Por supuesto que necesitamos educar a tantos de nuestros muchachos como podamos, pero también debemos educar a nuestras niñas. Si queremos prosperar como nación, nuestras madres, nuestras esposas y

nuestras hijas deben saber leer y escribir e instilar el valor del conocimiento y la creatividad en sus hijos. Sostengo que la educación de nuestros jóvenes, varones o hembras, dice mucho de los valores que defendemos como nación. Y yo, por lo pronto, no creo que valoremos la ignorancia en nadie.

—¡Bien dicho! —coincidió Ann con energía.

—Estaré encantado de donar una suma a lady Claudia para su escuela para niñas —dijo Julian.

—Igual que yo —añadió lord Cheevers, a quien se le unieron dos o tres voces masculinas que sumaban su apoyo. Claudia casi no las oyó. Estaba intentando desesperadamente conciliar el gesto noble de un caballero con aquel Seductor cuya mirada la quemaba en cada lugar que se posaba. Como si lo supiera, Julian sonrió de aquel modo perezoso suyo, arqueando una ceja como si la desafiara a explicar aquello.

No podía explicarlo. Pero se preguntaba si, tal vez, sólo tal vez, ella estaría equivocada con él. ¿Sería posible que hubiera cambiado? Ella sí había cambiado. De pronto aquella idea la consumió. No dejó de darle vueltas durante el resto de la reunión, mientras le dedicaba miradas furtivas a través de la gente, sintiendo un rayo que sacudía su columna vertebral cada vez que él la pillaba mirando. Continuó preguntándose aquello durante el dúo de la señorita Reed y lord Cheevers al pianoforte.

Seguía dándole vueltas cuando Randall le informó en voz baja que lord Christian se encontraba en el recibidor.

Claudia salió disimuladamente del salón en medio del solo de lady Cheevers, agradeciendo en silencio al Señor que estaba en los cielos por indultarla de aquel espantoso alarido.

—Qué mala suerte que no haya podido venir un poco antes —saludó a Arthur sonriéndole con afecto mientras le tendía las manos—. Hemos tenido una reunión entretenida de verdad.

Él se rió mientras se llevaba la mano a sus labios.

—¡Ah, para mi desgracia! Lástima, tenía un compromiso ineludible. Le ruego que me perdone, pero accedí a recoger a Kettering después de que él satisficiera su nueva faceta benefactora. No tuve tiempo ni para preguntar qué la había suscitado.

Justo lo que ella pensaba.

—Milord Christian, tan puntual como siempre. —Julian entró andando despacio en el recibidor con esa perezosa sonrisa suya.

—Naturalmente. ¿No queremos hacer esperar a nadie, verdad? —preguntó Arthur y guiñó un ojo a Claudia con picardía—. No quiero alarmarla con los detalles sórdidos, pero parece que tenemos que atender unos asuntos pendientes.

La imagen de Phillip de repente centelleó en su imaginación ¿Cuántas veces le había visto marcharse de un acto de este tipo, para que mucho más tarde le vieran en alguna juerga, bastante bebido, con la cartera vacía? *Tengo unos asuntos que atender, querida. Vendré a visitarte dentro de un día o dos, si quieres.* Un día o dos que a menudo se convertían en una semana o más. De pronto un escalofrío recorrió la espalda de Claudia.

Julian, riéndose entre dientes, aceptó el sombrero del lacayo.

—No lo negaré... me temo que no hagamos nada bueno esta noche.

Oh, sí, sin duda podía creerlo. De pronto se sintió un poco mareada, como si hubiera comido algo que no le hubiera sentado bien.

—Bien, entonces —dijo con fría formalidad, negándose a encontrar su mirada—. Le agradezco muchísimo su donativo, milord.

—Ha sido un placer, señora.

—Sí, imagino que así ha sido —dijo Arthur arrastrando las palabras, a lo cual Julian se limitó a responder con una risita—. Si me permite, milady, le libraré de este sinvergüenza.

Claro que se lo permitía, y tanto que sí. Que Christian se llevara al Seductor lejos de su vista.

—Sí, por favor —dijo de manera cortante y se alejó, sintiéndose como una tonta de tomo y lomo.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Los «asuntos pendientes» a los que Arthur se había referido en tono jocoso eran una cena en el club White's con Adrian Spence. Adrian, ahora padre de una niñita, algo que llevaba con increíble orgullo, se encontraba en Londres tan sólo durante aquel día y tenía previsto regresar a su finca de Longbridge a la mañana siguiente.

Mientras daban cuenta a un asado de venado, los tres Libertinos se pusieron al día de antiguas noticias y comentaron los últimos cuchicheos que corrían por los ambientes más selectos. Ya con el oporto, discutieron sobre cuál era el crimen exacto que había cometido lord Turlington para justificar que Julian le metiera la cabeza en el orinal hace veinte años, y tuvieron que admitir que ninguno de ellos lo recordaba. Avanzada la madrugada, Adrian sugirió que era hora de regresar a casa, ya que planeaba partir temprano a la mañana siguiente. Pero Julian fue el primero en levantarse y retirarse.

Mientras le observaban salir tranquilamente de la sala, Adrian miró a Arthur.

—Bien, ¿quién es ella? —preguntó sin rodeos.

Arthur dio un resoplido.

—No te lo vas a creer si te lo cuento.

Eso se ganó toda la atención de Adrian.

—¿Ah, no? Venga, hombre, suéltalo. ¿Qué debutante ha conquistado finalmente al apuesto y joven conde?

Arthur volvió la mirada hacia Adrian y sonrió con gesto taimado.

—Claudia Whitney.

Durante un momento de silencio de asombro los dos hombres se contemplaron el uno a el otro; luego estallaron al unísono en estridentes carcajadas.

—Se lo tiene bien merecido el muy pillín.

Montado en un carruaje de alquiler que olía a rayos, Julian no se reía. No podía dejar de pensar en esa pícara imposible, descarada hasta lo inconcebible. En un momento estaba riéndose con él... o de él, podía ser el caso, en el siguiente, lo fulminaba con una incendiaria mirada, que sugería que le consideraba el más ínfimo de todos los canallas. Era justo esa mirada la que le había dedicado al marcharse con Arthur... pero también le había mirado así en otra ocasión, cuando le advirtió sobre Phillip.

Julian se apretó el caballete de la nariz con el índice y el pulgar, intentando en vano evitar el dolor que aumentaba en la base del cráneo.

El dolor se propagó y abarcó ya toda su cabeza para la tarde siguiente. Sentado en su estudio, examinó con sus lentes el manuscrito medieval hallado en una bodega cerca del pueblo de Whitten. A Julian le entusiasmaba la historia desde que era un muchacho, sobre todo aquellas leyendas de reinos hermosos y bravos caballeros que podían recrearse en las ruinas que rodeaban Kettering Hall. A medida que se hacía mayor descubrió mientras seguía con sus estudios que tenía una habilidad especial para descifrar textos en inglés antiguo y latín. La fascinación de muchacho se transformó en la afición de un hombre, y ahora se le consideraba sin duda un experto, lo cual quería decir, al menos en este caso, que tenía un encargo de Cambridge para traducir el manuscrito. Pero no había descifrado ni una sola palabra en dos horas.

Al menos el manuscrito le proporcionaba algo que mirar mientras sentía palpitaciones en la base del cráneo y se le iba la cabeza. Condenada. Pero había soñado con ella toda la noche —un sueño muy erótico— y tras varios largos meses de impotencia, había experimenta una dolorosa erección.

Esa mañana había dado vueltas a la posibilidad de visitarla. No, había pugnado consigo mismo, pasando de la incredulidad por estar fascinado

como un tonto por una mujer a la indignación por el hecho de que ella pareciera no tolerarle.

Esto es absurdo. Julian apartó el manuscrito y se frotó la nuca. En primer lugar, él era un maldito Libertino de Regent Street y podía tener a la mujer que quisiera. En segundo lugar, ella había crecido en su casa entre sus hermanas, le conocía desde que era una niña. Y en tercer lugar, qué diablos, había sido novia de Phillip, y aunque ya hubieran pasado casi dos años ¡no podía traicionar el recuerdo de su amigo seduciendo a la mujer con la que tenía intención de casarse!

¿Y qué otro hombre sugeriría, milord? Conozco a un mozo de cuadra cerca de Redbourne Abbey. ¿Tal vez le parezca más adecuado? Las palabras de ella aquella noche volvieron con la misma claridad que si las hubiera pronunciado entonces. Bien, cómo había ansiado cogerla en sus brazos, borrar aquella locura de su boca a besos. *Un mozo de cuadra, no, Claudia,* había querido decir desesperado, *¡Yo!.* Pero las palabras nunca habían salido de sus labios. Sintió el peso de su larga amistad con Phillip y se resistió a las necesidades físicas de su cuerpo a favor de la lealtad.

La lealtad que aún rodeaba su cuello como una soga.

Lleno de inquietud, Julian se puso en pie y cruzó la habitación hasta la ventana. Deprimirse como un escolar lo tenía hastiado y decidió ir en busca de Sophie, para acompañarla tal vez a una exclusiva sombrerería en Regent Street. Eso levantaría el ánimo a su hermana con toda seguridad. Diantre, era posible que ella hasta volviera a hablarle alguna vez. Encogiéndose de hombros con cierto desasosiego, salió del estudio y se fue a buscar a la menor de sus hermanas.

Sin embargo, no pudo encontrarla por ningún lado. Ni siquiera su doncella personal estaba por allí. Julian dio por fin con Tinley sentado a la mesa del salón de banquetes con un guardapolvos descansando delante de él.

—¿Otra vez te has quedado agotado, verdad? —reprendió Julian al viejo.

—Le ruego me perdone, milord, se equivoca. Empleo técnicas diversas para mantener la casa en un estado excelente —dijo Tinley mientras se incorporaba reacio y recogía su guardapolvos.

—Sí, ya lo veo —dijo Julian arrastrando las palabras—. ¿Ha visto a Sophie?

Tinley se detuvo para mirar pensativo el candelabro.

—Creo que no la he visto recientemente —dijo con incertidumbre.

Julian le miró detenidamente.

—¿No?

—Bien... creo que tal vez lady Sophie haya ido hoy a visitar a lady Boxworth —respondió Tinley.

Era una suposición tan buena como otra cualquiera, pensó Julian. Entonces a casa de Ann.

—Pida el faetón ¿quiere? Voy a buscarla —dijo y, con una última mirada curiosa al viejo, salió del comedor.

Sophie no estaba con Ann.

Ann no le dio importancia. Le sugirió que lo intentara en casa de tía Violet, luego le sonrió mientras le daba una palmadita en el brazo con gesto maternal.

—Eres demasiado protector. Sophie cumplirá veintiún años en cuestión de semanas. Ya es mayor.

—Es muy inocente —replicó él con brusquedad.

No fue a casa de la tía Violet en Eaton Court. Su instinto le decía que tampoco la encontraría allí. Por desgracia, estaba con Stanwood, y aquello le heló la sangre.

Cuando regresó a St. James Square, llamó a Tinley a la biblioteca.

—Piensa, Tinley. ¿Cuánto hace que se ha ido? —preguntó. Tinley pestañeó, claramente confundido.

—¿Quién?

No tenía sentido prolongar la conversación; su memoria se está marchitando tan deprisa como su vista. De modo que Julian despidió al mayordomo con la firme instrucción de que quería que traer a Sophie ante su presencia en cuanto regresara.

Por suerte no tuvo que esperar mucho.

Cuando Sophie entró en la biblioteca media hora más tarde, casi no se atrevía a mirarle. Se sentó con cautela en el extremo de una silla con la cabeza baja mientras toqueteaba un galón que ribeteaba su cintura. Estaba avergonzada o bien ocultaba algo, o ambas cosas, y la ira de Julian se encendió. Fue de un lado a otro ante la ventana, esforzándose por controlar la rabia y el temor por lo que pudiera haber pasado. Tras varios instantes de tensión, dejó de recorrer la habitación y enfrentó a su hermana.

—¿Dónde has estado?

—Ejem... ah, con la tía Violet —dijo muy dócil.

A Julian empezó a palparle el pulso con fuerza en el cuello.

—Si yo fuera tú, no empeoraría las cosas con mentiras. —Ella no dijo nada. Julian tragó saliva—. ¿Estabas con Stanwood?

Esperó unos momentos mientras observaba a Sophie que parecía encogerse ante sus ojos. Justo cuando pensó que estaba a punto de explotar ella murmuró un «sí» muy suave. Él se dio media vuelta y se puso a recorrer la habitación como un loco en un esfuerzo furioso por controlar su ira. ¡Aquella chiquilla era una insensata! Ese hombre era un lobo con piel de cordero, un predador que sólo quería devorarla. Se detuvo y se pasó una mano por el pelo mientras se estrujaba el cerebro en la búsqueda de algún motivo para que ella le desafiara con tal descaro, cualquier cosa parecida a una excusa... pero ya sabía el motivo. Sabía instintivamente que Sophie sufría la misma desesperación silenciosa que él.

—Sophie. —Su voz sonó ronca a causa de la emoción—. No puedes verle. —Le echó entonces un vistazo por encima del hombro; ella ni siquiera levantó la vista—. Sé que le has tomado un cariño especial, pero no es la persona adecuada.

—¿Cómo puedes decir eso, Julian? ¡Ni siquiera le conoces!

Era cierto que sólo había coincidido con Stanwood en un puñado de ocasiones, pero Julian conocía bien su reputación.

—Le conozco, mucho mejor de lo que tú crees —dijo en voz baja—. No quiero hacerte daño, cariño, pero a ese hombre no le interesa de ti otra cosa que tu dinero. —Sophie alzó la cabeza de golpe; la pena que reflejaron sus ojos alcanzó dolorosamente el corazón de Julian.

—Lo quiere porque ha perdido su patrimonio en garitos de juego — continuó con obstinación él—. Su reputación es censurable...

—¡Me advirtió que dirías eso!

Julian se preguntó si Stanwood le había contado todo lo que él podría decir de aquel hijo de perra. Porque había mucho más, pero no tenía intención de ofenderla con los peores detalles de su reputación, que incluía cierta propensión a infligir dolor en sus parejas de cama.

—Por favor, intenta escucharme, cielo. Existen rumores sobre la crueldad de sir William... no te tratará con la estima que te mereces, ¿entiendes? No es el tipo de hombre que venera a su esposa...

—Todavía no me ha propuesto en matrimonio, Julian, y me atrevo a decir que nunca lo hará, conociendo tus prejuicios contra él como los conoce —dijo alzando la barbilla con gesto desafiante.

A Julian le estaba costando contener su mal genio.

—Tienes otros pretendientes. Tía Violet dice que el joven Henry Dillon ha venido a visitarte...

—¡Es un niño! —chilló—. ¡Todos ellos! Sir William ya me lo advirtió. ¡dijo que me casarías con el pretendiente con la cartera más llena, pese a mis sentimientos sobre el tema!

El muy hijo de perra le estaba inspirando lástima para predisponerla en contra de él. Se esforzó por mantener la compostura.

—Te está manipulando, Sophie —respondió sin que su voz se alterara—. Te prohíbo verle, y no pienso debatir más este tema.

A ella le temblaba la mano sobre el regazo, también intentaba con denuedo mantener la compostura.

—Nunca debatimos nada, Julian. Tu dispones y ordenas, y se supone que yo tengo que obedecer.

Julian hizo caso omiso a aquel comentario.

—Ten en cuenta lo que te he dicho, Sophie: Será la última vez que te lo repita.

Ella se levantó con torpeza y atravesó a su hermano con una mirada sombría.

—Como quieras —dijo con amargura y salió tambaleándose de la biblioteca, dejando a Julian con la extraña sensación de que las cosas no

irían como él deseaba.

Como Sophie no bajó a cenar, él envió una bandeja a su habitación. Cuando Tinley regresó y le informó de que lady Sophie había rechazado la bandeja, Julian arrojó a un lado la servilleta de lino y se apartó de la mesa, dejando también el plato lleno de comida.

Conocía la desdicha de su hermana. Dios... cuánto deseaba que todo fuera diferente para ella. Cuánto deseaba que Stanwood fuera una persona honrada. Por desgracia para ambos, no podía cambiar nada, y aún menos el carácter corrompido de ese hombre. Por lo tanto, no podía cambiar su opinión sobre el tema.

Había jurado a su padre moribundo que cuidaría de sus hermanas. Había fallado de un modo miserable con Valerie. Pero no fallaría con Sophie.

Dios, tenía que salir de esta casa. Lo que en otro tiempo era una mansión espaciosa ahora estaba empezando a parecerle un armario donde él y Sophie se veían obligados a coexistir. Harrison Green había organizado otra de sus juergas subidas de tono con ocasión de la víspera de Difuntos, o eso le había contado Arthur la noche anterior. Harrison, sobrino de un influyente conde, tenía más dinero que cerebro y su único objetivo en la vida era ofrecer diversión a toda la ciudad. Una fiesta en su casa tenía garantizada la asistencia multitudinaria de la elite de Londres, sin las restricciones del decoro o los convencionalismos... exactamente el tipo de disparatada diversión sin sentido que Julian necesitaba en aquel momento.

Julian no se llevó ninguna decepción. Al llegar a casa de Green, tuvo problemas para hacerse un hueco junto a un lacayo agobiado, con la peluca torcida, para conseguir entrar. Una vez dentro del vestíbulo, se le aproximó de inmediato lady Phillipot, una mujer muy alta y bastante grande embutida en un vestido tan apretado que dejaba ver las ballenas del corsé estirándose contra la tela de satén. Su amplio seno, que corría serio peligro de desbordarse cuando se lanzó a coger del brazo de Julian con una sonrisa radiante. Había oído que lord Phillipot estaba en el extranjero y pensó que aquello explicaba la sonrisa demasiado cordial de la mujer.

—¡Kettering! —saludó en voz alta con su timbre de pito sin dejar de sonreírle—. ¡Oh, que buena suerte que un Libertino se haya unido a la fiesta!

—Lady Phillipot, ¿qué tal está?

—¿Ha venido solo? —le preguntó con gran ansiedad mientras miraba con ojos de miope a su alrededor—. ¿Quiere que le acompañe por la casa? ¡Oh, diga que sí! Me encantaría que unas cuantas de mis queridas amigas vieran a un hombre tan guapo como usted de mi brazo —declaró y estalló en una risa sonora y aguda.

—¿Conde Kettering? ¡Santo cielo, no esperaba verle esta noche! —Harrison Green, un hombre bajo y regordete que aún vestía con colores chillones de otra época se colocó el monóculo en el ojo y miró a Julian con detenimiento—. A decir verdad, no esperaba verle ninguna noche.

—¿Cómo, y perderme lo que promete ser un acto tan animado? —preguntó Julian, sonriendo a lady Phillipot mientras quitaba cortésmente sus dedos de su brazo—. ¡Mucho ojo! ¿No estará preocupado, viejo amigo?

—¡No, por Dios! Pero al menos deje alguna bella damisela para que retoce con los demás, ¿lo hará?

Lady Phillipot dio un berrido al oír eso.

—Harrison, granujilla —chilló y le dio un azote en el hombro con el abanico.

—Me esforzaré, Green, pero no prometo nada —dijo Julian y, sonriendo, se alejó discretamente de lady Phillipot antes de que ella pudiera agarrarle otra vez—. ¿He de suponer que la sala de juego se encuentra en el lugar habitual? —preguntó sin esperar la respuesta ya que enseguida alcanzó la escalera.

Le sorprendió la cantidad de gente que estaba reunida, pero, claro, a finales de otoño las veladas eran menos concurridas a medida que la aristocracia regresaba a sus propiedades en el campo para pasar el invierno. Se abrió camino entre la multitud de hombres y mujeres ya en varias etapas de coqueteo, situados a lo largo de la escalera y bebiendo en abundancia de alguna larga copa de champán que alguien les habría puesto en la mano.

En el primer piso, las hordas eran aún más considerables. En un pequeño salón de baile, el vals estaba en pleno desarrollo. Al otro lado del

vestíbulo había un aparador con comida y también varias mesas dispuestas, llenas de los hambrientos invitados de Green. A continuación estaba el salón donde se apostaban cientos de libras. Julian cogió otra copa de champán a un lacayo que pasaba y se fue hacia el salón de baile, ya que prefería el espectáculo de las mujeres bailando al de la sala de juego llena de humo. Era una de las cosas que en realidad le gustaba de los actos de Green. Nada de jóvenes e inocentes debutantes, tan temerosas de arruinar su prístina reputación que no osarían acercarse a su puerta. El tipo de mujeres que asistían a las reuniones de Harrison Green estaban casadas, habiendo ya superado por tanto la edad de preocuparse por su castidad o no les importaba la opinión que pudiera tener de ellas la sociedad. Esas eran las mujeres con las que el se lo pasaba mejor.

Como lady Prather, que se le acercaba en aquel momento. Julian sonrió mientras ella le acariciaba de forma encubierta el muslo.

—Milord, cuánto tiempo sin verle —le dijo con un atractivo puchero.

—No tanto —dijo él, colocando subrepticamente una mano torno a su cadera—. ¿Dónde está lord Prather?

—En la sala de juego, como siempre —contestó, rozándole intencionadamente el brazo con su pecho—. ¿Bailará conmigo?

Era humano. Llevó a la guapa rubia a la pista de baile y bailaron vals hasta encontrarse en medio de la multitud, sonriendo mientras ella murmuraba todas las cosas que le gustaría hacer con el cuerpo de Julian. El final del baile les cogió cerca del cuarteto de cuerda y bastante aislados de la multitud. Julian no pudo contenerse: besó a la tentadora mujer con un beso hambriento y largo, hasta que recuperó el juicio y rogó para que le dejara escapar antes de encontrarse en serios problemas con su esposo. Tras dejar a una lady Prather enfurruñada, se abrió camino hasta el extremo más alejado del salón de baile donde las puertas se abrían a la terraza para dejar entrar el aire en la casa. Se apoyó en la pared y dio un sorbo al champán mientras observaba a los danzantes girar cerca de él y sonreía a un grupo de jóvenes mujeres que le observaban por encima de sus abanicos.

Un movimiento fuera de su visión periférica hizo que volviera la cabeza hacia la terraza... y que se quedara sin aliento.

Claudia.

No esperaba verla aquí esta noche. Harrison Green parecía tan... inadecuado para ella, por no decir que un poco subido de tono. Pero allí estaba, a solas en la terraza, de pie bajo el voladizo del porche. Su mirada estaba fija en el cuadro bastante llamativo del sol, la luna y las estrellas pintado en el techo, por encima de su cabeza. Bajo la débil luz de un par de antorchas, dio una pequeña vuelta inclinando pensativa la cabeza de un lado al otro mientras estudiaba aquella panorámica.

Estaba magnífica. El vestido de satén que llevaba era del color exacto de sus ojos. El corpiño tenía un escote pronunciado muy atractivo, las mangas se ajustaban a sus brazos y dejaban que los hombros relucieran blancos y lisos. De una mano le colgaba una copa medio vacía de champán. Con la otra tocaba el collar de perlas de tres vueltas que rodeaba su cuello, a juego con las perlas ensartadas al azar por su peinado. Un espeso mechón de pelo estaba sostenido con descuido tras su oreja, colgando junto al pendiente de perlas que llevaba.

Le recordó aquella noche hacía dos años en la que ella apareció en el baile Wilmington del brazo de su padre, dejándole por completo sin aire en los pulmones.

Lentamente, Claudia se detuvo e inclinó la cabeza hacia atrás, mostrando su delgado cuello. Julian se tragó el nudo de fuerte deseo mientras contemplaba sin ningún reparo ese cuello, el declive hasta sus hombros, la prominencia del generoso seno...

Su inesperada risa le sorprendió, una risa alegre que se vertió sobre la terraza y a la noche. Luego ella dio un par de pasos tambaleantes hacia atrás, sonriendo mientras bajaba la cabeza. Pasmado ante su magnificencia, Julian sintió que el corazón le aporreaba con fuerza en el pecho mientras la sangre corría ardiente por sus venas. Claudia dio un sorbo a la copa y luego se volvió hacia él. Sus ojos mostraron sorpresa al verle allí de pie observándola.

Y, que Dios se apiadara de él, le sonrió. Le sonrió de buen grado y con sinceridad. Balanceándose un poco sobre sus pies, alzó la copa a sus labios y la vació; luego le señaló con la copa vacía mientras ponía un ceño juguetón.

—La verdad, no está bien espiar. Es de mala educación.

—¿Quién espiaba?

—Usted —dijo ella y, con aire distraído, hizo girar la copa entre sus dedos delgados.

—No. No estaba espiando. Nada más estaba disfrutando de un poco de aire.

—Mmm... es una delicia, ¿verdad? —preguntó suspirando, y luego echó un vistazo a su copa vacía. Después le miró a él—. ¿Va a bebérsela toda? —preguntó, y le indicó la copa que ya había olvidado que tenía en la mano.

—No en este momento. —Avanzó por la terraza y le tendió el champán. Con otra sonrisa encantadora, Claudia bebió, tocando con sus labios el cristal donde antes habían estado los suyos. Bajo la luz mortecina, sus ojos relumbraban como si estuvieran encendidos de lo más profundo de ella. No había desprecio en su expresión como la tarde anterior sino... ¿curiosidad?, ¿diversión? Julián inclinó la cabeza a un lado, estudiándola.

—Debo de estar soñando —dijo categóricamente.

Claudia arqueó las cejas y le tendió la copa vacía.

—Qué cosas tan raras dice. No está soñando, milord.

Él sacudió la cabeza y dejó descuidadamente la copa sobre el borde de de una maceta.

—Debo de estar soñando porque creo que de hecho estás siendo bastante... cortés. ¿Me atrevería a decir que agradable? ¿Estoy soñando?

Una exquisita sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oh, no, no está soñando. Es sólo una ilusión —dijo, y se rió poco—. No obstante, tengo que agradecerle su generosidad...

—¡Ah! —exclamó él y asintió con complicidad. Había enviado cheque para su escuela femenina aquella tarde—. Hay un motivo para que te muestres afable.

Claudia sonrió con coqueta timidez.

—Sí, bien, ha sido ciertamente generoso. —La piel cremosa d cuello empezó a sonrojarse—. Estoy en deuda.

¿Por la cantidad que le había dado? Eso hizo aflorar una amplia sonrisa.

—Me gusta bastante cómo suena eso —dijo Julian riéndose—. Pero deberías saber que tu endeudamiento responde a una mísera suma.

—¿De veras?

Julian asintió.

Ella se puso de puntillas y susurró:

—¿Cinco mil libras? —Y volvió a bajar—. ¡Pero si es un montón de dinero! Me llevaría semanas recaudar una suma así. Pero usted... ¡me lo dio sin más! —exclamó haciendo un gesto con un brazo—. Me lo dio...

Y había merecido cada condenado chelín sólo por ver su sonrisa... aunque fuera gracias a la ayuda de una copa de champán.

—¿Claudia? —dijo él arrastrando las palabras—. ¿Cuánto champán has bebido?

Ella volvió a reírse y dedicó una sonrisa radiante al sol y a la luna pintados sobre su cabeza

—Harrison tiene un champán tan bueno, ¿verdad que sí?

—Sí, y por lo visto tiene bastante.

Claudia volvió a él su sonrisa beatífica. Él dejó que provocara un hormigueo en su columna, que descendió hasta aterrizar con firmeza en su entrepierna.

—Sí, bastante —admitió moviendo la cabeza categóricamente.

Además era una sonrisa contagiosa que estiró sus propios labios cuando Julian se acercó a ella.

—Estás un poco achispada, querida, me temo que sólo puedo hacer una cosa por ti.

De inmediato, Claudia dio un paso atrás, y riéndose, él la tomó del codo.

—No te inquietes, no tengo intención de acosarte. —*Por mucho que pueda apetecerme hacerlo*—. Tengo en mente un baile o dos... hasta que te recuperes y vuelvas a ser el mismo diablillo de siempre.

Claudia se rió mientras él tiraba lentamente de ella.

—Tú me enseñaste a bailar el vals, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

La sonrisa de ella se desvaneció. Le miró con detenimiento, como si viera algo en la distancia.

—También entonces era un diablillo. Y tú... oh, tú eras terriblemente apuesto.

Si Claudia no hubiera estado tan borracha, Julian tal vez hubiera entendido algún otro mensaje en aquel susurro gutural. Pero se limitó a reírse entre dientes.

—¿En comparación con ahora?

Ella mostró otra sonrisa terriblemente seductora. Con la punta del dedo le tocó el nudo del pañuelo en su cuello.

—Ahora, creo que estás de un guapo irresistible. —Aquellas palabras desterraron cualquier instinto caballeroso de su cabeza. Pero incluso antes de que pudiera reaccionar, ella añadió festiva—: Para ser un Seductor —y se rió con picardía.

—Diablillo —refunfuñó él, y se contuvo de no borrarle aquella sonrisita con un beso.

—Libertino —replicó ella, y de pronto se apoyó en él y le preguntó entrecortadamente—: ¿Bailas conmigo?

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Claudia quería bailar bajo la luna y las estrellas, aunque en este caso fueran versiones un poco burdas, igual que habían hecho años atrás en Kettering Hall. A Julian no le pareció una idea demasiado buena y dijo entre dientes algo sobre estrellas, demonios y problemas. Pero cuando los sonos del cuarteto de cuerda llegaron por el aire hasta la terraza, él hizo una inclinación galante y sonrió cuando ella le respondió con una torpe reverencia. Claudia deslizó una mano en la de él y Julian le colocó la otra en el hombro.

—Minm... parece que voy a tener que contar los pasos por ti.

Ella soltó un resoplido.

—Baila, ¿quieres?

Con una sonrisita, apretó su mano contra su cintura y la guió con suma facilidad al ritmo del vals. Él se movía con la gracia que ella recordaba, la dirigía sin esfuerzo y la hacía girar a un lado y luego al otro con tal facilidad que tuvo la sensación de estar flotando. Sonrió a la luna y al sol y a las estrellas pintadas sobre su cabeza, observando los colores brillantes que se desdibujaban formando un caleidoscopio. El champán había dejado su cabeza hecha un lío, estaba grogui, deslumbrada, y se decía que quizá él, después de todo, no fuera un mujeriego tan irremediable como ella pensaba. Le encantaba bailar con Julian, le gustaba la manera en que sentía la solidez de sus brazos bajo sus dedos, la forma en que su mano la llevaba por la cintura. No estaba del todo segura de por qué aquello la hacía reír.

—Creo que nunca te había visto tan relajada —comentó él.

Oh, estaba relajada, cierto. Casi no pesaba.

—Creía que nunca volverías a dignarte sonreírme.

Todo aquello era ridículo y la hizo reír mientras bajaba la mirada del techo para observarle. Los ojos oscuros de Julian estaban clavados en los labios de ella. Un fuerte escalofrío le recorrió la espalda.

—Vaya, pero si sonrío todo el tiempo, señor... Prácticamente desde que sale el sol hasta que se pone, y sobre todo por la mañana cuando Randall me trae tartaletas para desayunar.

Un extremo de la boca de Julian se torció hacia arriba.

—Tartaletas, ajá... Pensaba que habías aprendido la lección. ¿No recuerdas la vez que te comiste más de la cuenta? Te cogió tal dolor de tripas que tuve que mandar llamar al doctor Dudley. Tenía la esperanza de que al menos hubieras aprendido a comer con mesura.

Ella se rió afable, ¡qué mala memoria que tenía él!

—Siempre nos confundes a todas en tu cabeza, ¿verdad que sí? No te acuerdas qué hizo una y qué la otra. Ésa fue Eugenie.

—No os confundo a todas, te lo aseguro —dijo y su sonrisa se desvaneció un poco—. Hay una que destaca entre todas las demás, una que por lo visto no puedo sacarme de la cabeza.

En el primer momento supuso que se refería a Valerie, pero sus ojos negros parecían perforarla, la atravesaban hasta llegar a su corazón, y Claudia comprendió que estaba hablando de ella. Perdió un paso, algo que no le pasaba en años, y Julian la corrigió con experiencia sin perder el compás y sin apartar la mirada de ella. El calor y una extraña sensación de miedo perforaron como un trueno el centro de su ser. Él estaba jugando con ella, la seducía por el mero placer de darle caza, quería utilizarla con Dios sabe qué propósito.

—¿Por qué? —soltó de repente—. ¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Por qué de pronto estás en todos los sitios adonde voy?

Su respuesta fue atraerla más hacia él, hasta que sus cuerpos se tocaron: su muslo apretado contra los de ella, sus senos contra su pecho. Julian le rodeó los dedos con su mano, los agarró con firmeza y se los sostuvo.

—¡Porque no te puedo sacar de mi cabeza, Claudia! En mucho tiempo no lo he hecho y estoy harto de fingir que no pasa nada.

Vaya, de pronto a ella le costaba respirar. ¡Estaba mintiendo! ¡Julian Dane sólo pensaba en sí mismo, sin duda no perdía el sueño por ninguna

mujer! ¡Oh, Dios! ¡Todo aquello la confundía demasiado! ¡No podía pensar, y maldecía a Mary Whitehurst por haber insistido tanto en que la acompañara esa noche en que su marido no estaba en casa! ¡Debería haber sabido que era el tipo de acto al que él asistiría!

—¿Te encuentras bien?

No, no se encontraba bien. Se obligó a mirarle.

—Recuerdas la noche del baile con motivo de la boda de Eugenie? preguntó de pronto. Las cejas de Julian formaron un ceño de confusión, pero asintió—. Me pediste que te concediera el primer vals.

Pasó un momento y Julian pestañeó. Sus ojos no daban muestras de acordarse, su expresión sugería no saber de qué le hablaba. Claudia sintió que su corazón empezaba a hundirse un poco—. Tú... tú me pediste un baile, y cuando acabó, me pediste que te reservara otro para más tarde. —Ya. Lo había soltado, uno de esos tentáculos aferrados a la raíz de su desconfianza. Pero Julian simplemente parecía perplejo, y un calor se propagó con rapidez por su rostro y cuello.

—No entiendo. ¿Quieres decir que te solicité un segundo baile pero que luego no lo bailamos?

El calor se estaba convirtiendo en fuego: parecía consternado.

—Pues... fue... sí. Eso es lo que pasó. —Le ardía el rostro. ¡La verdad, le iría bien un poco de champán en ese instante!

—¿Eso es?

Tal vez la tierra pudiera abrirse y tragarla por completo. Una vez expresada en voz alta la horrible perfidia de él, se sintió pero que muy ridícula. Ridícula y tonta hasta resultar patética.

—Nunca lo entenderías —balbució con desdicha.

—Hablas muy en serio, ¿verdad? —preguntó con voz de incredulidad.

Claudia cayó en la cuenta de que se habían detenido en el extremo de la terraza.

—Lo que intento decir —cerró los ojos durante un instante intentando concentrarse— es que hace años que sé qué eres.

Él le soltó la mano y cruzó los brazos sobre su pecho mientras entrecerraba los ojos con obvio disgusto.

—Hace años que sabes qué soy. —Era una afirmación llena de incredulidad, no una pregunta.

—Ah... sí —contestó ella, aunque su inseguridad era terrible. —¿Y qué soy exactamente?

Ya no era el momento disimular. La llenó una absurda sensación de pánico.

—Señora, me gustaría tener unas palabras con usted —gruñó él y la cogió de la muñeca arrastrándola por la terraza hasta el jardín para seguir luego a buen paso en dirección al invernadero situado en el extremo de la propiedad. Claudia se movía casi inconscientemente, sus pensamientos eran un remolino de confusión, su corazón pugna con fuerza con lo que le quedaba de juicio.

A mitad de camino, él pareció pensarse mejor lo de llevarla a rastras y la puso a su altura, sujetando su cintura con un brazo de hierro que la dirigía hacia delante.

—He llegado a la conclusión de que no sólo eres un diablillo, sino que tu ignorancia sobre los hombres es también deplorable. Y déjame añadir que este descubrimiento es bastante asombroso, teniendo cuenta la manera en que los derribas como piezas de ajedrez allí por donde pasas.

—¿Qué? —soltó ella con un resuello mientras él alcanzaba puerta del invernadero y la abría de par en par—. ¡Yo no derribo a lo hombres!

—¡Qué me aspen si no lo haces! —repuso él y la empujó al otro lado del umbral, siguiéndola de cerca—. Podría enumerar una lista si quieres —continuó con brusquedad mientras hurgaba sobre la mesa hasta dar con una vela. Una vez encendida, cerró la puerta de golpe con el pie y sostuvo la vela bien alta—. Benjamin Sommer, Dame Brantley, Maurice Terling, Colin Enderby...

—¡Oh! —exclamó con un chillido, insultada porque entre la lista de pretendientes se encontrara el barón Enderby—. Colin Enderby nunca se ha acercado a mi puerta, y si lo hiciera alguna vez, ¡sin duda Randall le pegaría un tiro nada más verle!

Julian hizo una pausa para colocar la vela sobre un banco de trabajo.

—Le ruego me perdone, lady Claudia —dijo él doblándose en un inclinación burlona—. En realidad quería decir el duque de Gillingham. O

el marqués de Braybrook. O el marqués de...

—¡Está bien! —interrumpió Claudia con brusquedad, y apretó la frente contra la palma de su mano—. De verdad, no sé a dónde quieres llegar con esto.

—Quiero llegar —dijo él con voz mucho más suave— a que te he confesado que no puedo sacarte de mi cabeza y tú respondes con una observación mordaz de algo sucedido hace media docena de años. Si crees que eso me convierte en un mujeriego, no tienes ni la menor idea de lo que es un mujeriego.

—Lo sé, sé lo que es un vividor —dijo ella lentamente—. Sé lo que solíais hacer tú y Phillip. Sé a dónde ibais... —Sintió la garganta seca; no quería pensar en Phillip en este momento.

Julian dejó pasar un largo instante.

—Ruego a Dios que eso no sea del todo cierto —balbució.

Igual que ella

—Pero eso no cambia nada —continuó Julian. La gravilla crujió bajo sus zapatos cuando avanzó hacia ella. Claudia alzó la vista en el momento en que él estiró el brazo para tomarle la mano, que dobló entre la suya—. Desde luego eso no cambia el hecho de que no te pueda sacar de mi cabeza —dijo mientras llevaba sus nudillos a la sien de ella y le apartaba un mechón de pelo—. Cuando sale el sol, pienso en ti. Cuando se pone, pienso en ti. Y parece que también en cada momento que transcurre en medio.

Pese a que sus palabras sonaban absurdas de tan sensibleras, hicieron que el pulso de Claudia se alterara. Latía tan deprisa que temió que el corazón le fallara. Los dedos de Julian se enroscaron en un mechón de pelo suelto que desenredó del pendiente, luego continuaron por el cuello hasta su hombro, acariciando con delicadeza su piel.

—Cuando entras en una habitación, para mí todo lo demás deja de existir. Pienso en qué sentiría al tenerte en mis brazos o echada debajo de mí —añadió en voz baja—. Pienso en qué sentiría si estuviera en lo más profundo de ti, rodeado por tu cuerpo.

Ella iba a desmayarse.

—No te creo —tartamudeó.

Él no dijo nada, dejó que la intensidad de su mirada abrasara a Claudia. Deslizó sus manos por su nuca y la acercó con cuidado. Oh, no. Iba a besarla y a volverla loca de anhelo una vez más. No quería eso... ¡oh, sí, sí lo quería! Lo deseaba con cada fibra de su ser; lo deseaba tanto como el aire que necesitaba para respirar.

—Te da miedo crearme —la corrigió con amabilidad, mientras deslizaba la otra mano por su espalda para estrecharla contra su pecho. Julian le pasó la punta del pulgar sobre los labios—. Te doy miedo.

Tenía miedo, eso era cierto. Miedo al oscuro destello de sus ojos, al gesto seductor de su boca, a las palabras susurradas que la hechizaban, dejándola flotando entre el loco deseo y la realidad. Algo palpitó en su útero, se le escapó un resuello. Julian recorrió sus labios con el pulgar y, como si fuera un sueño, observó descender su cabeza hasta la de ella y se echó a temblar cuando sus labios la rozaron levemente. Bajó poco a poco los párpados y al instante se sintió fuera de su cuerpo, casi como si otra persona estuviera experimentando la tierna presión de su boca y su lengua.

¿Qué estás haciendo?, gritó su mente para que se detuviera, pues sabía que su beso podía fundir todas sus defensas, sabía que para él no era más que un juego. No obstante su corazón corría ya muy por delante y su cuerpo bullía bajo sus manos. Temió instintivamente qué iba a hacer falta un equipo de cuatro personas o más para separarla él ahora.

Julian subió las manos y tomó su rostro entre ellas, sin apenas tocarla, pero provocando un millar de pequeñas descargas de electricidad en todo su cuerpo. Tomó sus labios entre sus dientes, primero uno y luego el otro, ahondó después en su boca mientras desplazaba las manos a sus oídos, al cuello y los hombros. Tenía la intensa sensación de ir a la deriva, y él también debió de percibirlo porque rodeó su cintura con la mano para sujetarla contra él.

¡Esto era el delirio! Era la locura lo que permitía que él la tocara así, lo que permitía que la sedujera de ese modo, Pero cuando la besó más a fondo, Claudia empujó también su lengua con osadía para explorar aquella boca. Resultaba maravillosamente erótico, el sabor del champán en su aliento, el contacto de su lengua enroscándose en suya. Con las puntas de los dedos, sintió la aspereza de las gruesas patillas contra su piel, el punto tierno de su

sien, el tacto de satén de s piel. Nunca había besado de ese modo, nunca había experimentado una oleada de placer como aquella...

De pronto, Julian la envolvió con sus brazos y la apretó contra su pecho, estrechándola contra él mientras se apoderaba de su boca. Claudia sintió la presión de su erección dura y larga contra su vientre, y cuando él la levantó sobre el banco, la notó contra lo alto de sus muslos. Fascinada —provocada — se movió contra la rígida forma con ganas de sentirla a través de la falda.

Con un gemido desde lo más profundo de su garganta, de repente Julian la recostó sobre el banco y se situó encima.

Con una mano abarcó toda su caja torácica y luego la reposó al lado de un pecho. Con la base de la mano, lo presionó mientras su boca se movía sobre la de ella, llenándola con su lengua, su aliento y su pasión

Las sensaciones lascivas que se desataban en su cuerpo le insensibilizaron la mente a todo, incluida su conciencia. La manos de Claudia se enredaron con urgencia en el pelo de él, luego bajaron a los hombros para sentir sus músculos y los de su espalda, que se contraían con el movimiento. Julian apretó la mano con más firmeza contra el pecho, su pulgar se agitó sobre el pezón endurecido apretado contra el vestido. Otro violento estremecimiento la recorrió de arriba a abajo.

Julian levantó la cabeza y tomó aliento.

—Haces bien en tenerme miedo —dijo con voz entrecortada—. Yo también me doy miedo: quiero tocarte toda entera, cada centímetro de ti. — Sus labios pasaron casi rozando la columna de su cuello mientras su mano tomaba un pecho y lo apretaba con delicadeza, ajustado a su palma.

Claudia quería que tocara cada centímetro de ella, y aquello le asustaba.

—Tengo más miedo de mí misma —exclamó con voz ronca y le empujó el pecho—. ¡No sé por qué permito que me seduzcas de este modo!

—Que te seduzco? Cariño, tú eres la que me seduces a mí, con tus ojos, con tu boca y con tu voz —murmuró con voz quebrada—. ¿No puedes creer que te quiero? ¿No puedes sentir cuánto?

Oh, podía sentirlo, en lo más profundo de ella, como un hormigueo en lo más hondo de su vientre.

—Sé lo que estás haciendo, Julian. Estás jugando conmigo...

—No, contigo no, Claudia. Nunca jugaría contigo —le susurró él de corazón, y continuó con aquel dulce asalto a todos sus sentidos. El cuerpo de Claudia estaba rindiéndose a él pese a que su corazón sabía que aquello no era más que un escarceo, un coqueteo insignificante. Cerró los ojos, dejándose arrastrar aún más por la corriente, junto a él, consciente de manera instintiva que ya no había marcha atrás y que no podía parar esto ahora, que no quería parar. Su cuerpo ardía allí donde él la tocaba, y cuando metió la mano dentro del vestido y liberó un pecho de la camisola y el corpiño, ella sintió que se escurría aún más en una bruma de placer puro y natural. El pecho se hinchó en su mano, sus dedos friccionaron la tierna carne que nunca antes había tocado otro ser vivo, propagando estrepitosas oleadas de deseo.

Pero cuando los labios se apoderaron del seno, el deseo formó una espiral fuera de control que surgía desde un pozo situado entre sus piernas y que palpitaba hasta llegar al pecho que lamía. Julian metió un brazo tras su espalda y la levantó hasta su boca. Los brazos de Claudia se enroscaron alrededor de su cabeza; tiestos y palas se estrellaron sobre la gravilla debajo de ellos. Ella se sintió propulsada hacia arriba mientras el deseo que sentía ascendía a niveles intolerables, con presión intensa y a la vez deleitable.

—¡Oh, Dios mío!

Una voz de mujer, una intrusa, desbarató la pasión que les envolvía. De pronto, Claudia no pudo respirar. Intentó incorporarse, pero Julian la empujó al otro lado del banco, apartándola de la puerta. Aterrizó sobre la gravilla, los guijarros se incrustaron en las palmas de sus manos. Su primera impresión fue que él la había empujado avergonzado, pero a continuación se percató de que se había puesto de pie y se interponía entre ella y quienquiera que les hubiera encontrado.

—Santo cielo, ¿es usted, Kettering? —Era la voz de Harrison Green. Claudia, ahora a cuatro patas, se arrastró a un lugar seguro detrás del banco y varias plantas en macetas—. Cuando he visto una luz he pensado...

—¿Y quién es ésa? —susurró la voz de la mujer de forma audible—. ¿Claudia Whitney?

—Le ruego me perdone, señora Frankton, pero está equivocada —dijo Julian con brusquedad. Detrás del banco, Claudia se rodeó las rodillas con

los brazos y hundió el rostro sobre ellas—. Siento mucho lo de la luz, Green... ya entenderás... —continuó Julian.

Harrison se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Sí, sí. Nada más estábamos dando una vuelta. Siento mucho haberle molestado. ¿Señora Frankton? ¿Nos reunimos con los demás?

La mujer profirió un sonido de desaprobación y luego Claudia oyó el frufrú de sus enaguas. Hubo cierto trajín en la puerta y, al cabo de lo que parecieron minutos, ésta se cerró.

—Claudia.

Había pesar en la voz de Julian, pero no tanto como en su corazón en aquel momento.

Su reputación estaba arruinada.

—Claudia —dijo otra vez y puso sus manos sobre sus brazos para ponerla en pie. Se levantó tambaleante, comprendiendo escandalizada que aún estaba medio desnuda, y se volvió rápidamente para arreglarse mientras su mente barajaba todas las horribles posibilidades... que, para su alarma, eran numerosísimas.

—¿Qué...? —Le temblaba la voz, no conseguía hablar.

Julian se movió, deslizó un brazo alrededor de su abdomen y la apoyó en su pecho. Claudia se percató de que temblaba de forma incontrolada.

—Tranquila —le susurró contra el pelo—. Todo saldrá bien. Aquello era mentira, y bien que lo sabía él.

—No, no saldrá bien —discrepó con voz ronca—. La señora Frankton sabe que era yo... contigo... así. La conoces tan bien como yo... ¡para mañana toda la ciudad estará enterada! —*Su padre. Se moriría de vergüenza.*

—Entonces cástate conmigo.

Claudia se quedó paralizada. Ninguno de los dos se movió durante un instante hasta que de pronto ella empezó a sacudirle el brazo y se apartó tambaleante. Ahora estaba asustada, asustada de verdad, de que un hombre como Julian se ofreciera en matrimonio.

—¡Estás loco! —dijo con voz quebrada, y se apretó las manos contra el abdomen para impedir que sus temores salieran como una enfermedad.

—¡Claudia, escúchame! Te he puesto en un compromiso irrevocable. No seré capaz de vivir conmigo mismo si no arreglo este asunto, y me atrevo a decir que tú serás la que salga peor parada. Piensa en ello, es una buena boda: tú y yo. Nos conocemos bastante bien, ¿qué más podemos pedir?

—¡No puedes estar hablando en serio! —gritó ella mientras se adentraba en las sombras del invernadero con andares inestables, frenéticos. ¿Qué pensaba él, que después de todo lo que había hecho iba a acudir al altar bailando un vals? Si le habían visto pegado a su pecho desnudo, ¿qué más daba? Estas cosas sucedían un día sí y otra también entre la elite aristocrática, ¡y todo el mundo lo sabía! ¡Era un devaneo insignificante, nada más!

—Escúchame, Claudia. Esto arruinará tu reputación...

—¡Oh, Dios, no intentes convencerme de que tú vas a salvar mi buen nombre! —La histeria subió a su garganta y la atragantó. Se apretó las mejillas con las manos, estaban ardiendo. *Su padre la mataría, o como poco la encerraría. ¿Cuántas veces se lo había repetido? Todo lo que ella hacía repercutía en él, y por lo tanto en el rey...*

De repente, Julian apareció a su lado y le puso una mano en el brazo con gesto de inquietud.

—¿Qué opciones tienes? Debes tener en cuenta tu buen nombre y la posición de tu padre con el rey... al menos te debo la protección de mi nombre. No es una mala solución, Claudia. La verdad, es la mejor.

Santo Dios, no podía respirar, y mucho menos pensar. ¡Todo era tan irreal, tan absurdo! ¡No iba a casarse por haber cometido la equivocación de degustar el placer carnal! Los hombres lo hacían constantemente, ¿por qué no podía ella? ¿Por qué iba a sufrir su reputación por ese motivo?

—¡No me doblegaré a las expectativas anticuadas de la aristocracia respecto a esto! —exclamó furiosa—. No me casaré a la fuerza por un temor ridículo por mi reputación. ¡Tu buen nombre no se va a ver perjudicado en ningún momento!

—Pero el tuyo sin duda, Claudia. Dejarán de hablarte, se referirán a ti en términos censurables en sus salones e intentarán por todos los medios

que sus niños no se acerquen a ti por temor a que no se contagien de tu comportamiento. Sabes que es verdad. Es como funciona nuestro mundo.

Nuestro mundo. Le había sucedido a Sarah Cafferty. Un lord se la llevó a la cama, y acabó deshonrada y excluida de los salones de todo el país, incasable, intocable. Que Dios la ayudara, porque si eso podía pasarle a Sarah, hija de un marqués, también podía sucederle a ella. Oh, Dios, oh, Dios... ¿por qué había sucumbido a la tentación de la pasión con Julian? Para que él la hundiera en la desgracia, igual que Phillip, ¡y todo porque deseaba un beso suyo!

Nunca en su vida se había sentido tan baja y despreciable.

—Sabes que tengo razón. Mira, déjame salir y traeré un carruaje por detrás. Vayámonos de este sitio, iremos a algún lugar tranquilo hablar. No podemos quedarnos aquí...

—No hay nada de qué hablar —respondió con tono agresivo—. No voy a casarme contigo, Julian. Nunca.

Silencio.

Le echó una mirada por el rabillo del ojo y se encogió. Él ardía de indignación.

—Desde luego no es la circunstancia ideal, pero no se me ocurre que podrías...

—No me casaré contigo por un error tan tonto, tan insignificante, pero, por encima de todo, ¡no me casaré contigo por respeto a Phillip!

—¿Qué tiene que ver Phillip con todo esto? —preguntó con rudeza—. ¡No creo que él vaya a venir a rescatarte, Claudia! Virgen misericordiosa, ¿no puedes entender? Tú, lady Claudia, hija del poderosísimo conde de Redbourne, ha sido vista en este banco, debajo de un hombre...

—¡Debajo de un hombre que se enorgullece de ser un mujeriego! ¡Debajo de un hombre que llevó a otro hombre a la muerte! No olvidaré lo que le hiciste a Phillip, y no me encadenaré a ti para toda la eternidad por esto. Haré frente a mi destrucción antes que ultrajar su recuerdo.

Julian, asombrado, dio un paso atrás como si ella le hubiera dado una bofetada.

—Por el amor de Dios, ¿de qué estás hablando? —preguntó con brusquedad.

—¡Le alejaste de mí! —gritó histérica—. ¡Le apartaste de mí y le coaccionaste para que te acompañara a todos esos lugares que acabaron con el !;Tal vez Albright le disparara, pero tu le pusiste en el campo de duelo.

Un dolor descarnado endureció todos los rasgos de Julian; le lanzó una mirada de ira apretando los labios con fuerza. Sus ojos negros centelleaban con el fuego de la abominación Al final apartó la mirada, con evidente disgusto, y se pasó una mano por el pelo mientras Claudia respiraba entrecortadamente.

—No hace falta que me convenzas —masculló enfadado—. Dios sabe que cuando Phillip estaba encima de una puta en Farantino's o endeudándose aún más en una mesa de juego, no estaba contigo. Tienes razón: yo le maté. Yo, Julian Dane, lo llevé a su desaparición, y esta noche casi encuentro mi final. Gracias, lady Claudia, por impedirme cometer el mayor error de toda mi vida.

Claudia le miró boquiabierta, incapaz de hablar.

—Buena suerte... la vas a necesitar —sentenció con amargura, y salió del invernadero, dejándola para que encontrara por sí sola la salida de aquel embrollo.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

El conde de Redbourne oyó el primer rumor desagradable relativo a su hija apenas dos días después de suceder el supuesto incidente. Estaba sentado en una silla de cara hacia la gran chimenea de su club, sorbiendo su oporto habitual y dando lánguidas chupadas a un puro cuando tuvo la seria desgracia de alcanzar a oír un fragmento de lo que sir Robert Clyde contaba a viva voz y en tono jactancioso. Puesto que ya se había permitido media docena de copas de brandy de más, por lo visto sir Clyde no sabía que Redbourne estaba sentado donde estaba, ya que en ese caso no habría dicho lo que dijo: que él también había saboreado los labios de lady Claudia, y que la habría saboreado por entero si hubieran tenido un momento más en el carruaje.

Conmocionado, Redbourne ni siquiera se percató de que había dejado caer el oporto y se había puesto en pie. Su único pensamiento era que sir Clyde acababa de buscarse su propia condena de muerte. Y Redbourne le habría retado allí en aquel mismo instante de no ser por su viejo amigo lord Hatfield, quien le detuvo y, apartándole, le explicó con calma la historia que circulaba entre la elite aristocrática.

Las noticias de que habían pillado a Claudia en fragante delito en una fiesta de Harrison Green dejaron a Redbourne sin habla. Con la mirada fija en Hatfield, se hundió poco a poco en el sillón de cuero, temblando como una flan.

Era inconcebible, ¡su hija nunca haría algo así! Se recordó con frenesí que Claudia había sido educada en los mejores centros, la habían formado perfectamente para su papel de esposa y anfitriona de un par del reino. Simplemente no era posible que se hubiera dejado manosear

Era incomprensible.

Y se repitió esto mismo una y otra vez mientras regresaba apresuradamente a casa con la intención de oír qué había ocurrido en aquella juerga de labios de su propia hija. Lo oiría todo, luego pensaría que se podía hacer para impedir que aquellos rumores se propagaran demasiado lejos ¡Hasta el rey por dios!

Llego a casa al mismo tiempo que se marchaba el lacayo de lord Montfort. De pie en el vestíbulo Redbourne hizo un gesto para que le pasaran la nota que había traído el hombre. Iba dirigida a Claudia. Redbourne la abrió sin sentir ni una chispa de culpabilidad: aún era su hija y su responsabilidad, y como tal su correo estaba abierto a su inspección. Inspeccionó el papel de vitela y sintió que su pulso se aceleraba con horror. La nota comunicaba con gran educación que, debido a circunstancias imprevistas, lord Montfort no iba a entregar su donativo al proyecto benéfico de Claudia. No ofrecía más explicaciones, ni falta que hacía.

El pulso de Redbourne empezó a alterarse.

Montfort era un hombre rico. Las circunstancias imprevistas hacían referencia a los rumores sobre la espantosa exhibición de moral disipada de Claudia. Con franqueza, él habría hecho lo mismo en el lugar de Montfort: si no se podía confiar en la propia castidad de Claudia, era difícil confiarle aquel dinero. Lo que más le asustaba en esos momentos era la pregunta sin respuesta de cuánta gente estaba corriente.

La encontró en el salón con la hija de una criada —Redbourne no podía recordar con exactitud de qué criada— por la que Claudia se había tomado un interés especial. El le había recordado en diferentes ocasiones su edad, tenía veinticinco años y seguía soltera, rogándola que accediera a casarse con alguno de la media docena de pretendientes que normalmente le pedían opinión a él. Quería que tuviera su propia familia. Claudia y la niña estaban sentadas una al lado de la otra en un sofá de batista verde, con un atlas abierto sobre su regazo.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Claudia cuando él entró, luego se transformó en una sonrisa beatífica

—¡Papa! ¡Qué fantástico que estes aquí con nosotras
Redbourne echó una mirada a la niña.

—Vete a buscar a tu madre

La niña miró con vacilación a Claudia, cuya sonrisa se desvaneció al instante. Hizo un gesto asentimiento a la pequeña. desvaneció

Ya continuaremos mañana, ¿te parece? Pues, bien, en marcha... Tu madre está en la cocina con el señor Randall—. La niña se bajó del sofá mirando con atención a Redbourne como si nunca antes hubiera visto a un hombre mayor, se fue despacio hasta la puerta y luego salió de mala gana.

Redbourne esperó hasta que la puerta se cerrara tras ella antes de volverse para mirar a Claudia. Su precioso rostro se alzó levemente hacia su padre, sobresaltado por la noción de la belleza que se estaba desaprovechando.

—Entiendo que pasaste un buen rato en la última velada en casa de Green.

Al instante, el rostro de ella se quedó pálido por completo.

—¿Qu-qué?

Niégallo. Dime que es una mentira abominable. Redbourne continuó andando por la habitación, estrujando la nota de Montfort.

—Por lo visto corren abundantes rumores apuntando que te descubrieron a solas con un hombre en una postura bastante... comprometida. ¿Es verdad?

Durante un momento, Redbourne temió que tal vez su hija estuviera de hecho enferma. No daba crédito a que hubiera hecho esto, su reacción a que contaran cosas tan horribles de ella era de consternación y conmoción. Cuando recuperara el aliento, le rogaría que utilizara todo su poder para actuar contra aquél que hubiera iniciado una mentira tan despreciable.

—Es cierto —murmuró ella—. Lo siento tanto, papá.

El mundo de Marshall Whitney se tambaleó. Mientras miraba fijamente a su propia sangre, se negaba a aceptar que esa niña suya pudiera haber deshonrado su nombre con una depravación tan despreocupada. ¡No podía ser cierto!

—¿Con Kettering? —se oyó a sí mismo preguntar con gran incredulidad—. ¿Sobre un banco y debajo de él, con los pechos al aire?

Con un gesto de gran dolor, Claudia apartó la mirada de él.

Redbourne se desplomó en una silla, mientras su cabeza se desbocaba. Si el rey se enteraba de esta desgracia, bien podría expulsarle de su comité asesor. Aún peor, sería el hazmerreír de todos los clubes de Londres: ¡su hija, una puta!

—Papá, yo...

—¡No! —interrumpió con brusquedad, levantando una mano—. ¡No hables! —Tras respirar a fondo varias veces, se esforzó por recuperar la compostura. Nunca le había levantado la mano a Claudia, pero si alguna vez su hija hubiera tenido que recibir unos azotes, sería ahora—. ¿Por qué? —consiguió decir a la postre—. ¿Por qué tenías que degradarte?

Claudia permaneció en silencio.

—Te he dado todo lo que he podido, te he educado en las mejores escuelas. ¿Cómo has podido echarlo todo a perder? ¿Y por... por una cuestión de lujuria? ¿Qué clase de mujer eres? ¿Por qué, por el amor de Dios, lo hiciste?

A Claudia se le atragantó un sollozo mientras alzaba los ojos al cielo.

—¡No lo sé! Pensaba... quiero decir, quería saber...

—¡No quiero oírlo! —De pronto se levantó casi de un brinco de la silla y empezó a recorrer la sala con furia—. ¡No quiero saber qué locura se ha apoderado de ti! ¡Nunca vi un comportamiento tan lascivo en tu madre! Dios, Claudia, ¿tienes alguna idea de lo que has hecho? ¡Lo has estropeado todo! ¿Crees que alguno de tus pretendientes volverá a visitarte? Créeme, no lo harán, nadie quiere casarse con una mujer deshonrada por su propia lujuria! ¡Mira esto! —Levantó la nota de Montfort estrujada en su mano—. ¡Ya has puesto en serio peligro tus obras de caridad! —Le arrojó la nota, que le dio de lleno en el pecho.

Claudia no la levantó de su regazo.

—¡No estoy deshonrada! Kettering no está deshonrado, o sea que no sé por qué...

—¡Kettering pagará su parte, puedes contar con ello! ¡No le permitiré que salga airoso después de haber traído la humillación a mi casa!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Claudia sin aliento—. ¿Q-qué piensas hacer?

Redbourne le miró con el ceño fruncido.

—Se casará contigo —dijo con tono grave—. ¡Me ocuparé de que te convierta en una puta legítima!

Claudia se encogió físicamente, y por un leve instante, él casi lamentó sus palabras. Casi. ¡Pero su lujuria impía había traído el escándalo a su prístino nombre, y por Dios que sufriría las consecuencias de aquel disparate!

—No voy a casarme con él, papá.

Después de lo que había hecho, ¿iba a desafiarle? Por primera vez en su vida, a Redbourne le resultó difícil aguantar la mirada a su hija.

—Harás lo que yo te diga —sentenció con voz temblorosa a causa de la rabia y se encaminó hacia la puerta.

—Puedes intentar obligarme a cumplir tu voluntad. —Claudia habló con tal suavidad que él tuvo que aguzar el oído para oírla—. Dios sabe que, como mujer, no tengo derechos en cuestiones de este tipo. Pero a él no le impondrás tu voluntad, te lo aseguro.

Redbourne se dio media vuelta con brusquedad y le lanzó una mirada letal.

—Preocúpate menos por tus derechos y ruegas para que él no te esconda en algún lugar remoto del mundo para el resto de tu vida. El muy hijo de perra desde luego tiene medios y motivos para hacerlo si quiere.

Claudia abrió lo ojos con mortificación.

—Papá...

—No gastes saliva, deberías haber considerado en el momento apropiado las consecuencias de ponerte debajo de ese hijo de perra como si fueras una puta. —Y con eso, salió de la habitación.

Una lluvia constante caía sobre la pequeña casa adosada de Upper Moreland Street, concentrando a sus residentes en el interior de la vivienda en vez de reunirlos en el pequeño pero alegre jardín de la parte posterior. Tres de las mujeres a cargo de Doreen —que iban de los veinte a casi los sesenta y cinco— estaban reunidas en la cocina del sótano, horneando las últimas pastas de té. Dos mujeres más estaban sentadas en torno a las canastas de costura en el salón y charlaban despreocupadas mientras

zurcían, al tiempo que tres niñas pequeñas jugaban a sus pies. Doreen estaba en la parte delantera de la casa, sentada en la ventana, meciéndose mientras trabajaba en una pieza que tenía en su regazo. Levantaba la vista al exterior por donde de vez en cuando pasaba un carruaje o un peatón.

Claudia permanecía de pie en el saliente de la ventana, con la mirada perdida en el espacio igual que en la última hora desde que había venido a traer fruta fresca para los niños. Esta casa era el único lugar en que ahora se sentía ella misma. Su vida estaba patas arriba y todo lo que creía que sabía hasta ahora de pronto era discutible; y Dios sabía que ya había discutido suficiente. Los rumores sobre su experiencia carnal se habían propagado como el fuego entre la elite aristocrática gracias a la señora Frankton, y la historia se volvía más escandalosa cada vez que alguien volvía a contarla. Fue indignante enterarse por Brenda, su doncella, de que algunos hombres sin escrúpulos, hombres que conocía desde hacía años y que habían estado invitados a su casa alimentaban las llamas afirmando conocer la persona que era Claudia Whitney, ya que habían estado relacionados con esa faceta de ella.

Aún era más humillante enterarse de que, al parecer, no había sido la única conquista del Seductor aquella noche. Brenda también le había hablado de un beso bastante escabroso que habían compartido Julian y lady Prather en el salón de baile.

Claudia cruzó los brazos sobre el abdomen, viendo otra vez el rostro oscuro de Julian encima de ella, sus ojos negros brillantes... *Haces bien en tenerme miedo...*

Sacudió la cabeza, intentó aclararse la vista, pero seguía empañada por un fino lustre de lágrimas que no podía contener. Finalmente había acabado por darse cuenta... o admitir... que su locura le había costado muy cara. No importaba que ciertas facciones de la aristocracia la condenaran sin razón; Julian Dane era igual de culpable que ella, y no obstante no había oído ni una palabra en su contra. Tampoco importaba que ella fuera una mujer hecha y derecha, capaz de tomar sus propias decisiones y cometer sus propios errores: el error a la hora de juzgarla estaba afectando de modo adverso a la reputación de su padre. Su argumento de ser una adulta inteligente y con voluntad propia a la que se debía permitir disfrutar de los

mismos placeres de la vida que a un hombre, recibía un gélido reproche. La esencia del problema, en realidad, estaba en que era una mujer y, por consiguiente, su voluntad estaba suplantada por la de su padre, o por la de un hermano o un marido.

Su buen nombre estaba destruido y ya no tenía arreglo: por lo visto, los donativos para su proyecto de escuela habían quedado muy mermados. En los últimos días, había recibido media docena de notas por las que se retiraban la ofrendas realizadas con tal generosidad hacía dos semanas.

Por este motivo no podía perdonarse a sí misma. Por encima de todo, su locura había afectado a niños como las tres pequeñas que ahora jugaban detrás de ella. Porque había permitido que sus deseos afloraran sin barreras, estas niñas no podrían recibir la educación que necesitaban y merecían. Las lágrimas empezaron a correr de nuevo.

—Reconozco que no hay mucho que se pueda hacer al respecto —dijo Doreen, sacando a Claudia de sus cavilaciones. Dirigió una mirada a la mujer que se había visto obligada a ofrecer su cuerpo para llenar las tripas de sus hijos y sintió una oleada de desprecio por sí misma.

—Supongo que no —balbució cansinamente.

—La tienen sentada encima de un barril de pólvora. Por lo que parece sólo queda una opción.

Claudia se volvió hacia ella y la miró mientras se mecía con calma, dándole a la aguja que entraba y salía volando del tejido entre sus manos.

—Qué?

Doreen hizo un ligero encogimiento de hombros.

—Cásese con él.

¡Santo Cristo!

—No —contestó tajante Claudia. Doreen no levantó la vista.

—No será fácil, para usted. Sé que ese tipo le ha dado más de un disgusto y la ha puesto nerviosa en los últimos tiempos, pero también la ha hecho suspirar...

—¡Yo nunca he suspirado! —protestó Claudia mientras se desplomaba sobre un taburete al lado de Doreen.

La mujer alzó un momento la vista de su labor, pero el escepticismo era muy evidente.

—Sabe que no es verdad. Suspiraba como una colegiala, aquí mismo en este salón. Cásese con él. No le perjudicará demasiado. —¡Doreen! —exclamó Claudia—. ¡Tú misma juraste no permitir que un hombre volviera a manejar tu vida! ¿Por qué iba a hacerlo yo?

Doreen dejó la labor y fijó una mirada severa en Claudia.

—Hay diferencias entre usted y yo, señorita. Es una de ellos, de la aristocracia. Tiene que casarse si quiere vivir. Aunque estuviera dispuesta a trabajar no podría hacerlo, y de todos modos, no duraría ni un día en una fábrica. Es demasiado delicada para eso. ¿Qué otra cosa puede hacer? Ese padre suyo no la va a aguantar siempre. A mí me parece que no tiene otra elección aceptable, no una mujer como usted.

Claudia abrió la boca para protestar, pero Doreen sacudió la cabeza.

—No malgaste las fuerzas discutiendo. Aparte, no debe tener miedo a los hombres, no como nosotras —continuó haciendo un gesto en dirección a las demás mujeres en la habitación—. Una vez el dandi se case con usted y la tenga, la dejará en paz. No la necesita a usted para que le dé de comer o le vista o le traiga dinero a casa. Dios bendito, le aseguro que no le necesitará para nada excepto para ir de su brazo cuando la ocasión lo merezca. Una mujer no podría pedir un arreglo mejor en este mundo, y además parece que de todos modos no tiene otra elección, ¿eh que no? Es lo que nos toca en la vida, y ninguna de nosotras puede hacer nada al respecto.

Una vez dicho eso, Doreen regresó tranquilamente a su costura. Claudia se la quedó mirando un largo rato, luego desplazó la mirada a la ventana por la que resbalaba la lluvia.

Para rebatir aquello, no tenía ningún argumento que ella pudiera creerse.

Julian sostuvo la nota estrujada de Sophie en su mano, apretando mandíbula con fuerza. Iba dirigida a Stanwood en persona, pero por error de un anciano mayordomo se la habían entregado a él. ¿Se vería obligado a recurrir a la fuerza para meter un poco de sentido común en la cabecita vacía de Sophie? ¿Pensaba que podía continuar desafiándole sin consecuencias?

Se llevó la mano a la nuca para frotársela con fuerza en un intento de borrar aquella sensación de incomodidad. Parecía que Sophie hubiera perdido la cabeza. Cuando Julian le planteó la cuestión cara a cara, ella se había apocado, pero luego había recuperado rápidamente el valor. *¡No puedes impedir que le ame!*

¡Señor, estaba cansado de esto! Su hermana nunca había sido tan testaruda y este cambio en ella era más de lo que podía soportar —ahora no, precisamente ahora no—, a duras penas podía cuidar de sí mismo, mucho menos de ella. Se frotó el cuello con fuerza. Le había dicho con calma y claridad que si intentaba ponerse en contacto otra vez con Stanwood, la enviaría de inmediato a Kettering Hall con todas sus cosas. Y lo había dicho en serio.

Miró de nuevo el papel de vitela que tenía en su mano. Dirigido a Stanwood con la caligrafía de Sophie con grandes y elegantes trazos, prometía —entre algunas quejas escogidas sobre un autoritario hermano mayor— encontrar la manera de reunirse con él. Julian reconocía sentirse superado e incapaz de entender el motivo de que su hermana no entendiera su punto de vista.

Le superaba todo lo sucedido en los últimos días. No sabía qué hacer, le dolía cada articulación del cuerpo, la sensación omnipresente de inquietud le provocaba una molestia general. Ciertamente no ayudaba el hecho de que no hubiera dormido en días, gracias a Phillip. Ah, sí, el fantasma de Phillip se le aparecía cada noche, igual que había pasado en las largas noches posteriores a su muerte para invadir sus sueños. Todo se repetía, viejas heridas volvían a abrirse: la incredulidad, la culpabilidad, la voz del párroco y las palabras huecas, *conoce la virtud del amor...* Todo esto le llegaba en sueños fragmentados, recuerdos sacados del profundo letargo de largos meses, y sólo por aquel único comentario pronunciado por la voz de Claudia aún ronca por el deseo.

Puede que Albright le disparara, pero tú le pusiste en aquel campo...

¡Dios santo, cuánto le despreciaba Claudia! Y lo que más le mortificaba era pensar la forma en que se había sentido atraído hacia ella, como si fuera una adoración adolescente. Qué diantres, había reaccionado a ella como un animalito, chupándole la piel, aspirando su aroma. Se habría puesto de

rodillas suplicándole que le dejara hacerle el amor, estaba seguro de eso. Pero el rechazo de Claudia le había partido en dos, y una de las mitades se sentía sin timón.

Dejó caer su frente entre sus brazos encima del escritorio y cerró los ojos. Si al menos pudiera dormir una hora o dos sin tener que pensar en ella. O en Phillip. O en Sophie y, cielo santo, en Valerie, también; todos los feos testamentos de la virtud del amor en su vida.

El contacto de una mano fría, sudorosa sobre su piel sorprendió a Julian. Se incorporó al instante y pestañeó rápidamente contra la luz, intentando centrarse en la imagen acuosa de Tinley, cuya figura encorvada esperaba paciente, mirándole con una expresión bastante hastiada en el rostro.

—Jesús, Tinley, ¿no podías llamar? —le ladró.

—Sí que llamé, milord, pero no hubo respuesta aparte de algún ronquido. Ni tampoco respondió cuando di unos golpes sobre el escritorio.

Julian lanzó una mirada de ira al viejo.

—¿Qué quieres?

—Lord Redbourne quiere verle, milord.

Fabuloso.

—Entonces supongo que será mejor que le hagas pasar —balbució y se puso en pie, con un intento poco convincente de alisarse la ropa.

—¿Sirvo brandy?

Julian soltó una risita sin pretenderlo. Londres era así: las formas por encima de todo, incluso cuando lo más probable era que el visitante quisiera matarte.

—Por supuesto, sirve brandy. Pregúntale si quiere quedarse a cenar, ¿quieres?

Tinley ni respondió ni sonrió mientras salía arrastrando los pies de la habitación.

Julian estaba junto a la chimenea cuando Redbourne irrumpió. De hecho, hacía muchos meses que no veía al conde y le sorprendió cuánto se parecía Claudia a él. Tenía un porte majestuoso, más que ser alto. Su pelo canoso estaba perfectamente peinado al estilo griego y ralo que seguían los hombres a la moda. Su rostro apuesto mostraba signos de tensión: signos

reveladores en torno a los ojos, entre las cejas. Sus ojos grises azulados — los ojos de Claudia— recorrieron a Julian arriba a abajo.

Los labios de Redbourne formaron un gesto despectivo.

—Bien, Kettering, no tiene aspecto de ser un hijo de puta. Pe eso es lo que es, y mucho más, canalla. ¡Tengo derecho a exigirle una satisfacción por lo que ha hecho!

De acuerdo, entonces, dejarían aun lado la cortesía.

—Pues hágalo, Redbourne —respondió Julian sin alterarse—. No tengo intención de perder el tiempo con esta cuestión.

Con un risa de desprecio, Redbourne avanzó decidido por la habitación.

—¡Su arrogancia es espantosa! ¡Me ha deshonrado! ¡Créame, si atravesara con una bala ese corazón podrido suyo, nadie en Londres me culparía!

—Yo no le he deshonrado, Redbourne —dijo Julian con calma—. Ha sido su hija.

El rostro del conde se quedó pálido.

—No me provoque, Kettering.

—Y no me amenace —le respondió en voz baja—. Si quiere algo de mí, pídalo.

Redbourne apretó los labios con tal fuerza que casi desaparecen.

—He venido a pedirle que sea un caballero. Conoce a mi hija desde que era una niña, en otro tiempo fue como un hermano para ella —dijo, y sus ojos reflejaron su desprecio mientras hablaba— y esperaba que fuera lo suficiente hombre para hacer lo correcto. Le estoy pidiendo, rogándole, que no permita la desgracia de Claudia.

Los ojos de Julian encontraron la mirada de Redbourne mientras se metía las manos en los bolsillos y se apoyaba en la repisa.

—Me ofrecí en matrimonio, pero su hija me rechazó. Parece que sólo siente desprecio por mí.

Fue obvio que Redbourne no estaba enterado de esto.

—Pues tiene una manera bastante singular de mostrarlo —murmuró. Se acercó al escritorio pasándose distraídamente la mano por su pelo impecable—. La reputación de mi hija está arruinada, Kettering. Usted la ha arruinado. Los rumores que circulan son demoledores. Sé que comprenderá

la importancia cuando le diga que ya han llegados a oídos del rey. —Echó un vistazo a Julian por el rabillo del ojo.

Éste levantó una mano para frotarse la nuca.

—Le suplico que se comporte como un par del reino, como un caballero. Como un hombre que ha educado con orgullo a sus cuatro hermanas. Usted pediría lo mismo si la mujer en cuestión fuera la joven Sofía.

—Se llama Sophie. —El dolor en el hombro de Julian se extendió hasta su pecho; se apartó con inquietud de la chimenea—. Entiendo su posición, Redbourne, pero usted debe considerar la mía. Ha rechazado mi oferta y, por consiguiente, no me siento inclinado a obligarla en contra de su voluntad a que la acepte.

—Lo estaría si se tratara de Sophie —replicó al instante Redbourne—. Si esta... cosa abominable le hubiera sucedido a su hermana, recurriría a cualquier medio para evitar el escándalo. Le conozco lo suficiente como para decir esto.

Cierto. Haría lo necesario para proteger a cualquiera de sus hermanas, era un instinto en él, tan natural como respirar. Se encogió de hombros.

—Aunque yo aceptara, Claudia no lo haría.

Redbourne refunfuñó con desdén.

—¿Qué opción le queda? Su locura la ha convertido prácticamente en una prisionera encerrada en mi casa. Casi no sale, sus amigos la desdeñan, no la invitan a ningún lugar... No tiene ninguna opción, a menos que le guste acabar su vida como una solterona.

Julian intentó imaginarse a Claudia en la ceremoniosa casa de Redbourne, sola... su chispa extinguida por el escándalo.

—No es que deba cohabitar con ella, ya me entiende.

Aquello hizo que Julian alzara la cabeza. Echó una mirada de curiosidad a Redbourne.

—¿Perdón?

Redbourne se encogió un poco de hombros.

—El suyo desde luego no sería el primer matrimonio entre la aristocracia en el que la feliz pareja opta por llevar vidas separadas... en todos los sentidos.

Julian pestañeó con sorpresa. Antes de aquella noche en casa de Harrison Green nunca se le había ocurrido casarse. Pero desde luego nunca se le había ocurrido hacerlo sólo nominalmente. Pero, claro, estas circunstancias eran de verdad atroces. Había puesto a Claudia en una situación comprometida e irrevocable y se había enterado de precio que ella sentía por él: no se imaginaba casado y mucho menos con una mujer que le despreciaba. De cualquier modo, era muy consciente de su responsabilidad en todo este embrollo. Tal vez lord Redbourne tuviera razón. Tal vez pudieran coexistir en la misma casa una forma bastante pacífica. Tanto la casa de St. James como Kettering Hall eran lo bastante grandes como para pasar varios días, incluso... semanas, sin tener que verse o hablar el uno con el otro. Podía funcionar.

Volvió la cabeza y miró a Redbourne.

—Si yo aceptara, ¿usted podría obtener una licencia especial?

El alivio se reflejó en todo el rostro de Redbourne.

—Por supuesto —se apresuró a contestar—. Entonces, ¿lo hará?

Tragándose un nudo de incertidumbre alojado en su garganta, Julián asintió.

Redbourne se dio media vuelta y avanzó en dirección a la puerta.

—Está haciendo lo más honorable, Kettering. Nadie puede reprocharle algo por esto.

Tal vez... pero Julian tenía la inquietante sensación de que había persona que podría reprochárselo. Y no dudaba de que lo haría.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Al parecer, la obligarían a casarse con el Seductor.

A través de sus pestañas, Claudia miró al hombre que sería su esposo mientras éste hablaba informalmente con Louis Renault, como si este tipo de encuentros familiares se celebraran todos los días.

Todo había sucedido porque su padre había insistido después de coaccionarla para que se casara con Kettering. Oh, de verdad lo había hecho a la perfección: primero intentando camelarla, luego amenazándola y finalmente jurando sobre la tumba de su madre que convertiría su vida en un infierno si no aceptaba la proposición de Kettering. Le echó en cara todo lo que se le pasó por la mente, pero ella había resistido con valentía, segura de capear el temporal y decidida a no perderlo todo por el Seductor. Probablemente, el conde no tenía ni idea de qué amenaza era la que a la postre había podido con ella. Y no era la amenaza de la soltería o el juramento de encerrarla para siempre. Fue el momento en que declaró que la dejaba sumida en la pobreza, que le retiraba su asignación y su anualidad, y por lo tanto quedaba privada de todo medio para mantener la casa en Upper Moreland Street.

Claudia se vino entonces abajo y accedió entre lágrimas. Nada más surgieron las palabras de sus labios, la obligó a sentarse en el escritorio para redactar una nota a Kettering. Bajo su mirada vigilante —tenía a su padre literalmente colgado sobre su espalda— y cegada por las lágrimas, Claudia había escrito una escueta nota en la que aceptaba su supuesto ofrecimiento.

Al día siguiente, Kettering se había presentado para verla, pero había hecho que Brenda diera una excusa en su nombre, incapaz de mirarle

todavía. Envío sus disculpas con Brenda y no había vuelto tener noticias de él.

Hasta que su padre la obligó a acudir a esa denominada cena familiar.

Julian se había mostrado educadamente reservado desde su llegada. La saludó con talante distante, rozando apenas sus nudillos los labios. Pero sus ojos de obsidiana la habían perforado con la mirada; un mirada penetrante, interrogante, que le había provocado un tenso calor en el cuello. Luego Eugenie se apresuró a saludarla, sollozando ora de alegría, ora de pesar, y de alegría otra vez. Julian cerro los ojos.

Desde ese momento no habían vuelto a hablar.

Ni durante la ronda de whiskys para los hombres antes de la cena ni mientras se dirigían al comedor, ni durante el vino previo a que sirvieran la comida. Eugenie y Ann se ocuparon de que Claudia sobreviviera a la cena, hablando con sumo cuidado de la boda, evitando con tacto el escándalo como si todo aquello de su enlace no les hubiera sorprendido del todo. Después de la cena, en el salón dorado, cuando los hombres se quedaron en el comedor a tomar una copa de oporto, Eugenie comentó tranquilamente con ella los detalles del banque nupcial, como si mencionarlo pudiera provocar sus lágrimas; siempre había sido muy sensible a estas cosas. Y cuando los hombres volvieron a reunirse con las damas, Claudia había evitado con destreza cualquier conversación con él, concentrándose con suma atención en las quejas de Ann sobre sus tobillos hinchados y un extraño antojo de comer habas.

Pero aún así, no dejó de sentir sus ojos sobre ella, observando subrepticamente todos sus movimientos. Oh, Dios, ¿cómo iba a sobrevivir a todo esto? ¿Cómo podría recorrer el pasillo de la iglesia par reunirse con él ante el altar? ¿Yacer en su cama?

Sintió un escalofrío que la heló hasta el centro de su ser. Por milésima vez, pensó en la boda de Eugenie y la manera en que ésta, del brazo de Julian, había avanzado con donaire por el pasillo hasta llegar a un radiante Louis. Pensó en lo orgulloso y guapo que estaba Julian aquel día, lo desesperadamente enamorada de él que se había sentido; cómo se había situado al lado de Eugenie y se había imaginado que el párroco les hablaba a ella y a Julian...

¡Basta! Claudia mantuvo cerrados los ojos durante un instante para recuperar el equilibrio mental. ¡Ya no era aquella niña tonta! Habían pasado siete años y, con ellos, había quedado atrás su inocencia. Siete años en los que había aprendido cómo eran los hombres, lo que querían en realidad de las mujeres y la facilidad con la que podían expulsar a las mujeres de sus vidas si era lo que les convenía. Entendía que las mujeres eran los recipientes donde satisfacían los hombres sus deseos; pertenencias que conseguían mediante el matrimonio. Y al mirar a Julian desde el otro lado de la habitación, creyó su futuro marido era el epítome de lo peor de todos ellos. Porque era el tipo de hombre que podía arrastrar a una mujer a un estado de ciega devoción sin que su corazón se inmutara.

Peor aún, Claudia sabía que ella era el tipo de mujer que sucumbía con facilidad a sus encantos. Sin ir más lejos lo había hecho en casa de Harrison Green, creyéndose en cierto sentido por encima de las convenciones y de la castidad. Su error había tenido unas consecuencias monumentales que lamentaría el resto de sus días. Pero el daño ya estaba hecho; su única esperanza ahora era rogar unas pocas concesiones que le permitieran sobrevivir a aquel matrimonio sin amor, unas cuantas normas básicas que ambos pudieran aceptar para que todo resultara menos doloroso. Por favor, Dios...

No podría evitarle para siempre, por mucho que ella quisiera. Julian la miró rápidamente por el rabillo del ojo, asintió a algo que dijo Louis e intentó no mostrar su impaciencia. Se sentía como si estuviera a punto de abandonar su propia piel, una sensación que no había hecho más que empeorar desde que ella había llegado. Dios, pero su sonrisa, aquel destello devastador y brillante, se había esfumado, y en su lugar sólo había una mirada tan deprimida que le provocó un escalofrío. Su consternación era palpable, Julian la sentía con tal intensidad que se preguntaba si no la habría confundido con la suya propia. Estaba claro que era contraria al matrimonio, pero lo que estaba hecho, hecho estaba; ya no había nada que pudieran hacer —ninguno de los dos, porque cancelar la boda hundiría a ambos en un escándalo tan profundo del que ninguno podría escapar. Por

tanto, mantenía la firme opinión de que tenían que hacerlo lo mejor posible, sin más. No era el fin del mundo... aún no, al menos.

Y mientras se disculpaba ante Louis, estaba decidido y seguro de que ella entendería su razonamiento y llegaría a la misma conclusión.

Cruzó con parsimonia la sala, a sabiendas de que todos los asistentes hacían lo posible para no observar aquel diálogo polémico. Sus hermanas, por descontado, no cabían en sí de gozo al verle finalmente casado, y con su mejor amiga ni más ni menos. Oh, sabían muy bien lo que había sucedido para que este matrimonio se celebrara, pero no permitirían que un pequeño y morboso escándalo se interpusiera su felicidad. Con toda franqueza, durante todo el día había tenido la sensación de que se esforzaban muchísimo para no ponerse a cantar la marcha nupcial. Lo sabía, era un sacrificio supremo para todos ellos contenerse por los motivos que había detrás de los inminentes esponsales.

No obstante, tales motivos no impidieron que sonrieran de oreja a oreja cuando Claudia se puso de pie justo cuando él se acercó. Sorprendido, Julian se detuvo y se cogió las manos en la espalda con torpeza.

—¿Me permite unas palabras, señora? —le preguntó con tranquilidad.

—Sí, por favor —respondió ella, y salió con calma de la habitación. Con una mirada a los demás, Julian la siguió e indicó al lacayo que estaba apostado justo afuera del salón que les siguiera. Claudia empezó a andar en dirección este; Julian la tomó por la cintura y sintió cómo se tensaban los músculos bajo la palma de su mano mientras ella se detenía y se volvía hacia él a medio camino.

Julian apartó la mano.

—Sugiero la biblioteca. A menos, por supuesto, que prefiera el comedor del desayuno.

—Humm, no. Mis disculpas —musitó ella y se fue andando con rigidez en la dirección contraria, con su falda dorada y verde flotando tras ella. Julian no pudo evitar recordar aquella tarde en Château Claire cuando ella apareció deslizándose descalza sobre la hierba, con el sol resaltando los brillos dorados de su cabello. Aquel día parecía encontrarse años atrás, pensó mientras se adelantaba para abrir la puerta de la biblioteca.

Claudia pasó a su lado manteniendo toda la separación que permitía el umbral de la puerta y luego se fue casi corriendo hasta el extremo de la habitación, donde se cobijó cerca de un globo terráqueo. Mientras esperaban a que el lacayo encendiera varios candelabros por la habitación, Julian contempló a su futura esposa pensando que con las manos enlazadas y la barbilla levantada muy alta, se parecía mucho a la niña desafiadora que tan a menudo había tenido que dar explicaciones en su estudio de Kettering Hall.

No pudo contener una sonrisa.

—Relájate, Claudia.

No se relajó, sino que se movió con incomodidad, apoyándose primero en un pie y luego en otro. Julian echó una rápida mirada al lacayo que se mantenía a la espera junto a la puerta y le despidió con un movimiento de cabeza.

—No... no quiero hacer esto —dijo Claudia cuando la puerta estuvo cerrada.

El sonido angustiado que profirió su voz le partió el corazón a Julian. Se puso serio al instante.

—¿Por qué no te sientas? Estarás más cómoda.

—¿No hay ninguna otra opción? Quiero decir, ¡algo habrá que podamos hacer! —espetó con ansiedad.

—Por desgracia, lo único que puedo hacer es casarme contigo.

Claudia recuperó un poco de color en sus mejillas y dobló los brazos en torno a su cintura mirando al suelo.

—¡Tiene que haber otra manera!

—No la hay —contestó él con tono cortante. No le apetecía insistir en aquel punto doloroso. Paseó sin rumbo fijo por la habitación. No podía decir otra cosa. Lamentaba que ella se mostrara tan contraria... tan contraria a él, pero ¿qué podía hacer? Lo tenía difícil para...

Julian oyó un sonido y se volvió con brusquedad. Claudia se apretaba el puño contra la boca en un esfuerzo por no echarse a llorar. Se volvió para que él no la viera, pero Julian se apresuró a colocarse a su lado e intentó abrazarla, aunque ella le apartó de un empujón.

—No llores, Claudia —le pidió con impotencia—. Todo irá bien.

—¡Me siento tan indefensa!

—Ya lo sé.

—¡No tengo ni voz ni voto! ¡No soy nadie! Cheevers no me quiere recibir, cuentan cosas horribles de mí, y mi padre casi no me dirige la palabra!

Julian sintió un escalofrío, lamentando de verdad las vejaciones a las que la estaban sometiendo. Claudia alzó de pronto la cabeza y se secó las lágrimas de las mejillas con rabia.

—Pero no hay marcha atrás, ¿verdad?

—No —dijo él.

—De acuerdo, entonces, bien... no voy a llorar. Sólo... tengo algunas preguntas.

—¿Sobre?

—Tengo bastante curiosidad por saber cómo será después de la boda... ah, después del sábado.

—¿Cómo será qué?

—Ya sabes... nosotros. Quiero decir, esto. —Se apresuró a corregir, indicando la habitación con gestos impetuosos—. ¿Se me impondrá alguna restricción?

—¿Restricción? —repitió él tontamente, sin saber en qué estaba pensando ella con exactitud.

Claudia alzó la vista al techo con un suspiro y se secó las lágrimas.

—No estás facilitando las cosas, Julian.

—Pues te ruego que me perdones, pero ¿qué tipo de restricciones estabas esperando?

—¿Pondrás alguna traba a mi libertad? —preguntó ella con gesto de irritación—. ¿Me dirás a dónde puedo ir y a dónde no? quién puedo ver y a quién no?

Vaya, ¿no era fantástico todo aquello? No sólo le consideraba un especie de asesino, sino que además le tenía por un hombre capaz de encarcelar a su esposa.

—Eso es ridículo, Claudia. ¿Por qué iba a ponerte restricciones de alguna clase? Puedes entrar y salir a tu gusto.

—Entonces ¿me permitirás quedarme en Londres? —preguntó con escepticismo?

—Yo había supuesto que te quedarías conmigo, donde quiera que pueda ser. ¿He dado demasiado por supuesto?

Claudia pestañeó, sus ojos grises estaban empañados por la confusión.

—¿De modo... de modo que no tienes intención de enviarme a Kettering?

¿De dónde diantres sacaba esas ideas?

—Claudia —dijo con impaciencia—. Mi intención es vivir como lo harían cualquier esposo y esposa, como nos convenga, donde nos convenga, en Londres o en Kettering. Desde luego que no voy a encerrarte y no voy a ponerte trabas.

Claudia bajo la vista. La suave luz de un candelabro enmarcó su figura mientras raspaba la alfombra con su zapatilla. La zapatilla tenía un pequeño lazo, ligero y frágil. Algo en Julian reaccionó con fuerza contra aquel lazo. Por absurdo que fuera, el lazo le recordó a Valerie, a otros tiempos en que había sentido la necesidad de hacerlo todo bien y había fracasado. Había fracasado también con Phillip. Claudia le despreciaba por aquel fracaso, y de pronto él no quiso sentirse responsable del bienestar de otra persona. No. No podía soportar aquella responsabilidad.

Dios todopoderoso, no quería sentir nada por una muchachita seductora, que podía camelarle solo con una sonrisa y al instante siguiente desdeñarlo como la persona más despreciable del mundo. Y tenía al menos una docena de sonrisas diferentes, sonrisas que le cautivaban, que le alteraban el pulso, que le hacían rehén... Cuando le miraba, ¿pensaba en Phillip?

Bien, entonces, hay otra cosa —dijo ella con suavidad.

—¿Sí? —preguntó cortante.

—¿Me concederás... me concederás una asignación?

Julian refunfuñó.

—No. También tengo la intención de que estés sin blanca. —La sarcástica respuesta pareció confundirla de nuevo, y Julian hizo un ademán impaciente indicando la puerta—. Por supuesto que tendrás una asignación, Claudia. Te daré todo lo que desee tu corazón y no te negaré nada. Dios

Santo, ¿no recuerdas los veranos que pasabas en Kettering? Fija tu misma la cantidad...

—¿Treinta libras? —agregó rápidamente.

—¿Al año? —preguntó él con brusquedad.

—¿Al mes? —preguntó ella con docilidad.

Era una cifra exagerada, pero ¿qué le importaba a él? Sin duda podía permitírselo. Si con aquello la tenía ocupada, separada de él...

—Hecho. Y acordemos también una coexistencia pacífica, ¿de acuerdo? Tú podrás ocuparte de tus asuntos y yo de los míos. No hay motivos para que ninguno de los dos sufra indebidamente por nuestra locura —manifestó, y se detuvo de forma abrupta ante ella—. No tengo intención de castigarme toda la eternidad por este error colosal. —Claudia pestañeó y alzó una mirada de incertidumbre hacia él, le estudió el rostro preguntándose en silencio por este repentino cambio, y Julian la maldijo por el brinco que dio su corazón—. Eres capaz de eso, ¿verdad, Claudia? —le preguntó con malicia—. ¿Pasar por alto la presencia de otra persona? Sé que yo sin duda puedo hacerlo.

Aquellas crudas palabras parecieron llenar la habitación hasta que ella respondió con calma.

—Mejor que usted, milord, se lo aseguro.

—Maravilloso —dijo Julian arrastrando las palabras. Se dio la vuelta sobre los talones y se movió veloz en dirección a la puerta antes de cometer algún disparate, como suplicarle que le amara—. ¿Regresamos con nuestros invitados? Sin duda se estarán preguntando si te he vuelto a tumbar encima de un banco —dijo negándose a reconocer la quemadura que sintió en sus entrañas cuando oyó el jadeo angustiado de asombro que ella profirió. ¿Por qué iba a afectarle? Su consternación no era diferente a la de él. Ah, sí, la consternación aplastante que producía ser testigo de cómo se ponía todo en marcha y avanzaba sin que él pudiera detenerlo, arrollándoles a ellos si era preciso. No había manera de que ninguno de los dos escapara a esta catástrofe.

Una lluvia intensa y constante caía sobre Londres el día de su boda. Claudia iba sentada enfrente de su padre en el carruaje ligero, evitando su mirada. El estómago se le revolvía con cada viraje; llevaba días enferma de pesar y arrepentimiento.

Alzó la vista al pedazo de feo cielo gris que se divisaba sobre lo alto de los tejados que pasaban lentamente. Se preguntó por milésima vez por qué había accedido a que la coaccionaran. *Por desgracia, lo único que puedo hacer es casarme contigo. Pero no tengo intención de castigarme toda la eternidad por este error colosal.* ¡Nunca lo soportaría! Cerró los ojos abruptamente y luchó contra las lágrimas que había conseguido mantener a raya durante las últimas veinticuatro horas.

El carruaje moderó su marcha mientras doblaba una esquina.

—Arriba ese ánimo, ya hemos llegado —dijo con brusquedad su padre.

Claudia dio un respingo ante la visión de la catedral. Varios hombres se arremolinaban en el último escalón de la entrada, justo debajo de un alero. Por supuesto, el conde había insistido en que dos docenas o más de invitados prominentes estuvieran presentes en lo que se había anunciado como una pequeña boda familiar. Su padre pensaba que aquello haría que pareciera casi una unión planeada, pero era absurdo: todo Londres sabía que la obligaban a esto, a su penitencia pública y eterna por su indiscreción.

—Pero vamos, qué aspecto tan lloroso... Ya basta de eso ahora.

Claudia desplazó la mirada al rostro impávido de su padre. ¿Que esperaba que hiciera, reírse con disimulo como una doncella sonrojada? Con toda franqueza, nunca le había considerado un hombre especialmente sensiblero, pero su indiferencia durante la semana pasada rozaba la crueldad. ¿No podía entender, ni siquiera un poco, lo difícil que era esto para ella? ¿Lo humillante que era verse arrastrada a una unión con un hombre del carácter de Kettering?

—¿Amabas a mamá? —dijo Claudia de repente.

Podría haberle preguntado igualmente si era un traidor a la corona.

—¿Perdón, hija? —contestó con resuello.

—¿Amabas a mamá? —insistió otra vez, sorprendida de no haberle preguntado nunca antes algo tan sencillo y fundamental.

El conde, sin prestar atención a la puerta abierta, la miró boquiabierto como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Amor? —repitió como si aquella palabra le doliera—. ¿Qué estás haciendo, Claudia? Creo que éste no es el momento...

—¡Papá, por favor! Sólo dime... ¿la querías?

El conde frunció el ceño con gesto sombrío, se pasó el pulgar y el anular por ambos lados de su boca, luego se alisó con gesto ausente el pañuelo del cuello. Echó una ojeada al lacayo que se mantenía firme junto a la puerta abierta.

—Un momento, Stringfellow —dijo, y le hizo una indicación para que cerrara la puerta.

Pasó un largo momento antes de que hablara.

—Como en la mayoría de matrimonios entre los miembros de nuestra posición social, nuestra boda fue convenida entre nuestras familias. Casi no nos conocíamos —dijo con aire circunspecto—. No obstante, respetaba absolutamente a tu madre. Supongo que acabé adorándola después de nuestro primer año de matrimonio, cuando ella se quedó embarazada. Pero no sería sincero decir que la amaba; tampoco debes obsesionarte con este sentimiento, Claudia. No es en absoluto necesario para que un matrimonio funcione, y creo más bien que esa noción puede ser perjudicial al cabo de un tiempo. El amor es como un buen vino, al final acaba por avinagrarse. Si le ofreces tu obediencia, te encontrarás con una compañía amistosa.

Claudia miró boquiabierta a su padre, fascinada a la vez que horrorizada. ¿Era posible que hubiera compartido la mayor intimidad posible con una mujer —la concepción de una hija— y que sólo la considerara una compañía amistosa?

—Y bien, sólo falta un minuto o dos para que llegues al altar según el horario previsto. —Con eso, volvió a abrir la puerta y se apresuró a bajar.

Claudia no se movió, no podía moverse. A través de la puerta abierta miró la iglesia y luego a los hombres reunidos en la entrada, que observaban con curiosidad el carruaje. Su estómago volvió a agitarse y se preguntó alocadamente qué dirían los chismosos si vomitaba una vez llegada al altar. De cualquier modo, no había tiempo para pensar en eso ya

que la cabeza gris de su padre apareció en la abertura, y su expresión transmitía con claridad que estaba al borde de la exasperación.

—¡Ya está bien, Claudia! —susurró con rudeza—. Tú misma te has preparado la cama y ahora tienes que echarte. ¡En marcha!

Si ése no era el gran eufemismo del año... oh, sí, se había hecho cama ella misma, de acuerdo. Aturdida de miedo, se echó la capucha del manto sobre su sombrero, lenta y deliberadamente, y se ajustó capa alrededor de los hombros; tendió luego la mano a su padre.

La pequeña muchedumbre que se había reunido en el último escalón de la iglesia se hizo a un lado para dejarles pasar, todo ellos la miraban como si se tratara de algún bicho raro, mientras murmuraban débiles felicitaciones a las que naturalmente su padre respondía. Eugenie, Ann y Sophie la esperaban con ansiedad en el atrio. Claudia no se había interesado mucho por la planificación de esta boda y, desgana, había delegado todo en el entusiasmo imparable de Eugenie y la vista para los detalles de Ann. Echó una ojeada a Sophie mientras quitaba la capa y se la tendía a una asistente: tenía los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando y la boca fruncida en, un gesto tirantez. Eugenie no paraba a su lado, susurrando con excitación nombres de algunos de los asistentes. Ann revoloteaba a su alrededor como un abejorro, arreglándole el vestido.

Sintiéndose cohibida, Claudia se miró el vestido. Era de terciopelo gris con una sobrefalda de un finísimo chiffón transparente decorado de forma intermitente con diminutos cristales que reflejaban suave luz de las velas de la iglesia. Le iba un poco ajustado en la cintura y en el apretado corpiño; supuso que había ganado un poco de peso desde la última vez que se lo puso. Era un vestido bastante viejo, lo había llevado años atrás para asistir a un importante baile con su padre: el mismo baile en el que Phillip había bailado el vals con ella hasta sentir aquel estado embriagador de adoración. No se lo había puesto desde entonces, pero ahora el terciopelo gris parecía amoldarse a su estado de ánimo, un color sombrío para la ocasión.

—Ya es la hora —musitó su padre y la cogió por el codo con firmeza como si le diera miedo que fuera a quedarse pegada al suelo. Ann iba y venía afanosamente alrededor de ellos, organizándoles en la hilera, susurrando instrucciones frenéticas de última hora al oído de Sophie, justo

antes de empujarla desde detrás del bastidor que separaba el atrio de la nave.

Eugenie salió tras ella, empezó a andar por el pasillo después de agarrar a Claudia en una especie de abrazo del oso. El conde le cogió la mano en silencio y se la apoyó en su antebrazo; luego empezó a andar. El pánico en el pecho de Claudia ascendió hasta su garganta; salió a trompicones al lado de su padre, enderezándose mientras él entraba en el pasillo que daba al altar.

Un mar de gente se fue poniendo en pie, volviéndose para mirarla hasta que todos los ojos estuvieron pendientes de ella. La visión de Claudia se empañó de repente —de lágrimas o miedo, no estaba segura— y buscó con desespero un punto en el que concentrarse, algo que le impidiera ver todos aquellos rostros. Sus pestañas se agitaron reiteradamente, miró en dirección al párroco...

Julian.

Oh, Dios... ¡Oh, Dios!

Su estómago se revolvió de forma violenta. De pie, al lado de Arthur Christian, vestía con chaqué y pantalones grises oscuros y un chaleco azul marino con intrincado bordado de hilo de plata. Más alto que el resto de asistentes, su pelo negro —aún demasiado largo, pensó alocadamente— relumbraba bajo la luz de docenas de velas situadas en el altar, en marcado contraste con el blanco del cuello. Aunque los lentes redondos le daban un aspecto menos predador de lo normal, no ocultaban el destello de sus ojos azabache o el hecho de que tenía la mirada clavada en ella.

Por todos los cielos, estaba magnífico.

Su corazón latía con fuerza ahora, cogía impulso con cada paso que la acercaba más a él. Claudia no podía apartar la mirada. Hipnotizada, no oyó al vicario que preguntaba quién la entregaba, ni a su padre responder mientras dejaba su mano sobre la de Julian. La rodeó con sus dedos y, cuando el conde se apartó, no quedó nada más entre ellos, nada aparte de la cruda verdad. Pero, de cualquier modo, ella alzó los ojos para mirarle aún incrédula, atrapada despierta en una pesadilla. Julian le sonrió con ánimo tranquilizador y se inclinó sobre ella mientras se volvían hacia el párroco.

—No pasa nada —le susurró tan suavemente que por un momento pensó que lo había imaginado, pero el delicado apretón de sus dedos le aseguró que no era así.

Y allí estaba ella a su lado, murmurando respuestas automáticas al párroco, mirando desesperanzada los vitrales de la Virgen María. Estaba tiritando. Hacía tanto frío en la cavernosa catedral que el único punto de calor era la mano de Julian, rodeando con firmeza la suya. Mientras él le ponía una alianza de oro en el dedo, como si estuviera soñando, pensó lo extraño que resultaba que una simple mano pudiera sostenerla, la mantuviera a flote durante el momento más extraordinario de su vida. La mano de un hombre que había arruinado su vida, y no una vez sino dos.

—Y yo os declaro marido y mujer...

No oyó nada más, sólo sintió su mano en la mejilla, el roce de sus labios contra los suyos, el suave suspiro sobre sus labios. Cuando él levantó la cabeza, Claudia vio el destello de algo profundo en esos ojos negros, algo demasiado profundo; por un momento, él le pareció casi vulnerable. Julian le tomó la mano, se la apoyó en el interior codo, la cubrió con gesto protector con la suya y la guió por el patio, mientras sonaba la música de cuerdas del cuarteto.

Oh, Señor.

Ya estaba hecho.

Sin embargo, no había hecho más que empezar.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Durante el convite nupcial, la gravedad de la realidad comenzó a filtrarse hasta lo más profundo de su ser. No era sólo la alianza de oro, que tan extraña y poco natural quedaba en su dedo. Tampoco eran los invitados que reconocían corteses su nuevo estado, dirigiéndose a ella como lady Kettering.

Era él.

Y lo cierto era que Julian no había pronunciado palabra, aparte de apuntar que Sophie pasaría un par de semanas con Ann y Victor. Le comentó esto durante el recorrido en carruaje para la comida en casa del padre de Claudia, en Berkeley Street. Él aguardó paciente su respuesta, pero ella aún no se sentía capaz de hablar, y finalmente él dirigió su atención a la ventana.

Desde entonces apenas le había hablado, pero no importaba. Su mera presencia era abrumadora. Conversaba desenvuelto y alegre con las muchas personas que le felicitaban y se comportaba como si se tratara de un acontecimiento deseado por él. Relajado e ingenioso, perfectamente encantador con todo el mundo, había tocado a Claudia con toda libertad: su mano, su codo, la cintura. No era algo a lo que estuviera acostumbrada; su padre nunca le había dado muestras de afecto, las pocas que había recibido las había forzado ella misma. Pero el contacto de los dedos de Julian en su codo, su mano guiando su cintura, era demasiado... reconfortante. La asustaba. Si permitía que infundiera en ella aquella falsa sensación de seguridad, acabaría haciéndole daño, estaba segura. Finalmente se cansaría de ella, finalmente buscaría placer en otro lugar, como siempre hacía.

Y también había palabras. «A la salud y felicidad de mi joven esposa — había brindado— con la promesa de mi eterno respeto y honor». Una mujer suspiró. Arthur Christian aplaudió al conde poeta. Julian sonrió a Claudia, mirándola a los ojos mientras tocaba el borde de su copa de champán con la de ella. Claudia hubo de recordarse que sólo eran palabras, dichas para satisfacción de los invitados. Su estómago no había parado de agitarse.

Y ahora estaban a solas.

A solas y lejos en la inmensa residencia Kettering en St. James Square. Cuando llegaron, el viejo Tinley la condujo hasta su nuevo conjunto de habitaciones. Y allí se había quedado, mirando por ventana el día tan gris, los jardines del patio empapado de agua, las volutas de humo que ascendían de las chimeneas repartidas por el horizonte de Londres.

Después de andar sin descanso ante la chimenea de la suite principal de la casa, Julian se detuvo ante el reloj situado sobre la repisa. Las ocho. Habían pasado cuatro horas desde que se había ido detrás d Tinley sin decir nada, en un principio sólo para cambiarse antes de volver a reunirse con él. De hecho, no había quedado así con Claudia pero pensaba que lo habría entendido. Le gustara o no, era el día de su boda. ¿Qué pretendía, quedarse deprimida en sus habitaciones hasta amargarse?

Dio media vuelta y se encaminó hasta el pequeño carrito de bronce, donde se sirvió un whisky de una licorera de cristal. No es que las depresiones femeninas fueran una novedad para él. Con cuatro hermanas, todas ellas proclives a encerrarse en sus habitaciones en un momento dado, estaba bastante acostumbrado a episodios de este tipo. Pero no en esta ocasión: estaba demasiado impaciente, demasiado inquieto por la rápida sucesión de los últimos acontecimientos.

Debería haberla retenido más rato en casa de Redbourne, mantenerla ocupada allí, pensó irónico mientras sorbía el whisky. Pero estaba ansioso por alejarse de las miradas indiscretas que no dejaban de observar a la espera de una lágrima o cualquier otra señal de que el escándalo no había acabado del todo. La verdad, había sentido lástima por Claudia. Durante toda la mañana fue un manojo de nervios, una sombra de su personalidad

habitual: daba un respingo ante el menor contacto y se encogía cuando la felicitaba alguno de los cincuenta o más invitados de Redbourne.

¡Redbourne, vaya idiota! Aquel hombre daba más importancia a su posición con el rey que a su propia hija. Para cubrir las apariencias, había invitado a cincuenta asistentes a lo que tenía que haber sido una ceremonia sencilla para los familiares más próximos y había organizado una comida que estaba a la altura de cualquier boda en las mejores circunstancias. Ni por un momento, ni por un solo instante, le había oído dirigirle una palabra amable a su hija, ni muestra alguna de compasión. No, había estado demasiado preocupado por que la boda pareciera todo lo planeada y apropiada posible y que por lo tanto ni un solo cuchicheo adverso llegara a oídos del rey.

Bien, Julian había cumplido con su parte, y aquello le había resultado una de las cosas más duras de toda su vida.

Como poco, era desconcertante pronunciar las palabras que le unían a una mujer para el resto de su vida, particularmente cuando esa mujer le detestaba. Pero aquella sensación bastante incómoda no era nada comparada con la emoción punzante de verla del brazo de su padre con aquel vestido plateado: exactamente el mismo con el que había aparecido aquella noche hacía ya casi dos años.

Le había conmovido y le había desequilibrado, sacando a la superficie el insufrible deseo que sentía por ella. Y no pudo hacer otra cosa que mirarla boquiabierto avanzando por el pasillo, con sus grandes ojos grises azulados fijos en él. Cuando Redbourne le ofreció su hija para toda la eternidad, detectó el desconcierto en esos ojos... y su corazón sufrió por ella.

Aún sufría, pensó, y dejó el resto del whisky. De todos modos, ahora el dolor era diferente pues se había extendido por su cuerpo como un cáncer que le hacía desear salir de su propia piel a toda costa. Al verla tan apagada, había añorado la Claudia de siempre, la brillante estrella de la galaxia aristocrática. La mujer que podía poner nervioso a cualquier hombre tan sólo con una sonrisa suya, la mujer que le había cautivado en Francia. Pero aquella Claudia se había esfumado, destruida tal vez para siempre por este

enlace. No se le ocurría ninguna idea como incentivo al matrimonio para su nueva esposa...

Intentaría al menos hacer su situación lo menos apurada posible; era lo mínimo que podía hacer tras haber arruinado su vida. Aquello significaba pasar por alto los motivos por los que ella le despreciaba, o mantener a Phillip lo más lejos posible de sus pensamientos. Tenía que demostrarle que podían vivir en paz el uno con el otro.

Empezando por una cena tranquila ese mismo día, el día de su maldita boda.

Llamó a su puerta una hora más tarde, después de pedir que subieran vino y una cena ligera. No hubo respuesta; Julian la abrió y entró en sus habitaciones. La única luz provenía de un pequeño fuego en el hogar que proyectaba largas sombras sobre las paredes. En la mesa dispuesta justo enfrente del fuego había varios platos tapados, una botella de vino y dos copas. Claudia estaba entre las sombras con las manos enlazadas a su espalda, apoyada en la pared. No se había cambiado. Los cristales incrustados en los pliegues de su vestido titilaban como pequeñas estrellas alrededor de ella.

Qué hermosa estaba.

Cruzó el umbral de la puerta y la cerró tras él, metiéndose las manos en los bolsillos mientras la miraba con el mismo recelo que ella a él.

—Es un vestido muy bonito. Recuerdo la primera vez que te lo pusiste.

La expresión de Claudia no cambió.

—Sí, no había tiempo para encargarse otro.

—Lo he dicho como un cumplido. Estabas tan hermosa entonces como hoy —continuó observando cómo su pecho se hinchaba con una profunda bocanada—. Creo que fue la noche del Baile Wilmington.

—Sí —murmuró débilmente—, el Baile Wilmington. Papá estaba bastante preocupado aquella noche porque bailé tres veces con el mismo caballero. De hecho, estaba que trinaba.

Redbourne no fue el único. Phillip la había monopolizado durante toda la noche, provocando en él una envidia poco habitual.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Julian, e inclinó la cabeza en dirección a la mesa—. He pensado que tal vez tengas hambre. ¿Cenamos?

Claudia echó una rápida mirada a las fuentes tapadas.

—Oh. —Se apartó de la pared y avanzó lentamente hasta la mesa y se sentó con cierta rigidez sobre el extremo de la silla.

—No sé... qué te gusta —murmuró mientras levantaba una tapa.

—No importa —dijo él y se fue a ocupar el otro asiento. Cogió el vino y llenó las copas. Claudia no le miró. Cogió con el tenedor un poco de rosbif de una fuente para servírselo en su plato de porcelana ribeteada de oro, a lo que añadió una ración de patatas hervidas. Con una tímida mirada desde debajo de sus pestañas, le tendió el plato.

Él lo cogió y observó cómo cogía con el tenedor dos patatas para ponerlas en otro plato, luego se detuvo de repente.

—No puedo hacer esto.

Julian se detuvo, bajando la copa desde donde la tenía para beber.

—¿No tienes hambre?

¡No, no puedo hacer esto! —gritó al tiempo que indicaba con un gesto la mesa y la habitación—. ¡No puedo fingir, Julian!

—Nadie te ha pedido que lo hagas —dijo en tono categórico y dejó la copa en la mesa.

Claudia bajó la mirada a su regazo.

—Dime, por favor, ¿qué quieres de mí?

¿Qué quería él de ella? Poder mirarla un día y no sentir aquel anhelo demente.

—Admito que nuestro matrimonio no es ideal, pero tampoco es un infierno, Claudia. Entiendo lo angustiosa que ha sido la ceremonia para ti...

—Humillante —interrumpió de pronto ella mientras se ponía en pie—. ¡No puedes imaginarte cuán humillante!

Pero tal vez podía imaginárselo demasiado bien, pensó mientras la observaba andar delante de la chimenea.

—Lamento muchísimo que esto haya sido tan humillante para ti, pero por desgracia no podíamos hacer otra cosa.

—Sí, ya me lo has dicho, Julian. Créeme, ya has dejado del todo claro la desgracia que esto representa para ti.

Él no tenía ni idea de lo que quería decir con aquel reproche, pero no le gustaba el tono de su voz.

—A mí no me gusta más que a ti, querida...

—¡Pero no es lo mismo! ¡A ti no te han obligado a hacer esto, a mí sí! Ahora soy tu pertenencia... ¡igual podría ser una vaca vieja y gorda!

—¡No seas ridícula! —saltó él y se levantó de forma abrupta, pasándose una mano por el pelo con exasperación—. No eres mi pertenencia, Claudia... ah, al infierno con todo esto. No voy a discutir de algo tan disparatado. Mira, lo hecho, hecho está, y no tengo intención de alargarme en ello.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó doblando los brazos con gesto defensivo.

—Quiere decir —continuó él, plantando un codo en la repisa y estudiándole el rostro detenidamente— que ahora estamos casados, y no estaría mal que aceptaras ese hecho, ¡porque Dios sabe que será mucho más fácil para los dos cuando lo hagas!

—Oh, ya lo he aceptado, milord —dijo con voz grave—. Como dijo mi padre, yo me he hecho la cama y ahora tengo que echarme en ella. ¿Cómo puedo aceptar una locura así?

—Sugeriría, señora, que su mal genio no ayudará lo más mínimo a facilitar las cosas —balbució con irritación.

—¿Mi mal genio? —exclamó ella indignada—. Dime, Julian, favor, ¿qué quieres que haga? ¿Fingir que esto es fantástico? ¿Que en cierto modo era lo que deseaba que sucediera?

Un recordatorio más de que le despreciaba, algo que con certeza no necesitaba en aquellos momentos.

—¡Haznos a los dos un enorme favor y no empeores las cosas aún más! —le dijo acalorado.

—¡No es posible empeorarlas aún más! —exclamó ella entonces—. ¡Y no esperes que vaya a darte el gusto de mejorarlas!

Una rabia fría se propagó por él. Sin pensar, la cogió por el codo y la acercó de un estirón.

—No me provoques, Claudia —le advirtió—. ¡Éramos dos los que estábamos en el invernadero y, por lo que yo recuerdo, te estabas

divirtiéndolo tanto como yo!

De pronto, los ojos de Claudia centellearon de ira.

—¡Cómo te atreves! Suéltame —musitó enfadada al tiempo que intentaba soltarse de su asimiento.

—No hasta que a mí me dé la gana —respondió con los dientes apretados y tiró de ella con fuerza hasta su pecho, estrujándola entre sus brazos mientras bajaba rápidamente a devorar su seductora boca. Ella forcejeó, intentó librarse de su abrazo. Pero entonces algo sucedió: de pronto su forcejeo se cargó de un apremio que Julian entendió al instante. Ella abrió también su boca y él se lanzó con voracidad al cálido hueco, imitando otro movimiento anterior. Atrapó su labio entre sus dientes y saboreó cada fragmento de su carne henchida. Y luego ella le rodeó el cuello con las manos, atrayendo su cabeza mientras apretaba su ágil cuerpo contra él, contra su dura verga con una erección que no sentía hace meses... o años.

Entonces Claudia se detuvo de repente e intentó apartar la cabeza; Julian notó lágrimas en sus mejillas. Él desplazó la boca por su mejilla, sobre un ojo gris, luego apretó su frente contra la de ella.

—No tiene por qué ser tan duro, cielo —murmuró con voz entrecortada—. No... no nos lo pongas tan difícil. Es el día de nuestra boda, y quiero hacerte el amor. Quiero hundirme en lo más profundo de ti y sentir que me envuelves. Quiero darte un placer con el que nunca te has atrevido a soñar y estoy seguro de que tú quieres lo mismo. Déjame amarte, Claudia.

Con un suave gemido, ella cerró los ojos.

—No —susurró indefensa, mientras empezaba a apartar suavemente las manos de sus hombros—. Al final sólo servirá para hacernos daño, ¿no lo ves?

Julian le cogió las muñecas.

Sí. Pero no dejaré que nos haga daño —insistió—. Permite que te ame. —Volvió a bajar la cabeza antes de que ella pudiera protestar y la rozó delicadamente con los labios, rozándola con la punta de la lengua, pasándola luego por encima de la abertura de su boca. Le soltó las muñecas y deslizó las manos por su espalda para alcanzar la pequeña fila de botones. Ella no se resistió, agarró las solapas de su chaleco y se aferró a él. Y

cuando las manos de Julian se escurrieron por debajo de su vestido y empezaron a tocarle la espalda, Claudia separó los labios con un suave suspiro y unió su lengua a la de él, ahondando con osadía dentro de su boca.

Virgen santa.

La lengua de Claudia parecía una llama, le lamía y le martirizaba de forma inconcebible. El fuego fluyó como un río hasta su entrepierna y allí alcanzó una temperatura inimaginable. Julian le retiró el vestido de los hombros, deslizando sus dedos sobre la piel de satén hasta su cintura, mientras la besaba más y más profundamente.

Entonces alzó la cabeza de forma abrupta. Los ojos de Claudia relucían como joyas, su color era de un azul casi intenso, sus labios hinchados por el beso estaban tan rojos y jugosos como las bayas en verano. Bajó la vista a sus pechos y respiró con dificultad. Estaban medio cubiertos por una camisola que se ceñía a ella; los pezones endurecidos se marcaban contra la seda desde las dos esferas perfectas. Frotándolos únicamente con los extremos de ambos pulgares, sintió que se ponían aún más tiesos mientras ella rodeaba con fuerza sus brazos. Rogó al cielo que tuviera la fuerza para aguantar hasta que fuera el momento adecuado para ella.

—Haces que me sienta tan... tan indefensa —susurró. Pese a lo hermosa que era, pese a su poder de seducción, era una inocente. Pero sus ojos... el hambre que transmitían aquellos ojos desconcertados penetró su conciencia, y un intenso calor se propagó en una espiral por su cuerpo, concentrándose en el fuego que ya ardía fuera de control en su entrepierna.

Julian apretó los dientes y la rodeó con los brazos, sosteniéndola contra él en un abrazo furioso.

—Yo también estoy indefenso, Claudia. Deseo tanto hacerte el amor que mi vida corre peligro —murmuró con voz pastosa, y hundió la cabeza en su cuello, llevándose a la boca la perla que colgaba lóbulo de su oreja. Era imposible dejarla y era casi imposible pensar en su inocencia por encima de la necesidad salvaje que sentía. Frotó mejilla contra la de ella, con la intención de poner fin a esto, con la intención de esperar a que Claudia estuviera lista, por mucho que le llevara.

Pero mientras deslizaba sus manos por sus hombros y empezaba a levantar la cabeza, ella se volvió a él y llevó sus labios sobre su mejilla en

busca de su boca. Sorprendido, se quedó inmóvil durante un momento, lo suficiente para que Claudia deslizara su lengua entre sus labios y le besara con un ardor comparable al suyo, dejándole de inmediato al borde de la locura. Sin pensar, la levantó en sus brazos y llevó hasta la habitación contigua.

No tenía ni idea de cuándo o cómo se había quedado ella sin su vestido. Sólo sabía que estaba casi desnuda en sus brazos. Se arrancó el pañuelo del cuello y se libró como pudo de la camisa, mientras se la comía con la mirada. Cuando tiró con cuidado del cordón de su corpiño, éste se soltó, cayendo hasta sus pies. Estaba resplandeciente, radiante. Julian se puso lentamente en cuclillas, pasó sus manos por su silueta, sobre sus caderas y muslos. Con cuidado, le levantó un pie, luego el otro, hasta librarla del corpiño recogido a los pies, y luego la enderezó cuando empezó a balancearse. Sólo llevaba ya una ligera camisola y un delgado par de calzas.

Alzó la vista y atrapó la mirada de Claudia mientras le bajaba con lentitud las calzas sobre la suavidad de sus caderas. Ella se sostuvo con una mano sobre su hombro mientras él le levantaba los pies para librarla de la prenda. Deslizó las manos por sus piernas, le rodeó las nalgas y luego hundió impulsivo el rostro en la suave forma de su vientre, invocando todas sus fuerzas para respetar su inocencia, para tomarse su tiempo hasta enseñarle las muchas maneras en que un hombre podía amar a una mujer. La había deseado durante tanto tiempo, justo como ahora, en sus brazos... era una tortura no poseerla con toda la fuerza de la pasión que le invadía. Pero se obligó a levantarse y deslizó sus manos sobre la fina camisola de seda que apenas la cubría, sobre el tórax, sobre sus pechos, apenas sin tocarla.

—Eres hermosa —le dijo en un murmullo, y buscó las horquillas que le recogían el pelo, liberando un espeso mechón cada vez que soltaba una. Una diosa, pensó, y la besó levemente, jugando con sus labios mientras alcanzaba las finas tiras de la camisola y se las sacaba de los hombros.

La camisola se deslizó y dejó al descubierto lo que eran unos senos exquisitos. Julian bajó la cabeza y movió su lengua sobre un pezón

Claudia se balanceó y cayó sobre él, apoyándose en sus brazos.

Su cuerpo, que palpitaba expectante, se tensaba con impaciencia contra sus pantalones. Tomó con sumo cuidado sus pechos entre sus manos, casi con reverencia, y sintió como se henchían bajo sus palmas mientras ella aspiraba con dificultad. Su mirada estaba desenfocada, un rubor intenso cubría sus mejillas. Con el dorso de la mano, Julian le frotó la frente.

—Claudia —susurró, y le besó la frente antes de apartarse para sentarse sobre el extremo de la cama.

Mientras se regalaba la vista con su cuerpo, ella bajó la cabeza con timidez y dobló sus brazos sobre el estómago desnudo. Durante años la había imaginado hermosa, pero nunca había entendido cuán hermosa. Su cuerpo no era propio de este mundo: largas piernas bien proporcionadas, caderas que se ensanchaban con delicadeza desde la delgada cintura, una oscura franja de rizos en la cúspide de los muslos, pechos deliciosos... No se merecía esto. Ella se rodeó con los brazos aún más fuertemente la cintura, alzando sin querer sus pechos.

—Ven aquí, preciosa —le dijo con suavidad y le tendió la mano. Claudia lo miró, casi reacia a poner la suya encima. Julian la atrajo sobre su regazo y la envolvió en un cálido abrazo, deslizando los labios sobre su cuello, sus mejillas, hasta que ella le respondió, buscando con sus manos su pecho y sus hombros. Él se inclinó poco a poco hacia atrás, llevándosela consigo, y luego la dejó tumbada boca arriba.

—No pienses —le dijo en un murmullo—. No hagas nada aparte de estar echada, y permíteme que te haga el amor.

Y silenciando cualquier protesta, dejó un rastro de besos desde su barbilla hasta sus pechos. Mientras lamía un pezón endurecido, ella se estremeció debajo de él; Julian deslizó un brazo por debajo de ella, estrechándola aún más. Se metió todo el pezón en su boca y mordisqueó la rígida punta con los dientes, haciendo girar la lengua a su alrededor. Friccionó el otro pecho hasta que la carne maleable creció con firmeza en su mano, luego se deslizó por encima de él para rendirle el mismo homenaje con su boca. Claudia, sobre él, profirió un sonido con su garganta: medio gemido, medio grito. Julian buscó estrecharla aún más en sus brazos, la absorbió aún más con su boca y la lamió sin compasión mientras su mano revoloteaba sobre su vientre y sus muslos.

Ella gimió entonces, un gemido profundo y anhelante, y él levantó la cabeza para mirar el rostro que le había obsesionado en estos dos últimos años. Tenía una mano descansando descuidadamente sobre el corazón y la otra enredada en la masa de su pelo oscuro, por encima de la cabeza. Sus ojos brillaban en medio de aquella casi oscuridad; no decía nada, sólo le observaba.

Dios misericordioso, nunca sobreviviría a esto... de hecho ya estaba peligrosamente a punto de explotar. Una oleada de lujuria insoportable le empujó de pronto, de nuevo la besó con rudeza, acalló el suspiro de Claudia con su boca mientras rozaba la parte interior muslo con sus dedos, que se enredaron en los rizos oscuros situados entre sus piernas. Claudia dio una sacudida al sentir su contacto, pero Julian le rodeó los hombros con el otro brazo y la estrechó con fuerza contra él mientras iniciaba una exploración deliberada.

Ella empezó a retorcerse debajo, se arqueaba contra, su mano y gemía contra su cuello. Casi era más de lo que él podía soportar, pero siguió así, explorándola con delicada insistencia, preparándola para él hasta que sintió la fina membrana que sellaba su castidad.

Se retiró, la besó con pasión antes de tumbarse de espaldas para quitarse los pantalones y enseguida regresó sobre ella, deleitándose con el contacto de la piel sedosa del vientre de Claudia contra su erección. Ella reaccionó como si la hubieran quemado. Gimiendo con suavidad, se estremeció donde la había tocado y se agarró como pudo con las manos al pelo de Julian. El sonido de su respiración, advirtió él, era tan profundo y desesperado como el suyo.

Metió una rodilla entre sus muslos y con su erección rozó la suave franja de rizos. Con un fuerte jadeo, Claudia buscó con su mano la muñeca de Julian y se aferró a ella, y le clavó las uñas en la piel cuando él se desplazó hacia su entrada y empujó con delicadeza. Apretó los dientes en un acto supremo de autocontrol.

—Sss... —susurró él, más para sí que para ella, y empujó un poco más, deslizándose dentro del calor húmedo y tupido. Bajó la cabeza, tocó la frente de Claudia con la suya y empujó un poco más, apretando con fuerza la mandíbula mientras el cuerpo de ella se ceñía a su alrededor, le atraía aún

más adentro, exprimiendo toda la pasión que había en él. Julian empujó otra vez con sus caderas, un poco esta vez, abriéndola poco a poco, hasta que sintió la barrera de su virginidad.

Se detuvo, se bajó sobre ella. Claudia jadeaba ahora con los ojos muy abiertos de aprensión y un leve lustre de transpiración cubriendo su piel. Él lamió el hueco salado de su cuello.

—Agárrate a mí, cielo —murmuró. Claudia le rodeó obediente el cuello con los brazos y Julian bajó la cabeza para besarla, empujando lengua hasta el fondo de su boca justo en el momento en que levantaba las caderas y se impulsaba para superar aquella barrera.

El cuerpo de Claudia se agarrotó, se quedó rígida en sus brazos, sin hacer ningún sonido. Julian sintió un poco de pánico, la besó con delicadeza, con ternura, y le acarició el cuello y los hombros hasta que por fin soltó un largo suspiro. Lentamente, su cuerpo empezó a relajarse y, muy tímidamente, empezó a responder a su beso... y él empezó a moverse. Primero con cautela, entrando y saliendo con mucha suavidad y con movimientos largos y pacientes que casi le matan. Entre suaves suspiros, Claudia alzó las rodillas en torno a la cintura de Julian, y el deseo de éste empezó a bullir en su ingle. Desplazó su peso para poder alcanzar así mejor el centro de ella y empezó a moverse con urgencia, impulsándose hasta lo más profundo, llegando a su útero, deseando que ella sintiera lo mismo, aquella pasión increíble que le recorría en un remolino. Quería que sintiese la misma intensidad expectante que sentía en aquellos momentos: su cuerpo aletargado durante tanto tiempo, ahora se llenaba y se tensaba hasta el punto de reventar. Ella echó un brazo por encima de su cabeza para agarrar las almohadas y colgaduras de la cama mientras empezaba a mover las caderas para seguir su ritmo. Julian soltó un profundo gemido, había superado ya el punto del amor tierno, había caído en un mar de deseo que le arrastraba en su corriente. El mar le echaba hacia delante y luego tiraba de nuevo de él hacia atrás, volviéndole a impulsar, más lejos, con más fuerza y profundidad. Ella se levantaba para encontrar cada arremetida, hacía girar sus caderas en una antigua danza de la amante. Julian estaba perdiendo de prisa el control, mientras la espiral de deseo se comprimía más en él. Metió la mano entre sus cuerpos unidos y la acarició con necesidad

imperiosa mientras se hundía en lo más profundo de su calor, ajeno a todo lo demás...

Hasta que oyó el sonido de sus lágrimas.

El sonido se escindió como el vidrio dentro de su conciencia justo cuando ella alcanzaba el clímax. Pero él ya se había perdido. El cuerpo de Claudia se sacudía tenso alrededor de él, agarrándole con fuerza, propiciando su propio clímax violento. Explotó del todo; la vida se escurrió de su cuerpo como si fuera un embalse con una fisura, vertiéndose con furia en las profundidades de ella.

Y Julian sintió la suave palpitación del amor en lo profundo de su corazón.

Con una embestida final, descendió sobre Claudia, descansando la frente contra su hombro mientras buscaba aire para sus pulmones. Ella se estremecía debajo de él, con las secuelas de la pasión y sus lágrimas. Palpó a ciegas su rostro, recorrió con sus dedos el rastro húmedo sobre sus mejillas y sintió un desgarró doloroso en su pecho.

Le había hecho daño...

Y ella le había destruido.

Se había levantado un viento que aullaba en el exterior y hacía vibrar los vidrios de las ventanas. Claudia estaba tendida enredada en los brazos de su marido, embelesada por la sensación de la respiración pesada de su sueño en el cuello, mientras intentaba negar con desespero lo que había sucedido entre ambos.

Oh, pero había sucedido... la experiencia más extraordinaria de su vida, la liberación física más intensa que cubría toda la gama desde un fuerte dolor al placer exquisito. Él tenía razón, era un placer que nunca se había atrevido a imaginar, una libertad de espíritu que ni siquiera pensaba que fuera posible en una mujer. La intimidad del acto era extraordinaria, la confianza que exigía, la fuerza que requería, todo se conjuntaba para crear la experiencia más increíble que un hombre y una mujer podían compartir. De algún modo, él había liberado su alma y la había soltado al cielo.

Pero no sin llevarse un pedazo de su corazón a cambio.

La experiencia había sido tan conmovedora en tantos aspectos diferentes que no había sido capaz de contener las lágrimas. Lágrimas de dicha, de frustración, de temor, de admiración... todo ello, todo lo experimentado en las últimas dos semanas finalmente había culminado en un momento explosivo, y en el transcurso, le había entregado un poco de sí misma a él.

¡Tan pronto!

Una vez acabado aquello, no hubo intercambio de palabras entre ambos, nada aparte de un suave beso sobre sus ojos llorosos. Luego él había salido de ella, se había tumbado boca arriba y se había echado un brazo sobre los ojos mientras entrelazaba los dedos con los suyos. No la había vuelto a tocar, no hasta que al quedarse profundamente dormido la rodeó, acercándola a él de un modo inconsciente, consiguiendo que ella se sintiera a salvo, segura y querida.

Apartó con cautela el brazo de su vientre y avanzó cautelosa hasta el borde de la cama. Se envolvió con la delgada colcha de algodón y se levantó despacio, con cuidado de no despertarle. La única luz provenía del fuego mortecino de la habitación contigua, pero era suficiente para que ella distinguiera su forma desnuda sobre la cama. Tenía un tórax amplio y musculoso, cubierto en cierta extensión por una fina capa de vello que se estrechaba hacia el nido situado en la ingle. Se estremeció y se ajustó la colcha mientras miraba boquiabierto su maravilloso cuerpo. La dejó fascinada; ladeó la cabeza considerando el tamaño y el peso de su sexo, preguntándose cómo conseguiría caminar por ahí con eso colgando entre sus piernas. O cabalgar, ¡por el amor de Dios! Y cómo había conseguido entrar dentro de ella...

Le ardió el rostro, Julian de pronto se dio media vuelta durmiendo y se puso boca abajo. Los ojos de Claudia se agrandaron un poco más ante la visión de sus nalgas firmes y musculadas; el fuego en su rostro se propagó rápidamente por su cuello, y se apresuró a volverse, convencida de que no debía contemplar de ese modo a un hombre, aunque estuviera dormido.

Aunque fuera su marido.

Oh, Dios.

Se fue para la habitación exterior y se sentó pesadamente a la mesa, mirando la comida con aire taciturno. No habían tocado el vino que había servido él; se llevó la copa a los labios y bebió con ansia, con la esperanza de que la aturdiere un poco. Aún sentía un hormigueo en todo el cuerpo, aún estaba dolorida tras aquella experiencia increíble.

¿Cómo podía haber permitido que sucediera aquello?

Sabía por supuesto que tendría que acostarse con él, ¡pero nunca hubiera pensado que fuera a gustarle tanto! ¿Cómo era posible que hiciera cosas tan impensables con su cuerpo? *Quiero hundirme en lo más profundo de tu ser y sentir que me envuelves... déjame amarte, Claudia.* Cada vez que pensaba en ello, sentía aquel singular hormigueo en el fondo de su estómago. Temblorosa, dejó la copa y hundió el rostro entre sus manos. Tenía algún defecto en su carácter, sin duda. ¿Qué más podía explicar el deseo físico, la lujuria que sentía por ese Seductor? ¿Hacía falta que explicara los muchos delitos que le hacía cometer cada vez que simplemente la miraba? ¡Era un desastre! Lo sabía, acabaría por entregarle su corazón, sabía que lo haría, y él lo pisotearía, lo arrojaría a un lado como tanta basura, prefiriendo una nueva atracción. Ya se lo había hecho antes. Se lo había hecho a muchas otras mujeres.

¿Lo había hecho Phillip?

Levantó la cabeza y se quedó mirando el fuego.

¿Excitaba Phillip a las mujeres con la misma facilidad? ¿La habría llevado también él hasta el cielo igual que había hecho Julian esa noche? ¿Habría...?

—¿No puedes dormir?

Con un jadeo de sorpresa, Claudia miró por encima de su hombro. Apoyado contra el umbral, Julian estaba con el torso desnudo y los pantalones sostenidos con holgura en torno a sus caderas, sin abotonar. Ella sujetó un poco más fuerte el extremo de su colcha.

—Ah, no. Sí. —Dio un leve respingo—. Tenía hambre.

Julian sonrió al oír eso, avanzó con sigilo por la alfombra hasta ella y la besó en lo alto de la cabeza antes de despatarrarse sobre una silla a su lado. Estiró el brazo para apoyar la mano en su muslo —inconscientemente, pensó ella— e hizo una mueca mientras miraba la comida.

—Santo cielo, espero que no hayas estado comiendo eso.

Sacudiendo la cabeza, Claudia cogió el vino. Julian se repantigó aún más en la silla, intentando ver algo bajo los párpados caídos de ella mientras bebía.

—Estás terriblemente tentadora así —dijo tras un instante—. Toda despeinada y desnuda bajo la colcha.

El rostro de Claudia se encendió.

Él se inclinó repentinamente hacia delante y le cogió un mee de pelo, que enroscó con desidia entre sus dedos.

—No pretendía hacerte daño —musitó con voz suave—. Me quitaría la vida antes que hacerte daño a propósito.

Y ya le había arrebatado otro pedazo de corazón, así de fácil. Cambió de posición con incomodidad.

—Tampoco... tampoco me ha dolido tanto —mintió.

—Vuelve a la cama conmigo, Claudia. No volveré a hacerte daño te lo juro.

Ah, pero tú sí me lo harás. Miró cautelosa y brevemente el atractivo rostro de Julian, recordó la tormenta en su rostro mientras la penetraba hasta lo más profundo.

—¿Ahora? —preguntó como una estúpida.

Él la estudió por un momento, luego le soltó el pelo y se recostó en el asiento.

—Tal vez prefieras que regrese a mis habitaciones...

No, no, quédate y abrázame.

—Sí, sí. Creo... creo que sí, por favor —respondió y miró al fuego para que no viera que mentía—. Necesito... estar sola.

Julian no dijo nada, pero Claudia notó que la observaba intentando adentrarse en sus pensamientos. Tras una larga pausa, se levantó. Mientras caminaba a su lado, le pasó con ternura la palma sobre la cabeza

Siento haberte hecho daño —repitió, y se inclinó hacia abajo hasta dejar su boca sobre su pelo—. Todo irá bien, Claudia. Todo irá bien. —Y con eso, desapareció por la habitación contigua.

Cuando oyó que se cerraba la puerta unos momentos después, bajó la cabeza sobre sus brazos y dejó que corriera un torrente de lágrimas hasta

que ya no quedó nada en ella.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

Tres días después, Julian se sintió bastante aliviado cuando Arthur Christian le visitó de improviso, ofreciendo un montón de disculpas por molestarle tan pocos días después de la boda. Necesitaba con urgencia su firma en algunos documentos relacionados con la fábrica de hierro de la que eran socios los Libertinos. La llegada de Arthur no podía ser más oportuna, ya que Julian estaba empezando a sentir pánico. Y no era un hombre dado a sentirlo. Y mucho menos alguien que supiera qué hacer cuando el pánico le invadía.

Era aquella experiencia explosiva y mentalmente demoledora de su noche de bodas en la cama con Claudia lo que le había desarmado. Desarmado de verdad. Se había convertido en un tonto locamente enamorado, y además desdichado, ya que estaba intentando dejar respirar un poco a Claudia hasta que estuviera preparada para aceptar la realidad: estaban casados sin vuelta atrás, para lo bueno y lo malo.

Pero por desgracia —al menos suya—, todas las buenas intenciones del mundo no habían evitado que se introdujera con sigilo en la cama de ella en medio de la noche el día anterior, que apretara su palpitante erección contra sus caderas o que le acariciara los senos mientras ella estaba tumbada a su lado. Claudia no había pronunciado palabra, tan sólo un suspiro nostálgico cuando él se hizo un sitio bajo la ropa de cama y encontró su calor. Ella se había retorcido, moviendo las caderas de manera atrayente contra su erección hasta que él ya no pudo aguantar más. En silencio, se adentró en su calor desde detrás. Y la penetró hasta que soltó un grito de placer y eyaculó en ella.

Después, jadeantes, permanecieron así, echados, acaramelados,

Julian con el brazo sobre su vientre. Se había quedado profunda y confortablemente dormido en algún momento. Pero algo le había despertado y se había encontrado solo en la cama. Otra vez.

Ella estaba en la habitación contigua al dormitorio contemplando las brasas del hogar, envuelta en una sábana ajustada a su alrededor. Había algo en la manera en que se abrigaba, algo en sus labios fruncidos, que le hicieron creerla aún más vulnerable de lo que pensaba. Parecía tan desamparada allí sentada, tan desgraciada; no era la Claudia que conocía, y de pronto había sentido el temor angustioso de que algo iba muy mal. Había retrocedido y se había retirado del dormitorio igual que había llegado. Y luego no había dejado de dar vueltas toda la noche, preguntándose sin parar en qué pensaba, qué la lleva a levantarse en medio de la noche y mirar con aquella tristeza las brasas del fuego. ¿Tanto le despreciaba? ¿Pensaba en Phillip?

Ésa era la pregunta que le volvía loco. Podía hacer frente a cualquier cosa, pero el fantasma de Phillip le obsesionaba de un modo incomprensible. Era ridículo y además le tenía al borde de la locura. Nada podía librarle de esa incómoda sensación: Phillip le estaba observando, sabía que Julian le había dejado caer en su tumba para quedarse así con Claudia. ¡Era absurdo! ¡Phillip estaba muerto!

No obstante, se había encerrado en su estudio todo el día, había intentado trabajar en el manuscrito medieval para preparar una conferencia que pronunciaría pronto en Cambridge. Había intentado hacer cualquier cosa para no pensar en ella o en Phillip o en esta circunstancia marital tan peculiar en la que se encontraba.

No funcionó.

En medio de la tarde, en contra de su voluntad, había preguntado a Tinley por ella. El viejo pensó con evidente esfuerzo y declaró que estaba bastante seguro de que no había aparecido en todo el día. De modo que Julian se fue como si tal cosa para la cocina —una estancia,; que había visitado en dos ocasiones, tal vez tres, desde que había heredado esa casa— y allí había preguntado a un cocinero conmocionado si su esposa había pedido alguna cosa.

No lo había hecho.

Entonces había vuelto a su estudio, luchando contra la necesidad imperiosa de subir y ver qué hacía, con cierto pánico pues temía que en cualquier momento iría arriba y haría Dios sabía qué, cuando, gracias al cielo, Tinley anunció la visita de Arthur.

Julian pudo distinguir por la manera en que su amigo le estudiaba que casi se regodeaba al encontrarle un poco extraño. Julian se ajustó los lentes e intentó parecer más relajado, pero al cabo de un momento, Arthur suspiró, sacudió la cabeza y se tomó el brandy que Julian había puesto en su mano mientras insistía para que se quedara.

—Sabía que iba a pasar esto.

—¿Que?

—¡Qué! —soltó Arthur—. Mírate, sólo hace tres días que has pronunciado tus votos matrimoniales y te mueres por salir.

Salir. Julian se aferró a eso. Sí, salir era lo que necesitaba. A cualquier sitio menos quedarse en esa habitación pensando en ella. ¿Era posible? ¿Podía dejar a su esposa? ¡Sí! Ella parecía querer poner distancia de por medio, ¿acaso no era así? De modo que la pondría, aunque sólo fuera un rato. Miró los documentos que había traído Arthur y los colocó sobre una pila ordenada—. Bueno, ahora que has descubierto mi trágico secreto —dijo como si tal cosa— ¿tenías algo pensado?

Arthur se rió.

—Te apetece, ¿eh? —preguntó e hizo una ademán cortés a Tinley que entraba en ese momento con un servicio de té de plata. Julian no había pedido té, casi era la hora de cenar. Tinley estaba perdiendo lo poco que quedaba de su frágil cabeza—. Lo confieso, Kettering, no estoy seguro de que sea prudente tontear por la ciudad con un recién casado —continuó divertido Arthur—. Dificulta un poco la posibilidad de hacer una visita al local de *madame* Farantino.

Julian soltó un resoplido.

—Creo que no estaba sugiriendo una noche de diversión en la ciudad, Christian —dijo observando a Tinley que iba hasta la puerta arrastrando los pies y hacía una pausa, apoyándose en la manilla de bronce para tomar aliento—. Nada más estaba sugiriendo que la felicidad conyugal se digiere mejor con un buen oporto.

—¿De veras? —dijo Arthur arrastrando las palabras mientras Tinley cerraba la puerta tras él.

—¿No negarás a un viejo amigo un poco de evasión, verdad?

Con una mueca, Arthur sacudió la cabeza otra vez y vació su copa. La dejó a un lado y se puso en pie.

—Como último Libertino de Regent Street que queda soltero, supongo que tengo la obligación moral de ayudarte. —Se dirigió parsimonioso hasta la puerta y miró por encima del hombro, esperando a que Julian guardara las gafas en el bolsillo de la levita y se uniera a él—. ¿Y qué hay de tu esposa?

Estará agradecida de librarse de mí. Julian se encogió de hombros y evitó la mirada penetrante de Arthur.

—Tendrá que ir acostumbrándose a ello, ¿no crees? —respondió con vaguedad.

Con un escéptico movimiento de cabeza, Arthur salió por la puerta

—Lo sabía —dijo de nuevo.

Claudia estaba en su vestidor, plantada ante el espejo de pie, se volvía con parsimoniosa a un lado y a otro examinando crítica el vestido que había decidido ponerse para cenar. Era un brocado color ciruela oscuro, con un generoso escote cuadrado que, sin enaguas debajo, tenía una caída muy vistosa. Se fijó un momento en su pelo: no se había hecho ningún arreglo, sólo lo llevaba peinado hacia atrás, caído suelto sobre su espalda. Desde el otro lado de la habitación, Brenda hizo un sonido de aprobación.

—Precioso, señora —dijo con admiración y cruzó la habitación para tenderle un par de pendientes de amatista. Claudia se puso uno en un lóbulo, recordando con una leve agitación en su vientre cómo había puesto Julian la perla del otro pendiente en su boca. Se puso el otro e hizo una inspección final.

¿Qué estaba haciendo?

Aceptar el matrimonio, eso era lo que hacía. ¿Cuántas veces te que repetirse eso? Lo había decidido aquella mañana, tras despertarse aún envuelta en la colcha, que era lo único sensato y práctico que podía hacer.

Si al menos pudiera convencerse de que aceptar este matrimonio no significaba entregar parte alguna de ella. No, no estaba renunciando a nada, de modo que no tenía que andar tan alicaída... aunque en realidad había perfeccionado tal arte durante los últimos días.

Suficiente. Él le había dicho que podían encontrar una manera de coexistir en paz y lo creía del todo posible: él era un caballero, ella una dama. Con certeza podrían vivir en la misma casa y ser corteses ¡Tal vez incluso pudieran mostrarse amistosos! Al fin y al cabo Julian era terriblemente encantador, como bien sabía ella. ¿Qué daño había en una cena esporádica juntos? ¡No significaba nada!

Y el hecho de que hubiera sacado un vestido nuevo para la ocasión significaba menos aún. Era parte de su ajuar. En realidad no buscaba impresionarle. ¡Sí, qué mentirosa tan patética era! Claudia miró su imagen en el espejo con el ceño fruncido. Tendría que admitir la verdad, él la conmovía de un modo que ni siquiera había imaginado. La noche anterior, una noche mágica, el placer que le dio la sumió en una especie de sueño despierto. Había sido mágico y exótico, dulce y brusco... la había elevado a las alturas de la sensualidad, luego la había dejado descender a la tierra como en un sueño.

Pero le asustaba que fuera algo tan primitivo, tan elemental. Y otra vez se había escurrido de entre sus brazos, segura de que lo que estaba sintiendo, lo que ella estaba haciendo con él era una debilidad de la cual al final Julian sacaría provecho. No obstante, con la luz de la mañana, le parecía haber sido demasiado severa, si no infantil. No le había dado otra cosa que placer, con cuidado de satisfacerla a ella antes de disfrutar él. No había nada que sugiriera falta de sinceridad o que la estuviera utilizando. ¡Por el amor de Dios, llevaba tres días casada y él seguía sin poder quedarse en sus habitaciones! Aquello eran rabietas de niña mimada que no se salía con la suya. Pero no era una niña mimada, era una mujer adulta, y era hora de actuar como tal.

Encontró a Tinley en el salón, sacando brillo a un tintero de bronce, lo cual le pareció bastante extraño dada la hora.

—¡Buenas noches, Tinley! —saludó alegre.

—Buenas noches —respondió él, sonando un poco distraído mientras seguía observando el tederó.

Claudia entró un poco más en la habitación y admiró los muebles y los cuadros. Una gruesa alfombra oriental, mobiliario de nogal inglés y mármol, dos cuadros muy grandes de imágenes campestres, firmados por Hans Holbein el joven, entre varios cuadros más pequeños, y un techo dorado que era una réplica exacta de uno que había visto en el palacio de St. James. Kettering tenía buen gusto, había de reconocérselo; y en apariencia era tan rico como se decía por ahí.

—¿Está por aquí lord Kettering? —preguntó recorriendo con su dedo el borde de un jarrón francés de porcelana fina.

—No, milady. Ha salido.

Claudia echó una ojeada al viejo mayordomo.

—¿Ha salido?

—Sí, milady —contestó inclinándose mucho sobre el tederó para limpiar una pequeña mota. No es que hiciera falta sacarle brillo, por la forma en que el objeto brillaba ni siquiera precisaba que se le pusieran velas.

—¿Ha salido de noche?

Tinley hizo una pausa y miró algo por encima de su hombro, luego reanudó su trabajo.

—La verdad, no me acuerdo.

Con el ceño algo fruncido, Claudia preguntó:

¿Sabe a dónde ha ido?

—Sí, milady. A Madame Farantino's —le informó con aire despreocupado.

Se le cortó la respiración.

—¿Madame Farantino's? —consiguió decir.

Tinley hizo un gesto de asentimiento sin levantar en ningún momento la cabeza.

—Sí. La felicidad conyugal se digiere mejor con buen deporte —repitió con aire risueño.

Se le atragantó el aliento. Claudia miró boquiabierta al viejo mayordomo, sin dar crédito a lo que había oído. Un millón de pensamiento

le pasaron por la cabeza en un instante, entre ellos por supuesto que Julian Dane era, como a menudo se recordaba, ¡un despreciable mujeriego!

Se dio media vuelta y se alejó de allí. Se quedó mirando ciegamente la suntuosa habitación. De acuerdo, de acuerdo, no esperaba que le fuera fiel, ni por un momento, pero sólo tres días después de la boda ¿Cómo podía hacerle el amor y luego ir a buscar otra mujer?... Santo cielo, ¿estaba haciendo mal alguna cosa?

¡No! ¡No, no, no, no asumiría ella la responsabilidad de la falta de carácter de Julian! ¡Oh, pero qué ser tan despreciable y vil! ¡Un hombre sin conciencia y, cuanto antes se convenciera, mejor se adaptaría a este infierno privado que se había construido ella!

Claudia salió de pronto del salón sin decir nada más a Tinley y se fue para sus habitaciones, sintiendo que las paredes se le venían encima y cercaban su alocado corazón... ¡un corazón que casi le había rendido a él! Bien, el Seductor podría tener su cuerpo, como era su derecho, pero nunca tendría ni su corazón y ni su alma. Había caído víctima de sus encantos, una, dos veces... pero no volvería a sucederle. Oh, no. Nunca más.

¡Y antes muerta que malgastando un vestido nuevo para satisfacción de él!

Cada uno de ellos había bebido una copa de oporto cuando Julian se puso de pie, se echó la capa y palpó en su bolsillo para buscar las gafas. Sentado en una cómoda butaca de cuero, Arthur le miró con gran diversión.

—¿Te retiras tan pronto, Kettering? —preguntó arrastrando las palabras—. Pensaba que estabas ansioso por escapar de tanta felicidad conyugal.

Julian sacó las gafas del bolsillo de su chaqué y se las puso, mirando a Arthur con toda tranquilidad.

—Elogio tu generoso rescate, Christian. Parece ser tu fuerte.

—Le ruego me perdone, señor, pero mi fuerte es predecir su futuro. Lo he hecho toda mi vida, ya sabes —respondió Arthur y levantó el oporto en un brindis burlón por él mismo.

—¿Ah, sí? —sonrió Julian mientras se ponía los guantes de cuero que un lacayo se apresuró a tenderle.

—¿Te interesa oír mi última predicción?

Julian se rió mientras tomaba el sombrero del lacayo.

—Adelante. Diviérteme.

Con sus ojos color avellana soltando destellos de regocijo, sonrió a Julian.

—Predigo —sentenció con una pausa dramática para dar un sorbo al oporto— que te vas a enamorar con locura de tu esposa.

Julian dio un respingo en su fuero interno, pero se contuvo y se rió rotundamente de su viejo amigo.

—El sentimental de siempre, Arthur —dijo y, aún riéndose, se dio media vuelta y de pronto sintió unas ganas desesperadas de ponerse en marcha.

—No seas tú el sentimental, Kettering —dijo Arthur a viva voz tras él, y Julian continuó andando, sintiéndose de súbito muy incómodo.

En St. James Square, subió a saltos los escalones de su casa, irrumpió en el interior y arrojó la capa y los guantes a un lacayo justo en el momento en que Tinley llegaba arrastrando los pies al vestíbulo.

—Ah, Tinley. ¿Dónde puedo encontrar a lady Kettering? —preguntó esperando que le respondiera que no había bajado.

—No sabría decirle, milord —dijo Tinley y se ganó una extraña mirada del lacayo. De todos modos, el mayordomo no se dio cuenta, continuó su camino y desapareció por el pasillo que conducía a la parte norte de la mansión.

—Le ruego me perdone, milord, pero su esposa se encuentra en el salón azul —ofreció el lacayo.

Con gran sorpresa, Julian miró al lacayo.

—¿El salón azul?

El lacayo asintió. De modo que había salido de su autoimpuesto encierro.

—Muy bien —dijo con tono cortante y se encaminó hacia el salón azul.

La puerta estaba abierta. Pudo ver a Claudia sentada en una mesa de juego cerca de la chimenea haciendo solitarios, como distinguió a medida

que se acercaba. Llevaba un sencillo vestido verde mar y el pelo recogido en la nuca de forma simple, sin adornos de ningún tipo. No importaba, incluso vestida con sencillez era fascinante. Le maravillaba que una mujer pudiera quitarle el aliento tan sólo siendo como era.

Ella alzó la vista brevemente mientras cruzaba el umbral, pero enseguida volvió a concentrarse en las cartas.

—¿No había suficiente diversión en las calles de Londres para mantenerle entretenido, milord? —preguntó agradablemente.

Interesante, la desesperación que había oído en su voz en los últimos días se había desvanecido.

—¿Qué podía entretenerme por ahí si tengo una criatura tan fascinante en mi propia casa? —preguntó mientras cruzaba la habitación.

Claudia soltó un resoplido.

—Otra vez lleno de energía, por lo que veo —replicó alegremente

Julian se rió. Se inclinó sobre ella con la intención de besarle la mejilla, pero Claudia ladeó la cabeza con timidez. De acuerdo, se contentaría con lo alto de la cabeza, pero también intentó esquivarle. Sonriendo para sus adentros, ocupó un asiento al otro lado de la mesa y observó su juego. Ella alzó una ceja con gesto pensativo; se mordisqueó el labio inferior mientras estudiaba las cartas. Sin hacerle el menor caso, se dio unos golpecitos en la mejilla con una uña bien arreglada, considerando su siguiente movimiento. Cuando finalmente dejó la carta, alzó la vista y sonrió radiante.

—¿Así que le gusta el deporte?

Él sonrió.

—Siempre.

—Sí, eso había oído —continuó ella y se recostó en su silla, balanceando un pie debajo de la mesa y levantándose un poco las faldas hacia arriba. Un destello malicioso apareció en sus ojos—. ¿Conoce el juego del comercio, milord?

—Por descontado —respondió él, aunque jugar a cartas no era exactamente lo que tenía en mente.

—¿Tal vez le apetezca animar la partida con alguna apuesta? —preguntó con dulzura.

Oh, ahora sí que iba a divertirse. Soltó una risita, bastante seguro de que ella no sabría nada de apuestas, no era exactamente el tipo de cosas que enseñaban los tutores a las hijas de los condes.

—Me encantará sobremanera, señora. ¿Tiene alguna moneda?

—¿Y usted? —le replicó al instante y, sonriendo con picardía, juntó las cartas. Repartió la primera mano, que Julian ganó con facilidad, igual que la segunda. De hecho ganó las cuatro primeras partidas con tal facilidad que se sintió un poco culpable. Era tan mezquino como robarle a un ciego. Después de la quinta mano, Claudia se levantó y se fue hasta el escritorio situado al otro lado de la habitación, y regresó con una hoja de papel en la que garabateó un pagaré por valor de dos libras. Julian tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír, y se dejó ganar para que ella no perdiera sus míseras libras. La pobre muchacha no sabía nada de apuestas, pero parecía estar divirtiéndose, y él lo estaba pasando de lo lindo sólo con verla, de modo que siguió jugando, y de vez en cuando le dejaba ganar alguna partida cuando acumulaba demasiados pagarés.

Habían pasado así la noche y era ya entrada la madrugada cuando Claudia cogió las cartas y barajó, mirando los vales apilados de forma ordenada junto al codo de Julian.

—Tengo una nueva apuesta —dijo estudiándole a través de sus espesas pestañas marrones.

—¿Sí?

—Mi asignación del mes que viene. Si gano me llevo el doble.

¿Estaba imaginando cosas o no había dos diminutas llamaradas de pronto en sus ojos? Intrigado, preguntó.

—¿Y si pierdes? ¿Cuál será el premio?

Claudia le dedicó una lánguida y perezosa sonrisa mientras disponía las cartas y le hacía una indicación para cortar la baraja.

—Si pierdo, milord —dijo con suavidad— se llevará el premio que escoja.

Y su sonrisa se volvió tan sugerente que Julian sintió una sacudida de protesta en su entrepierna. Se inclinó sobre la mesa.

—¿Cualquier cosa?

Con una risita gutural, Claudia se adelantó apoyándose en los codos de tal modo que sus pechos amenazaron con desbordarse del vestido, justo debajo de las narices de Julian. Se pasó los nudillos sobre la piel desnuda del seno, trazando de un modo distraído un rastro hasta la hendidura entre ellos.

—Cualquier cosa —murmuró con voz ronca.

Demonios, sí, aceptaba esa apuesta, y cortó las cartas con entusiasmo.

—Creo que te toca repartir, encanto —dijo entonces y se acomodó en la silla, pensando divertido en cómo reclamaría exactamente la entrega del premio. Delante de aquella misma chimenea, para así poder observar cómo se oscurecían de deseo sus ojos grises...

—¿Otra carta? —preguntó con amabilidad.

Miró su mano. Dos jotas y un diez.

—No, gracias. —Las llamaradas en los ojos de Claudia ardían ahora con gran intensidad, y se la imaginó mientras alcanzaban la culminación...

—¿Entonces tiramos?

Pobre chica. Afortunado chico. Julian mostró su mano y sonrió,

—Es bastante difícil superar dos jotas, cielo —dijo disculpándose. La sonrisa de Claudia se desvaneció.

—Oh, cielos. Es difícil superar dos jotas, ¿verdad? —Con un fuerte suspiro, tiró un rey. Y luego otro. La temperatura empezó a ascender debajo del cuello de Julian y casi se asfixia cuando tiró la última carta. ¡Tres reyes! Sin dar crédito a lo que veía, alzó la mirada a Claudia.

Ella se sonrió como un gato.

—Pero supongo que es más difícil superar tres reyes, ¿no es así? —Se apoyó otra vez sobre la mesa, y su boca quedó a tan sólo centímetros de la de él—. Ah, esto es lo que yo llamo un buen deporte —dijo, y se levantó graciosamente como si engañar a los hombres a las cartas fuera algo habitual para ella. Julian, incrédulo, miró otra vez los naipes.

Claudia estalló en carcajadas y al instante se tapó la boca con la mano. ¡Se estaba riendo de él!

—Oh, y un talón bancario será perfecto, gracias —añadió y, aún riéndose, salió majestuosa de la habitación. La siguió con la mirada. ¡El

diablillo acababa de engañarle! ¡Con gran pericia, por cierto, y sin el menor reparo! No le habían vencido de esa manera en años. ¡Maldita fuera!

¡Doblemente maldita... porque deseaba de verdad aquel premio!

En el salón de té encajado entre las tiendas de una pintoresca callejuela lejos de Mayfair, Sophie Dane se ajustaba los guantes con movimientos nerviosos, asegurándose con gran cuidado de que no quedaran arrugados. A William no le gustaban los guantes caídos.

Nerviosa, bajó la mirada, tocó la puntilla que ribeteaba el cuello de su vestido nuevo y luego se volvió a ajustar los guantes.

William llegaba tarde.

Le había dicho que se reuniera con él exactamente a las tres de la tarde con la severa advertencia de que no llegara tarde. Ahora ya eran las tres y media, y le esperaban a las cinco en casa de Ann para tomar el té. Sophie suspiró y volvió a echar un vistazo al servicio de té. ¡Estaba haciéndose tan difícil todo esto! Sobre todo detestaba mentir a sus hermanas, pero William había insistido en que no les contara nada de sus encuentros secretos, ya que ellas se pondrían del lado de Julian en todo esto. Tenía el presentimiento de que él tenía razón, de modo que les había dicho a Ann y a Eugenie que esta tarde iba a hacer una visita a la tía Violet. Con suerte, si William no llegaba muy tarde, podría correr a reunirse con la tía Violet para que la mentira no fuera completa.

Un golpecito en la ventana hizo que se volviera levemente; William la miró frunciendo el ceño desde el otro lado, luego desapareció y reapareció segundos después en el interior del salón de té. Estaba muy apuesto con su chaqué marrón oscuro. Llevaba su pelo rubio impecable y el bigote perfectamente cortado. Mientras se acercaba a la mesa, Sophie dio una vez más las gracias a Dios de que William estuviera enamorado de ella. Le sonrió radiante mientras él se dejaba caer en una pequeña silla de madera al otro lado de la mesa y cogía una galleta.

—Pensaba que no ibas a llegar nunca —dijo Sophie sonriendo con entusiasmo.

Él se encogió de hombros.

—Dije que llegaría hacia las tres y media.

De hecho, había dicho las tres, pero William estaba sometido a una presión terrible.

—¿Un plato de galletas? ¿Nada más? —preguntó.

—Lo siento —dijo ella y se apresuró a servirle un taza de té mientras él cogía otra galleta—. ¿Has ido a ver hoy por un casual a tu conocido del banco? —preguntó.

Frunciendo el ceño, sorbió el té.

—Sí, le he hecho una visita. No ha dado muestras de desear considerar mi petición de un préstamo a corto plazo —contestó y miró con desánimo el jarrón con capullos colocado en medio de la mesa—. Kettering nos está haciendo esto, ya sabes.

La mera mención del nombre de su hermano hizo que a Sophie le costara respirar.

—¿Julian? ¿A qué te refieres?

William alzó su profunda mirada marrón para observarla lleno de consternación.

—Me refiero Sophie a que tu hermano se muestra tan contrario nuestra relación que ha empleado sus considerables influencias para impedir que me concedan un pequeño préstamo. Su propósito es verme arruinado, hazme caso, todo por el delito de quererte.

—¡Pero... pero si ni siquiera está enterado de lo nuestro!

Él le cogió la mano y le acarició la palma con ternura.

—Créeme, amor mío, tu hermano está enterado.

—No lo creo. ¿Cómo podría...? ¡Es tan injusto! —exclamó Sophie.

William le tomó la mano con fuerza y la miró a los ojos con mirada suplicante.

—Lo sé, querida mía, no obstante, hace tiempo que intento explicarte la clase de hombre que es. ¡No puedo comprenderlo yo tampoco, pero por lo visto prefiere negarte tu deseo más ferviente antes que perder un solo chelín! —exclamó y le soltó la mano—. ¡Y Dios sabe que se lo puede permitir! —añadió con irritación.

La rabia fue creciendo en el corazón de Sophie. Por más que no quisiera creer aquello, había visto suficientes evidencias de lo avaro que llegaba a

ser su hermano. Aún estaba molesta por la manera recelosa con que le había mirado hacía pocos días cuando le pidió un pequeño aumento en su asignación habitual. Como le había comentado a William, ella nunca pedía más que su asignación, y aun así Julian no había querido soltar ni unas insignificantes libras de más. La había interrogado y al final había aceptado su explicación sobre unos sombreros nuevos, bastante caros, que deseaba comprar. William tenía razón: tenía suerte de que su padre le hubiera dejado una dote y una anualidad tan generosa, ya que así no tendría que depender siempre de Julian. ¡Si al menos tuviera permiso para casarse podría disfrutar de su renta anual! Con franqueza, toda esta situación se estaba haciendo imposible.

—Oh, William —exclamó— ¿qué vamos a hacer?

—Tranquila, Sophie —murmuró él—. Pensaré algo. El jueves tengo una cinta con otro banquero. ¡Sin duda la influencia de Kettering no alcanzará todas las instituciones financieras de esta ciudad! —Sonrió, cogió el trozo de galleta que le quedaba y se la metió en la boca. Entretanto, ¿crees que podrías prestarme algunas libras, cielo?

Por supuesto que sí, como siempre. Metió la mano en su cartera bordada de cuentas y sacó un grueso fajo de billetes. Él se lo guardó apresuradamente en el bolsillo de su levita sin molestarse en contarlos. Luego rebuscó un par de coronas en su bolsillo y las arrojó sobre la mesa.

—Entonces vamos, salgamos de este sitio —dijo, y se levantó, indicando con un gesto a Sophie que les siguiera.

Ella se apresuró a levantarse y se ajustó bien el sombrero.

—Los guantes, Sophie.

Horrorizada, se apresuró a alisarse los guantes para que no se abombaran en torno a las muñecas. Cuando él dio el visto bueno, le tendió el brazo y la guió hasta fuera.

Mientras salían a la calle, William le dedicó una sonrisa encantadora.

—¿Es nuevo el vestido?

Sophie se llevó de inmediato la mano al cuello.

—Es de Ann. Me lo ha dado. ¿Te gusta?

—Es muy bonito —respondió él, y Sophie sonrió con alivio y placer—. Pero no es un color que te favorezca demasiado, ¿no crees? —añadió con

aire pensativo.

Ann había dicho que el verde manzana le iba muy bien a su mutis.

—¿Ah no?

—No, creo que no. Un azul claro resultaría un color mucho más atractivo para ti, diría yo. —Soltó una risita sacudiendo la cabeza—. La verdad, querida, a veces pienso que sales corriendo de casa sin fijarte debidamente en tu aspecto. —Dando unas palmaditas en su mano, procedió a guiarla calle abajo mientras la pobre Sophie se tragaba la humillación. No era capaz siquiera de hacer algo tan sencillo como vestirse.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

En apariencia, Claudia disfrutaba torturando a Julian.

No había otra explicación al hecho de que su conducta hubiera dado un giro completo en las pocas semanas posteriores a la boda. Había pasado de ser una joven aturdida y entristecida a otra que de pronto rebosaba vida de un modo asombroso. Parecía disfrutar cada momento de cada uno de sus ajetreados días —y Dios santo, eran de veras ajetreados—, de una actividad bulliciosa que llenaba sus días y difundía luz de un extremo a otro de la mansión en St. James.

Y ahí residía la tortura: esa luz no le incluía a él. No se podía decir que Claudia le excluyera, pero había cierta distancia entre ellos, un abismo que por lo visto él no era capaz de salvar. Cuando se acercaba demasiado, algo se cerraba en su esposa, se tapiaba, negándole la entrada. En ocasiones tenía la impresión de que ella casi estaba ciega a todo lo referente a él, concentrada por completo en algo que sólo ella podía ver.

Julian se sentía cada vez más incómodo con aquel trato. Un sarpullido había brotado en su interior, le volvía loco como un picor que no podía rascarse. No tardó en comprender que no podía vivir con su esposa de esta manera, no con paredes entre ellos que no podía ver y mucho menos escalar.

Las extraordinarias relaciones sexuales que habían mantenido tras la boda ahora eran sólo un recuerdo. No se trataba de que Claudia le hubiera rechazado alguna vez; podía decirse que era una esposa consciente de sus deberes. Pero con la excepción de la primera semana en la que había traslucido su afecto y deseo natural, ahora simplemente parecía tolerar su presencia en la cama, conteniendo en todo momento su respuesta, decidida

a no encontrar placer en su contacto. y cuando Julian ya no podía más de pasión, ella se daba media vuelta o encontraba una excusa para levantarse de la cama.

De manera previsible, con la luz del día siguiente se volvían a levantar los muros alrededor de Claudia, que, actuando como si nada sucediera, se volcaba en la nueva jornada, retirándose tras un torbellino de actividad que la dejaba sin aliento.

Estar con una mujer que no estuviera embobada por él era nuevo y desconcertante. Y puesto que había educado a cuatro hermanas que se habían convertido en cuatro mujeres perfectas, no podía decir se que no tuviera experiencia en la forma de pensar y comportarse de las mujeres. Pero Claudia era una experiencia muy diferente. Además de las paredes que levantaba, tenía también algunas ideas poco convencionales dentro de esa bonita cabeza suya. Y parecía no tener miedo a nada, tras haber perdido por lo visto cualquier sentimiento de indefensión que pudiera tener al principio.

En primer lugar estaba la cuestión de los té s que organizaba. Un vez a la semana, un desfile de unas veinte mujeres, incluidas sus tres hermanas, acudía a reunirse a la residencia Kettering y ocupaba el salón principal. En el transcurso de lo que debería de ser una refinada reunión de damas, podían oírse desde el otro lado de las puertas cerradas chillidos de excitación, carcajadas y enérgicas voces debatiendo sin rodeos. Y de pronto, tras un par de horas así, las puertas se abrían de golpe y las damas salían decididas y con un brillo en los ojos que haría estremecerse a cualquier hombre maduro.

Julian había descubierto los té s sin querer, cuando un día encontró por casualidad a dos lacayos jóvenes husmeando desde fuera de las puertas del salón. Una vez entendió qué estaban haciendo, les reprendió, les mandó salir de allí... y luego se quedó él a escuchar. No obstante, en el transcurso de dos semanas acabaron reuniéndose varios criados varones en torno a esas puertas —junto con Julian—, que a menudo abrían sus ojos con consternación o empalidecían al oír las cosas que se decían allí dentro. Y se dispersaban como polluelos cada vez que oían algo que sonara remotamente a que las damas se acercaban a la puerta. La última gota para los sirvientes

de la casa fue el día en que, pese a las serias advertencias, Tinley entró en el santuario interior con una tetera llena... y no volvió a salir.

Si Julian albergaba alguna esperanza de poder mantener tales reuniones secretamente, no tardó en comprobar que se equivocaba, una tarde en que se encontraba en el club White's, Adrian Spence, Alex Christian el duque de Sutherland, junto con Victor y Louis, cayeron sobre él como una horda atacante de gansos. Insistían en que su esposa estaba tal vez un poco trastornada y que sin duda necesitaba mano firme. Porque, además de fumarse sus puros elaborados con un tabaco americano especial y beberse su oportuno —según el duque besar a su esposa era como besar a un tipo que acabara de salir de White's—, Claudia y sus damas estaban analizando nuevos conceptos sobre la igualdad de las mujeres, haciendo que los hombres se sintieran asediados en su propia casa. Por lo visto, las damas insistían en llevar a cabo algunos cambios de veras intolerables, que incluían cosas como enterarse del proceso parlamentario y del sistema de sufragio en Inglaterra, con la noción absurda de que llegaría el día en que las mujeres pudieran votar. Dios les cogiera confesados.

Había algo que los hombres, gracias al cielo, desconocían: esos téis no eran la única actividad frenética que provocaba aquel trajín entre los criados de la casa. Siempre había alguien corriendo de un lado para otro, puesto que Claudia parecía salir a cada momento en busca de algo que tenía que ver con niñas y escuelas, casas de beneficencia, hospitales u otra media docena de iniciativas que le atraían. Y cuando no estaba entretenida con sus amigas o sus obras de beneficencia, sus sobrinas pequeñas, Jeannine y Dierdre, eran visitas frecuentes en la residencia Kettering. Claudia les leía cuentos o las llevaba a la cocina donde pintaban pequeñas macetas de arcilla y plantaban ramitos de violetas en ellas. El resultado de sus trabajos cubría toda la superficie imaginable de su salón.

La mayoría de las veces, las muchachas llegaban con sus vestiditos de volantes y luego salían de las habitaciones de Claudia con disfraces de caballeros, capitanes o de salteadores de caminos. Por lo visto no aspiraban a tronos de reina u otras ambiciones femeninas. Julian ignoraba dónde encontraba su esposa las capas, espadas de madera y casacas rojas que transformaban a sus sobrinas en hombrecitos —aunque sí reconoció que las

máscaras de los bandidos eran pañuelos suyos— pero suponía que sus juegos eran lo bastante inocentes.

Hasta que descubrió que a Claudia se le había ocurrido convertir en jinetes a las pequeñas.

Se quedó estupefacto una tarde al descubrir a las dos niñas por el paseo Ladies Mile de Hyde Park, montando a pelo una yegua vestidas con pantalones cortos de muchacho, ni más ni menos, y, oh sí, montando a horcajadas. Después de enviarlas a las tres para casa, Julian decidió no mencionar el incidente a Louis, que tenía algunas ideas bastante maniáticas sobre lo que deberían hacer las niñas y qué debería gustarles. Tampoco le parecía necesario mencionar que su lacayo, Robert estaba supervisando sus juegos de espadachines con bastante regularidad... o que Eugenie parecía encontrar estas gracias del todo correctas.

Le pareció que Louis agradecería esta gran discreción y tal vez incluso le devolviera el favor algún día.

En fin, vivir en la esfera de Claudia era un tanto, o mejor dicho, bastante desconcertante.

Una tarde especialmente fresca, Julian salió a la terraza posterior para disfrutar del cambio de estación y de un soberbio puro. El aire límpido como el cristal estaba cargado con el aroma del otoño, y mientras se paseaba sobre las baldosas, examinando con languidez las hojas caídas, descubrió a Claudia junto con sus tres hermanas, Mary Whitehurst y otra joven a la que no reconoció, todas reunidas sobre el césped más abajo.

En el extremo exterior del césped habían dispuesto unas mesas con manteles, pequeños jarrones con rosas y diversas fuentes con lo que parecía un refrigerio. Dos lacayos se hallaban cerca, preparados para servir. Pero las mujeres no estaban sentadas a las mesas, sino reunidas en un reducido círculo examinando lo que parecía un espantapájaros que se había rellenado de forma bastante tosca. Era un misterio dónde habían encontrado esa cosa, de modo que Julian, intrigado, se detuvo a mirar qué estaban tramando.

Claudia y Eugenie estaban enredadas en una discusión bastante animada. Nada nuevo, al parecer, pero cuando las damas se apartaron del espantapájaros y empezaron a abrirse en abanico para formar algo parecido

a un semicírculo, Julian se percató con consternación de que llevaban pistolas. Pistolas de verdad.

A unos veinte pasos más o menos del espantapájaros, tomaron la precaución de guardar cierta distancia entre ellas. Atónito, Julian observó aterrorizado cómo Claudia levantaba de repente la pistola, disparaba al espantapájaros y fallaba completamente, por supuesto, mandando la bala Dios sabía dónde. El pánico y el miedo se apoderaron de él al instante.

—¡Claudia! —rugió y, arrojando el puro, bajó a todo correr los escalones de la terraza. Eugenie fue la primera que le vio. Sonriente, le saludó mientras dejaba con cuidado su pistola en el extremo de la mesa del refrigerio. Para horror de Julian, el arma se descargó. Un chillido colectivo surgió de las mujeres y, en medio de un trajín de faldas y enaguas, las seis se arrojaron sobre la hierba.

Lo mismo que hicieron los lacayos.

Claudia fue la primera en apoyarse en los codos y mirar a su alrededor a las demás mujeres que alzaban lentamente las cabezas.

—¡No pasa nada! Parece que nadie está herido —anunció con tono bastante alegre.

Julian se plantó en medio con los brazos en jarras.

—¡Es un milagro que nadie esté herido! —reprendió enfadado—. ¡Señoras, pónganse en pie si pueden, pero no se les ocurra tocar las pistolas! —ordenó y dedicó una fiera mirada a Claudia. El diablillo sonrió. Una sonrisa radiante y ufana.

Y continuó sonriendo mientras se aseguraba de que nadie estaba herido ni había sufrido ningún daño, a excepción de una vieja pila para pájaros. El corazón aún le latía sin piedad y, con ayuda de los dos lacayos aturdidos, se apresuró a recoger las pistolas mientras las mujeres se alisaban las ropas, charlando con excitación sobre el percance de Eugenie. Cuando le dedicó una mirada sombría en Ann, ésta le informó orgullosa de que su arma no estaba cargada. Eugenie le dijo entre dientes que tal vez no hiciera falta que Louis conociera los detalles exactos de su refrigerio, lo cual aceptó Julian deprisa y en silencio, y Sophie se limitó a mirarle con ira, lo cual le pareció una suerte teniendo en cuenta que llevaba un arma en la mano.

Para cuando llegó a su esposa, sintió la fuerte tentación de ponerla sobre sus rodillas por haberle dado aquel susto mortal. Reconoció el arma que sostenía como una de las suyas y tuvo la sospecha desalentadora de que las damas llevaban todas las armas de sus esposos; comprendió que se habían desplazado por la ciudad con pistolas cargadas en sus bolsos. Dios misericordioso...

—¿Qué diantres piensas que estás haciendo? —inquirió mientras le cogía con cautela la pistola de la mano.

—Enseñándoles a disparar —dijo como si fuera la cosa más natural del mundo decir aquello. O hacerlo.

Julian frunció aún más el ceño.

—¿Claudia? ¿Sabes siquiera disparar?

—La verdad, pensaba que sí —contestó mirando pensativa el espantapájaros—. Papá me enseñó en una ocasión.

Aquella respuesta sólo consiguió que el corazón de Julian latiera aún con más fuerza.

—Alguien podría haberse hecho daño de verdad —le recriminó—. ¿Y por qué, si se puede saber, se te ha ocurrido enseñarles a disparar?

Eso le ganó una mirada sombría que sugería que era un imbécil sólo por preguntar.

—¿Y por qué no enseñarles? —preguntó—. ¿Acaso las mujeres no tienen derecho a protegerse?

—¡Esto no tiene nada que ver con los derechos, Claudia, tiene que ver con evitar que seis mujeres se hagan daño!

—¡Entonces te parecemos demasiado simples!

—No —bramó él, mirándola de arriba abajo con un gesto amenazador.

—Entonces ¿qué?

—¡Claudia! —gritó exasperado—. Las mujeres tienen padres y hermanos para protegerlas y, por consiguiente, no es en absoluto necesario que...

—Eso es ridículo —interrumpió, moviendo la muñeca con gesto de desdén.

—No, no es ridículo —insistió—. Las diferencias físicas entre sexos responden a un motivo, querida mía. Los hombres cuidan y protegen a sus

familias, las mujeres nutren a los pequeños y mantienen encendidos los fuegos de los hogares, y eso es todo. Pero bien, si quieres aprender a disparar, yo te enseñaré. ¡Pero no permitiré que pongas en peligro las vidas de otros por un concepto equivocado de los derechos de las mujeres!

Aquello fue recibido con un silencio sepulcral. Claudia miró por el rabillo del ojo a sus invitadas que permanecían de pie, con la boca abierta, fascinadas ante la discusión. Murmuró algo en voz baja que sonó muy parecido a «burro» y alzó la vista para mirarle con ojos encendidos de furia.

Él respondió dedicándole la mirada más fiera de su arsenal.

—Que no se te ocurra, bajo ninguna circunstancia, enseñar a estas mujeres a disparar si no estoy yo aquí contigo, o Louis o Victor. ¿Me he explicado bien, señora?

Sus ojos grises se oscurecieron.

—Perfectamente bien —musitó, y Julian de hecho sintió miedo de lo que aquel tono de voz pudiera significar. Sintió tal miedo que se dio media vuelta y se marchó de un modo abrupto del jardín con su alijo de pistolas, obligándose con cada paso a recordar que su esposa era bastante poco convencional, y que de hecho adoraba eso en ella, pero en momentos de más calma.

Días después del accidente de tiro, Claudia aún se esforzaba doblemente por expulsar de su cabeza cualquier pensamiento sobre su arrogante esposo. De hecho, no se permitía pensar en nada que no fueran las actividades que planeaba para cada día con sumo cuidado, ya que ésa era la única manera de no perder el juicio. Cada momento de cada día estaba lleno de visitas a sus iniciativas benéficas o a Upper Moreland Street cuando podía escaparse, de invitaciones improvisadas a amigos e incluso un viaje o dos a las fábricas textiles en busca de un lugar para su escuela. Y si no encontraba nada más en qué ocupar su tiempo, sus pensamientos o su visión, hacía bocetos de la escuela para niñas que construiría algún día y se obligaba a contar mentalmente escritorios, sillas, pizarras y manuales para no pensar en él.

Casi siempre con eso bastaba, ya que la financiación de su escuela estaba presente por encima de todo en sus pensamientos esos días. Aquellos

donativos que le habían prometido antes del Desastre, a efectos prácticos habían dejado de existir, por desgracia. Las pocas donaciones que había recibido —las de lady Violet, Ann y Eugenie, y por supuesto, el talón bancario que había recibido de Julian el día después de su recepción— a duras penas bastaban para cubrir sus necesidades. Claudia había calculado, basándose en la asignación negociada con Julian, que tardaría veinte años en ahorrar los fondos necesarios para construir una escuela con cierta calidad, y eso suponiendo que no gastara ni un céntimo.

De modo que continuó llamando con obstinación a viejos conocidos en búsqueda de donativos. Y en el transcurso de su campaña aprendió a aceptar las negativas que recibía con censura apenas velada por su escándalo. También desarrolló un humilde agradecimiento por los pocos donativos que le llegaban.

Lord Dillbey no ayudó a arreglar las cosas. Por lo visto ese viejo verde disfrutaba ridiculizando sus esfuerzos en varios locales públicos. Sabía que había estado llamando a su plan de escuela la Escuela Whitney de virtudes morales, aunque sean disolutas. Por lo visto, Dillbey se reía de ella allí dónde iba. Claudia temía que quienes hubieran podido hacer un donativo ahora se resistieran por no arriesgarse al escarnio de un estadista poderoso.

Y este dilema de la falta de donaciones para su escuela era lo que estaba intentando estudiar una tarde en su salón. Pero sus intentos habituales de llenar sus pensamientos le fallaban, y todo por culpa de Julián. Con las manos en las caderas, lanzó una mirada feroz al último boceto que había colgado de la pared, luego a los libros extendidos sobre su escritorio. Lo intentaba, Dios sabía que intentaba sacárselo de la cabeza, ponerlo a una distancia segura, fingir que era insignificante. ¡Como si eso fuera humanamente posible! No, no era posible, no cuando él acudía a su lado como la noche anterior, tocándola de una manera que la había hecho temblar, elevándola a mundos etéreos donde sus cuerpos no se distinguían el uno del otro. Y parecía que cuanto más intentaba no sentirlo, más lo hacía. Cada día más plena, más profundamente. ¡Maldito!

Se llevó de golpe las manos al rostro, sintió sus dedos fríos contra la piel acalorada mientras recordaba una conversación que había alcanzado a escuchar en una ocasión en el tocador de señoras de alguna fiesta. Lady

Crittendon, una hermosa dama casada con un hombre tan rico como el rey Midas y más viejo que Matusalén, estaba conversando con una amiga cuando ella entró, y la dama en cuestión procedió a relatar a aquella una encuentro fortuito con lord Kettering en voz baja y sedosa. Pese a insistir que ninguno de los dos tenía intención de que sucediera nada, había dado a entender con descaro que habían intercambiado algo más que saludos. Cuando la amiga le preguntó si le preocupaba que el Libertino pudiera alardear de su conquista, lady Crittendon se había reído y le había confiado que Kettering era un hombre que sabía cerrar la boca muy bien... allí donde hiciera falta. Las dos mujeres soltaron unas risitas ahogadas llenas de regocijo, y Claudia se había preguntado a qué se referían.

¡Oh, qué ignorancia! Ni por un momento se había imaginado, ni en el más alocado de sus sueños, lo que un hombre podía hacer a una mujer con sus manos y su lengua y su... De pronto se repantingó en una silla, con las piernas estiradas delante, los brazos apoyados en los lados, y respiró varias veces a fondo.

Al principio se había resistido a él, bastante segura de que ninguna mujer con dignidad permitiría que sucediera aquello. Pero su resistencia era muy débil y duraba muy poco. Estupefacta por la increíble sensación que le provocaba su contacto, superada a continuación por el placer absoluto de todo aquello, se retorció de manera incontrolada y buscaba más, sin ninguna vergüenza. Él la había abrazado con firmeza, lamiéndola, mordisqueándola, llevándola al borde de una desesperación tan profunda que por fin había explotado en un millar de pequeños fragmentos de sí misma esparcidos por todo el lugar.

Claudia cerró los ojos y tomó aliento pausadamente, en un intento de normalizar su respiración que, de pronto se había vuelto bastante superficial.

Siempre había entendido, por supuesto, por qué las mujeres iban tras él; sólo que ahora lo comprendía mejor que nunca.

Aunque en realidad eran las pequeñas cosas las que le hacían por completo irresistible. Como la manera en que constantemente la tocaba. Con cariño, sin pensar, como si fuera un acto reflejo. Le tocaba la mano, la cintura, los mechones de pelo alrededor de la frente. Pequeños toques

reconfortantes que podían apaciguar el alma más turbada. Oh, y luego estaban las cosas que le decía en el momento culminante del placer: ensalzaba su belleza, le susurraba el deseo voraz que le inspiraba.

Con un gemido, Claudia apretó la frente contra la palma de la mano y se estremeció mientras la invadía otra oleada de anhelo, inoportuna, no deseada. La tocaba, y luego él se marchaba en compañía de Arthur Christian, a veces también con Adrian Spence, los tres riéndose de alguna hazaña privada mientras descendían despreocupados por la gran escalinata a St. James Square. Nadie tenía que explicarle qué hacían o a dónde iban, y desde luego Julian nunca se lo decía. No hacía falta. Reconocía aquel esquema porque con Phillip había sido lo mismo: Libertinos que se marchaban en compañía de sus amigos, riéndose de un modo alegre y atrayendo la atención de hombres y mujeres al mismo tiempo mientras se subían a sus caros carruajes para una noche de juerga con bebida y mujeres del local de madame Farantino.

Le resultaba imposible conciliar del todo al libertino que salía de juerga por la noche y el marido que la trataba con tal ternura. Cuando lo intentaba, le invadían las dudas sobre su percepción de él y se debatía de un modo inevitable hasta quedarse agotada.

Sí, bien, ésta era la clase de matrimonio incierto que una mujer se encontraba cuando traicionaba todo lo que había conocido y permitía que la sedujeran. El castigo por entregarse a los deseos más bajos era su pequeño infierno privado donde era torturada con sus caricias; pero ansiaba estas caricias y deseaba que él la amara cada día de su vida, que la amara de verdad.

Dejó caer las manos sobre su regazo y abrió poco a poco los ojos, obligándose a tragar el dolor sordo en la boca del estómago, y se concentró en el bosquejo de su escuela. La escuela era su única respuesta. Tenía que concentrarse en algo, tragarse sus sentimientos, enterrarlos y pasarlos por alto. Era la única manera de sobrevivir.

El golpecito en la puerta fue una intrusión oportuna.

—¿Interrumpo? —preguntó Sophie mientras cerraba la puerta con suavidad tras ella.

—¡Por supuesto que no! —Claudia se levantó enseguida sonriendo. Había sentido bastante alivio cuando por fin Sophie regresó de casa de Ann para vivir en la residencia Kettering: otra distracción agradable para sus pensamientos—. Ven, tengo algo que enseñarte —dijo con un ademán para que Sophie se acercara.

Sophie se apresuró a cruzar la habitación.

—Oh, Claudia, hay algo que necesito comentar contigo sin más demora.

—Y yo también quiero consultarte algo. Mira mi bosquejo, ¿quieres? Creo que esta versión tal vez sea demasiado grande, ¿qué te parece? —preguntó estudiando con detenimiento su dibujo.

Sophie miró el bosquejo, luego a Claudia.

—Pero es exactamente igual que los demás.

—No son exactamente iguales —refunfuñó Claudia y volvió a bajar el dibujo con brusquedad—. ¿Qué querías comentar? —preguntó arrojando el bosquejo sobre la mesa junto con varios dibujos más.

Con un gemido, Sophie se dejó caer con aire dramático en el sofá.

—¡Oh, Claudia, estoy desesperada! Juro que no quiero agobiarte, pero mi hermano llega a ser tan mezquino que ya no soporto vivir más en esta casa, ¡te lo juro!

Aquello sorprendió a Claudia: pese a todas sus faltas, Julian adoraba a sus hermanas y siempre lo había hecho.

—Sophie —exclamó sonriendo—. ¿De qué diantres hablas?

—¡Has de prometerme que no te pondrás de su lado en esto! No puedo contárselo a nadie aparte de ti —dijo nerviosa, apoyando el peso sobre un codo.

Ahora tenía toda la atención de Claudia.

—Lo prometo —dijo ésta, y se sentó en el extremo de la silla con bordados situada junto al sofá.

Sophie se incorporó de nuevo y miró con tristeza la alfombra.

—Tengo un pretendiente —balbució.

Claudia se rió.

—Oh, Sophie, ¿eso es todo? ¿Y quién es él?

—Sir William Stanwood. Es un baronet, ¿le conoces? —preguntó con una punzada de angustia en la voz.

El nombre le resultaba muy vagamente familiar a Claudia, de modo que sacudió la cabeza.

—¡oh, es maravilloso! —exclamó Sophie, de pronto radiante—. Si le conocieras le adorarías! Es guapo de verdad y muy alto, rubio, y muy decidido a prosperar en la vida, ya sabes. No es como los que me presenta tía Violet, sino que es muy conservador a su manera. Un caballero.

Claudia le dio un apretón en la rodilla.

—¡Suenas divino! Entonces, ¿cuál es el problema?

—Julian no me permite verle —dijo Sophie con gesto de indignación.

Algo retumbó en la parte posterior de la mente de Claudia y su sonrisa se desvaneció.

—¿Y por qué diablos no?

—Cree que su afecto no es sincero.

Como tu amigo, tengo la obligación moral de decirte que Phillip no es la clase de hombre para ti, Claudia. La vieja herida se abrió con las palabras de Sophie.

—¿De verdad? —preguntó con frialdad—. Y, por favor, explícame ¿qué le permite tener una clarividencia tan superior?

Sophie sacudió la cabeza.

—¡Ni siquiera le conoce bien! William es muy considerado conmigo, pero Julian me prohíbe verle bajo cualquier circunstancia. ¡Y como lo intente, me ha amenazado con enviarme a Kettering Hall para siempre!

—Pero ¿por qué? —insistió Claudia—. ¿Qué puede tener contra sir William?

Sophie bajó la mirada y jugueteó con el brazo de roble pulido del sofá.

—Bien... ha dicho muchas cosas odiosas de él, pero creo que sobre todo considera que no tiene una posición adecuada para casarse conmigo.

¡Oh, no, eso sí que era increíble! Él, por descontado, podía encapricharse de cualquier mujer que se cruzara en su camino, pero la querida Sophie no podía dejarse llevar por su corazón, y todo por su maldita posición social.

—¿Estás segura del todo? ¿Rechaza la petición de Stanwood porque sólo es un baronet?

—¡Oh, sí, estoy segura de que en eso radica el problema! Claudia, ¿qué voy a hacer? ¡No puedo soportar estar sin William! —lloriqueó.

Claudia se puso de pie al instante, y se dirigió con resolución hasta el aparador.

—Te diré lo que vas a hacer. ¡Déjate llevar por tu corazón! —Exclamó—. ¡No puedes permitir que la falta de sentimientos de Kettering dicte la que puede ser la decisión más importante de tu vida!

—Pero ¿cómo? ¡Julian es muy testarudo en esto!

Aquel abismo indiscutible entre su propia conducta y lo que esperaba de Sophie era del todo intolerable. Pero era tan típico, tan masculino, que enfureció a Claudia.

—No sé —admitió con sinceridad—. Pero hay algo que sí sé: ¡lo lamentarás toda la vida si renuncias a los deseos de tu corazón por es noción ridícula de las convenciones!

—Entonces, ¿me ayudarás? —preguntó Sophie con desesperación.

—Por supuesto que sí, si puedo. ¿Y qué hay de Eugenie y Ann? Podríamos...

—¡No! —Sophie sacudió la cabeza con violencia—. No saben nada... William me advirtió que se pondrían del lado de Julian en todo esto.

¿Ocultárselo a Eugenie y a Ann? Las dos eran conscientes de las desigualdades a las que se enfrentaban las mujeres en la vida cotidiana, lo entenderían. Pero ninguna estaba tan ansiosa por cambiar el mundo como Claudia, y las dos sentían adoración por su terco hermano. Era probable que Stanwood tuviera razón.

—Sí, bien, te ayudaré en lo que pueda —dijo al final—. Pero no estoy segura de lo que puedo hacer...

—¡Puedes hablar con él!

Claudia dedicó una rápida mirada a Sophie. ¿Cómo explicar que se había casado por una cuestión de convenciones y que ella y Julian estaban atrapados en una especie de matrimonio de mentira en el cual en realidad ni se hablaban? Sin pensar, sacudió la cabeza con arrepentimiento, y Sophie de pronto se levantó y se acercó al aparador.

—Al menos ayúdame a verle —dijo cogiendo a Claudia por los hombros—. Me gustaría reunirme con William mañana en el parque al mediodía...

—¿A solas? —se oyó preguntar a sí misma.

—¡Claudia! Casi tengo veintiún años, ¡tengo que verle! ¡Y puedes ayudarme! Puedes decirle que vamos a salir para visitar a Mary Whitehurst. Luego tú vas a verla y yo me reúno con William.

¿Mentirle?

—Oh, no. No, Sophie, no sé mentir, la verdad, me queda fatal. Y, con franqueza, no creo que pueda en realidad mentir...

—Mentir, no. —Sophie se apresuró a tranquilizarla—. Yo también visitaré a Mary Whitehurst. ¡Me reuniré allí contigo! Sólo que más tarde después de ver a William. ¿Ves? No es una mentira.

Poco convencida, Claudia frunció el ceño con escepticismo.

—¿Y qué me dices de Tinley? Te preguntará adónde vas.

Sophie entornó los ojos.

—¡Tinley ni siquiera sabe cómo se llama la mayoría de días! Por favor, Claudia, eres la única esperanza que me queda. No podré ver a William si tú no me ayudas y no voy a poder dejarme guiar por mi corazón si nunca puedo verle, ¿no crees?

¡Pero mentir! De todos modos, Julian estaba siendo del todo irrazonable en ese tema. Tal vez pudiera evitar la cuestión de la visita a Mary.

—De acuerdo —dijo y se encogió de hombros, librándose de los brazos de Sophie.

—¡Oh, gracias, Claudia! —gritó Sophie, echando entonces los brazos al cuello de Claudia.

—¿Gracias Claudia, por qué?

Las dos mujeres se sobresaltaron con el sonido de la voz de Julian.

Sophie retiró de prisa los brazos de los hombros de Claudia.

—Mmm... por, ah, ayudarme con un problema —balbució con incomodidad, y miró con ansia a Claudia.

Eso sólo sirvió para que Julian se adentrara aún más en la habitación.

—¿Un problema? ¿Hay algo que pueda hacer yo?

—¡No! —respondió Sophie con demasiada brusquedad, luego sonrió nerviosa—. Es, ah... una cuestión femenina, la verdad, y yo...

Julian levantó enseguida una mano con gesto de súplica.

—Mis disculpas.

—No hay por qué. —Sophie lanzó una mirada elocuente a Claudia—. Si me disculpáis, entonces —musitó y se apresuró a salir de la habitación, casi sin dedicarle una mirada a su hermano al pasar.

Julian suspiró cansinamente mientras observaba cómo desaparecía por el pasillo, pero cuando se volvió a mirar a Claudia, sonrió con afecto.

—Siento haber interrumpido.

—Ah, no. ¡No! —Claudia intentó tranquilizarle y, pensando que su rostro delataría el engaño, se apresuró hacia el escritorio sobre el cual tenía abierto su libro de contabilidad.

Julian la siguió con aire despreocupado y deslizó un brazo en torno a su cintura.

—La tarde está demasiado tranquila —dijo rozando su cuello con los labios. Le provocó un estremecimiento con aquel extraño calor frío que sólo él podía provocar.

—La verdad es que pensaba que habrías organizado un té o alguna cosa de ese tipo —murmuró contra su piel. Le rozó el lóbulo de la oreja con los labios; un millar de cosquilleos candentes descendieron por su espalda y brazo.

—Ah... los, ah, los té... son los jueves —tartamudeó. Julian le besó la oreja. Claudia volvió la cabeza un poco, de tal manera que su siguiente beso le alcanzó la comisura de la boca, despertando todos sus sentidos. Sintió que entraba en terreno peligroso. Un beso más, un momento más en sus brazos, y sucumbiría a su contacto. Cuando él alzó la mano hasta su rostro, ella agachó la cabeza con brusquedad para escapar a su abrazo, se dirigió con paso vacilante al otro lado del escritorio y se sentó pesadamente en la silla.

Julian la miró con recelo. Claudia fingió no darse cuenta y se inclinó sobre su libro como si lo estudiara con mucha atención. Él se acercó a la esquina del escritorio y tocó distraído los capullos de violeta que había en una pequeña maceta.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah, estoy revisando el libro de contabilidad en el que apunto los donativos para mi proyecto de la escuela —contestó.

—¿Algún problema? —preguntó él rodeando el escritorio para colocarse de pie detrás de ella.

—Oh, no. No, sólo estoy anotando las últimas entradas, eso es todo.

Julian se inclinó sobre su hombro, el aroma penetrante de su colonia llegó hasta ella. Por el rabillo del ojo podía ver su mentón bien afeitado. Con un dedo, revisó en un santiamén la columna de cifras que había anotado con sumo cuidado.

—¿Por qué no lo dejas? Yo lo haré por ti, y se volvió a ella para besarle la sien.

A Claudia se le pusieron los pelos de punta.

—La verdad, no hace falta. No me importa...

—No tendrías que preocuparte de tus asuntos financieros, amor. Yo me ocuparé de ello.

¿No preocuparse de sus asuntos financieros? ¿Qué se pensaba, que era demasiado ignorante como para cuadrar sus cuentas?

—Gracias, pero soy muy capaz de llevar mis cuentas. Me enseñaron a sumar y restar.

Julian se rió y le acarició la mejilla con un dedo como si fuera una niña, luego acercó el libro abierto sobre el escritorio para poder examinarlo.

—No seas ridícula, amor. Por supuesto que eres capaz, pero... —Su voz se apagó. Se enderezó, sacó las gafas del bolsillo de su levita y se las puso, luego volvió a inclinarse para estudiar con detenimiento el libro abierto—. ¿Qué tenemos aquí?

Claudia echó un vistazo a la página del libro y al instante supo lo que él estaba viendo: la retirada del donativo de lord Cheevers.

—Oh, eso. Lord Cheevers retiró su donativo...

—¿Por qué iba a retirarlo? —interrumpió Julian quitándose los lentes de la nariz.

Claudia sintió el calor de la humillación que le subía hasta las mejillas.

—Por... por el escándalo —balbuceó.

Julian la miró, aparentemente confuso durante un instante, luego volvió a echar una ojeada al libro.

—Y Monfort, ¿lo mismo? —preguntó, sin que en realidad hiciera falta una respuesta—. ¿Nada de Belton, tampoco?

—No he llegado a recibir muchas de las cantidades que me prometieron.

Julian no dijo nada mientras continuaba mirando el libro. Tras un largo momento, se movió de pronto, se fue al otro lado del escritorio para coger una silla y la acercó para colocarla junto a la de Claudia con un golpe contundente. Se sentó, se ajustó las gafas y cogió la pluma.

—Julian, por favor —imploró Claudia—, puedo cuadrar...

Él le cubrió de pronto la mano con la suya.

—Claudia. Ya sé que puedes cuadrar las cuentas de tus libros y me imagino que incluso haciendo el pino lo lograrías. Lo único que quiero es una lista de nombres.

—Pero ¿por qué? ¿Qué estás haciendo? —preguntó ella confundida.

Julian sonrió un poco.

—Creo que tal vez lord Cheevers haya olvidado una pequeña deuda que contrajo con el duque de Sutherland durante un debate parlamentario particularmente desagradable. Me imagino que no me costará que Alex convenza a Cheevers para que reconsidere su donativo. En cuanto a Monfort, bien, te ahorraré los detalles desagradables de su deuda, pero puedes estar tranquila, hará un donativo muy generoso una vez que haya hablado con él.

—¿Quieres decir que vas a hablar con ellos a favor de la escuela? —preguntó incrédula.

Julian alzó una ceja con perplejidad pero divertido.

—¡Por supuesto que voy a hablar con ellos! Claudia, si esta escuela es lo que quieres, entonces estaré encantado de aplicar toda mi influencia para sacarla adelante. Sólo tienes que pedírmelo.

Claudia pestañeó. Julian sonrió, se llevó la mano de su mujer a los labios y le besó los nudillos.

—Quiero ayudarte de cualquier manera que me permitas, por pequeña que sea. —Con eso, devolvió su atención al libro de contabilidad—. Belton

—dijo entre dientes y se rascó la barbilla con despreocupación—. Nada que decir de él, en realidad, aparte de que es un consumado idiota. Julian continuó mirando el libro con ojos entrecerrados, su frente se arrugó con un ceño de concentración mientras mascullaba sentimientos similares acerca de los otros patrocinadores incluidos en la lista.

Claudia le observaba sorprendida, fascinada e incluso un poco animada. Su padre nunca había mostrado ningún interés por sus obras de caridad, y Julian tampoco, la verdad, aparte de preguntar por cortesía sobre sus actividades de vez en cuando. Por experiencia, los hombres nunca se interesaban demasiado por lo que calificaban de pasatiempos de una dama, y con toda certeza se alegraban de dejar a las mujeres las cuestiones caritativas. Nunca se le había ocurrido, ni una sola vez, pedir ayuda a su padre o a Julian. El hecho de que él se ofreciera y mostrara tal interés —tomando notas tan detalladas— la confundió y al mismo tiempo la conmovió, e hizo que se cuestionara por milésima vez si tal vez había juzgado mal a este Seductor, su marido.

Capítulo 15

Por fortuna, Claudia no tuvo que mentir cuando Sophie se escabulló para reunirse con sir William al día siguiente, ya que descubrió que Julian se había ido temprano a Cambridge. Tampoco tuvo que mentir el día después, cuando Sophie vino a casa más enamorada que nunca y la acribilló con cientos de preguntas sobre los hombres, el amor y el universo. Como el tiempo había empezado a cambiar, aprovechó eso como excusa para escapar del delirio de Sophie y hacer una visita a la casa de Upper Moreland Street antes de que llegara la lluvia.

Y mientras se encontraba de pie en la pequeña sala de Upper Moreland, sintió que el frío impregnaba sus huesos hasta el mismísimo tuétano. Doreen Conner se hallaba delante de la pequeña chimenea, con las manos en las caderas, mirándola impasible tras darle una horrible noticia.

Ellie había muerto, estrangulada por su amante.

Claudia había coincidido con Ellie tan sólo un puñado de veces. La joven había trabajado como mujer de la limpieza hasta hacía pocas semanas, cuando un incidente relacionado con su actual pretendiente provocó que la despidieran, dejándola en una situación bastante precaria. Sin dinero y sin familia a la que recurrir, una mujer que había estado en otro tiempo en Upper Moreland Street la trajo a la casa. Allí se quedó sólo unos días hasta que su pretendiente descubrió dónde estaba y empezó a molestar. Doreen dijo que Nigel Mansfield venía a menudo bastante tarde, ya por la noche, y después de su ronda por los bares, muy borracho. En una ocasión estaba tan embriagado y enojado con Ellie por algún desaire, que intentó tirar la puerta abajo. Pero el cañón de la pistola empuñada por Doreen, un

arma bastante grande que Claudia tomó tiempo atrás de la vitrina de armas de su padre, lo intimidó convenientemente.

Ellie era un problema, todo el mundo lo sabía, pero pese a todo a Claudia le había caído bien desde un principio. Rolliza, alegre y guapa, estaba tan agradecida de que le hubieran hecho un sitio que se mostraba ansiosa por contribuir de cualquier manera que pudiera, sobre todo haciendo una gran cantidad de faenas dentro de la casa.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —balbució Claud impotente, abatida por la noticia de su muerte.

—No hay nada que podamos hacer por ella ahora, señorita —dijo Doreen con estoicismo—. Todas intentamos decirle que Nigel era un miserable, pero no escuchaba.

—¡Hay que denunciarle a la justicia! —insistió Claudia, temblando, sin darse cuenta por la descripción de Doreen de cómo habían encontrado a Ellie: tirada en la entrada de atrás, con su propio pañuelo atado con tal presión alrededor del cuello que le cortaba la piel.

Doreen sacudió la cabeza con decisión.

—No tenemos pruebas de que haya sido él. Digamos lo que digamos, responderán que Ellie bien pudo encontrar otro tipo anoche que le hizo eso. Y además, no hay ningún juez que vaya a interesarse lo suficiente por nuestra pobre Ellie como para perseguir a ese hombre. No, señorita, preguntará de dónde venía, su suerte en la vida, y no perderá ni un momento con ella. A nadie le importa un bledo nuestra Ellie, aparte de a nosotras.

La desesperación hizo mella en Claudia al oír la verdad desnuda del razonamiento realista de Doreen. Las injusticias que se cometían contra las mujeres eran el verdadero motivo de que hubiera fundado esta casa, ¿no era así? Protegerlas cuando el mundo hacía la vista gorda. Pero a pesar de todo, no había podido ayudar a Ellie. Sí, le habían ofrecido un lugar para dormir, pero nada más había cambiado. Al final, no tuvo a nadie que le echara una mano, aparte de un borracho.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Ahora está en un sitio mejor, señorita. Usted ha hecho todo lo que ha podido.

Entonces lo que ella podía hacer no era suficiente.

De regreso a casa, Claudia se percató de lo poco que significaba la casa de Upper Moreland Street. Ahora, más que nunca, entendía lo importante que era construir una escuela para que jóvenes como Ellie tuvieran algunas oportunidades en la vida y no acabaran estranguladas en una puerta trasera. Pero ni siquiera la escuela parecía suficiente, estaba claro que no cambiaría la manera de pensar del mundo o el modo en que trataba la ley a las mujeres. Y estaba claro que no cambiaría a los hombres, por el amor de Dios.

Claudia cerró los ojos, se puso una mano sobre el abdomen al sentir la presión de su período menstrual. Entristecida por la muerte de Ellie y sintiéndose enferma, se encontró sola y vulnerable, deseó tener a alguien en quien buscar consuelo.

Echaba de menos a Julian.

Aquel sentimiento ocupó su mente y la sorprendió. Se había ido a Cambridge o al menos eso decía su lacónica nota. De repente se apretó la sien con el puño en un intento de sacarse de la cabeza una idea desagradable, no quería empezar con la fea sospecha de que pudiera tener una amante en la ciudad. De hecho, no sería el primer hombre ni de buen seguro el último que se echara una amante. Claudia se había recordado una docena de veces como mínimo que aquello era bastante común entre la aristocracia; podía pensar sin dificultad en media docena de hombres de los que se rumoreaba que tenían amantes, y lo llevaban bastante bien. Y esa media docena de hombres tenía una media docena de mujeres a las que no parecía preocuparles en especial. Se dijo que a ella tampoco le importaba.

Oh, pero sí que le importaba.

Por mucho que intentara mostrarse indiferente con él, no cesaban de aflorar a la superficie emociones inoportunas y no podía contenerlas durante más tiempo. ¡Le importaba, Dios santo, le importaba! Le quería sólo para ella, quería su sonrisa sólo para ella, sus manos y su boca...

Claudia cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la tapicería. Todo en su vida era un desastre, un enorme lío de emociones confusas, anhelos y amargura. Un día pensaba que todo estaba resuelto, que había encontrado ese lugar en su interior donde podía sobrevivir. Al instante siguiente, se

descubría reorganizando el día, para verle a la postre un momento mientras entraba en su estudio o riéndose con Arthur dispuestos para salir. Por mucho que lo intentara, no podía evitarlo: aún le quería, igual que le había querido de niña y pese a todo lo que había sucedido entre ellos.

Era desconcertante estar loca por el Seductor. La confundía. Había momentos en que él en apariencia la adoraba, se interesaba por lo que hacía, se mostraba ansioso por ayudar. Pero luego estaban los momentos en que salía con Arthur y la dejaba para ocuparse de sus actividades diarias por las que no parecía tener el menor interés. En momentos, sentía que no estaba a la altura de las expectativas, de un hombre como Julian, y puesto que no había nada demasiado único especial en ella, por lo visto a él no le parecía nada extraordinario buscar satisfacción en otro lugar.

A Claudia no se le escapaba la ironía de la situación: hacía mucho que había olvidado la indignación que le provocó el comentario de Julián acerca de que no era suficientemente buena para Phillip.

Porque en realidad ella soñaba con que fuera Julian quien la amara.

Siempre había soñado con él.

La lluvia llegó por la tarde como se esperaba, y para cuando Julian llegó a St. James Square estaba helado hasta los huesos. La residencia Kettering se hallaba demasiado tranquila, pensó. mientras se detenía en la entrada para tender sus cosas a Tinley.

—¿Todo bien, supongo? —preguntó al viejo mayordomo.

—Hoy no hay señoras por aquí, si se refiere a eso —contestó con tono cansino, y Julian supuso que el viejo estaba tan agobiado por 1 actividades de Claudia como todos los demás hombres que conocía.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó.

Tinley no acertó en el perchero y dejó caer al suelo el abrigo de Julian.

—En sus habitaciones, señor.

—¿Y Sophie? —insistió Julian con sus preguntas mientras se agachó para recoger el abrigo y colgarlo por el mayordomo.

Tinley se detuvo y miró al espejo situado sobre la consola de la entrada, al parecer, pensando.

—No sabría decirle, milord —dijo por fin.

Aquello no es que le sorprendiera, pero harto de recelos, se negó a seguir preguntándose por el paradero exacto de su hermana.

Suspiró con hastío mientras subía la escalera, preguntándose si Claudia se habría percatado en algún momento de que se había ido. Mientras recorría el amplio pasillo del primer piso, se detuvo ante la puerta que llevaba a sus habitaciones y se quedó mirando la manilla de bronce, abrumado por la necesidad imperiosa de verla. Diantres, siempre quería ver su precioso rostro. Aun así, las pocas semanas de este matrimonio a la fuerza le habían enseñado a dejarla en paz, a no seguir su impulso, su deseo visceral de verla y pasar de largo al llegar a su puerta. Eso era lo que ella deseaba.

Pero no era lo que él deseaba, o sea que no iba a salirse con la suya.

Un hombre tenía que poder disfrutar de la compañía de su mujer de vez en cuando sin necesidad de sentirse un intruso. Había estado fuera dos días y había pensado en pocas cosas aparte de Claudia, por eso no creía que fuera tan poco razonable esperar que su mujer le diera la bienvenida.

Puso la mano en la manilla y la giró, luego empujó la puerta antes de que pudiera cambiar de opinión.

Buenas tardes, milord —dijo Brenda levantando la vista de su tarea doblando ropa blanca.

Maldición, se sentía como un torpe colegial. Dio un rápido vistazo al pequeño salón.

—Buenas tardes —respondió de forma escueta— Ah, ¿dónde está tu señora?

La doncella empezó a doblar una toalla.

—Está descansando, milord. No se encuentra muy bien —explicó con un movimiento de cabeza en dirección a la puerta del dormitorio.

¿Estaba enferma? Un miedo antiguo recorrió sus venas. Julian olvidó su torpeza, se encaminó deprisa al dormitorio y cerró la puerta tras él.

Una débil luz gris se filtraba desde la ventana y llenaba la habitación de sombras. Claudia, vestida, estaba tumbada de costado, de espaldas a él mirando a las ventanas, con las rodillas dobladas contra el pecho. El vestido, de un intenso azul oscuro se ceñía a su cuerpo, y sus pies

enfundados en medias asomaban por debajo del dobladillo. Se acercó con cautela a la cama.

—¿Julian?

Su voz suave envolvió su corazón, sorprendiéndole como la fuerza de un abrazo.

—Sí —respondió en voz baja y se sentó con cuidado en el extremo de la cama—. ¿No estás bien, cielo?

Claudia no se dio la vuelta sino que encogió sus delgados hombros.

—Estoy bien. Sólo es un poco de dolor de estómago —murmuró.

¿Dolor de estómago? Vivir con cuatro mujeres le había enseñado una cosa o dos sobre el origen de aquellos males: Claudia tenía el período. Aliviado, soltó un respiro sosegado mientras le acariciaba el pelo con suavidad.

—Deja que te frote la espalda —murmuró, y sosteniéndose sobre un brazo por encima de ella, empezó a aplicar un masaje en la parte inferior de la espalda—. ¿Quieres que vaya a buscar un poco de láudano? —preguntó al cabo de un momento—. Ayudará a aliviar el dolor.

Claudia se puso en tensión.

—Yo, ah... Brenda ya me ha traído un poco.

—¿No te ha sentado bien?

—No demasiado —admitió con timidez.

La luz que llegaba de detrás de un árbol alargado en el exterior proyectaba sombras sobre el rostro de Claudia; estaba pálida, sus ojos irritados como si hubiera estado llorando. Julian sintió una presión en el pecho y despreció su poca habilidad para hacer que se sintiera mejor. Pasó un dedo por su sedosa mejilla y respiró profunda pero silenciosamente cuando ella cerró los ojos con sus caricias.

Reanudó el masaje a su espalda.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó de todo corazón.

—Sí... hálame —murmuró.

Eso le sorprendió. Claudia nunca quería conversación con él, en todo caso, parecía aborrecerla. Por el amor de Dios, ¿qué podía decirle?

—De acuerdo —empezó con parsimonia—. He estado en Cambridge y, mientras estaba allí, he visitado la capilla del King's College. ¿Has estado

allí alguna vez? Es espléndida —continuó al percibir que ella sacudía un poco la cabeza—. El techo forma un arco de al menos tres pisos por encima de la cabeza. Un coro de muchachos estaba cantando y no te imaginas cómo se eleva el sonido antes de rodear al oyente abajo, como si de hecho llegara del cielo. —Hablabla de forma suave y rítmica mientras le frotaba la cintura por la espalda. Claudia agitó sus pestañas sobre su pálida piel y recostó su cabeza apoyando la mejilla sobre sus manos.

—Hay decenas, tal vez docenas de velas encendidas en la catedral y cuando las luces titilan parece que las figuras en los vitrales estén vivas —continuó tranquilizador, y se apoyó sobre ella—. El espectáculo es magnífico cuando los gnomos aparecen y danzan por encima de los tubos del órgano, primero sobre el bajo, luego el agudo y por fin el tenor más alto —susurró.

Julian no tenía ni idea de dónde se había sacado eso, aparte de una vieja costumbre de contar cuentos a las niñas para que se durmieran. Pero en los labios de Claudia apareció un débil sonrisa, de modo que continuó:

—Después de los gnomos, el sacerdote inicia su ballet con las hadas. Es bastante grandullón, para que lo sepas, pero juro que nunca he visto a alguien tan ligero sobre sus pies como él. Baila un ballet especialmente encantador sólo sobre sus puntas. Jurarías que en realidad está caminando airoso por un prado persiguiendo mariposas.

La débil sonrisa de Claudia se agrandó.

—¿y qué hacen los estudiantes mientras el sacerdote ejecuta su ballet?

—Ah, los estudiantes —murmuró—. Casi siempre se quedan consternados, ya sabes, porque el ballet retrasa su almuerzo campestre—. Sonrió, pero una sombra se cruzó en su rostro, y la sonrisa se desvaneció. Julian empezó a apartarse, pero de pronto Claudia se dio media vuelta, y le arrojó los brazos al cuello, hundiendo el rostro en su hombro. Él, asombrado, la rodeó deprisa con sus brazos y la abrazó. Ella no dijo nada, sólo se aferró a él, ocultando el rostro en su hombro... ¿llorando?

Julian, con la barbilla apoyada en lo alto de su cabeza, alisó los rizos sueltos de su pelo, mientras se estremecía con el sonido de cada jadeo apagado.

—¿Qué te pasa, amor? ¿Qué sucede?

Claudia sacudió la cabeza y le rodeó el cuello con más fuerza.

—Nada... lo siento. No sé qué me pasa. No es habitual que llore —soltó entre resuellos. Se le escapó otro sollozo.

—Está bien —dijo acariciándole el pelo.

—Estaba pensando en lo valiosísima que es la vida —continuó con voz entrecortada— y con qué rapidez y facilidad puede acabar. En un momento alguien está aquí y al siguiente se ha ido, así de fácil.

Todo se retorció dentro de Julian. Una sensación de malestar le invadió con tal rapidez que de hecho sintió debilidad por un momento. ¿Cómo era posible que Phillip pudiera presentarse incluso ahora, en este momento preciso con Claudia?

—¿Por qué ibas a pensar algo así? —inquirió con voz un poco más ronca de lo que le hubiera gustado.

—Me... me he enterado de que alguien ha muerto, una mujer, una joven... ¡ha muerto de forma tan inesperada y es tan injusto! No dejo de preguntarme, ¿por qué ella y no yo? ¿Por qué alguien iba a matarla en la flor de la vida? ¿Qué sentido tenía su vida, entonces, si iba a morir tan joven? Me... me asusta.

Julian sintió rabia. Phillip nunca se apartaría de él.

—Lo siento —continuó ella y retiró los brazos de su cuello—. Supongo que estoy de un sentimental que raya en lo ridículo.

Julian, callado, dejó que ella se apartara, temeroso de lo que pudiera decir si abría la boca. Este... este matrimonio era su infierno particular. Lo sabía hacía semanas. Claudia se echó hacia atrás y alzó la vista con sus luminosos ojos grises azulados relucientes de lágrimas.

—No te encuentras bien, eso es todo. ¿Por qué no descansas? —dijo de manera insulsa y se volvió hacia la puerta, sin poder pensar o sentir otra cosa que el dolor de su desesperación y culpabilidad.

—Julian...

—Mandaré a Tinley con una bandeja, ¿de acuerdo?

Aquella sugerencia encontró un momento de silencio, pero Julian no se atrevió a volverse y mirarla una vez más por temor a desmoronarse.

—Sí, gracias —murmuró Claudia, y él oyó el crujido de la cama mientras ella se echaba.

Julian caminó a ciegas por el pasillo para alejarse de ella y de su propia fantasía: un día Phillip desaparecería y Claudia le querría. No dejó de andar, bajó por la escalera principal hasta encontrarse de pie en el vestíbulo.

—Que me ensillen una montura —dijo a un lacayo y continuó andando hasta encontrarse afuera, en el pórtico de piedra de su casa sintiendo cómo el frío y la humedad penetraban en él y le despertaban del letargo de su infierno.

Se le ocurrió pensar, mientras se hallaba allí sin mirar nada, que tal vez debería mantener las distancias con Claudia, no porque ella lo quisiera así, sino por ser la única manera de sobrevivir que le quedaba. Si se alejaba de ella dejaría de sentirse aquel monstruo culpable y arrepentido que parecía destruir todo lo que se cruzaba en su camino mientras los párrocos no dejaban de cantar alabanzas sobre la virtud del amor.

Se fue hasta el extremo del pórtico, sacó uno de sus puros americanos del bolsillo y encendió una cerilla. Protegiendo la llama con la mano, encendió el tabaco. Al levantar la cabeza, advirtió una calesa negra en el bordillo que quedaba justo al otro lado de la verja de su casa.

Qué curioso... Julian se apoyó sobre un lado para mirar mejor. Era una calesa, efectivamente, un carruaje de dos ruedas con un solo caballo; no era algo que uno viera con demasiada frecuencia en Mayfair o en St. James, donde faetones, birlochos y landós simbolizaban la posición social privilegiada de los residentes de esta zona. Un hombre y una mujer estaban en la calesa. Buscó a tientas en su bolsillo las gafas y miró otra vez.

El corazón le dio un vuelco: era Sophie, en medio de un beso bastante apasionado.

Dejó caer el puro sin darse cuenta.

Su primer impulso fue sacarla de la calesa y estrangularla allí mismo por un comportamiento tan impropio. Su segunda inclinación fue esperar y confirmar su peor temor: que el hombre que la estaba besando era Stanwood. No obstante, antes de que se viera obligado a decidir qué hacer, Sophie salió tropezando de la calesa y se metió los guantes con torpeza mientras intentaba al mismo tiempo sujetarse el sombrero en la cabeza. Stanwood le estaba hablando, y ella asentía con entusiasmo. Dio varios pasos hacia atrás y chocó contra la verja.

—Su montura, milord —avisó un mozo.

Muy oportuno. Mantendría unas palabritas con Stanwood en algún otro lugar que no fuera su casa, ya que detestaría ver la sangre de aquel hijo de perra por todo el paseo. Se dirigió airoso hacia donde se encontraba el mozo sujetando su montura y se subió de un salto sobre la grupa del ruano. Mientras cogía las riendas, Sophie cruzó la vera, embelesada.

La muchacha tuvo un sobresalto tan fuerte que dio un traspiés.

—Julian! —Su rostro perdió todo el color con gran rapidez—. No... no sabía que habías regresado —dijo tartamudeando.

—¿Dónde has estado? —preguntó, prescindiendo de cualquier saludo al tiempo que sujetaba con firmeza la ansiosa montura.

—Ah, sí... ¿que dónde he estado? Vaya, ah, pues con tía Violet.

¡Oh, Dios, Sophie!

—Entra y espérame —dijo con brusquedad e indicó al ruano que continuara. Lo guió a través de la puerta que abrió el mozo e hizo un viraje marcado a la derecha para perseguir aquella maldita calesa.

No fue difícil encontrar a Stanwood; la calesa estaba delante de una taberna de Piccadilly. Julian ató su caballo y entró con brío en el interior del local sin hacer caso a la criada que intentó darle la bienvenida. Examinó la sala concurrida y detectó a Stanwood dirigiéndose hacia una mesa en la parte posterior donde había dos camareras entreteniendo a un cliente. Fue tras él y dio un empujón a un hombre que cometió el error de cruzarse en su camino.

Stanwood se volvió justo en el momento en que él le alcanzaba. La sorpresa saltó al rostro de aquel canalla justo antes de que le empujara contra la pared.

—Se lo dije en mayo y se lo digo una vez más, Stanwood. Aléjese de mi hermana. La próxima vez, le mataré —dijo con voz grave.

El miedo centelleó un breve instante en la mirada de Stanwood antes de que intentara agarrar las manos de Julian.

—¡Suélteme, Kettering! —escupió—. ¡No tiene derecho a tratarme de este modo!

—Tengo todo el derecho del mundo —replicó en voz baja briosamente, y le empujó otra vez con fuerza contra la pared, tirando dos platos de porcelana

de su soporte, que se hicieron añicos sobre el suelo de madera.

—No piense que no estoy al corriente de sus deudas, señor, que ningún banco quiere hacerle un préstamo. No piense que no estoy al corriente de sus indagaciones sobre la renta anual de mi hermana. ¡No quiere otra cosa que su maldito dinero!

Stanwood le devolvió el empujón y le hizo perder el equilibra

—¿Y qué pasa? ¡No me diferencio tanto de usted! ¡Por ahí cuentan que Redbourne le soltó una buena cantidad por librarle de esa ramera!

A Julian se le heló el corazón, de pronto la habitación pareció encogerse. Sus manos formaron dos puños, y lo único que vio fueron órbitas de los ojos de Stanwood mientras arremetía contra él. El aullido de la camarera se perdió con el topetazo de su puño contra el rostro de Stanwood. Los dos hombres cayeron al suelo y el puño de Julian alcanzó algo dos veces antes de empujar la cabeza de Stanwood contra el suelo y levantarse dando un traspiés.

—Tú, hijo de perra —gruñó— apártate de mi hermana, ¿me oyes?

Stanwood, tocándose con cuidado el labio roto, miró la sangre en sus manos y puso una sonrisita. Luego se volvió a Julian.

—¿Y cómo va a detenerme? —le preguntó con gesto burlón —Sophie cumplirá veintiún años en menos de un mes. No puede encerrarla.

Julian necesitó toda su fuerza para no lanzarse a matar a aquel hombre con sus propias manos, allí mismo en medio de aquel concurrido local.

—Si te acercas a ella, emplearé toda mi influencia para hundirte? Stanwood. No habrá banco en Europa que te deje un solo chelín. Te exigirán el pago inmediato de tus deudas. No podrás encontrar trabajo en ninguna empresa seria. No puedes ocultarte de mí —dijo con tono categórico—. De modo que mejor me haces caso.

Y con eso, se dio media vuelta y salió de la sala con la risa cáustica de Stanwood resonando en sus oídos.

Capítulo 16

El corazón de Sophie no paraba de latir con fuerza desde el encuentro con Julian que casi acaba en desastre. Sólo con pensar en lo que habría hecho su hermano si hubiera visto el carruaje de William delante de la casa, se horrorizaba.

En el sofá de sus habitaciones, evaluaba su situación como imposible y completamente desesperada. ¿Hasta cuando podría continuar escabulléndose de la casa para reunirse con William en lugares oscuros con la esperanza perdida de que nadie les viera? ¿Tendría que evitar a su propio hermano durante el resto de su vida? Quería contarle la verdad, pero William decía que si acudía a él a estas alturas, se enfurecería por haberle desobedecido. Necesitaban dejar pasar un tiempo, le decía, para que Julian acabara por entender que él la adoraba de verdad y no le importaba su fortuna.

¡Pero ella no sería capaz de soportar la espera!

La puerta se abrió de golpe. Con un sobresalto Sophie se volvió con brusquedad; en cuanto vio el rostro de Julian supo lo que sucedía. ¡Estaba al corriente de todo! El corazón le cayó a los pies. Se sintió como si acabaran de estrellarla contra la pared, el aliento salió de golpe de sus pulmones. La sala parecía dar vueltas mientras un millón de ideas cruzaban con estruendo por su cabeza, y enseguida se centró en una: William. Quería apartarla de William, relegarla como habían relegado a Sarah Cafferty de Londres, negarle el único hombre que podía hacerla feliz.

Incapaz de hablar, incapaz de respirar, se agarró al brazo del sofá e intentó recuperar el aliento.

—Quiero hablar un momento contigo, Sophie. —Su voz llenó habitación y reverberó contra las paredes, los muebles, el techo. Ella mantuvo los ojos cerrados y un frío miedo le escoció en cada fibra de su cuerpo. Desesperada, volvió la espalda a la puerta y a su hermano intentando de un modo frenético volver a juntar las piezas de su compostura ahora desmoronada.

—¿A dónde has ido esta tarde?

El miedo le paralizó la lengua. Se levantó tambaleante, se acercó con torpeza a la cama y se agarró a las colgaduras.

—¡Contéstame! —inquirió, y Sophie se dio cuenta de que él estaba más cerca. Se agarró mejor a los cortinajes y buscó con desesperación una salida, una mentira plausible...

—Estabas con Stanwood. Pese a que te había prohibido verle, estabas con él, delante de mi casa.

Les había visto. El suelo pareció moverse bajo sus pies. Sophie dejó ir los cortinajes. Tambaleándose, aterrizó sobre el borde de la cama. De pronto Julian se elevaba sobre ella, la observaba con mirada iracunda, con aquellos ojos tan negros como el carbón.

—Me has desobedecido demasiadas veces, Sophie —musitó con furia—. Tú y yo nos marchamos ahora mismo a Kettering Hall.

Aquel simple anuncio verbalizaba su peor pesadilla.

—¡No, Julian! —gritó poseída—. ¡No lo entiendes! ¡William me quiere!

Algo se encendió en sus ojos, entonces la agarró con brusquedad por los hombros.

—¡Stanwood no te quiere, Sophie! ¡Sólo quiere tu maldita fortuna! —bramó.

Lágrimas ardientes le saltaron a los ojos, la cegaron, y ella empujó contra su pecho en un arranque desesperado.

—¡Sí, me ama! ¿Por qué no crees que un hombre como William puede amarme?

Julian se detuvo y aflojó el asimiento.

—Dios mío, Sophie —balbuceó con voz ronca—. ¿No tienes un poco más de amor propio?

¿Amor propio? Con un gemido de dolor, Sophie intentó escapar de él y se apartó de la cama dando un traspiés. Julian no tenía ni idea de lo que era su vida. Él era un hombre, guapo y un conde rico al que las mujeres seguían en rebaño. No tenía ni idea de lo que era ser la hermana pequeña de un conde así, la más vulgar y la menos atractiva de todas ellas, a la que enviaron a acabar sus estudios para ver si había al menos una esperanza de que le hicieran alguna oferta decente. Sabía que los hombres que traía tía Violet para que la cortejaran tenían el linaje apropiado, pero no eran solteros codiciados entre la aristocracia más distinguida. En cambio William... William la hacía sentirse deseable y viva. ¡La quería! ¡Y Julian le negaba ese amor por defender el linaje apropiado!

Tenía la mano de Julian en el hombro.

—Sophie, cariño, hay muchos otros jóvenes que...

—¡No! —lloró y se escabulló de su mano—. ¡No, Julian! ¡Quiero a William!

—Pues si es así —dijo con voz ronca—, yo no puedo sentarme como si tal cosa y permitir que ese canalla te destruya.

El miedo la asfixiaba de repente.

—¡No! —dijo entre sollozos, y se volvió para encararse a él—. ¡No me puedes enviar a ningún sitio! ¡Me moriré allí! Oh, Julian, te lo ruego, no me mandes... te juro que no volveré a verle, te lo juro sobre la tumba de Valerie —le suplicó histérica—. ¡No me mandes a Kettering Hall!

Julian vaciló tan sólo un momento antes de sacudir la cabeza.

—No me dejas otra opción, Sophie. No puedo confiar en ti y como soy responsable de tu salud y tu seguridad, haré lo que creo que es mi deber. No discutiremos más el tema. Prepárate para marcharte —dijo con tirantez y se volvió sobre sus talones para alcanzar la puerta a zancadas.

Sophie, aterrorizada, observó cómo se retiraba.

—Julian, por favor! —chilló.

Se paró en la puerta. Entre la cortina de lágrimas, Sophie vio que hundía los hombros y, durante un instante demencial, abrigó alguna esperanza.

—Nos vamos dentro de una hora —balbució él, y salió de la habitación sin prestar más atención a su hermana, que se desplomó en el suelo dominada por la desesperación, sollozando de manera incontrolada.

El láudano había ayudado a Claudia a dormir, y cuando se despertó se sintió mucho mejor, lo suficiente como para considerar la idea de bajar a cenar con Julian. Tal vez ella estaba demasiado sentimental, pero cuando la había rodeado con sus brazos aquella tarde, se sintió segura casi como si nada pudiera alcanzarla ahí: ni la muerte podía alcanzarla en sus brazos. Pero aquel atisbo de alivio, tanto físico como emocional, había acabado demasiado pronto. Demasiado pronto- Si bien, si no hubiera sido por la demostración de lágrimas y autocompasión que había dado ella, tal vez se hubiera quedado.

Claudia dejó de cepillarse el pelo y miró su reflejo en el espejo frunciendo el ceño. Sin duda le parecía una tonta, llorando y comportándose de ese modo. La verdad, apenas conocía a Ellie, pero lo había sentido como si fuera su propia hermana. Continuó cepillando a ritmo lento, jurando que no se deprimiría, cuando de pronto Sophieo irrumpió en su habitación con el rostro surcado de lágrimas. Claudia dio un respingo sorprendida.

—¡Oh, Claudia! —gimió Sophie, y se abalanzó por la habitación hasta aterrizar a los pies de su cuñada para enterrar el rostro en su regazo .

El corazón de Claudia se vio envuelto por una enredadera de miedo.

—Santo cielo, ¿qué ha sucedido?

—¡Por piedad, sálvame, es Julian! —gritó la chica contra su falda.

De pronto la enredadera le estaba exprimiendo la vida. Llena de pánico, obligó con brusquedad a Sophie a levantar la cabeza.

—¿Qué pasa con Julian? ¿Qué le ha sucedido?

Sophie sacudió débilmente la cabeza.

—A él no le ha pasado nada... ¡es un bestia!

Una fuerte oleada de alivio la inundó. Se dio cuenta de que tenía agarrada con fuerza la cabeza de Sophie por los lados.

—Cálmate, Sophie. Respira hondo y dime qué ha sucedido —dijo con tono firme al tiempo que bajaba las manos.

—¡Le odio, lo juro! ¡Es horrible... dice que... dice que tengo que irme a Kettering Hall! ¡Prefiere confinarme antes que verme feliz! —gritó Sophie histérica—. ¡Sabe lo de William y quiere confinarme.

De modo que había descubierto por fin los sentimientos de su hermana por un mero baronet. Le parecía demasiado severo por parte de Julian reaccionar de este modo, ¿cómo podía hacer llorar a Sophie de un modo tan desconsolado?

—Prometiste que me ayudarías si pudieras —continuó Sophie con voz irregular—. Eres la única a la que puedo recurrir ahora. ¡Por favor, habla con él, Claudia! ¡No me quiere escuchar! ¡Tienes que hablar con él! ¡No... no puedo irme a Kettering, me moriré allí, lo juro!

—¿Se opone por la posición social de Stanwood? ¿No hay nada más que eso?

Sophie asintió sorbiéndose la nariz ruidosamente, y Claudia sintió la vieja quemadura de la indignación. Estaba muy bien que un hombre se llevara a la cama a quien le diera la gana o al altar, pero en el momento en que a una mujer se le ocurría mirar más allá de su estrecho mundo, los cimientos de toda la aristocracia británica se tambaleaban. Stanwood era un baronet, por el amor de Dios, no un asesino o un salteador de caminos, y Julian le negaba a su hermana la posibilidad de casarse con el hombre que adoraba, ¡en nombre de sus malditas convenciones!

—Hablaré con él —tranquilizó a Sophie.

—¡Sabía que lo harías! ¡Tú puedes hacerle cambiar de opinión!

Ella no estaba tan segura de eso. Por muy furiosa que se sintiera por todo el tema, la ley inglesa concedía a Julian la palabra final. Si no conseguía convencerle para que Sophie siguiera los dictados de su corazón, a ella le quedarían pocas opciones disponibles con las que poder contraatacar, y mucho menos alguna que no la enredara en un profundo escándalo. Puesto que ella misma se había encontrado en una situación precaria, inmediatamente se compadeció de su cuñada. Así que apoyó con cuidado la mano en su mejilla húmeda.

—Voy a hablar con él, Sophie. Haré todo lo que pueda para convencerle de que no puede desestimar tus sentimientos en esto. Hablaré con él esta noche...

—¡Ahora! —chilló Sophie, a punto ya de derrumbarse a causa de su angustia.

Claudia la ayudó a levantarse.

—Muy bien, hablaré con él ahora.

Con un gran suspiro de alivio, Sophie echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Gracias, Claudia! Sé que le convencerás... ¡tienes que convencerle!

Dios bendito, esperaba conseguirlo. ¡No podía soportar pensar en lo que Sophie podría hacer si no lo lograba!

Encontró a Julian en el pequeño salón azul del tercer piso, estudiando con minuciosidad varios libros encuadernados en cuero que olían a moho y que le rodeaban. Tan enfrascado estaba en un tomo que no la oyó entrar. Ella se detuvo en el umbral y se quedó mirándolo. Sus gafas redondas, de montura metálica, colgaban precariamente de su nariz; un grueso mechón de pelo negro como la tinta le caía sobre la frente y colgaba sobre un ojo. La débil sombra de una barba incipiente cubría su barbilla... que sobresalía porque tenía los dientes apretados.

Claudia debió de moverse porque de repente él alzó la vista y, por un momento, breve, fugaz, su corazón relució en sus ojos. Pero enseguida volvió a bajar la vista al libro.

—Te encuentras mucho mejor, por lo que veo.

—Sí... muchas gracias —titubeó y de pronto se sintió incómoda, como si de hecho estuviera molestando. Dio varios pasos hacia delante y se agarró las manos por la espalda.

—Me permites... ¿podemos hablar un momento?

Julian volvió a alzar la vista, su negra mirada pasó con rapidez por ella.

—¿Sí?

—Es sobre Sophie —empezó, y Julian cerró de golpe el libro que sostenía sobre su regazo, lo que la cogió por sorpresa.

—Ahorra saliva, Claudia. No estoy de humor para hablar de esa tontita en este momento. —Con cara de pocos amigos, arrojó el volumen encuadernado en cuero a la pila de libros.

—De acuerdo —dijo ella con cautela y se acercó al hogar, donde fingió mirar un jarrón de porcelana.

—¿De acuerdo? ¿Eso es todo? Sin duda querías decir alguna otra cosa —soltó con irritación.

Claudia le miró de soslayo: había doblado los brazos con tensión sobre su pecho. Nunca le había visto tan furioso, o sea que se tragó un nudo repentino de nervios.

—Sí, hay algo más.

Él refunfuñó con desdén.

—Claro que sí. Bien ¿entonces? Hablemos de esto de una vez por todas. Defiende el caso de Sophie. Vamos, Claudia, ¿querías decirme que soy un bellaco desalmado, que ella tiene derecho a hacer todo lo que le plazca?

Vaya, también podía ser irascible y sarcástico, pensó con inquietud. Si había algo consecuente en su marido era que siempre se mostraba agradable... pícaro pero agradable de todos modos, con un encanto particular. Respiró hondo.

—Sólo quería preguntar...

—¿Sí? —ladró con impaciencia.

—...si alguna vez has tenido el placer de estar enamorado.

Aquello sin duda le dejó asombrado. Dios sabía que Claudia no tenía ni idea de dónde había salido aquella pregunta, no entendía cómo habían llegado esas palabras hasta su boca. Una tensión palpable llenó de repente la habitación y ella se encogió por dentro con el peso de aquella tensión. Sin dejar de mirarla, Julian se quitó las gafas

las dobló con cuidado y se las metió en el bolsillo de la levita. Lo único que contradecía su calma era el movimiento irregular de un músculo en su mandíbula.

—He sido lo suficientemente necio como para amar —admitió con tono calmado— pero me costaría calificarlo de placer.

Aunque pareciera una locura, de pronto Claudia quiso saber con desnudo a quién había amado. Le vinieron a la cabeza una docena de nombres o más: debutantes, damas casadas, viudas, unos cuantos nombres que, en un momento u otro, habían estado vinculados a él. Pero se mordió la lengua, contuvo el millar de preguntas y se aclaró la garganta mientras pasaba las palmas de sus manos por el tejido del vestido.

—Por lo tanto... ¿no pensaste en algún momento que podrías morirte sin ella? ¿No puedes entender, tal vez un poco, cómo se siente Sophie?

Los rasgos duros de Julian reflejaron una sentida emoción. A Claudia se le cortó la respiración en la garganta; podría jurar que era dolor lo que le empañó los ojos. Con cierto esfuerzo, él se puso entonces en pie. Aquella mirada en sus ojos, la expresión de desprecio... Santo cielo, cómo la despreciaba en aquel momento.

La alarma le aceleró el pulso cuando él se acercó pausadamente hasta ella.

—¿Y tú qué, Claudia? ¿Alguna vez en tu vida has pensado que podrías morirte por la ausencia de un amante? —preguntó burlándose—. ¿Alguna vez has estado despierta por la noche obsesionada con su imagen o no has podido respirar porque su mera presencia te ha dejado sin aire en los pulmones? —Se detuvo delante de ella. Un calor la invadió, y sin querer retrocedió un paso—. ¿Y bien, Claudia? ¿Entiendes tú cómo se siente Sophie?

Claudia no podía pensar con claridad mientras miraba sus centelleantes ojos de obsidiana.

—Entiendo... sí, entiendo que Sophie está enamorada y que confinarla ahora es algo inconcebible...

—Permíteme que te explique qué es lo inconcebible —interrumpió con la voz cargada de una amargura extrema—. Es inconcebible pensar que va a encontrar algún tipo de salvación en el amor —soltó mordaz—. ¡Es inconcebible pensar que mejorará su vida casándose por amor! ¡Y, señora, es absurdo creer que ese sentimiento sea mutuo o que eleve su situación a un plano más noble o que cambie una sola losa en este maldito mundo! ¡Créeme, cuanto antes entienda esa bobalicona que su supuesto amor es una ilusión no correspondida, deseada, mejor para ella!

Su voz estaba cargada de tal desesperación furiosa que Claudia se quedó sin respiración. Él había amado y había perdido, pero antes de poder asimilar esa idea, pareció que Julian le leyó el pensamiento, con una sonrisita se dio media vuelta, paseándose como si tal cosa hasta el aparador donde levantó un jarro de cristal.

—Imagino que tú también crees en los cuentos de hadas —dijo, arrastrando las palabras con una voz hueca que le resultó extraña.

—No crees lo que dices, Julian. No crees de veras que a Sophie vaya a irle mejor sin haber amado en su vida.

El soltó una siniestra risita mientras se servía un jerez.

—Ah, pues así es, Claudia. El engaño del amor reside en que son dos quienes lo experimentan, cuando, en realidad, son pocos los casos en que tan siquiera uno de los dos está predispuesto de tal modo. Y, me atrevo a decir que, si uno siente... amor... con tal fuerza, bien podría acabar asfixiando a ambos con ese sentimiento. —Hizo una pausa, miró hacia la ventana durante un momento—. O bien sufrir por la falta de él —añadió con brusquedad y vació deprisa el jerez.

La profundidad de la emoción con la que se acababa de expresar la dejó asombrada. Sintió la necesidad imperiosa de rodearle con los brazos y abrazarle contra su corazón. Era imposible creer —inimaginable, en realidad— que Julian hubiera experimentado un desengaño amoroso. Sabía muy bien lo que era amar a alguien y que nunca te correspondieran, lo solo que te sentías, lo inaguantable que resultaba. Aunque costara creerlo, la expresión de Julian reflejaba exactamente eso.

—Stanwood no la quiere y nunca la querrá, Claudia —dijo sin dejar de mirar por la ventana.

—¿No es Sophie quien tiene que decidirlo? —preguntó con tacto.

—En absoluto —replicó él al tiempo que se volvía para mirarla— ¡Es un canalla, un hombre de moral despreciable, gustos cuestionables y temperamento violento! Es sabido que trata a las mujeres con crueldad, no tiene un solo chelín a su nombre y quiere su fortuna, nada más.

—Pero ¿cómo puedes saber eso con certeza? —intentó razonar ella.

—Conozco su reputación, Claudia...

—¡Reputación! —exclamó ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes las cosas horribles que han dicho de mí? ¡Mentiras y falsedades! No es posible que te formes una opinión desfavorable de un hombre basándote sólo en rumores!

Julian entrecerró los ojos de manera peligrosa.

—No se le ocurra darme un sermón, señora.

—Le quiere, Julian. Si la destierras...

—¡No voy a desterrarla!

—Entonces ¿cómo lo llamarías a eso de enviarla a Kettering Hall?

Se fue ofendido hacia ella.

—¡La estoy protegiendo! ¡Es mi responsabilidad hacerlo y te agradecería que no te entrometieras!

—Sólo intento tratar el tema de forma racional...

—No he abierto el tema a debate. No se trata de otro de tus debates sociales, Claudia, es mi deber como guardián y protector decidir qué es lo mejor para mi hermana. ¡Qué diablos, tengo la obligación moral! ¡Y no tiene nada que ver contigo, de modo que mejor que te vayas y encuentres otra obra de caridad que auspiciar!

Podría haberle dado un puñetazo en la tripa. Dedicó una mirada fulminante a su esposo.

—No valoras mi opinión en esto.

—¡Por Dios! ¡No es que no la valore, es que no podría importarme menos!

La compasión de Claudia pasó a convertirse en una indignación furiosa.

—Prometiste que tratarías este matrimonio con respeto...

—¡Prometí salvar tu reputación! No lo idealices —dijo con un ademán desdenoso de su muñeca.

¡Oh, Dios, no había peligro de eso! Sacudiendo enojada la cabeza, se marchó airosa hacia la puerta.

—Gracias, milord, por recibirme. Sé que he abusado de su tiempo —dijo—. Diré a Sophie que tenía razón: ¡eres un animal terco! Pero también le diré que no pierda la esperanza. ¡Encontraremos una manera!

—Espléndido —dijo arrastrando las palabras e hizo un gesto para que se marchara—. ¿Por qué no te vas a intrigar a otro lado? ¡Pero ella se va a Kettering Hall esta noche! Y con eso se sentó y cogió el libro que había estado estudiando para volver a abrirlo.

La estaba despidiendo, como había hecho su padre durante toda su vida. Al parecer insinuaba que ella le irritaba más que cualquier otra cosa. ¿Cómo diantres habría podido pensar que él se preocupaba lo más mínimo por ella? Se volvió con brusquedad y salió majestuosa por la puerta, que cerró de golpe tras ella. Decidió que Sophie seguiría los dictados de su corazón pese a la tiranía de su hermano.

Julian sintió el violento golpe de la puerta tan bien como lo oyó. Se quedó mirando las páginas que tenía delante incapaz de leerlas y, tras un breve momento, giró el libro para que las letras quedaran hacia arriba.

Sólo quería preguntarte si alguna vez has tenido el placer de enamorado.

Se le encogió el pecho lleno de malestar, cerró los ojos y apretó los dedos contra ellos. *¿No pensaste en algún momento que podrías morirte sin ella?*

Oh, sí, Claudia. Cada día.

Maldita. Claro que sabía exactamente cómo se sentía Sophie: uno de los muchos motivos por los que quería verla lejos de Londres y de Stanwood. No se merecía conocer el dolor que él sentía, se merecía algo mucho mejor que eso, que Stanwood; pero aquella niña idiota se tenía en tan poca consideración que veía en aquel truhán su mejor posibilidad de ser feliz.

¿Y cómo podía rebatirle aquello? No es que él pudiera argumentar un matrimonio basado en el respeto y la estima mutuos. Su única opción era defenderla de sí misma.

El viaje a Kettering fue más insoportable de lo que había imaginado empezando por la desagradable partida de St. James Square. Claudia ni siquiera había querido mirarle. Pálida, se había abrazado a Sophie le había susurrado algo al oído mientras su hermana sollozaba contra su hombro. Se abrazaron con tal fuerza que Julian consideró en serio la posibilidad de obligar a Claudia a venir con ellos sólo para que Sophie se subiera al carruaje ligero en que iban a viajar. Cuando se pusieron en marcha en el pequeño patio y salieron a St. James Square, Claudia llamó a Sophie y le dio ánimos diciendo que Eugenie y Ann nunca apoyarían aquella injusticia. Peor aún, el viejo Tinley estaba a su lado con los hombros hundidos y sacudiendo a su perverso patrón un puño con las manchas propias de la edad.

Las cosas fueron de mal en peor desde ese momento. Sophie sollozaba de forma incontrolada mientras el carruaje serpenteaba por las estrechas calles de Londres. Justo cuando Julian pensaba que ya no podría soltar ni

una sola lágrima más, los gemidos empezaron otra vez. Cuando llegaron a las afueras de Londres —y él estuvo bastante seguro de que ella no se arrojaría del carruaje— hizo parar al conductor para poder sentarse junto a él en el pescante, para gran sorpresa del hombre. Se encaramó a su lado, estremeciéndose y calándose cada vez mas el sombrero con cada gemido que les llegaba, hasta que el ala de su sombrero de piel de castor le cubría casi por completo las orejas y los ojos. Por suerte, disfrutaron de una luna llena que hizo más fácil el viaje pero Julian se imaginó que por cada pueblo por el que pasaban debían pensar que se había escapado una loca, de lo fuerte que sonaba la furia de Sophie.

Llegaron a la gigantesca casa georgiana que constituía la sede de los Kettering con la primera luz del amanecer. Sophie hacía rato que se había quedado dormida ente sollozos. Mientras Julian la levantaba en sus brazos, recordó las muchas noches que la había llevado a la cama así, después de que su hermana se hubiera metido en su lecho asustada por algún trueno o porque algo se había metido justo debajo de su cama.

Era extraordinario que aquella niña se hubiera convertido en la mujer que tenía en sus brazos.

Detestaba Kettering Hall.

Detestaba tanto su casa en el campo que se marchó antes de ascender el sol a lo alto del cielo, tras haber dormido muy poco y haber tomado el poco almuerzo que pudo tragar. Cogió un caballo de los establos en vez del carruaje para escapar cuanto antes de esa tumba de recuerdos y dejó a una Sophie desgraciada y llorosa en el vestíbulo, sujeta con firmeza por los gruesos brazos de la señorita Brillhart, ama de llaves de Kettering Hall. La señorita Brillhart, bendita mujer, entendía la situación con bastante claridad y había instado a Julian a que se marchara. Intentó sin resultados no oír el quejido lastimero de Sophie, incluso había intentado razonar con ella una última vez, pero no quería escucharle. Le llamaba animal y otras perlitas y, al final, se vio obligado a salir por la puerta sin mirar atrás. ¡Estaba haciendo lo correcto!

Tal vez, pero evitó el cementerio familiar bordeando la parte norte de la finca para no tener que ver lo que quedaba de otro momento en que se suponía que había hecho lo correcto. La intrincada lápida de la tumba de

Valerie —un ángel que se elevaba por encima de todas las demás señales— era el recordatorio constante y crudo de sus intentos de proteger a otra hermana. O más bien su condenada imposibilidad de salvarle la vida.

Un frío estremecimiento le recorrió el cuerpo. Espoleó con fuerza su montura e intentó sacarse de la memoria el suceso más desgraciado de su vida acelerando la marcha. De hecho, Valerie siempre había sido enfermiza, aunque parecía haber mejorado en los últimos dos años su vida. A la tierna edad de dieciocho años, uno mas o menos desde que Eugenie se casara, Julian se la había llevado a Londres a pasar la Temporada y la había escoltado a las mejores veladas y bailes. Le encantó la frenética actividad y, aunque pálida y demasiado delgada atrajo la atención de más de un joven petimetre.

Durante esa primavera fue cuando contrajo la fiebre que la mató.

Después de dos semanas, Valerie no había mejorado. Julian recordaba incluso ahora aquel miedo doloroso y persistente que había tomado su corazón. De forma instintiva, había mandado llamar a Louis y Eugenie y también había traído junto al lecho de su hermana a los mejores médicos, conminándoles a intentar cualquier remedio, incluso los experimentales. Nada parecía funcionar, la enfermedad de Valerie se alargaba y la debilitaba. Llevado ya por la desesperación, la trajo a Kettering y la puso en manos del médico de la familia, el de toda la vida, el que la había cuidado desde niña.

Julian recordaba sombríamente que se había sentido bastante convencido de que el doctor Dudley podría curarla también aquella vez. Había que decir a favor de aquel hombre tan amable, todo lo imaginable. No obstante, Julian casi había estrangulado al amable docto cuando por fin había dicho en voz alta lo que él ya sabía en lo más profundo de su alma.

Nada podía salvar a Valerie.

Sólo era cuestión de tiempo.

Pero él se negaba a aceptarlo, y se enfrentaba con violencia a cualquiera que se atreviera a consolarle. De modo que el doctor Dudley; algo reacio, había mandado llamar a un colega de Bath que estaba experimentando con unas prometedoras combinaciones medicinales. El doctor Moore vino al instante, examinó a la delirante Valerie y luego advirtió con gran claridad a

Julian que su nuevo elixir era altamente experimental, tal vez incluso mortal. Pero no había más opciones: ambos doctores admitían que sin él moriría con toda seguridad.

Julian ordenó que le administraran el elixir. Había hecho lo que era mejor para ella.

Pero la pobre muchacha tuvo una reacción fatal a la pócima y se encontraba ya demasiado débil para soportar los estragos de una fiebre prolongada. Julian no abandonó su lecho, ni siquiera cuando el agotamiento le llevó al borde del colapso, y aún así, a los pocos días Valerie se sumió en su eterno reposo mientras él la sostenía en sus brazos. La súplica, el persistente estupor y la furia contra Dios casi le habían destruido. Quería a su hermana con todo su corazón y no podía soportar pensar que había contribuido a su muerte, que había roto el juramento a su padre, su compromiso de cuidarla y protegerla.

Su caballo se metió en un bosquecillo de árboles, pero haciendo caso omiso de las ramas bajas que le arañaban brazos y piernas, Julian lo hizo avanzar.

También quería a Phillip, como a un hermano. Phillip, quien había sido su compañero constante desde que eran muchachos, inseparables también de adultos. Phillip, más bajo que los demás Libertinos, había sido siempre una especie de rufián, siempre había jugado con los límites de las convenciones y la aprobación de la sociedad. Durante mucho tiempo había pensado que su conducta era una especie de esfuerzo inconsciente por compensar su falta de altura. Pero después de la muerte de Valerie, empezó a contemplarla cada vez con mayor aprensión. Le parecía demasiado procaz, incluso para él. Nada parecía satisfacerle: ni las cantidades copiosas de whisky, ni el juego, ni lo mejor de las mujeres de madame Farantino, ni tan siquiera dos de ellas a la vez.

El caballo cruzó a gran velocidad la hilera de árboles y salió a un prado abierto; entonces se agachó sobre el cuello del corcel para instarlo a correr más deprisa.

También había intentado salvar a Phillip. Al principio le había ofrecido suficiente dinero para cubrir las enormes deudas a cambio de que no se emborrachara, al menos durante un tiempo. Cualquier cosa hubiera sido una

mejora. Pero Phillip se había burlado de su ofrecimiento, le había dado las gracias por su innecesaria compasión con bastante sarcasmo, y luego había jurado enardecido que si le volvía a cuestionar su carácter alguna otra vez, le pegaría un tiro con sumo gusto sin pensárselo dos veces.

Puesto que había herido en lo más profundo el orgullo de Phillip, Julian sólo podía mantener una vigilancia silenciosa, optando por acompañar a su amigo en las lujuriosas excursiones que tanta repulsa le provocaban, convencido de que si estaba a su lado al menos podría evitar que le hicieran daño.

Hasta que apareció Claudia.

Julian redujo la marcha del corcel y aflojó las riendas. Se enderezó y se frotó el cogote para borrar aquella conocida desesperación

Claudia Whitney había entrado en la sala de baile y lo había puesto todo patas arriba. Por supuesto, sabía que Phillip tenía puesta SU mirada en ella, por borrosa que estuviera. De hecho aquello le pareció divertido hasta aquella noche, hasta que la volvió a ver por primera vez desde el funeral de Valerie. Nada volvió a ser lo mismo. Oh, continuó acompañando a Phillip por su camino disipado y, en las raras ocasiones en que éste estaba sereno, incluso intentó convencerle que cambiara de conducta, aunque no con toda la firmeza que debería. No, no, no, en absoluto con firmeza; él y el Señor que está en cielos sabían muy bien por qué no. Porque estaba perdidamente enamorado de aquel diablillo.

Quería a Phillip, le quería de verdad como si fuera su propio hermano... pero Claudia tenía razón. Lo había matado, al menos había contribuido a su muerte.

Has marcado unas pautas bastante peligrosas, viejo amigo. Una fuerte carcajada salió de la garganta de Julian y reverberó contra el encapotado cielo gris.

¿No pensaste en algún momento que podrías morirte sin ella? Durante dos años, la había adorado desde la distancia y cada vez que veía pensaba que podría morirse. Luego la había visto en Château la Claire y algo se había desatado en lo más profundo de él, se había levantado como Lázaro de las cenizas de su alma. Estaba claro, pensó desesperanzado, que durante

mucho tiempo había pensado que podría morir sin ella. ¿Y qué había hecho? Arruinar su reputación.

Ah, sí, Julian, que conozcas en la muerte de Phillip la virtud de amor...

La conocía. La conocía como una flecha que perforaba su corazón y se retorció allí, arriba y abajo, dando vueltas, torturándole hasta que muriera.

Aquella flecha no heriría a Sophie. Que Dios le ayudara, pero si había una cosa que tenía que hacer a la perfección, era ocuparse de su hermana. Aquella muchacha desgraciada le necesitaba, tanto si era consciente de ello como si no. Prefería condenarse en el infierno que fracasar en su intento de que nadie le hiciera ningún daño.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

A Claudia le estaba resultando imposible comer o dormir después de que Julian se hubiera llevado a Sophie. Mientras cenaba sola en el comedor al día siguiente, miró con el ceño fruncido el grueso pedazo de pastel que le había servido el lacayo Robert, al que había quitado todas las pasas para formar con ellas una cara ceñuda —con gafas— en el extremo del plato.

Dio vueltas a la idea de convocar a Ann y Eugenie para contarles lo que había hecho Julian, pero luego cambió de idea. Esas noticias, mejor que se las comunicara en persona su esposo, el Seductor. Pero, ¿confinar a Sophie? ¡Era tan primitivo! Sarah Cafferty había sido confinada en Cornualles en medio de un escándalo muy divulgado; era una práctica abominable y degradante para cualquier mujer. Y por mucho que lo intentara, no podía conciliar la imagen del hombre que con tal frialdad había obligado a Sophie a montar en el carruaje y la del hombre cuyos ojos habían dejado ver los estragos de una pérdida tan profunda que aún le dolía.

La discusión del día anterior le había descubierto una faceta de Julian que no conocía, y que se lo tragara el infierno si aquélla no era una faceta vulnerable. Claudia jamás hubiera creído que Julian Dane tuviera un hueso vulnerable en todo su cuerpo, no lo habría creído en su vida.

De pronto soltó el tenedor y hundió el rostro en sus manos, sumida en una confusión lamentable. Allí estaba ella, a punto de sentir compasión una vez más por un tirano. ¿En qué cambiaba las cosas que una de sus muchas conquistas le hubiera hecho daño? Estaba claro que aquello no le daba derecho a llevarse a Sophie como si fuera propiedad suya. Tampoco justificaba el hecho de que antepusiera los convencionalismos a la felicidad

de su hermana. ¡Qué arrogante por parte creer que algunas personas eran mejores que otras en virtud su nacimiento o género!

Claudia alzó la cabeza, apartó el plato a un lado y fijó la mirada en el candelabro que ocupaba el centro de la mesa. La noche anterior no había podido dormir intentando encontrar sentido a una situación que cada vez parecía más compleja. A medida que pasaban los días, más le costaba conciliar al hombre arrogante, superior y vanaglorioso, con ese ser lleno de bondad. Era imposible olvidar las noches en que él y Arthur Christian salían juntos, sin duda para acudir a Madame Farantino's. Y creer que aquel hombre era el mismo que le acariciaba la espalda con ternura cuando la menstruación le hacía sentirse mal o enviaba ramos de flores de invernadero a sus tés cuando otros maridos se burlaban de sus mujeres por el mero hecho de acudir o jugaba en el suelo con Jeannine y Dierdre.

No obstante era el mismo hombre que parecía no estar interesado por su causa más allá de la lista de hombres que había elaborado, a quienes intentaría convencer de que cumplieran con sus ofrecimientos. A veces sentía que se ocupaba de ella como si fuera una de las propiedades que gestionaba; no le ponía restricciones ni controles mientras no se desmandara en una dirección que él no esperaba.

Pero había evidencias de su lado más tierno, emotivo, que Claudia no podía negar, tal como se habían puesto de manifiesto durante la discusión del día anterior. Tampoco podía negar que la bondad y paciencia mostradas con las hijas de Eugenie le hacían anhelar, a menudo dolorosamente, que hubiera algo más entre ellos dos, una esperanza distante de que tal vez algún día tuvieran hijos. ¿Y qué decir de Tinley? ¿Cómo podía pasar por alto el hecho de que el temblequeante viejo apenas pudiera ya levantar un plumero, y aun así Julian pasara por alto su senectud para no herir el orgullo del mayordomo, permitiendo que se sintiera necesitado?

De acuerdo, pero por otro lado, ¿cómo podía hacer caso omiso del disgusto de Sophie y decidir qué debería sentir y por quién debería sentirlo? El desconsuelo de Sophie no significaba nada para él, y Claudia era incapaz de soportar aquello. *Como amigo tuyo me veo en la obligación moral de decirte que Phillip no es el hombre adecuado para ti.*

¡No! No quería revivir aquello, una vez más, pero Virgen santa, ¿cómo podía evitarlo? ¿Cómo podía pasar por alto la insensibilidad de Julian, en otro tiempo hacia ella y ahora hacia Sophie, tratándolas como si fueran objetos, como si fueran incapaces de pensar o sentir por sí mismas?

—¿Señora? ¿Le retiro el pastel?

Con una leve sonrisa, Claudia respondió cortésmente.

—Por favor, Robert. Y sírrame una copita de oporto, si me hace el favor.

Robert pestañeó y, durante una fracción de segundo, vaciló, pero se recuperó deprisa y regresó con el oporto unos momentos después. Claudia le dio las gracias y desplazó la mirada a las largas cortinas de terciopelo azul mientras daba sorbos al fuerte vino.

Confinada.

Cuantas más vueltas le daba, más se indignaba.

Los fantasmas y los sollozos de Sophie persiguieron a Julian durante todo el viaje de regreso a Londres, reverberaron en su cabeza hasta que se convenció de haberse quedado sordo.

Tenía que haber algo que pudiera hacer aparte de encerrarla en Kettering Hall, pero que le partiera un rayo si se le ocurría. Para cuando llegó a las afueras de Londres, estaba anestesiado física y mentalmente, le impulsaba nada más un deseo irremisible de ver la brillante sonrisa de Claudia, tal vez sentir incluso sus brazos en torno a él. Una esperanza demente, lo sabía, sobre todo después de su discusión, pero aun así, una parte de él confiaba con obstinación en que ella hubiera recapacitado un poco.

En St. James Square entregó las riendas de su montura a un joven mozo y se dirigió cansado hasta el vestíbulo. Mientras le entregaba los guantes de cuero a Tinley, preguntó:

—Que me preparen un baño de inmediato, e informa a lady Kettering que ya he regresado, me gustaría mucho que cenara conmigo.

—Lo haría encantado, milord, pero ella ya está cenando. —Tinley le informó con aire despreocupado y se alejó renqueante. Un lacayo se

adelantó para cogerle la capa.

Julian miró de soslayo al criado.

—Ocúpate de que al menos se acuerde del baño, ¿quieres? —indicó lacónico y se fue andando por el vestíbulo en dirección al comedor, intentando con fuerza sofocar la excitación adolescente que la mera mención de su nombre despertaba en él.

Era desconcertante, qué carajo, que la echara tanto de menos después de veinticuatro horas; se sentía tonto, débil y bastante incómodo dentro de su propia piel. Ni siquiera de muchacho había estado tan embobado con alguien. Le exasperaba que su cuerpo pareciera pensar que ella era la única cura para aquella desazón tan infernal en su corazón. No obstante, cuando dobló la esquina y se acercó al comedor, tuvo que obligarse a caminar despacio y no salir corriendo a su encuentro.

El lacayo que se encargaba del comedor le abrió la puerta. Mientras cruzaba el umbral, una Claudia sorprendida se levantó de forma apresurada, con la servilleta de lino en la mano. Llevaba un vestido de satén que se ajustaba a su figura, del color de un cielo azul sin nubes ribeteado de blanco. Alrededor del delgado cuello llevaba un collar de perlas de tres vueltas que hacía juego con las lágrimas que colgaban de sus orejas. Llevaba el pelo recogido en lo alto de su cabeza de manera informal; pequeños mechones de rizos cubrían su cuello.

Julian, deslumbrado, se detuvo y se quedó mirando un largo rizo que formaba una espiral sobre el hombro. Le maravilló pensar que su imaginación nunca parecía captar toda su belleza.

—Estás... preciosa —comentó, muy consciente de que aquellas palabras en absoluto le hacían justicia.

Ella alzó una mano delicada y jugueteó con uno de los pendientes.

—Gracias. ¿Ya has regresado? Pensaba que te quedarías unos días en Kettering Hall —dijo con calma.

—Pensé que lo mejor era que me fuera de inmediato.

La mano de Claudia se quedó quieta. Le miró.

—¿Se te da muy bien hacer lo que tú consideras mejor, verdad que sí?

La desazón ardió en su estómago, se sintió un estúpido al instante. ¿Qué había pensado que pasaría? ¿Que Claudia se lanzaría a sus brazos abiertos,

tan ansiosa por verle como él? Y un cuerno. Aquella mujer le despreciaba, a ella no le importaba lo más mínimo que él hubiera pasado uno de los peores días de su vida. Sintió el dolor de la pura rabia retumbando en todo su cuerpo.

—Ya dejaste clara tu opinión. No veo motivos para volver a tocar el tema —dijo él con tirantez.

Ella ladeó la cabeza a un lado como si evaluara la bestia que tenía delante, luego dobló los brazos con gesto defensivo sobre su cintura.

—Sí, bien, has dejado bastante claro que mi opinión es tan insignificante para ti que ni siquiera tendrás la gentileza de escucharme.

¡Por todos los santos, esto no, ahora no! Sólo quería mirarla, abrazarla. ¡No quería discutir! Ni tan siquiera hablar.

—Tu opinión —dijo arrastrando las palabras mientras se acercaba despacio pero con decisión a la mesa— es intrascendente. He tomado una decisión, y aquí acaba el asunto.

—No —dijo sencillamente.

—¿No? —repitió él con incredulidad.

—No permitiré que rehúses escucharme, Julian...

—Ni yo permitiré que me obligues a discutir más esto...

—¡No me iré de esta habitación hasta que haya dicho lo que tengo que decir, tanto si quieres como si no! ¡Es cruel por tu parte que trates a Sophie de un modo tan detestable! Quiere a sir William. No obstante, por lo visto prefieres verla desgraciada ante que permitir que haga lo que le dicta el corazón.

Que Dios le concediera paciencia.

—Claudia —empezó—, Stanwood es...

—¡Un baronet! —exclamó ella exaltada—. ¡Pero eso no es suficiente para ti, no con tus ideas ridículas de quién es correcto para quién! ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo con la vida de la gente? Es exactamente lo mismo que me hiciste a mí, ¿no lo ves?

¿Qué le había hecho a ella? La confusión embozó la mente de Julian durante un momento. Sabía muy bien qué le había hecho, había arruinado su reputación, por el amor de Dios, pero no entendía cómo diantres relacionaba eso con Sophie.

—¿Perdón? —preguntó como un estúpido.

Claudia profirió un sonido de exasperación.

—También intentaste apartarme a mí. Nunca te parecí lo bastante buena para Phillip, y por eso trataste por todos los medios de mantenerle alejado de mí. Al ver que eso no funcionaba, te encargaste de convencerme de que no era lo bastante buena para él, con la esperanza de que tal vez me esfumara. Como si... —se le atragantó un gemido ahogado y se rodeó con los brazos— ¡como si le dieras alguna importancia! ¡Pero era tu amigo y por lo visto preferías que cortejara a madame Farantino que a mí! Nunca me consideraste suficiente para él, no consideras a Stanwood suficiente para Sophie y no te importa quién salga malparado. ¡Pero Sophie quiere a Stanwood, igual que yo quería a Phillip!

Sus palabras penetraron limpiamente su corazón como un cuchillo, de pronto le costaba seguir respirando. Era imposible... imposible que hubiera malinterpretado de tal manera su advertencia. Abrió la boca, pero estaba demasiado atónito como para pensar y mucho menos hablar. Ella había querido a Phillip...

—¡No! No y no... Seamos del todo sinceros —continuó casi histérica y, tras ella, los dos lacayos intercambiaron miradas de inquietud—. ¡Nunca me consideraste suficiente para ti! Desde que era una niña dejaste eso muy claro, pero yo era sólo una niña, Julian, apenas tenía edad para saber lo que estaba haciendo. ¡De todos modos me hiciste saber que yo era inferior en cierto sentido, no estaba a la altura, y aún sigues haciéndolo! Te parece absolutamente correcto seguir tus propias conquistas, pero no tienes ni idea de lo doloroso que es —dijo con voz rota—, tan doloroso como enterarme por Sophie que rechazabas a Stanwood por su posición social. Por eso la alenté a seguir e dictado de su corazón a toda costa, y desafiar tus malditas convenciones...

La furia estalló con violencia dentro de él.

—¿Qué hiciste qué? —bramó, sin advertir que los lacayos se escabullían de la habitación.

El sonido de su voz obligó a interrumpir la diatriba de Claudia, que abrió mucho los ojos.

—Le... le dije que siguiera su corazón, y no una norma tonta sobre quién es bueno para quién —dijo con menos seguridad.

La iba a estrangular. Por la mañana, las autoridades encontrarían el cuerpo de su esposa con esas palabras ahogadas en sus labios. Se inclinó hacia delante, agarró el borde de la mesa con fuerza mientras intentaba contener la rabia. ¡Aquella muchacha ignorante no tenía ni idea de lo que había hecho, del peligro en que había puesto a Sophie!

—William Stanwood —dijo tratando de mantener la voz firme— no quiere a Sophie. Es un depravado. No quiere otra cosa que su maldita fortuna. Sus deudas son enormes, es un milagro que aún no haya acabado en la prisión. Su abogado ha investigado cada una de mis cuentas en un intento de verificar la cantidad exacta de la dote de Sophie y la renta anual que le dejó su padre. —Alzó la vista y la fulminó con la mirada—. Es más, querida esposa, entre los hombres de la aristocracia es de sobras sabido que Stanwood disfruta pegando a las fulanas con las que se acuesta, por lo visto halla alguna satisfacción degenerada en ello..

El rostro de Claudia perdió en un instante todo el color. Se adelantó con torpeza para agarrarse al respaldo de la silla del comedor.

—¿Q-qué? —dijo en un ronco susurro—. Sophie dijo que...

—¡Oh, por el amor de Dios, Claudia! ¡Sophie habría dicho cualquier cosa! Tiene una inseguridad terrible y está convencida de que está enamorada de ese perverso!

Julian vio de inmediato cómo se convencía de la verdad.

—Oh, no. Oh, no...

—¡Santo Dios, que tremendo error cometí al confiar en ti y en Sophie! —continuó enardecido—. ¡No tenía ni idea de que se escabulliría a mis espaldas, ni mucho menos que mi esposa estaba al corriente y lo aprobaba! ¡Si me hubieras dicho algo, te habría explicado todos los motivos desagradables por los que estaba alarmado! ¡Pero lo cierto es que no me parecía oportuno repetir cosas tan obscenas a las mujeres que tengo a mi cargo! —dijo gritando.

—Dios mío —susurró Claudia, surcando la habitación con su mirada—. ¡Oh, Dios mío! Cuanto lo siento, yo no sabía...

—Precisamente ese es el problema, ¿verdad, Claudia? —le reprochó con desdén—. Estás tan atrapada en tu demagogia que no puedes ver la verdad, ¡estás ciega a todo! ¡Los muros que has levantado impiden que hablemos de cualquier cosa que pueda importar! ¡Confieso que no sé qué hacer, no sé cómo derribarlos, y me atrevería a decir que estoy más que harto de intentarlo!

Claudia no dijo nada, sólo se mordió el labio y bajó la vista.

Era lo mismo de siempre, pensó Julian, ella se cerraba a él, las puertas se cerraban de golpe entre ellos y luego echaba el cerrojo. El malestar de pronto le estaba ahogando. Se giró en seco, quería que Claudia desapareciera de su vista.

—Déjame —dijo cortante y se fue ofendido hacia el aparador, dispuesto a beberse cada gota de licor que pudiera encontrar.

—Julian, yo...

—¡Fuera! —bramó, y oyó el frufrú de las faldas de satén y la respiración entrecortada mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—¡Claudia! —llamó de repente. Miró por encima del hombro, observó cómo ella inclinaba la cabeza y pedía fuerza antes de volverse a mirarle.

—Una cosa más. —*Dios, Kettering, no hagas esto.* Era un necio, un maldito necio, pensó mientras miraba lleno de ira su rostro acongojado, a punto de desnudar su corazón—. Me has juzgado mal desde el principio. Aquella noche que te fui a visitar antes de que Phillip muriera... —vio un destello de dolor en sus ojos—, no quería dar a entender que no eras suficientemente buena para Phillip. Mi intención era comunicarte que él no era suficientemente bueno para ti.

Claudia soltó un resuello de incredulidad y se llevó la mano a la garganta.

—Cuando empezaron a circular rumores de que Phillip tenía intención de pedir tu mano, no pude soportar la idea de que, precisamente tú, la estrella con luz propia de la maldita aristocracia, se fuera a casar de un modo inconsciente con un borracho que se enfrentaba a la bancarrota. No podía soportar verte desdichada y, con franqueza no podía soportar ver que otro hombre te tuviera. Si tu intención es crucificarme cada día de nuestra vida, al menos hazlo por las razones correctas. —Se detuvo e hizo acopio

de cada gramo de valor en él—. Yo... yo te quería. Te he querido desde el momento en que te vi en el Baile Wilmington y en cada momento transcurrido en estos dos últimos años. Nunca ha habido ninguna conquista, Claudia. Nunca ha habido nadie más que tú.

Ella se cubrió la mano que tenía en la garganta con la otra mientras Julian se preguntaba si le creía. Pensara lo que pensara Claudia, él dejó de hablar, consciente por completo de que ella le miraba como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez fuera cierto a fin de cuentas. Su pequeña confesión ahora parecía insípida, qué absurdo. Azorado, se volvió hacia el aparador.

—No hay nada más, no hay más revelaciones extraordinarias —dijo con sarcasmo—. No tienes que temer nada de mí. Ahora ya estoy bastante recuperado.

—Julian...

El suave susurro de su nombre sonó justo como él lo había oído en tantos sueños. Pero era demasiado tarde.

—¡Déjame! —dijo con rudeza y cerró los ojos. Después de lo que parecieron minutos, Julian oyó que la puerta se cerraba con suavidad. Cogió la botella de vino y se fue con paso inestable a la mesa. Se dejó caer pesadamente en una silla y allí se quedó durante varias horas intentando borrar su imagen, que se asomaba insistente en su imaginación.

Si Claudia hubiera tenido una botella de vino a su disposición, también hubiera intentado emborracharse. En aquellos momentos recorría de un lado a otro sus habitaciones, en un estado frenético, incapaz de creer —de aceptar— lo equivocada que había estado. ¿De verdad era tan necia? Se apretó las sienes con los puños en un intento de interrumpir el penetrante dolor de cabeza que se apoderó de ella en cuanto salió del comedor.

¿Cómo podía haber sido tan rematadamente estúpida? Le entró un enorme enfado: se aborrecía por haberle recomendado de forma tan imprudente a Sophie que desafiara a Julian sin estar bien informada de los hechos pese a que él había intentado ponerla al corriente. Había permitido que su indignación la arrastrara y sentía tanta vergüenza como pena. ¡Oh,

Señor, y aquella nota que había introducido a escondidas en el bolso de viaje de Sophie en la que la animaba a luchar por el amor! Claudia se atragantó con un sollozo, su impetuosidad la enfermaba en aquellos momentos.

Pero lo que de verdad le provocaba un gran dolor en su corazón era que al parecer había malinterpretado aquella visita hacía ya dos largos años.

Estaba tan convencida de conocer el carácter de Julian que había tergiversado sus palabras, había inventado su propia historia para adaptarla a lo que creía de él. Lo que él pretendía era ayudarla. Pero no, no podía entender eso entonces, ni podía escuchar al Seductor que le provocaba aquel anhelo tan incurable. Se había creído todo lo peor de él durante dos años más, había querido culparle de la muerte de Phillip. De esa manera resultaba más fácil, era más fácil creer que Julian había contribuido a la desaparición de Phillip en vez de creer lo peor de él.

Pero ella lo sabía.

Sabía que no podía negar que había sido consciente de la creciente debilidad de Phillip o de que había perdido el rumbo y su posición social. Sabía que detrás de las sonrisas que reservaba para ella, los regalos que le hacía, los susurros de amor inquebrantable, algo no iba bien. Y Claudia había insistido de manera obstinada en que era culpa de Julian.

Era fácil culpar a Julian de todo. De la reprimenda por su alocado beso de jovencita, del desaire en el baile con motivo de la boda de Eugenie siete años antes. ¿Qué diantres le había llevado a pensar que un hombre de su talla iba a enamorarse como un tonto de una muchacha de diecisiete años? Era la fantasía que había creado ella, por la que se había dejado llevar, permitiendo que afectara a todo lo que la rodeaba. Su enamoramiento de adolescente y el dolor posterior habían seguido influyendo en ella mucho tiempo después. ¡Cómo la mortificaba ahora saber que había sido tan veleidosa como para juzgarle por aquellos encuentros inocentes, intrascendentes! Precisamente ella se rebelaba contra eso cada día, contra la aceptación ciega de lo que tenían que ser las mujeres, de acuerdo con un pensamiento anticuado, estereotipado Y sin fundamento.

Dejó de dar vueltas por un momento y se apretó los ojos con la base de la mano. Claudia nunca se había sentido tan despreciable como en ese

momento... ¡y él la quería! Las pequeñas cosas que había hecho Julian en las últimas semanas, cosas que parecían insignificantes pero que decían muchísimo, ahora la obsesionaban. La manera en que le tocaba la muñeca, la sien, la cintura. La manera en que le tomaba posesivo la mano cuando asistían a los oficios religiosos del domingo. Su sonrisa constante, el modo en que complacía todos sus deseos. *Cuando sale el sol pienso en ti. Cuando se pone, pienso en ti. y parece que también en cada momento que transcurre en medio.*

Con un grito angustiado, Claudia cerró los ojos con fuerza y sintió las lágrimas calientes que se deslizaban desde el rabillo de sus ojos. Le había calificado de indiferente cuando en realidad había mostrado tolerancia ante una situación imposible, ante sus continuas recriminaciones, los intentos de salirse con la suya en este matrimonio. Julian le había dado libertad para hacer las cosas a su gusto, concediéndole todos sus deseos.

¿Por qué era todo tan rematadamente complicado?

Dejó caer sus manos, perdió la mirada en el espacio de la habitación. ¿Era cierto? ¿De verdad había sido tan ridícula? ¿Nunca le había sido él infiel? En realidad no era una esposa para Julian. Incluso en las ocasiones cada vez más esporádicas en que él acudía a su cama, ella no le había entregado el corazón, sólo su cuerpo, pero no su alma. Encogida, se sentó en una silla, enferma de arrepentimiento. Había hecho todo lo posible para apartar a Julian de ella, para dejarle en un rincón, ¿Cómo podía culparle de buscar satisfacción en otros lugares? ¡Lo más absurdo de todo era que él sí quería compartir la misma cama! Virgen Santa, cuánto deseaba compartir la cama con él... pero el orgullo, su orgullo estúpido e inútil, se había interpuesto.

Una risa amarga se atragantó en su garganta, la ironía de todo aquello era que había pensado que estaba siendo tan fuerte e independiente, que luchaba por una victoria para todas las mujeres, cuando en realidad lo único que había hecho era derribar un matrimonio que ya estaba tambaleante, al borde del colapso.

Y ahora, ¿cómo podría reparar para siempre la terrible fisura entre ellos dos?

No estaba segura de que pudiera repararse siquiera.

Durmió con un sueño irregular mientras las dudas sobre todo lo que había conocido hasta entonces crecían hasta adquirir proporciones monstruosas. Era casi mediodía cuando bajó a desayunar al comedor. Tinley le informó que Julian había salido muy temprano, poco después del amanecer.

¿Dijo a dónde iba? —preguntó.

Tinley se quedó pensando.

—Me parece que no, señora —contestó, y un mayordomo sacudió la cabeza con cautela detrás de Tinley para confirmar lo que el viejo acababa de decir.

Después de lo que le había hecho a él y a Sophie, sin duda quería alejarse todo lo posible de ella, hasta era probable que hubiera buscado refugio entre los Libertinos. Por eso mismo le sorprendió tanto ver llegar a Arthur Christian poco después de la hora del almuerzo.

Tinley le llevó hasta la galería orientada al sol donde se encontraba ella y, por la expresión en su rostro, Claudia distinguió que él esperaba ver allí a Julian.

Dejó su correspondencia a un lado y se levantó para saludarle.

—Arthur.

—Claudia, es espléndido encontrarte tan bien. Ah... ¿está Julian en casa?

Ella sacudió la cabeza.

—Me temo que se ha marchado —dijo con una sonrisa de disculpa—. Creo que tendremos que empezar a hacer unos dibujos para Tinley, para que pueda recordar con precisión quién de nosotros está en casa y quién no.

Arthur soltó una risita.

—Sí, bien, no quería molestarte. Dejaré una tarjeta...

—Mmm... ¿Arthur? —dijo ella de pronto— ¿Podría hacerte una pregunta?

—¡Por supuesto!

Claudia palideció, atribulada por lo que pensaba preguntar. No, no podía preguntarle eso a un hombre.

—¿Te preocupa algo?~

—Por favor, perdóname, no importa —contestó y volvió de inmediato a su asiento para ocuparse de las cartas.

Arthur la miró con curiosidad y cruzó la habitación.

—Vamos, no me voy a reír —le prometió y le dedicó una encantadora sonrisa.

Bien, entonces, o ahora o nunca, porque nunca volvería a encontrar el coraje. Tenía que preguntar, tenía que saber si había alguna esperanza de solucionar todo esto. Incapaz de mirar a Arthur a los ojos, revolvió sus papeles, tomó aliento y soltó:

—Cuando... cuando tú y Julian salís de noche, ¿a dónde vais?

Ya. Estaba dicho.

Arthur profirió un pequeño sonido de sorpresa. Claudia dejó de mover los papeles entre sus manos y cerró los ojos sin pensar, temerosa de lo que pudiera decir. Él se aclaró la garganta.

—Tenemos por costumbre visitar algún club. El White's, habitualmente. O el Tam O'Shanter, aunque ya no disfrutamos tanto allí desde que Phillip murió es decir, preferimos ir a White's.

Claudia, despacio, abrió los ojos y mantuvo la mirada fija al frente, Otro titubeo.

—¿Qué quieres preguntar?

—¿Vais a Madame Farantino's? —soltó con un estremecimientos. Arthur pareció atragantarse.

—Dios bendito, Claudia, no puede decirse que ése sea un sitio...

Ella le miró entonces.

—Por favor, Arthur —imploró—. Tengo... tengo que saberlo.

Aquello pareció desconcertarle. Se la quedó mirando un momento mientras se frotaba la mandíbula entre índice y pulgar.

—Julian no ha entrado en ese local hace más meses de los que yo pueda recordar —respondió tajante.

Claudia tuvo la impresión de que el suelo se hundía bajo sus pies...

—¿Hay algún... hay algún otro lugar? —preguntó con ansia. Arthur frunció el ceño.

—Claudia, escúchame. Julian Dane está enamorado de tal manera de su mujer que ni siquiera mira a las camareras. Sólo existes tú para él.

Nunca ha habido ninguna conquista, Claudia. Nunca ha habido nadie más que tú.

Sintió que su corazón se agitaba de un modo peculiar y se desplomó sobre la silla mientras miraba con la vista perdida su correspondencia. ¡Qué mal le había juzgado!

—Te ruego que me perdones pero... pensé que te gustaría oírlo —comentó él con frialdad.

—Oh, claro que sí —dijo en un murmullo—. No sabes cuánto.

—Sí. Entonces, bien, si eres tan amable de decirle a mi amigo que he pasado por aquí, te lo agradecería mucho —dijo y se apresuró a salir de la habitación.

Claudia no le oyó: el grito silencioso de su profundo arrepentimiento retumbaba con demasiada fuerza en sus oídos.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Sophie iba a escaparse; en cuanto se le ocurriera a dónde ir y cómo evadirse de la señorita Brillhart.

Se sentía desgraciada allí, sentada en el quicio de una ventana del salón principal de la planta baja, con la frente pegada al frío vidrio. Hacía un día deprimente, no dejaba de llover desde primera hora de la mañana, un clima que se amoldaba a la perfección a su estado de ánimo. Habían pasado tres días desde que Julian la dejó aquí abandonada, tres días sin noticias.

Echó un vistazo a la nota arrugada que Claudia había introducido en su bolso de viaje. La abrió y la leyó una vez más.

*¡No desesperes nunca! Sigue los dictados de tu corazón,
por difícil que parezca, y el amor prevalecerá.*

Siempre tuya, C.

¿Y cómo no iba a desesperarse? Con toda certeza, William estaría preguntándose qué le habría sucedido y ¡santo cielo, llevaba tres días sin verle! Le echaba muchísimo de menos. Si no regresaba pronto a Londres se olvidaría de ella. Tenía que regresar de algún modo a la ciudad antes de que eso sucediera.

¿Cómo? No podía huir ella sola a caballo; nunca se le había dado muy bien cabalgar y estaba segura de que habría que cambiar de montura durante el recorrido. ¿Cómo lo conseguiría? Estaba el carruaje ligero en el que habían venido. Julian lo había dejado aquí y el encargado de los establos había dicho que alguien vendría a buscarlo en un día o dos. Había considerado la idea de ocultarse allí, pero seguro que la descubrirían antes

de llegar a Londres y la llevarían directamente ante Julian, ¡Tenía que haber una manera!

Un movimiento captó su atención mientras estaba allí cavilando, en la distancia descubrió un jinete solitario que cabalgaba deprisa por la calzada flanqueada de robles. Cuando se fue aproximando, el corazón le dio un vuelco. ¡Era William! ¡Había venido a por ella! Sintió una frenética palpitación en su pecho mientras su ánimo se levantaba de inmediato. Se levantó de un brinco del asiento, salió corriendo salón y se fue por el pasillo hasta la entrada principal, donde alcanzó las enormes puertas de roble antes de que el lacayo pudiera hacerlo. Se apresuró con ansia hasta el círculo de mármol que marcaba la entrada a la mansión y observó la llegada del jinete.

Cuando éste se detuvo de forma abrupta, bajó de un salto de la montura y se fue hasta ella con rostro grave.

—¡William! —gritó Sophie.

Él la cogió por la cintura y la estrujó contra su pecho, pegando su boca a la suya en una bienvenida dolorosa. Sin tener en cuenta a los criados que se reunían en la puerta tras ellos, Sophie chilló llena de deleite cuando finalmente la soltó.

William la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me enviaste una nota? ¡He estado preocupadísimo! Tuve que enterarme por ese tonto de Tinley de lo que te había sucedido!

La sonrisa de Sophie se agrandó.

—Oh, William, lo habría hecho, ¡pero no podía! Julian... nos vio y estaba tan furioso. Me obligó a venir hasta aquí antes de que pudiera enviar ningún mensaje. —Le sonrió y entonces advirtió el corte en su labio, sobre el que pasó con cuidado el dedo—. ¿Qué ha sucedido?

Él le apartó la mano y le pasó la mirada por el hombro.

—¿Quién está aquí contigo?

—Nadie. La señorita Brillhart, el ama de llaves. Era nuestra institutriz...

—¿Dónde está? —interrumpió.

—No... no lo sé.

William la perforó con una mirada sombría mientras la agarraba por el hombro y la sacudía un poco.

—¡Sophie, piensa! Tengo que hablar contigo... llévame a algún lugar donde podamos estar a solas.

Los lacayos observaban a William con curiosidad. Dos doncellas estaban tras ellos, cuchicheando sin recato y una lanzó una mirada de desaprobación.

—Por aquí —balbució. Le cogió de la mano y corrieron hasta el otro lado de la casa para entrar por una puerta que llevaba a una pequeña sala a su vez dentro de la casa. Sophie se fue a buscar la puerta que comunicaba con el pasillo principal, pero William la agarró por detrás y la atrajo contra su pecho, dejándola casi sin aliento mientras le pasaba la boca por el cuello.

—Ya sabes lo que te ha hecho, ¿lo sabes, verdad? Ha anunciado al mundo entero que no consiente tu felicidad. Nos ha humillado, Sophie, ante toda Inglaterra —dijo entre dientes, y le mordió el lóbulo. Sophie soltó un suave chillido, pero William pareció no oírla.

—Sólo nos queda hacer una cosa, sólo nos queda una salida para que podamos seguir juntos —dijo contra su piel. A Sophie la excitó sentir su aliento; inclinó la cabeza contra su hombro y cerró los ojos, dejando más cuello al descubierto para él—. Sabes lo que tenemos que hacer, ¿verdad Sophie?

—Mmm... ¿qué?

De pronto William la obligó a volverse para que le mirara a la cara.

—Te he echado tanto de menos —le dijo y la cogió por las caderas para atraerla hacia él. Sophie soltó un jadeo de sorpresa y excitación. William le tomó la cabeza por detrás y le cubrió la boca para devorarla con ansia. Ella sintió que se derretía en un charco de deseo.

Sin previo aviso, William retiró su boca con brusquedad, dejándola aturdida.

—No puedo vivir sin ti, cielo mío, te juro que moriré. Sólo nos queda una salida —murmuró en una lluvia de besos sobre el rostro de Sophie—. Ya sabes lo que es. —Al ver que ella no respondía, torció los dedos, clavándolos en su hombro, haciéndole daño—. No me defraudes, Sophie, no después de haber cabalgado como un loco para buscarte. ¡Sabes lo que tenemos que hacer!

—Pero... no lo sé —susurró ella con voz ronca.

De pronto William la soltó.

—¡Piensa, Sophie! Kettering nunca dará su consentimiento... Pero tú sí.

¿Yo? —dijo con un gritito.

Pronto tendrás veintiún años...

Sophie sintió el corazón en la garganta.

—William, no puedo, no sin...

—Pensaba que me querías —replicó tajante y se dio la vuelta sacudiendo la cabeza—. Me has mentido.

—¡No! ¡No, William, te quiero! —dijo desesperada—. ¡No puedo desafiar a Julian de esta forma!

—Ya veo. Me desafiarás a mí y a él no. ¡No significo nada para ti!

—Por favor, no digas eso —dijo llorosa, sentía que la confusión frustración la debilitaba—. ¡Te quiero, William! ¡Pero no sé qué hacer!

Él se volvió en redondo.

—Ven a Gretna Green conmigo. Ahora. En este instante. ¡No necesitamos su permiso! Ya tienes edad, si firmas esto —dijo al tiempo que sacaba un papel doblado de su levita—. ¡No podrá hacernos nada. Si me quieres, Sophie, te casarás conmigo ahora. ¡Juró por Dios que acabará por aceptarlo mucho antes si ya está hecho!

Sophie, atónita, se quedó mirando los papeles que él sostenía. Era tentador y excitante pensar que podía casarse con William en ese mismo instante, sin más tardanza. Aun así, algo en su interior le advertía que hacerlo, que fugarse con él, sería desastroso. Julian la mataría.

—No... no sé —dijo con incertidumbre.

Con gran nerviosismo, William de pronto se arrodilló ante ella, agarrándole los costados de la falda mientras apretaba el rostro contra el vestido.

—¡Por favor, Sophie! ¡Te amo! No puedo vivir sin ti, ¿no lo entiendes? Haré una locura, ¡juro por Dios que lo haré si me veo obligado a vivir sin ti tan sólo un día más!

El corazón de Sophie dominó todos sus sentidos. Se le escaparon las lágrimas mientras inclinaba su cabeza.

—Oh, William —dijo entre sollozos—. Sí, sí, ¡lo haré!

—Deprisa, amor —la apremió él mientras se ponía en pie—. No hables con nadie. Sólo corre a coger unas pocas cosas. Pero date prisa. Si sospechan lo que estas haciendo, intentarán detenerte. Yo te esperaré afuera. ¡Deprisa!

Él le dio un empujón y ella entró en el pasillo donde casi se chocó con la señorita Brillhart. El ama de llaves estaba pálida como una sábana.

—¿Lady Sophie? ¿Quién es el señor que ha venido? —preguntó mirando con gesto ansioso hacia la puerta por donde Sophie acababa de entrar.

—Mmm... un viejo amigo. Por favor, discúlpeme, tengo un terrible dolor de cabeza —mintió y pasó de largo, incapaz de mirar a los ojos a la antigua institutriz.

—¡Lady Sophie! —llamó la señorita Brillhart desde detrás, pero Sophie ya corría por el pasillo. Una vez en sus habitaciones, cogió una pequeña bolsa y metió dos vestidos en ella, una camisola de algodón y o dos pares de calzas. Echó una mirada frenética por la habitación. ¿Qué cogía una cuando se fugaba? No había tiempo para esto. La señorita Brillhart apareció en el umbral de la puerta con el pecho agitado a causa del esfuerzo de subir dos tramos de escaleras.

—¡Milady, por favor! —dijo con aspereza—. ¿Qué está haciendo?

Loca de excitación, Sophie empujó a la señorita Brillhart a un lado y salió corriendo. En el vestíbulo se detuvo sólo lo suficiente para coger una capa y echársela a los hombros.

—¡Milady! —chilló la señorita Brillhart.

Con un sobresalto, Sophie se dio media vuelta con la maleta sujeta con las dos manos.

Flanqueada por dos lacayos, la señorita Brillhart tendió los brazos en dirección a Sophie.

—¡Milady, piense en lo que está haciendo! —suplicó dando un paso vacilante hacia la joven—. Piense en la vergüenza para el buen nombre de su hermano! ¡No puede hacer esto!

—¡Sí puedo hacerlo! —gritó Sophie, quien de pronto notó una extraña sensación de victoria—. ¡Seguiré lo que me dicta el corazón y no las convenciones de mi hermano!

El ama de llaves avanzó de forma repentina y, en un momento de terror, Sophie le arrojó el bolso de mano, se dio media vuelta y se lanzó a través de la puerta. William ya había montado y la esperaba. Tiró de ella para que montara detrás de él y lanzó el caballo al galope por la calzada. Sophie, agarrada con fuerza a él, lanzó una mirada sobre el hombro y vio a un puñado de criados perplejos y una señorita Brillhart muy pálida que les observaban huir.

En Londres, la desazón acuciaba a Julian, le estaba destruyendo muy poco a poco. Miraba con la vista desenfocada el documento que tenía delante incapaz de leerlo. Claudia le había desgarrado en dos, le había dividido cruelmente entre la traición y el anhelo. Una parte de él la odiaba por haberle juzgado con tan poco acierto y sin motivo. Otra Parte la despreciaba por haberle vuelto loco de deseo cada vez que la miraba. Pero ninguna parte de él podía olvidar lo que le había hecho a Sophie: era el golpe final a su corazón roto.

Había jurado a su padre moribundo que las protegería y después del desgraciado fracaso con Valerie, sería su perdición fracasar también con Sophie. Claudia le había traicionado del modo más atroz imaginable al meterse en un terreno en el que no tenía que entrar. Su intromisión le había obligado a tomar medidas drásticas, que no quería tomar, y por lo que él sabía, la reputación de Sophie estaba destrozada.

No era algo fácil de perdonar.

Este matrimonio, pensó con amargura, había llegado a un fin inevitable. La única cuestión era cómo.

Cuando Tinley hizo entrar en la biblioteca a un lacayo empapado procedente de Kettering Hall, Julian comprendió que había cabalgado como un poseso y de inmediato temió lo peor: ella había muerto igual que Valerie, igual que Phillip. De algún modo, se obligó a coger la nota que le tendió el lacayo. De algún modo, sacó con calma los lentes del bolsillo de la levita y se los puso con cuidado sobre el caballete de la nariz antes de desdoblar el papel. Cayó al suelo un pedazo arrugado de papel pero no hizo caso

mientras estudiaba la caligrafía pulcra de la señorita Brillhart. No oyó entrar a Claudia, no oyó nada aparte del torrente de sangre en su cabeza.

Para el caso, Sophie podría haber muerto.

Se inclinó a recoger el pedazo de papel que había caído y reconoció la letra de Claudia.

—Santo Dios, ¿qué es esto?

Julian levantó poco a poco la cabeza y se volvió a mirar el rostro angelical de ella. Aquella nota era lo que por fin iba a empujarle a la perdición de la locura, aquella nota iba a consumir su alma... le rompería el corazón. Era aún peor de lo que podía haber imaginado, muerte en vida de su dulce, dulce Sophie. Nunca, ni por un momento; hubiera creído que llegaría a hacer esto.

Estiró el brazo con las dos condenadas notas en su mano. Los ojos de Claudia, relucientes de miedo, se fijaron en los papeles, luego se volvieron a él. Al ver que él no hacía ningún movimiento, Claudia lentamente se adelantó y le cogió las notas. Julian, sin inmutarse, observó cómo ella las leía, observó cómo se apretaba la mano contra el abdomen mientras miraba el papel escrito de su puño y letra, mientras que con la otra —que aún agarraba la nota de la señorita Brillhart— se tapaba la boca para acallar su grito silencioso.

Julian se dio la vuelta y se acercó a la ventana para mirar St. James Square. Le había fallado a Sophie, de un modo miserable e irrevocable. Por ley, era probable que ahora ya le perteneciera a Stanwood y él no pudiera hacer nada. *Nada*. Nunca en su vida se había sentido tan impotente, tan espantosamente solo. Y mientras estaba allí de pie mirando pensativo por la ventana, la inquietud empezó poco a poco a interrumpir la vida en él. *Que todo acabe*.

Fueron los sollozos de Claudia se filtraron en su conciencia; se volvió para mirarla de pie en medio de la habitación, llorando en silencio contra su mano. Julian salió pausadamente de la biblioteca y se alejó del sonido de su culpabilidad.

Capítulo 19

Julian fue en busca de Sophie sin atender a los esfuerzos disuasorios de Victor y Louis por advertirle que era demasiado tarde. Regresó a Londres más de una semana después, llegó con la puesta de sol. La familia le estaba esperando, reunidos en el salón dorado como hacían cada noche desde que recibieron las noticias de la fuga de Sophie. Claudia apenas era consciente de su presencia; había estado demasiado consumida por la culpa, frenética de preocupación por Julian. Nunca había visto a un hombre tan angustiado o abatido como él cuando se marchó.

Cuando el lacayo abrió la puerta del salón para dar entrada a Julian, todo el mundo se puso de pie con gran ansiedad. Sólo Tinley parecía no darse cuenta y continuó haciendo algo en el aparador, que obviamente le fascinaba más que la llegada de su señor. Detrás de todos ellos, Claudia se levantó pausadamente de su asiento ante el escritorio.

Julian entró despacio en la estancia y se aflojó el pañuelo del cuello. Les recorrió a todos con la mirada, pero pasó por Claudia como si no existiera. Sus sobrinas, inconscientes de la tensión en la habitación, saltaron del sofá y correataron para saludarle.

—¡Jeannine, cariño mío, qué vestido más bonito! —exclamó él y se levantó para darle un beso en la mejilla.

—¡El mío también es nuevo! —se quejó Dierdre.

—¡Y qué elegante que estás! —le dijo como si acabara de venir a cenar. También levantó a Dierdre para darle un beso. Bajó a la niña y pasó la mano sobre la cabeza de sus sobrinas—. No la he encontrado —anunció categórico y miró a sus hermanas. A Claudia el corazón se le cayó a los

pies; sin habla, se hundió aún más en su asiento y miró por la ventana. Dios, cómo le remordía la conciencia.

—Julian —dijo Louis con calma—. Sophie está en Londres. Stanwood ha mandado un recado, ha pedido ser recibido mañana.

Un atisbo de esperanza cruzó los rasgos duros de Julian.

—¿Están en Londres? Se han...

—Sí —respondió de inmediato Louis, pues sabía a la perfección qué estaba a punto de preguntar su cuñado.

Por un momento, Julian pareció sentir náuseas, pero se apartó de prisa de ellos.

—Entonces, todo ha acabado. No podemos hacer nada.

—No, nada —murmuró Victor.

Julian se fue hasta el aparador con los hombros hundidos de fatiga como si llevara una enorme carga.

—Un whisky, Tinley —dijo con tirantez— y que esté cargado. —Miró a Louis por encima del hombro—. ¿Dijo dónde en Londres? —preguntó con voz cáustica.

—*Non, rien.*

—Por supuesto que no —murmuró enfadado—. ¡El muy hijo de perra sabe demasiado bien que iría a por él si al menos supiera dónde ir! —Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza mirando a Tinley quien no había hecho ningún movimiento para servirle su copa—. ¡Un whisky, hostias, Tinley! ¿Tu aturrullado cerebro no puede ni entender eso? —gritó.

Claudia soltó un suave resuello. Las niñas dejaron de moverse y miraron a su tío con horror.

—¡Julian! —susurró Eugenie con preocupación, pero Tinley sólo le miró un momento.

—Sí que puede, milord —contestó con indiferencia y estiró el brazo para coger el frasco.

—Mis disculpas, viejo amigo —balbuceó Julian y se alejó del aparador, atrapando sin querer la mirada de Claudia. Sus ojos negros se clavaron de repente en ella, el odio perforó un agujero a través de su cuerpo. Él apartó la mirada con brusquedad y se dejó caer con un ademán desgarrado en el sillón, estirando las piernas hacia delante. Tinley apareció a su lado y le

ofreció el whisky en una pequeña bandeja de plata. Julian cogió el pequeño vaso y se metió el contenido por la garganta. Otro —dijo con voz ronca y tendió el vaso al viejo mayordomo.

Mientras Tinley se alejaba, Julian hizo un gesto a los demás para que se sentaran.

—He mirado en todas partes, en cada aldea entre Kettering y Escocia, creo.

Oh, Julian —dijo Eugenie— no debes culparte por esto. Ha sido cosa de Sophie.

Dirigió una mirada de impaciencia a su hermana antes de desplazar la vista a Claudia.

—No me culpo —dijo de manera significativa.

Oh, no, la culpaba a ella, y se merecía su desdén.

—No teníamos ni idea de que fuera tan obstinada... ¡siempre ha sido tan tímida! —exclamó Ann con impotencia.

—No es obstinada, le falta seguridad. Cuando a una persona le falta seguridad, es fácil aprovecharse de ella —le corrigió Julian.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Louis.

Julian soltó un resoplido y se frotó la nuca.

—¿Qué diantres puedo hacer? Una vez que ha pronunciado los votos nupciales y ha firmado los documentos matrimoniales, Sophie le pertenece. Dudo bastante que ahora pueda obtenerse una anulación. —Hizo una pausa para obsequiar a Eugenie con un ceño al percibir su jadeo ofendido—. No se me ocurre ninguna otra vía.

—Divorcio —musitó Claudia y luego palideció, conmovida por haber dicho aquello en voz alta.

Eugenie cerró los ojos. Ann tomó aire de forma entrecortada y se volvió en redondo a su hermana.

—¡En absoluto! —exclamó con indignación—. Ya ha perdido el buen nombre con este escándalo, ¡y no podemos permitir que la reputación de todos nosotros se pierda con la de ella! ¡El divorcio es totalmente imposible!

—Sí, es imposible —repitió Eugenie frotándose las sienes con los dedos—. ¡Sería un escándalo para el nombre Kettering en toda Gran Bretaña!

Aparte, Sophie no tiene argumentos para solicitar un divorcio. Debe demostrar crueldad o demencia o algo así de ridículo.

Claudia, frustrada, miró a Julian. Él le devolvió una mirada iracunda mientras tomaba el segundo whisky que Tinley le trajo. Hizo un ademán al mayordomo para indicarle que podía apartarse.

—Puedes negarle la dote.

Julian asintió.

—No le concederé la dote. Pero como bien sabéis tanto tú Louis como tú Victor, el testamento de mi padre concede a mis hermanas una renta anual. La anualidad de Sophie empieza con su vigesimoprimer cumpleaños. En cuestión de días, Stanwood la tendrá. Y me resisto a oponerme, aunque pudiera. El muy miserable no tiene un penique; esa anualidad es el único medio con que cuenta para mantener a nuestra hermana.

Se hizo un silencio en la habitación, aparte de las dos niñas que no paraban en el sofá. Louis se levantó.

—Entonces no hay más que decir por hoy. Vamos, *chérie*, nos vamos ya —dijo e hizo un gesto a Eugenie—. Conoceremos a este canalla mañana.

Eugenie se levantó obediente y condujo a sus hijas por delante ella. Ann y Victor siguieron su ejemplo. Julian no hizo nada para detenerles. Eugenie se detuvo para poner la mano en el hombro de su hermano.

—Lo siento, Julian, pero tienes que saber que no podías haber hecho nada para evitar que esto sucediera.

Se encogió de hombros con indiferencia y dio un sorbo al whisky. El corazón de Claudia se conmovió por él; parecía tan cansado, tal enfermo... Casi podía sentir la agonía que emanaba de él. Ann se inclinó para besarle la mejilla con barba de varios días, y Victor murmuró algo que Claudia no pudo oír.

—Acompáñales, Tinley —dijo con cansancio, y se metió el resto del whisky mientras la puerta se cerraba tras ellos.

Estaban a solas.

Julian se negó a mirarla, y ella se sintió más despreciable que nunca en toda su vida. Tras un momento, él se puso en pie y cruzó la habitación para llenarse hasta arriba otro vaso de whisky. Regresó con calma a su asiento,

dio un largo trago al líquido y, con un profundo suspiro, apoyó la cabeza contra la silla y cerró los ojos.

A Claudia le pareció que pasaban horas mientras le observaba, sintiéndose invisible, antes de que finalmente se decidiera a hablar con voz quebrada por la tensión.

—¿Hasta dónde has ido?

Él abrió poco a poco los ojos y se quedó mirando el whisky del vaso.

—Hasta Lancaster.

—Siento que hayas tenido que ir tan lejos —murmuró pasando el dedo por la pequeña cruz de oro que le rodeaba el cuello. Julian le echó un vistazo entonces, con mirada fría y dura.

—Habría cabalgado hasta el fin del mundo con tal de detenerla —dijo con brusquedad y apartó otra vez la mirada, como si ella le diera asco. Estaba enfadado, eso era evidente. Pero había algo más, pensó mientras ella volvía a cerrar los ojos: estaba deshecho.

Podía verlo en las líneas de agotamiento que rodeaban sus ojos, la manera en que tenía el puño cerrado contra su muslo. Le había visto con aquel aspecto, mucho tiempo atrás, cuando murió Valerie. Pese a lo enfadado que estaba con ella, Claudia no pudo evitar sentir una angustia por él y levantarse e ir hacia donde estaba él sentado para arrodillarse a sus pies. Julian seguía con los ojos cerrados, pero se estremeció un poco cuando ella deslizó la mano sobre la suya para volvérsela hacia arriba. Cuando puso sus labios sobre la frente mientras ella apretaba la mejilla contra la palma de su mano. Una única lágrima se deslizó por el rabillo del ojo y surcó con suavidad su rostro; y Julian apartó la mano de su mejilla. Se volvió para beber de su vaso.

—Tu compasión es conmovedora, Claudia —dijo con voz ronca—. Pero llega un poco tarde.

¡No, no era demasiado tarde, no era posible que fuera demasiado tarde!

—Julian —susurró casi de forma imperceptible; no encontraba las palabras—, lo siento tanto. Siento tanto lo que ha sucedido. —Otra lágrima cayó por su mejilla. Sus palabras sonaban tan vacías, tan inconvenientes, de pronto se sentía tan frágil como si estuviera a punto de hacerse añicos.

—Si quieres ayudarme, Claudia, por favor déjame en paz —dijo con tono impasible y se levantó. Rozó con la rodilla el hombro de ella mientras se apartaba—. Tengo cosas mucho más importantes a las que hacer frente en este momento que tu repentino ataque de remordimientos.

Aquel comentario fue una puñalada en su corazón.

—Por favor, Julian, no me hagas esto. ¡Déjame ayudar! —insistió ella. Él respondió saliendo por la puerta sin volver la vista atrás.

La familia se reunió a la tarde siguiente bajo un paño de pesadumbre, no muy diferente al que había cubierto Kettering Hall cinco años antes con motivo de la muerte de Valerie. A Julian no se le escapaban las similitudes entre las dos lúgubres ocasiones, Dios, no. Ambas catástrofes le provocaban un profundo dolor, la misma presión abrasadora en la cabeza. Se frotó con ansiedad la nuca mientras se situaba debajo de un retrato de su padre y alzaba la vista para mirar los ojos oscuros que eran el reflejo de los suyos, preguntándose si el viejo sabría de alguna manera cómo había liado él las cosas.

Estaba contemplando el cuadro cuando oyó que Claudia se acercaba a su lado. Sabía que era ella por el sonido familiar de sus pisadas pero no quiso mirar, se ahorró la humillación de ver otra vez sus ojos llenos de lástima, como cuando se había arrodillado junto a él la noche anterior. Por suerte, no volvió a rogarle con dulzura que le permitiera ayudar. De hecho, Julian no tenía ni idea de lo que hacía; no se volvió y ella permaneció callada hasta que Louis y Eugenie se reunieron con ellos minutos después. Cuando finalmente se volvió hacia la habitación, Eugenie estaba con Claudia en el sofá, las dos con las cabezas oscuras inclinadas mientras se susurraban con fervor cosas que no alcanzaba a oír.

—Anoche acompañé a Boxworth al club White's —comentó Louis con calma y despertó a Julian de sus cavilaciones—. Por desgracia, este escándalo se propaga con gran rapidez entre vuestra sociedad, *mon ami*. Deberías distanciarte antes de que arruine tu buen nombre.

Julian volvió la cabeza para mirar a Louis. El franchute le mantuvo la mirada: hablaba en serio. No era de sorprender. Cualquier aristócrata que se

preciara y se encontrara en la situación de Julian repudiaría a Sophie y, con franqueza, ese pensamiento se le había pasado por la cabeza, desde luego. No porque la aristocracia esperara eso de él, aunque Dios sabía que era así: una mujer no desafiaba la autoridad y las convenciones de forma tan atroz sin arriesgarse a la absoluta censura. Pero a Julian no le importaba lo más mínimo lo que pensara la aristocracia. Sólo era que a veces, como ahora, preferiría que Sophie hubiera desaparecido, porque estaba convencido de que no soportaría volver a mirarla. Así de enfadado estaba con ella, con tal violencia.

—Tú no eres yo, Renault —le respondió con un encogimiento de hombros.

—Gracias a Dios por haberme concedido esta pequeña ventura —musitó el franchute y se alejó con parsimonia.

Julian, con el ceño fruncido, llevó su mirada otra vez al retrato de su padre. Sus miembros parecían de plomo, la mente giraba con furia y desesperación y, sí, con humillación. Hacía mucho años, décadas incluso... tal vez nunca... nadie le había vencido con tal contundencia. Sobre todo alguien de la calaña de Stanwood.

Cuando llegaron Victor y Ann pocos momentos después, Julian advirtió que Ann había estado llorando. Musitó una disculpa aludiendo a su estado. Julian menospreció sus lágrimas, y al mismo tiempo sintió que se hundía bajo el peso de ellas mientras Ann miraba con aire taciturno al suelo, con Victor tras ella posando una mano consoladora en su hombro.

Esperaron.

Julian, impaciente, miraba hacia la puerta, el marco de la ventana, el retrato de su padre, a cualquier sitio menos a Ann o a Eugenie. Diantres, casi era incapaz de mirarse a sí mismo a los ojos y mucho menos a sus hermanas. ¿Qué tipo de hombre pensaban ahora que era? Julian les detestaba a todos por mirarle como si esperaran que fuera a desmoronarse, a romperse en un millón de pedazos, a explotar de remordimiento y frustración, y por aquella abrumadora sensación de impotencia.

Pero no les detestaba tanto como a sí mismo por sentirse al borde de hacer aquello, ni más ni menos.

Cuando el reloj dio las tres, el corazón empezó a saltar en su pecho, luego se deslizó hasta su vientre. Cuando dieron los cuartos, se fue impaciente hasta la ventana para escudriñar St. James Square, medio esperando ver a Stanwood allí abajo, rodeado de las personas que estarían disfrutando de este escándalo, riéndose de él.

La suave presión inesperada de una mano en su brazo le hizo sobresaltarse de tal modo que casi se sale de su propia piel. Julian se volvió con una sacudida y dirigió una mirada feroz a Claudia, que retiró al instante la mano de su brazo.

—Tinley —murmuró ella.

Julian alzó la vista; el mayordomo estaba a tan sólo un metro, inclinándose encorvado como un viejo artista circense.

—Lady Sophie ha venido a casa, milord.

Que Dios le ayudara, iba a retorcerle el cuello a alguien. Con una rápida mirada a los demás, asintió con gesto cortante.

—Hazles entrar. —De pronto fue consciente otra vez de que Claudia estaba a su lado. Demasiado cerca de él, su presencia le agobiaba. Se fue con brusquedad hasta el centro de la habitación, separó las piernas y se agarró las manos con firmeza tras la espalda. Que Dios me conceda fuerza...

Stanwood entró primero, exagerando su manera de andar como si fuera un gallo de pelea mientras se adentraba airoso él solo en el salón. Con una amplia sonrisa, se inclinó con una floritura ante Ann y Eugenie.

—Ah, mis queridas hermanas —cacareó con deleite—. Qué buen aspecto tenéis.

Julian abrió la boca, pero pensara lo que pensara decir a aquel de perra se quedó en la punta de su lengua cuando Sophie entró con lentitud en la sala y con la cabeza baja. Entrecerró los ojos mirando a su hermana pequeña mientras el millón de cosas que iba a decir pugnaban por encontrar un lugar en su boca. Pero antes de que pudiera hablar, Sophie levantó la cabeza y le perforó con una mirada tan desamparada que al instante se sintió sumergido, como si flotara en algún lugar por debajo de la superficie. De pronto las voces se apagaron en sus oídos, su visión de todo lo que le rodeaba se emborronó. La barbilla de Sophie empezó a temblar sin dejar de

mirarle, y Julian vio la desesperación fluctuando en sus ojos marrones. Ni siquiera fue consciente de moverse, sólo supo que de pronto había cruzado mi habitación y le tendía los brazos.

A Sophie se le saltaron las lágrimas como el agua de una presa que acaba de reventar; se arrojó a sus brazos y enterró el rostro en la levita de Julian, sollozando de forma descontrolada. Julian la estrechó con fuerza contra él y acarició su espalda.

—Sss... —le susurró al oído—, no llores, pequeña. Todo saldrá bien;

—¡Oh, vamos! —se mofó Stanwood y cogió a Sophie de la mano; separándola del abrazo de Julian. Le rodeó los hombros con el brazo y la estrujó contra él—. Esto no es necesario, cariño. ¡Le has hecho pensar que lamentas lo que has hecho!

—No, por supuesto que no —balbució y se secó temblorosa las lágrimas de sus mejillas sonrosadas.

—Bien, entonces, Kettering —continuó Stanwood con una sonrisita—. Ya la ha oído... no puede seguir sin hacerle caso, ¿no cree? Estaría bien que me presentara a la familia.

—Ya les conoce —respondió Julian con voz grave, luchando contra la profunda necesidad de borrar la sonrisita de los labios de Stanwood.

—Por supuesto que sí. —Riéndose entre dientes, Stanwood se volvió a todos los demás con una mueca de puro desprecio en los labios—. Pero ellos a mí no, ¿no es cierto? Como la venerable *madame* Renault, por ejemplo y su renombrado esposo francés. Nunca me he movido en sus círculos, de modo que ¿cómo podrían conocerme? Pero me conocen ahora, ¿verdad, Genie? —preguntó en tono informal, conmocionando con claridad a Eugenie con aquel trato familiar—. Y Ann, por supuesto —dijo desplazando su expresión desdeñosa a ella—. Nos encontramos con anterioridad en una ocasión, pero es probable que no lo recuerde. Salía de la catedral de St. George y la saludé levantándome el sombrero, le deseé buenos días. Por desgracia no se dignó a contestar.

Ann miró con inquietud a Sophie.

—William —dijo Sophie—, por favor, permíteme que te presente como es debido...

—Por el amor de Dios, Sophie! —exclamó riéndose y la estrechó de tal forma contra él que casi pareció hacerle daño—. ¡Haces que suene como si yo fuera un intruso! Ah, pero ahora soy parte de la familia. —Lanzó una mirada a Claudia y ladeó la cabeza a un lado—. Sin duda lo entiende, lady Kettering. Sabe muy bien lo que es unirse a esta estimada familia bajo la nube de un pequeño escándalo...

—¡Ya es suficiente! —bramó Julian.

Stanwood se rió con alegría, soltó a Sophie y dio varios pasos hacia él con los brazos estirados.

—¡Julian! ¡Somos hermanos! ¿Qué, tiene sus reservas? ¡Por supuesto que ahora soy parte de la familia! —Sonrió, se alisó con gesto despreocupado el pañuelo del cuello y, sin mirar a su esposa, dijo—: Dile por qué hemos venido, querida.

Sophie, sacudiendo un poco la cabeza, miró con semblante impotente a Eugenie.

—¡Díselo! —repitió él con más contundencia y exageró su sonrisa burlona.

Detrás de él, Sophie empezó a retorcerse las manos. Miró otra vez a Eugenie y luego a las botas de Julian, al parecer incapaz de mirarle a los ojos.

—Nosotros, ah... estamos sin sitio para vivir. William y yo hemos pensado... hemos pensado... —Se detuvo para aclararse la garganta—. Hemos pensado que tal vez accederías a alquilarnos una casa cerca del parque...

Julian no había pensado que el chantaje llegaría tan pronto.

—¿Debo entender que, después de haber hecho perder el buen nombre a mi hermana, ahora va a extorsionarme? —interrumpió Julian al tiempo que lanzaba una mirada letal a Stanwood.

—¡No! —exclamó Sophie, pero su protesta fue silenciada por una mirada de Stanwood. El resentimiento empezó a percutir en el pecho de Julian como si fuera un tambor.

—Preferiría llamarlo un préstamo —dijo Stanwood, que se volvió hacia Julian—. No se muestre tan disgustado, Kettering. Lo necesitamos sólo durante una o dos quincenas, sólo hasta que Sophie cumpla veintiún años.

Luego dispondremos de fondos suficientes para aguantar muy bien. —Puso una sonrisa nauseabunda. Tras él, Sophie agachó la cabeza y cerró los ojos.

—Lámelo préstamo si quiere —dijo Julian con una calma—. Es extorsión de cualquier modo.

El rostro de Stanwood se ensombreció.

—Necesitamos una residencia, Kettering. ¿Le gustaría ver el lugar donde puedo permitirme meter a mi esposa? Es muy pequeño para lo que está acostumbrada, y me atrevería a decir que está demasiado al sur del Támesis. No obstante, está un poco limpio y creo que las ratas no son tan gordas como...

—¡Oh, Dios mío! —gritó Eugenie llena de horror.

—¡Hemos entendido lo que quiere decirnos, Stanwood! —interrumpió Victor furioso.

—Bien —pronunció despacio.

Ya era suficiente. Si Stanwood quería chantajearle, podía hacerlo sin dejar medio muertas de miedo a sus hermanas. Julian se acercó a él. El muy hijo de perra dio un paso hacia atrás como el cobarde que era, y Julian adoptó un aire despectivo cuando pasó junto a él para coger la manilla de la puerta—. Puede estar tranquilo, señor, me esforzare por encontrarles unos alojamientos adecuados... —Echó una mirada a Sophie, que aún no había levantado la vista—. Cerca del parque sir quiere. —Abrió la puerta y la sostuvo abierta—. Le agradezco que haya traído a Sophie a vernos. Estamos muy agradecidos de ver que está bien y a salvo.

Sophie dejó escapar un pequeño sonido.

—Eres... eres muy generoso —murmuró y se arriesgó a dirigirle una rápida mirada.

—No tiene nada que ver con la generosidad, cielo —dijo Julian arrastrando las palabras y perforó a Stanwood con una mirada tan dura que el hombre se encogió visiblemente—. ¿Alguna cosa más, sir William?

Por primera vez desde que habían entrado en el salón, Stanwood pareció desconcertado. Miró con aire inquieto un momento a todos los demás, pareció pensar por un instante y luego se apresuró a sacudir la cabeza.

—Por el momento, no —dijo con tirantez e hizo una indicación impaciente a Sophie, quien se apresuró en ir a su lado—. Estamos

temporalmente en el Savoy. Deséales buenos días, Sophie.

—Buenos días —balbuceó y miró con añoranza por encima del hombro a sus hermanas.

Entonces, vamos —dijo Stanwood y puso cara de pocos amigos a Julian al salir y la arrastro al salir.

—¡Vergonzoso! —bramó un frustrado Louis cuando Julian se volvió a mirarles—. ¿Quién es este... este hijo de perra?

—Por desgracia, es el marido de Sophie —dijo Julian cansinamente y se fue hacia el aparador en busca de algo para calmar su furia.

—¿La habéis visto? —gimió Ann—. Dios bendito, ¿habéis visto su aspecto?

—¡Nos robará! ¡No podemos permitirlo! —exclamó un Victor acalorado mirando a Louis para que confirmara aquello. Recibió un firme asentimiento de respuesta.

—Hay que permitirlo, Victor —dijo Julian. De pronto sintió una fatiga extrema—. Debemos pensar en Sophie. Si quiere vengarse conmigo, mi intención es permitirselo.

—¡No hablas en serio! —estalló Louis—. ¡No puedes rendirte al chantaje! ¿Qué? ¿Crees que se contentará con la vivienda? Te lo exigirá todo antes de que esté contento.

—¿Qué son unos pocos cientos de libras comparados con su felicidad? —replicó Julian con furor y frunció un ceño oscuro a Louis—. ¡El dinero no me importa lo más mínimo!

—¡Pero esto es chantaje, Julian! —insistió Victor—. Utilizará a Sophie para quedarse con tus fondos como rescate.

—¡Exacto! —continuó Julian a viva voz—. ¡Va a utilizar a Sophie! No tengo ninguna duda de que la usará de la forma más cruel en mi contra. Quiere dinero y el dinero no es nada para mí, ¡no cuando la veo como la he visto aquí! No puedo hacer nada a sabiendas de que puede acabar haciéndole daño. —Agarró una botella de oporto de entre las demás y la observó con aire amenazador—. No puedo —insistió más para sí que para el resto de la familia y se sirvió el licor en una copa.

—Tiene razón —dijo Ann frenética, y miró con ojos suplicantes a Victor—. ¡Tenemos que pensar en Sophie!

—Sí, así es —corroboró Eugenie y cruzó presurosa la habitación hasta donde se hallaba Louis. Se detuvo delante de él y le rodeó con la mano los brazos que él tenía cruzados con gesto implacable sobre el pecho—. ¡Louis, querido, no puedo soportar la idea de que tenga que residir en uno de esos barrios miserables! ¡Ya le has oído! ¡Ratas, Louis! —Victor y Louis intercambiaron miradas de pesimismo. Louis el rostro vuelto hacia el de Eugenie, los músculos de su mandíbula abultaron mientras contenía su protesta. Tras un momento, echó rápida mirada a Julian y suspiró.

—Esto es un error, *mon ami* —dijo con tono mucho más suave—. Debes aceptar que Sophie ha elegido fugarse... no le debes nada.

—¡Louis! —gritó Eugenie. Louis la rodeó de pronto con su brazos y le besó con brusquedad en lo alto de la cabeza.

—Tú también debes aceptarlo, *ma chérie* —dijo con amabilidad—. Ella se lo ha buscado.

Pero era una inocente. Julian dio un buen trago al oportuno. Y luego otro.

—Puedes pensar lo que quieras, Renault, pero ella es responsabilidad mía, y haré todo lo que esté en mis manos para que no sufra ningún daño. Por el momento, creo que una casa cerca del parque es el precio que nos piden por eso.

—Será un dineral al final —añadió Victor con obstinación, a lo cual Julian respondió encogiéndose de hombros con indiferencia antes de vaciar el resto de la copa.

Después de eso, quedó poco que deliberar, a excepción de las sugerencias de Eugenie y Ann sobre dónde debía encontrar Julian una casa para Sophie. Eugenie tenía la firme opinión de que debería estar todo lo cerca de St. James Square que fuera posible. Julian guardó silencio, no le gustaba demasiado cómo sonaba aquella idea tan terrible. Más bien, lo que ponía en duda era que fuera capaz de soportar ver a Sophie, ni tan sólo de forma ocasional. Ni tan sólo al otro lado de la plaza.

Mientras continuaba el debate, las entrañas se le revolvieron de angustia, cruzó con inquietud la distancia entre las ventanas y la chimenea una y otra vez, se movió sin objetivo, deteniéndose de vez en cuando para mirar el retrato de su padre.

Sintió un gran alivio cuando Louis se levantó por fin y ayudó a Eugenie a ponerse en pie, como señal del final de una aciaga reunión. Aturdido, observó cómo se despedía Claudia de todos y les acompañaba hasta la puerta del salón.

Seguía apoyado contra el marco de la ventana, sosteniendo la botella de oporto con una mano, cuando Claudia volvió por fin con él. Sus ojos grises azulados estaban llenos de tristeza; se llevó la botella a los labios y bebió un trago. No quería verla aquí, en este momento no, estaba demasiado extenuado como para soportar a una esposa traidora.

—Sin duda estarás fatigada después del encuentro con sir William. Tal vez te apetezca descansar un rato antes de la cena —dijo con indiferencia y dio otro trago al oporto.

—¿No quieres un poco de compañía?

Julian se sonrió sin prestar atención a la mirada dolida en los ojos de su mujer.

—No, Claudia. Y aunque quisiera, creo que preferiría estar con Tinley antes que contigo.

Era obvio que aquello la hirió en lo más profundo. Claudia miró con desasosiego la alfombra.

—Sé que estás dolido...

—Estoy más que harto de tus impresiones —soltó con agresividad y se enderezó de repente. Cruzó con rapidez hasta el aparador y dejó allí la botella de oporto, con tal fuerza que los frascos de cristal vibraron unos contra otros.

—Sí, por lo que parece —pronunció ella en voz baja—, no encuentro la manera de disculparme de forma conveniente...

—En eso sí que tiene razón, señora —replicó y, dándose media vuelta, se apoyó en el aparador con las dos manos mientras le clavaba una fría mirada de odio—. No hay nada que puedas hacer que resulte conveniente, ni ahora ni nunca. De modo que, por favor, hazme el simple favor de... marcharte.

—Julian, quiero ayudarte.

Él no sabía qué locura se había apoderado de aquella mujer, pero ella se negaba a rendirse, hasta el punto de provocarle casi un ataque de ira.

—Ya me has ayudado bastante, ¿no crees, Claudia? ¡No podría soportar nada más! De modo que, si eres tan amable... buenas tardes —soltó con brusquedad al tiempo que le indicaba con enfado la puerta.

Claudia hundió los hombros, por lo visto le faltaba el coraje. Con aspecto totalmente abatido, si no confundido, se volvió hacia la puerta.

Pero Julian aún no había acabado con ella.

—Antes de que te vayas...

Ella se volvió con gran rapidez, su encantador rostro radiante de esperanza, y Julian se dio cuenta de que no sentía nada. Lo que sentía por ella, lo que había sentido por ella durante dos largos años, se había esfumado. Destrozado, vapuleado, destruido por la indiferencia hacia él y su insensible desconsideración hacia Sophie. No quería su ayuda, no quería su esperanza, no quería nada de ella en absoluto. ¡Dios, cuánto la despreciaba ahora!

—Te agradecería mucho que me permitieras andar por mi propia casa sin que me impongas tu abnegación otra vez. Préstame atención, Claudia. No quiero tu ayuda. Más bien no quiero tener nada que ver contigo.

Claudia pestañeó y luego se limitó a asentir como si le hubiera informado de algo tan mundano como la hora en que se serviría el té. Luego se dio media vuelta y salió del salón con la cabeza bien alta y la columna recta como una vara.

Cómo había conseguido salir andando con esa calma, era algo que escapaba a su entendimiento, sobre todo si tenía en cuenta que sus piernas amenazaban con doblarse bajo ella en cualquier momento. De cualquier modo, ahora era consciente de encontrarse en su habitación y haber ordenado a Brenda que le preparara un baño. Le gustaría que el agua estuviera hirviendo y pudiera eliminar el remordimiento que la corroía. Y mientras se desvestía con calma, comprendió cuál era la razón que la volvía capaz de soportar aquel desdén.

Algo había sucedido que la había cambiado de modo inexplicable. Algo que había limado aquella indignación que ella había padecido durante tantos años, que la había despertado del profundo dolor que la caracterizaba.

Oh, sabía muy bien qué había sucedido: había visto la pena en él, tan clara como si fuera una banda que cubriera su pecho. Y en el momento en que la vio en su rostro devastado, entendió al instante con fuerza y claridad lo equivocada que estaba. Mientras se hundía en las aguas calientes, fragantes, del baño, rememoró la manera en que la había mirado en otro tiempo... aquella manera extraña y cálida que tenía él de hacerla estremecerse.

Sin embargo no le había hecho el menor caso, ella había esquivado todos los esfuerzos de Julian para que el matrimonio fuera soportable. Había intentado escapar de él en todo momento: en su cama, en su mesa, entre su familia; estaba demasiado asustada de lo que sentía por él, tenía demasiado miedo a resultar herida. Le había retratado como un seductor indiferente y despiadado, que pensaba en pocas cosas aparte del placer carnal. Se había convencido de que sus causas eran lo más importante del mundo, había fingido que lo demás era insignificante en comparación. Nada importaba y, por lo tanto, nada podía hacerle daño... ni siquiera su esposo.

Dios santo, cómo se había engañado. Lo que más había resaltado eso había sido el regreso de Sophie. Entre todo lo que había esperado ver cuando Sophie entrara por la puerta no estaba incluido el abrazo que le había dado Julian. Ni en mil años hubiera esperado que él abrazara a su hermana perdida con tal firmeza, que la acogiera en el círculo de protección y perdón de sus brazos. Había esperado recriminaciones, tal vez repudio, pero nunca consuelo, no después de la deshonra que ella le había ocasionado.

No era un sencillo acto de amabilidad, sino un gesto digno de reyes. ¿Y ahora? Sí, ¿y ahora qué, Claudia? Oh, Dios, ¿y ahora qué?

Acabó de bañarse lánguidamente sin dejar de reflexionar sobre aquella noción que al final había atravesado su dura cabeza, sin dejar de considerar qué debía hacer. Cuando llegó a la conclusión inevitable, se levantó, salió de la bañera y se vistió. La conclusión no es que fuera profunda, más bien era instintiva.

Tenía que luchar.

Si ella quería conseguir su amor, tendría que luchar para ganárselo. Necesitaba todo su valor ahora como no lo había necesitado nunca antes,

porque ésta iba a ser la batalla más difícil de toda su vida. Tenía que pelear, no sólo por ella misma sino por Julian. Por ellos.

Porque él la necesitaba más que nunca, tanto si lo reconocía como si no.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Julian, con gesto impaciente, intentaba darle al mechón de pelo que le caía sobre la frente y le hacía cosquillas, recordándole que estaba bien vivo, desde luego que sí, y que no vivía ningún sueño horrible. Lanzó una mirada al pequeño tiesto de violetas que tenía junto al codo y frunció el ceño. Aquellas puñeteras cosas estaban por todas partes, estaba cansado de mirarlas, qué diablos. Con esfuerzo, consiguió que sus brazos y piernas se movieran a la vez para levantarse del sillón de cuero en el que se había hundido y luego fue tambaleándose por la alfombra hasta el aparador.

Había varias botellas ahí, algunas de las cuales ya había probado antes. Entrecerrando los ojos, seleccionó una de color azul intenso y sonrió al ver que estaba llena.

—¿Qué tenemos aquí? —balbució y, echando la cabeza hacia atrás, dejó que un chorro de ginebra le quemara el fondo de la garganta y el gaznate—. Ah —murmuró y se secó la boca con el dorso de la mano—. Una ginebra buena de verdad.

—¿Julian?

Su voz retumbó como unos tambores en sus oídos e hizo que el corazón le diera vueltas con una sensación de confusión extraña, y al mismo tiempo familiar. Se volvió con torpeza y miró por encima del hombro.

Se le escapó la botella, que cayó con un estrépito sobre la cristalería del aparador.

Maldita. ¡Maldita fuera! La muy bruja, con ese vestido de reluciente satén lila, tenía el mismísimo aspecto de un ángel. Su belleza era extraordinaria y se enfadó al comprobar que una vez más, se había quedado pasmado por completo ante su espléndida perfección.

La odiaba, la odiaba por hacerle sentir tan débil y por esclavizarle de aquel modo.

—Vete —soltó con brusquedad, y se giró en redondo. Cogió la botella de ginebra y se dio la vuelta en dirección al sillón de cuero que había dejado vacío delante de la chimenea, todo lo lejos que podía de ella en aquellas circunstancias. Se dejó caer en el sillón y bebió directamente de la botella, con la mirada perdida en las violetas mientras se esforzaba por oír cualquier sonido que hiciera ella. No oyó nada. La intranquilidad le invadió con una oleada nauseabunda y, titubeante, se arriesgó a echarle otro vistazo.

Aún estaba de pie en la puerta con sus dedos largos y delgados en la manilla. Él frunció el ceño, ella cerró la puerta en silencio.

—No —dijo él y sacudió la cabeza con tal violencia que la náusea le quemó la garganta—. No te quiero aquí. Vete de una vez.

Pero ella se estaba acercando, al parecer se deslizaba por el aire. En un momento de completa locura, Julian se convenció de que era una aparición que avanzaba hacia él, una imagen de sus sueños. El ceño se transformó en un gesto de confusión, y se incorporó en el asiento, observó la vaporosa falda de seda flotar tras el cuerpo de ella al acercarse sonriente. Sonriente. Una dulce sonrisa de compasión que provocó un escalofrío por toda la espalda. La observó y deseó por el Señor que está en los cielos que hubiera acudido a él así antes.

Antes de que la hubiera dejado de querer.

—¡Dios! —bramó de repente y se hundió en la silla, apoyó la frente contra su mano, protegiéndose los ojos. ¿Quién era ella? ¿Quién era esta criatura que le atormentaba los sueños y los días y su corazón?—. ¿Qué quieres? ¿Qué diantres quieres de mí? —gritó a viva voz.

—Quererte —susurró la aparición con voz aterciopelada.

El corazón de Julian golpeó con fuerza contra sus costillas, su aroma le alcanzó, la lavanda llenó sus sentidos. No puso objeción cuando la botella de ginebra se escurrió poco a poco de sus dedos. Su corazón y sus pulmones se ahogaban con la proximidad, pero él no hizo el menor sonido. Sintió los dedos de Claudia moviéndose debajo de su barbilla y se apartó de una sacudida, la cogió por la muñeca con fuerza mientras abría los ojos. Su rostro estaba justo encima de él; podía ver el rubor en su prístina piel. Su

mirada gris azulada penetró la bruma que rodeaba su cerebro, consiguió acceder a sus profundidades para mirar en ellos, y deslizarse bajo la superficie a la deriva, perdido para siempre

Esto lo resumía todo, ¿verdad que sí? Llevaba tanto tiempo perdido en Claudia, que se perdía un poco más cada vez que estaba con ella. y ahora intentaba desesperadamente escapar como fuera de sus profundidades, pero esa mujer le tenía atrapado y tiraba cada vez más. La empujó de forma abrupta; Claudia retrocedió un paso graciosamente, escapó a su alcance y se arrodilló a sus pies con un suave frufrú de satén lila.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —preguntó con brusquedad.

No contestó sino que le cogió el pie, se lo puso en el regazo y le subió una mano por la pantorrilla. Pese al cuero de la bota, Julian pudo sentir el contacto y rehuyó su mano con furia. Pero ella no se retiró, le fue soltando la bota con cuidado, luego le levantó el talón y le sacó la bota del pie.

Oh, Dios, no tenía fuerza para oponerse. Unos hormigueos indefinidos ascendieron por su pierna directamente hasta su entrepierna mientras ella le quitaba la otra bota.

—¿Por qué haces esto? —inquirió con enfado. Claudia, apoyando sus manos en los muslos de Julian, se puso de rodillas y luego se movió hasta quedarse en el suelo justo delante de él, entre sus piernas, moviendo las manos sobre sus muslos. Le tenía clavado con una mirada clara y constante.

—Sé que me desprecias, Julian...

—No. No, no te desprecio. No siento nada por ti —interrumpió con decisión ante aquella enorme mentira.

—De acuerdo, entonces, no sientes nada. Pero yo sí. Te daría mi corazón en una bandeja si eso quisieras.

—Lo que quiero —escupió— es que me dejes en paz. ¡Déjame en paz de una vez!

Claudia sacudió la cabeza, un mechón de pelo oscuro se soltó de su peinado y flotó sobre su hombro.

—Eso es lo que no pienso hacer —murmuró con voz sedosa—. No voy a dejarte, no de este modo, no cuando sufres tanto.

Algo en él enloqueció de furia y desesperación, consumió su juicio y encendió todos sus deseos perversos, todo el hambre carnal que había en su

interior. Se arrojó hacia delante, apenas advirtió el grito de alarma de Claudia mientras él dejaba el sillón y la derribaba de espaldas delante de la chimenea. Se puso sobre ella y apoyó las muñecas a ambos lados de su cabeza. Claudia estaba echada debajo de él, su pecho ascendía y bajaba deprisa con el fervor de su respiración, la mirada fija en su esposo, calmada y a la vez apesadumbrada...

Julian cerró los ojos con fuerza.

—¿Me quieres ahora, Claudia? Después de todas estas semanas apartándome, ¿me quieres ahora? —dijo en voz baja.

—Sí.

La respuesta susurrada con suavidad disparó una oleada de ansia pura que se precipitó por él y destruyó todo lo que encontró a su paso. De súbito aplastó sus labios contra los de ella, se adentró profundamente con la lengua entre ellos, saboreó la dulzura de su aliento. En algún momento tuvo que soltarla porque sus delicadas manos le atraían hacia ella con una fuerza posesiva con la que no le había abrazado nunca. Le recorrían la espalda, los hombros, el cuello, le enredaban el pelo, sacándole la levita de hombros y brazos.

Ella le quería... ¿durante un instante? ¿Un día? ¿Un año? ¡Que cuernos le importaba eso en ese momento! Recorrió con su boca la barbilla hasta la prominencia que se elevaba sobre el escote del vestido y movió los labios sobre la carne exquisita. Ella le enredaba los dedos en el pelo, tras las orejas, seguía rastros seductores hasta sus hombros. Cuando Julian deslizó las manos hasta su espalda para desabrocharle el vestido, ella se arqueó hacia él, apretó su pecho contra él, quemándole con una mirada de auténtico ardor sensual.

—¿Me deseas, Claudia? —preguntó, empujando el vestido por sus hombros hasta bajarlo a la cintura.

—Sí —volvió a susurrar y jadeó suavemente cuando le cubrió el pecho con la boca, mordisqueándole el pezón con los dientes.

Ella dejó que sus manos se perdieran dentro de su camisa, por su pecho desnudo, donde sus dedos danzaron ligeros sobre los pezones de él, poniéndolos de punta y removiendo el deseo en sus entrañas. Él gimió, lamió el otro pecho mientras sus manos se peleaban con el satén de las

faldas y las tiraban hacia arriba; bordeó con los dedos el interior de los muslos donde la suave piel estaba húmeda y caliente. Pegó sus labios a la columna de su cuello mientras sus dedos seguían hasta el vértice de los tersos muslos.

La respuesta de Claudia fue un gemido grave, conteniendo la respiración en los pulmones, mientras él deslizaba un dedo por su interior, frotando con el pulgar la diminuta cúspide de su deseo. Claudia se aferró con frenesí a sus brazos, clavando las uñas en su piel bajo las amplias mangas de la camisa. Julian apenas se dio cuenta, estaba embrujado, embrujado por sus ojos, cautivado por esos pozos oscuros de anhelo bajo los caídos párpados.

—Me quieres así? —preguntó con voz ronca, y ella suspiró mordién dose el labio inferior. Entonces la presa se resquebrajó; semanas de anhelo, de contenerse, de negar sentimientos por ella, se desintegraron hasta quedarse en nada. Se movió con rapidez, le bajó las calzas que cubrían sus caderas para poder hundir el rostro entre sus piernas e inhalar el aroma almizcleño de la mujer. Deslizó la lengua entre los pliegues, rodeó una y otra vez la cúspide haciendo que se estremeciera debajo de él; luego continuó hasta la profundidad de ella y volvió a salir. El aroma y el tacto de Claudia llenaron su cuerpo a través de cada poro, lo ocuparon dando vueltas hasta hacer fondo en su entrepierna, floreciendo en su sexo, empujando para liberarse, para estar en ella.

El crescendo de los jadeos de Claudia se transformó en gritos de placer mientras Julian mantenía su deseo lamiéndola, mordisqueándola, succionándola hasta que notó el violento estremecimiento en lo más profundo de ella, sintió que los muslos se contraían en torno a su cabeza y la oyó chillar. La palpitación en él era entonces dolorosa pero continuó lamiéndola, besando con fervor la evidencia de la pasión entre sus muslos. Cuando por fin dejó de moverse debajo de él, Julian levantó la cabeza.

—¿Me quieres así? —profirió, con voz ronca de pasión.

Claudia se incorporó, le tomó el rostro entre las manos y le besó con fuerza, abrasándole con la boca, bebiendo los restos de su propia carne en sus labios. Julian forcejeó con sus pantalones, liberando al menos la dolorosa erección, y se colocó al lado de ella, tomó a Claudia con él, le

levantó la pierna sobre la cadera. Ella le besó; Julian se introdujo con facilidad en su calor, demasiado fácilmente: su cuerpo ansiaba la gratificación instantánea. Apretando los dientes, echó la cabeza hacia atrás, sin querer verter su semen en ella ya mismo; se aferró a un delgado hilo de control que aún quedaba en él. Se obligó a ir despacio, quiso saborear el momento, el momento en que por fin ella se había acercado a él y le había dicho que le quería. Lo recordaría todo para siempre, por lo tanto continuó deliberadamente despacio, prolongando su propia agonía.

El aliento de Claudia y su lengua revolotearon por su cuello, dentro de su oreja, a lo largo de la hendidura del lóbulo.

—¿Es esto lo que querías? —le preguntó otra vez, quería oírla decirlo. Y penetró en ella. Claudia cerró los ojos y se perdió en la agonía de la pasión.

—¿Es por esto por lo que has venido? —preguntó, embistiendo con fuerza.

—Oh, Julian —exhaló sobre su hombro—. ¡He venido porque te quiero! —murmuro, y le besó la mejilla con ternura.

Aquella simple declaración destrozó su corazón en millones de fragmentos. Cómo había anhelado oírla decir eso, cómo lo habías soñado, lo había deseado un millón de veces o más. La empujó de espaldas, le levantó la pierna y la penetró con más fuerza, su sangre rugía con deseo y con la confusión por el hecho de que aquellas palabras llegaran entonces, cuando se encontraba más débil que nunca, cuando ella le había hecho tanto daño. Prolongó las embestidas, transmitiéndole la perplejidad, la pasión y la esperanza que él había llevado dentro todos estos años. Ella se movió debajo de él, jadeando, ceñida a él y cuando empezó a chillar, la pasión de Julian explotó con furor dentro de ella.

Se dejó caer encima, su mente llena de incredulidad. Sintió que salía con suavidad de ella, su erección se desinfló con su pasión confundida. Con absoluta frustración la empujó a un lado, luego se tumbó boca arriba.

Claudia se incorporó apoyándose en un brazo sobre el suelo.

—Julian! ¿Qué pasa?

Él miró al fuego y se incorporó poco a poco.

—Tal vez me quieras ahora, Claudia, pero es demasiado tarde. Demasiado tarde, sí. —El sonido de la consternación en ella sirvió únicamente para irritarle aún más; se puso en pie tambaleante y se abrochó los pantalones con torpeza.

—¿Cómo... cómo puedes decir eso? —preguntó mientras Julian se inclinaba para recoger su ropa—. No me crees. ¡No me crees que te quiero!

Aquellas palabras le quemaron. ¿Por qué ahora? ¿Y qué hacía con aquellas palabras en esos momentos? ¿Acaso debía desoír las dudas de su corazón? ¿Permitirse otra vez tener esperanzas alocadas? ¿Cómo podía decirle eso ahora, cómo podía estropearlo todo declarando algo que había ansiado con tal desespero, cuando ya había agotado todo lo que tenía que dar?

Julian miró a su esposa. Tenía el pelo caído desordenado sobre sus hombros y no parecía consciente de su desnudez. Sus pechos pálidos como la luna bajo la luz de la chimenea se elevaban suavemente con la respiración que parecía entrecortarse en su garganta mientras le miraba. ¿Por qué demonios tenía que ser tan atractiva?

—Con franqueza, Claudia, ya no sé qué creer —balbució indefenso. pasó sobre ella y se detuvo para coger las botas mientras salía del salón.

Una vez en sus habitaciones, se vistió con premura. Tenía que salir. No podía quedarse aquí con ella, no de este modo. ¡Pero qué necio había sido al pensar que podían coexistir en una casa! Se fue hasta el vestíbulo y ordenó a un lacayo que le buscara un coche de alquiler. Mientras esperaba, comprendió con dolorosa agudeza que finalmente había tocado fondo en su vida, rebotaba como una bola de caucho una y otra vez. ¡Ah, Dios, así era la virtud del amor!

Horas después se encontraba de pie al otro lado del local de madame Farantino, apoyado contra la farola con un puro colgando de la boca. En realidad no tenía ni idea de cómo había acabado allí. Después de salir de la residencia Kettering, con la cabeza aún ofuscada a causa del alcohol, había ordenado dar unas vueltas por Hyde Park y, cansado al final de eso, se había parado en Regent Street, vagando sin rumbo por la zona hasta que, de algún modo, había acabado allí.

Un lacayo apostado al otro lado de la calle le hizo una indicación para que entrara. Julian saludó con el sombrero pero se apoyó en la farola y aspiró del puro. Sin duda se le había ocurrido entrar allí; ella le había hecho sentirse como un animal enjaulado, ansioso, hambriento de un modo extraño. Parte de él sentía la tentación de entrar y gastar esa ansiedad con una mujer que sólo pidiera sexo y dejara el corazón y alma intactos.

Lanzó el cigarro al adoquinado y lo apagó con el tacón de la bota. Se metió las manos en los bolsillos y dio una última mirada al local de madame Farantino antes de volverse hacia el Tam O'Shanter. Nunca había tenido intención de cruzar el umbral de Farantino's, por mucho que su cuerpo quisiera creer. Pensara lo que pensara de Claudia, sólo había una cosa, que por desgracia para él no había cambiado.

Aún la quería. Desesperadamente.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

Julian alquiló para Sophie una casa adosada pequeña pero bien equipada en South Audley Street, a muy corta distancia de Hyde Park. Stanwood se instaló allí una fría mañana, pero se fue temprano por la tarde para visitar una lujosa tienda de accesorios para caballero. Por lo visto, su vestuario no era apropiado para su nueva residencia. Insistió en que le acompañara Sophie, aunque en opinión de Julian lo hizo más por mantenerla a suficiente distancia de su familia que por precisar su ayuda.

Stanwood se esforzaba con empeño en aquello. Julian fue a visitarles religiosamente tres veces por semana; ir con más frecuencia daría la impresión de que estaba desesperado, pensó. Y menos de esas tres visitas le haría sentirse por completo desesperado. Se preocupaba todo el tiempo por ella; había perdido bastante peso desde su fuga, quizá hasta siete kilos. Unas oscuras ojeras ensombrecían sus ojos marrones y, aunque sonreía y hablaba con jovialidad cuando él iba a verla, Julian pensaba que forzaba aquella alegría, ponía una sonrisa por el. Sophie era desgraciada.

Y también Julian. No podía emprender acción alguna dentro de lo que permitía la ley. No podía hacer nada, ni una sola cosa para cambiar esta tragedia. La pérdida de la inocencia de su hermana pesaba como una losa en su corazón: nada podría devolverle eso a Sophie. Lo único que parecía capaz de hacer él era contener su odio hacia Stanwood, algo que requería todas su fuerzas.

Ni siquiera sus intentos para que aquel hijo de perra aceptara un empleo respetable habían prosperado. Después de convencer a Arthur para que le contratara como administrativo en el bufete de abogados de la familia Christian —una labor nada fácil, por cierto— Stanwood había declinado

con un gesto despectivo, aduciendo que no le gustaba el horario de mañana. Aquello desde luego era cierto: lo más habitual era que aquel detestable ser recibiera a Julian por las tardes todavía con su bata de casa. Bebía mucho, y eso también era cierto, el oler a licor impregnaba toda la casa.

Pero lo que más enfurecía a Julian era la manera en que Stanwood hablaba con Sophie, como si fuera una niña o una sirvienta a la que ordenaba sentarse, levantarse o ir a buscar algo. Aparentemente todo lo que ella decía le parecía ridículo, se reía de ese modo condescendiente característico de él. Julian tenía que contenerse para no retorcerle el cuello, y cuando Stanwood percibía que él estaba a punto de perder los nervios, rodeaba a Sophie con el brazo con sorna y comentaba los privilegios de la vida conyugal. El muy sinvergüenza sabía con exactitud lo impotente que se sentía él ante aquella situación y eso le encantaba.

Y lo que era peor todavía, el muy malnacido empezó a pedir mucho dinero prestado de la anualidad que Sophie iba a recibir en un plazo inminente. Julian ya lo había previsto y por eso les había anticipado un millar de libras poco después de que regresaron a Londres, pero la suma ahora había subido a dos mil quinientas libras y aumentaba cada semana. A él le desconcertaba todo aquello: él mismo había, alquilado la casa, o sea que sabía lo que costaba. Conocía también el coste aproximado de la gran cantidad de ropa nueva que Stanwood, había adquirido, en comparación con la poca ropa de la que disfrutaba Sophie. Juntando todos los gastos, sabía que no sumaban quinientas libras. Por eso, cada vez sospechaba más de que había empezado a jugarse la fortuna de Sophie, pero al no disponer de evidencias de sus visitas a alguna de las salas de juego conocidas, se preguntaba adónde iba a jugar él con tan mala suerte. Le costaría descubrirlo.

Stanwood no podía soportar que las hermanas de Sophie se reunieran a solas con ella y dejó claro que le costaba tolerar la presencia de Julian. Por desgracia, éste era su única fuente de ingresos y resultaba complicado que pudiera permitirse impedirle la entrada en su casa. De modo que iba allí tres veces por semana, dejaba que su mera presencia perturbara a Stanwood y esperaba que aquel fastidio acabara con él.

Pero a Julian le costaba aceptar lo impotente que se sentía. Y aún peor, al final de cada día, cuando se enfrentaba al hecho de que habían pasado otras veinticuatro horas de impotencia, se veía obligado a se veía obligado a soportar el tormento al que le tenía sometido Claudia.

Tormento. Demonios, sí, era un tormento a todas luces, perceptible y profundo, que penetraba en las simas más sombrías de su alma. No era nada palpable en realidad, sino un millón de pequeñas cosas que se amontonaban una sobre otra y que amenazaban con asfixiarle. Por ridículo que pareciera, Julian estaba convencido de que Claudia intentaba matarle a base de amabilidad; pero también estaba convencido de que si le explicaba eso a alguien, le trasladarían de inmediato al sanatorio de Bedlam.

De cualquier modo, la evidencia le daba la razón. Era manifiesto que se había declarado una tregua entre los dos. Julian suponía que ambos habían reconocido el desasosiego de aquel matrimonio y no querían empeorarlo todavía más. Ella merecía cierta cortesía como símbolo de aquella tregua, pensaba... hasta que la amabilidad de Claudia empezó a afectarle. En su opinión aquellos pequeños detalles estaban concebidos para confundirle.

Por ejemplo, una noche le sorprendió con el anuncio de que Eugenie y Louis iban a venir a cenar con ellos. Eso era atípico, no tenía costumbre de cenar con Claudia en los últimos tiempos ya que le costaba incluso verla sentada a la mesa, a sabiendas de lo que le había hecho a Sophie. Lo que le había hecho a él. De modo que pasó la inusual cena enzarzado en discusiones con Louis, primero por el insidioso enano de LeBeau —quien por lo visto aún amenazaba con obtener la cabeza de Julian— y luego sobre cuándo exactamente iban a regresar los Renault a Francia.

La táctica funcionó. Él y Louis prestaron poca atención a las damas, y casi no se percataron cuando Claudia se levantó de la silla y se fue hasta el aparador. Pero Julian sí advirtió los susurros frenéticos que intercambiaba con el lacayo y luego la aparición de una bandeja de plata en la que reposaban cuatro copas pequeñas y una botella de vino. No cualquier vino, mucha atención: un madeira de importación, que se había pedido a Portugal, desde donde había viajado.

En circunstancias normales no le habría llamado la atención. Él no era ni mucho menos el único par del reino aficionado a este vino; tampoco era

el único en encargarse que se lo trajeran de Portugal de vez en cuando. Lo inusual era que había agotado su remesa y una noche había comentado —mucho antes de que escapara Sophie— que había descuidado encargarlo y, por consiguiente, se vería obligado a esperar meses para disponer de él. De hecho, aún no había hecho el pedido.

Cuando el lacayo sirvió el vino, Claudia le sonrió radiante como si hubiera atrapado la pieza más grande en una jornada de pesca en el río. Julian la miró con el recelo debido, pero ella desplazó jovialmente la atención a Eugenie. Era obvio que el diablillo había recordado un comentario de hacía semanas y había encontrado el maldito vino en algún lugar. Para él. De hecho, había pensado en él, antes incluso de que Sophie se marchara de casa, y nada podía convencerle de lo contrario.

Por si eso no fuera suficiente para convencerle, el incidente de los pañuelos de seda sin duda lo hizo. Tinley, maldito viejo, había conseguido destrozarse de algún modo un puñado de pañuelos de seda que Julian había encargado hacerse en París. Estaban quemados, como si alguien hubiera intentado plancharlos. Bartholomew se declaró inocente. Tinley manifestó que sin duda él era culpable pero que juraba por su vida no poder recordar qué pretendía hacer con los pañuelos. Julian no se había sentido especialmente contrariado por aquel incidente. Después de algún reproche, se desembarazó de los caros pañuelos y dio el asunto por zanjado.

No obstante, un buen día empezaron a aparecer pañuelos entre su vestuario. Un día había dos: uno de excelente seda plateada, otro dorado con un estampado negro. Al día siguiente, el borgoña, seguido por uno verde bosque después. Bartholomew estaba tan perplejo como él, y cuando preguntaron a Tinley, el viejo aseguró presuroso a su señor que, aunque había perdido bastante la memoria, no llegaba a tanto.

Era ella. Claudia era la única persona que podía saber qué pañuelos se habían perdido, y como hija de un conde exigente —demasiado preocupado por su aspecto en la humilde opinión de Julian— sabía muy bien dónde y cómo sustituirlos. No le preguntó, pero cada vez que él llevaba uno de los pañuelos resucitados la observaba con atención, en busca de algún indicio de lo que había hecho. Aquel diablillo fingía no advertir nada.

Y había más. Los té s que organizaba, de repente dejaron de celebrarse, al igual que los peculiares actos para damas que a menudo montaba. No dio ninguna explicación, pero a Julian le parecía que en vez de los té s le esperaba a él cada noche. Siempre parecía estar cerca, implicada en alguna actividad tranquila. Simplemente allí. Y se percató de que cuando Claudia estaba allí, su copa estaba siempre llena de buen brandy, sus puros cortados con pulcritud y a mano y el diario doblado por las páginas de economía como a él le gustaba.

Le estaba volviendo loco, en serio, porque de hecho él empezaba a esperar su presencia con ilusión, a notar una curiosa sensación de paz cuando ella estaba cerca. No hacía falta que nadie le dijera lo ridículo que era eso. Todo el mundo lo sabía: Claudia era una mujer que se reía de los hombres y ocupaba sus días como le venía en gana. Era la la clase de mujer por la cual un hombre haría cualquier cosa, —que Dios se apiadara de aquellos pobres desgraciados—, pero no era el tipo de mujer que de hecho fuera a mimar a un hombre. ¡Pero lo estaba haciendo! La cuestión era, ¿por qué?

Con sinceridad, le asustaba a un nivel que no conseguía comprender del todo. Si todo hubiera sido normal, podría haberse vuelto del todo loco por ella... si es que no lo estaba ya. Pero Julian no iba a permitir que eso sucediera. No iba a enamorarse de ella más de lo que había tenido la desgracia de hacer. No iba a creerse su declaración de amor aquella noche en la biblioteca. No iba a dejar que aquella mujer le afectara de ningún modo, porque la siguiente vez que ella se apartara de él, estaba seguro de que no lo podría superar.

Julian se levantaba cada vez más temprano, su sueño era cada vez más irregular. Una mañana en concreto permitió que Tinley le sirviera un plato humeante de huevos con tomate. Procedió luego a inspeccionarlos a fondo; a esas alturas, no podía asegurarse lo que Tinley pensaba que eran unos huevos. Satisfecho tras verificar que todo estaba en orden, empezó a comer a su aire, examinando el periódico del día anterior, hasta que Claudia le

sorprendió entrando tan tranquila en el comedor del desayuno a una hora infame con una sonrisa encantadora en el rostro.

Julian le hizo un ademán seco antes de levantar con brusquedad el periódico para no verla. Sin embargo la podía oír, la oía hurgando por la habitación antes de sentarse a la mesa. Aguardó, esperando algún tipo de ocurrencia alegre para empezar otro pésimo día... pero no oyó nada, ni un inocente y pequeño sorbo de té. Contra todo criterio, bajó el periódico.

Sentada justo enfrente de él, ella le dedicó una sonrisa resplandeciente que marcó unos hoyuelos en sus mejillas. Bajó el diario un poco más y frunció mucho el ceño porque aquel diablillo parecía que acabara de zamparse un canario gordísimo.

—¿Y bien? ¿Qué mosca te ha picado? —inquirió con aspereza.

Aún radiante, indicó con la cabeza la mesa que se extendía entre ellos. Julian bajó la vista. Allí entre ellos había una pequeña maceta con violetas, sus flores púrpuras creaban un marcado contraste con la madera oscura de ébano. Una maceta como una docena o más repartidas por la casa. Se quedó mirando el pequeño tiesto y continuó mirando mientras Tinley deambulaba hasta el aparador para servirse un té.

—No entiendo —dijo por fin Julian—. ¿Qué importancia tiene?

La sonrisa de Claudia se amplió hasta lo imposible, y Julian estuvo completamente seguro de que no quería saberlo.

—¿No recuerdas? —preguntó ella alegremente—. Las tenías sobre tu mesa cada mañana en Kettering Hall; dijiste que te gustaba mirar tu color favorito porque te ayudaba a comer las gachas de la señora Darnhill.

Aquel diablillo había perdido la cabeza.

—Nunca he dicho nada por el estilo —protestó.

—Naturalmente que sí —interrumpió Tinley y sorbió con gesto distraído el té.

Julian le lanzó una mirada impaciente.

—¿No deberías estar sacando brillo a algo en algún sitio?

—Es miércoles, milord.

Eso tenía algún sentido sólo en la mente deteriorada de Tinley, y Julian estaba a punto de decírselo cuando Claudia insistió:

—Lo dijiste, Julian. Las violetas crecen casi silvestres por todo Kettering, cada mañana se cortaban frescas. Jeannine, Dierdre y yo las hemos plantado durante semanas. Han decidido que el violeta también es su color favorito.

La alegría se reflejó en los ojos de Claudia; Julian sintió un estirón en su pecho. Maravilloso, vuelve a caer víctima de sus encantos si crees que tu loco corazón lo puede soportar.

—No he pedido violetas. Esa cosa crecía como la mala hierba y los jardineros tuvieron que tomar medidas, para que no nos rebasaran. Los criados ponían las violetas en la mesa por la mañana, no yo. Nada más dije lo primero que se me ocurrió para convencer a cuatro niñas de que se comieran las gachas en vez de las repugnantes tartaletas que les hacía el cocinero.

La sonrisa de Claudia se desvaneció por completo, y Julian tuvo la curiosa sensación de que se había apagado una luz en la habitación.

—Oh —dijo ella con calma—. Pensé que te agradaría.

Sí, estaba claro que había confiado en que le complacería tanto que regresaría a su antigua costumbre de ir lamiéndole los talones. Pero a él le sentó muy mal, en parte porque estaba demasiado cerca de hacer justo eso. Dobló el periódico y se levantó.

No me ha agradado de forma especial. No es que me gusten demasiado las violetas —dijo, se metió las manos en los bolsillos y salió andando del comedor. Dejó su desayuno sin acabar.

Y a Claudia echando chispas.

¿Qué diantres le pasaba? ¿No le quedaba ni una pizca de dignidad humana? Miró a Tinley y el viejo se encogió de hombros mientras sorbía el té, luego dejó la taza.

—Por lo que parece, su señoría está un poco irritable esta mañana —comentó.

—Y maleducado —añadió ella con irritación. Miró la pequeña maceta de violetas, frunciendo el ceño—. ¡Estaba tan segura de que le gustaban las violetas!

Tinley se acomodó en una silla ante la mesa.

—No parece que le gusten demasiadas cosas a su señoría últimamente. Le encuentro bastante deprimente, en general.

Sí. Era el colmo. Claudia se levantó y cogió las violetas.

—Pero nos encargaremos de cambiarlo. —Se puso la maceta en la parte interior del codo y sonrió al viejo mayordomo—. O moriremos en el intento —dijo alegre, y salió a buen paso del comedor.

Después de un intenso debate interior, decidió no volver a poner aquel tiesto con los demás, ya que éste había sido decorado especialmente para Julian. Las muchachas habían pasado unas horas eternas trabajando en la maceta para su tío, de modo que al final Claudia entró en su oscuro estudio para dejar la planta desdeñada en un lugar destacado del escritorio. No podría dejar de verla; esperó que al menos no la despreciara como había hecho con todos los demás gestos de ella para intentar llegar a él. Sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que era conseguir violetas en esta época del año.

Cruzó los brazos sobre su cintura mientras consideraba la ubicación del pequeño tiesto, intentando con fuerza no ceder a la desesperación que la asediaba estas últimas semanas. Ayer, Doreen le había prevenido que fuera paciente, le recordó que lo hecho no era fácil de perdonar. Mientras se mecía en aquella silla suya, había informado con calma a Claudia que podían pasar meses, si no años, hasta que Julian la perdonara, y luego había indicado con tacto que tal vez nunca lo hiciera.

¿Y si no la perdonaba nunca? Claudia desplazó la mirada a las cortinas corridas, grandes bandas de pesado terciopelo que cerraban esta habitación al mundo, tal y como Julian había cerrado su corazón también. ¿Cómo podría existir ella en una oscuridad como ésa?

¿Cómo podría sobrevivir a la salida del sol cada mañana, a la puesta del sol cada tarde y a todas esas horas solitarias en medio? Dios cómo sobreviviría Julian? Él se estaba desesperando, se estaba ahogando en aquello. Resultaba doloroso de tan obvio: no dormía casi no comía y las ojeras de preocupación cada vez eran más profundas bajo sus ojos. Ella había contribuido a aquello, lo sabía, pero podía cambiarlo si él la dejaba hacerlo.

Sin embargo la excluía, igual qué excluía al resto del mundo, se negaba a dejarla entrar. Y eso les estaba matando a ambos.

Sacudiendo la cabeza con firmeza, Claudia giró sobre sus talones y salió con decisión del estudio. Estaba segura de algo: nunca sobreviviría si se paraba a pensar a cada hora del día. Su mejor táctica era la misma que siempre la había sostenido: mantener una actividad frenética. Todos esos años en los que echaba de menos que su padre se fijara en ella, se había mantenido ocupada. Y cuando se había visto obligada a casarse, había hecho lo mismo, no había permitido que existiera un solo espacio sin planificación, ni un poco de tiempo en el que pudiera pensar o sentir o confiar.

No era fácil, la culpabilidad y la soledad que sentía en esta casa había empeorado con el escándalo que la fuga de Sophie había traído sobre esta familia. Lord Dillbey se había deleitado con aquello, lo había aprovechado como estrado para advertir a todo el mundo en las cenas de todo Mayfair que las ideas de Claudia Dane acabarían con el buen nombre de todas las mujeres. No había duda de que toda la familia Kettering estaba padeciendo el escándalo; en su caso concreto, nadie vendría a tomar el té aquí ahora, aunque su vida dependiera de ello.

De modo que pasaba el tiempo con Jeannine y Dierdre, Ann y Eugenie, Doreen y con su visita semanal a Sophie.

Cuando llegó al hogar de los Stanwood más tarde aquel día, la saludó otro atribulado lacayo nuevo; los criados parecían no durar más de un día en esta casa. Por lo visto, el pobre hombre aún no había recibido la instrucción adecuada para ser un lacayo, ya que la dejó en el vestíbulo mientras iba a buscar a Sophie. Fue por este motivo que Claudia tuvo la desgracia de encontrarse con Stanwood. Apareció en el vestíbulo como si fuera el propio rey, con otro lacayo siguiéndole los pasos.

Una sonrisa lasciva se dibujó en sus labios nada más verla.

—Vaya, vaya, quién ha venido de visita, Grimes. Lady Kettering

—Extendió la mano con la palma hacia arriba. Claudia, reacia, puso su mano encima, y sintió repulsión cuando él movió sus labios sobre los nudillos enguantados. Tardó en soltarla mientras sonreía ampliamente

Claudia resistió la necesidad imperiosa de limpiarse la mano en la capa

Mi esposa no ha mencionado que la esperara. Me pregunto por que —dijo mientras se ponía despreocupadamente el guante de cuero en una mano.

Aquel hombre era un burro. Consciente de la presencia del lacayo, Claudia se limitó a sonreír.

—No me imagino por qué no lo ha mencionado. Vengo todos los miércoles por la tarde.

—Normalmente no permito que Sophie tenga visitas a menos que yo esté presente —continuó ajustándose con meticulosidad el segundo guante—. Pero supongo que puedo hacer una excepción en este caso. Estoy seguro de que su visita será bastante circunspecta, dado su propio dilema.

Lo reconocía, había pasado de sentir repulsa a sentirse indignada.

—Le ruego me perdone, señor, pero ¿a qué dilema se refiere?

Con una siniestra risita, Stanwood tuvo la audacia de darle una palmadita en la barbilla como si fuera una niña.

—Mi sombrero, Grimes —ordenó al lacayo, luego volvió a sonreír a Claudia—. Perdóneme por intentar ser amable. Me refería, lady Kettering, a su perdición. Dicen que él la tomó encima de una mesa... ¿es eso verdad?

¡Dios bendito, daría cualquier cosa por ahogar a aquel canalla con sus propias manos!

—De hecho era un banco de trabajo —le corrigió con cortesía, perfectamente consciente del color que inundaba el rostro del pobre lacayo.

Stanwood se rió a carcajadas y se acercó hasta quedarse a escasos centímetros, elevado sobre ella con ojos fríos como la piedra. Claudia notó una leve náusea en el estómago, una pizca de miedo se arraigó en ella y luego empezó a crecer con gran rapidez. Fue un milagro que no se amilanara y que pudiera aguantar su mirada.

—Supongo que se esfuerza mucho por reparar su reputación destruida señora. Y supongo también que, por ese motivo, no querrá embrollarse en más escándalos y que, por lo tanto, no aconsejará ninguna tontería a Sophie. Le permitiré la visita. —Stanwood bajó la mirada a la boca de Claudia y se pasó la lengua despacio por el labio inferior—. No obstante, estaré sin duda en casa cuando nos agrade con su presencia el miércoles que viene.

Claudia no pudo evitarlo entonces: aquel hombre le daba asco retrocedió un paso con torpeza, dándose contra la puerta. Stanwood soltó una risita.

—Bien entonces —dijo con tono condescendiente—. Vaya a buscar a Sophie. —Claudia no esperó, de pronto estaba desesperada por alejarse de él. ¿Cómo demonios le había llegado a encontrar deseable Sophie?

Le oyó reírse, hablar en voz baja con el lacayo mientras ella apresuraba a salir del vestíbulo y su estómago volvía a revolverse.

Por suerte, otro lacayo la encontró en un estrecho pasillo.

—Le ruego me perdone, milady. Lady Stanwood se encuentra en el salón ahora mismo. Si es tan amable de seguirme. —Claudia asintió y siguió al criado por un pequeño laberinto de puertas, pasillos y escaleras. En el segundo piso, se detuvo ante una puerta verde y dio unos golpecitos. Desde el otro lado, Claudia oyó la respuesta apagada de su cuñada.

Mientras la puerta se abría, estudió a Sophie sentada de espaldas a la puerta, algo encorvada. Tras dar las gracias al lacayo, Claudia entró ansiosamente y cerró la puerta tras ella.

—¡Sophie! ¿Te encuentras bien?

Con una leve sonrisa, ésta se volvió un poco. A Claudia se le cortó la respiración ante la visión de su cuñada. Sólo hacía una semana desde que la había visto la última vez, pero el cambio era destacable. Aún estaba en bata, aunque ya eran casi las tres. La muchacha estaba demacrada, como si no hubiera comido en días. La piel que rodeaba sus ojos rojos estaba oscurecida, y su pelo había perdido el lustre natural.

—¡Sophie! ¿Qué te ha sucedido? —exclamó Claudia ante la sensación de pánico que la invadió.

—¿Sucederme? —Ella se atragantó con una risa—. ¡No me ha sucedido nada! No me encontraba demasiado bien, eso es todo.

Era mentira.

—¿Has llamado a un médico? Deberías...

—No, por supuesto que no —dijo—. Me encuentro bien, de veras. Ahora ven y siéntate por favor... Me alegro tanto de que hayas venido. ¿Quieres que pida que nos traigan té?

Claudia tiró su capa a una silla y se sentó nerviosa en el extremo de una otomana cerca de Sophie.

Ahora entiendo por qué Eugenie y Ann estaban tan preocupadas ayer; Ann dijo que nunca tiene la oportunidad de hablar contigo a solas...

—¿Qué les preocupa? —preguntó Sophie, un poco impaciente—. ¡Sé cuidar de mí misma!

—Por supuesto que sí. —Claudia se apresuró a tranquilizarla y se inclinó hacia delante para poner una mano sobre la rodilla de Sophie—. Es sólo que no tienes muy buen aspecto. ¿Ha dicho algo sir William al respecto? Sin duda se ha dado cuenta...

Sophie la sorprendió con una risa amarga.

—No es que esté demasiado por aquí como para darse cuenta de algo —dijo mirándose las manos—. De verdad, Claudia, me encuentro bien. He tenido un poco de fiebre, supongo, pero ya estoy casi recuperada.

Pero no se encontraba bien.

—¿Por qué no está él aquí? —preguntó Claudia directa. ¡Aquel cretino tendría que haber buscado un médico como mínimo!

Sophie se encogió de hombros.

—No sé. Pero la verdad... la verdad —su voz se convirtió en un susurro— me alegro de que no esté.

Claudia pestañeó sorprendida. Francamente no era la misma mujer que había hecho aquellas declaraciones tan emocionales de un amor imperecedero por él.

—Oh, Sophie, cariño... ¿cuál es el problema? —preguntó y se estremeció al ver que caía una única lágrima del ojo de la muchacha.

—Él... no es el hombre que yo pensaba —dijo, y de repente miró por encima del hombro con gesto frenético, algo bastante extraño, pues estaba claro que estaban solas en la habitación. Aquello dejó en Claudia la impresión evidente de que Sophie estaba asustada—. ¡Prométeme que no le vas a contar a nadie lo que te he dicho!

—Sophie...

—¡Prométemelo, Claudia! ¡Si Julian supiera... si alguno de ellos supiera, se enfadarían muchísimo conmigo!

Estaba dominada por el pánico y Claudia le tomó las manos, se las sujetó con fuerza entre las suyas.

—Nadie va a enfadarse contigo.

—¡Sí que se enfadarán! ¡Porque saben que no pueden hacer nada! ¡Me he casado con él, santo Dios, y ahora soy suya para toda la eternidad!

Claudia no podía rebatir eso: En el momento en que Sophie pronunció los votos nupciales y firmó los documentos matrimoniales, nada aparte de un acto de Dios o del Parlamento podría dejarla libre. Para gran disgusto de Claudia, sus ojos empezaron a humedecerse como consecuencia de su constante sentimiento de culpa. Miró a Sophie a través de la neblina de lágrimas, encorvada como estaba con el pelo cayéndole lacio y sin vida, como si cargara con el peso del mundo sobre su delgado hombro.

—Oh, Sophie, ¿qué puedo hacer? —soltó—. ¡Dime que puedo hacer para ayudarte!

Sophie sacudió la cabeza y retiró sus manos del asimiento de Claudia. Se secó sus propias lágrimas con gesto inestable.

—Nada. No hay nada que puedas hacer, Claudia. —Alzó la mirada e intentó poner una débil sonrisa—. Supongo que todos pagamos las consecuencias de nuestras acciones, ¿no es así?

Ah, Señor.

Claudia, avergonzada, miró la alfombra, incapaz de traer a la memoria algo que pudiera consolar a Sophie, aparte de decir que lo sentía, lo sentía mucho. Que Dios la ayudara, últimamente siempre lamentaba algo, pero parecía no ser suficiente. Si pudiera se pondría en el lugar de Sophie, pondría su propia vida en aquella complicada situación para que ella fuera libre.

—Pediré el té —musitó Sophie y se levantó con esfuerzo de la silla. Mientras se movía con lentitud para alcanzar el timbre, Claudia levantó la cabeza.

Lo que vio le heló la sangre en sus venas.

De pronto, un millar de imágenes invadieron su imaginación: imágenes de Phillip agarrándola, de Phillip comprimiéndola contra la pared, estrujándole el pecho, aplastándole los labios, oprimiendo su garganta con la mano. Borracho hasta perder el juicio, la había atacado la última noche

que le había visto con vida, sus manos estaban en todas partes haciéndole daño. Aterrorizada, había peleado y al final había detenido el asalto con una bofetada que reverberó desde su mano por todo su brazo. Nunca en su vida olvidaría el miedo, la repulsión y la sensación de total indefensión en el momento en que comprendió que no podía impedir que la violara.

Todo aquello regresó de forma precipitada a su mente, descargó un golpe peligroso en su sien mientras se quedaba mirando la magulladura multicolor en el hombro de Sophie, sobre el que se había corrido la bata. Aquello la asustó, hizo que su estómago se revolviera con la náusea y que su corazón latiera con fuerza contra su pecho

Sin pensar, se incorporó de repente y corrió tras Sophie, dando un susto de muerte a la muchacha.

—¡Claudia! ¿Qué estás haciendo? —chilló cuando Claudia estiró el brazo para cogerle la bata.

—¿Él te ha hecho esto, verdad? —quiso saber, con voz estridente a causa del miedo.

El rostro de Sophie se quedó de un blanco espectral; agarró el fino tejido de la bata y se lo ajustó bien.

Un silencioso grito de terror y remordimiento ascendió desde ella hasta Dios. Claudia arremetió contra las manos de Sophie para apartárselas de la bata. Sophie, chillando, intentó impedírselo, pero ella estaba demasiado decidida: tenía que saber, tenía que verlo con sus propios ojos, conocer en toda su medida la depravación de Stanwood. Cuando por fin liberó las manos de Sophie y le abrió la bata, dio un paso hacia atrás llena de horror y se cubrió la boca con una mano muy temblorosa.

Había magulladuras por todas partes, arriba y abajo de sus costillas, en variados tonos que iban del púrpura al amarillo pasando por el verde. En la parte inferior del pecho, sobre su abdomen. La marca distinguible de unos dedos en la parte interior de los muslos. Sophie permaneció rígida, con la cabeza inclinada con gesto de docilidad mientras Claudia la miraba boquiabierta con lágrimas saltándole a los ojos.

—Oh, Señor, Señor. Sophie...

Sophie se echó cuidadosamente un mechón de pelo tras la oreja, luego se ajustó los extremos de la bata en torno a su cuerpo antes de atar con

calma el cordón.

—Pone sumo cuidado en pegarme donde nadie lo pueda ver —murmuró—. A excepción de mi doncella, Stella, claro, pero ha amenazado con matarla si alguien se entera.

Sophie tenía que marcharse. En aquel mismo instante, sin más demora. Al cuerno todas las consecuencias, tenía que dejar esa casa en aquel instante.

—Tienes que irte de aquí —dijo Claudia con tono tranquilo.

—¡No! —respondió Sophie cortante—. ¡No me puedo marchar! La poca respetabilidad que le queda a mi familia quedará destruida si yo ...

—¡No puedes seguir aquí! —gritó Claudia señalando frenética su cuerpo—. ¡La próxima vez bien podría matarte, Sophie!

Sophie se rió con una risa extraña, aguda, que perforó el corazón de Claudia.

—¡No va a matarme! ¡Me necesita, no tiene ningún otro ingreso —gritó histérica y entonces se volvió hacia la pared y empezó a dar con los puños contra los paneles—. ¡Madre de Dios, qué estúpida soy!

Claudia asustada se precipitó hacia ella y la rodeó con los brazos apretando la mejilla contra su cabello.

—¡Debes dejarle! Aquí hay motivos de divorcio, ¿no te das cuenta? Crueldad extrema...

—¿Y quién va a presentar los cargos? ¿Julian? No, no lo hará. ¡Primero, porque te mataré si le dices algo! Y después, porque no va a jugarse todo lo que tiene por este escándalo. Aunque lo hiciera, Claudia, no hay ninguna garantía de que me concedan el divorcio ¡William podría oponerse... podría impedir que lo concedierais! ¡Julian lo sabe!

Claudia no sabía si eso era verdad o no, pero estaba demasiado desesperada como para que le importara.

—No sé que hará, pero yo sé que esta... esta violencia no va a mejorar con el tiempo. ¡Temo por tu vida, Sophie! ¡Tienes que irte de aquí!

Atragantándose con un sollozo desconsolado, Sophie pegó a Claudia en las manos hasta que la soltó, y después de eso se libró de su abrazo.

—Aunque la familia pudiera soportar el escándalo, ¿dónde crees que podría ir yo, Claudia? Si acudo a casa de Julian, William le desafiará a un

duelo, ¡y no puedo soportar eso! Dime, ¿a dónde podría ir? —sollozó impotente y se cubrió el rostro con las manos.

—Yo sé un lugar —contestó Claudia en voz baja—. Sé un lugar, donde estarás segura, un lugar donde él nunca te encontrará. ¡Nunca!

Sophie bajó las manos.

—¿Qué lugar? ¿Qué lugar podrías saber aparte de la casa de tu padre o Kettering Hall?

—Es un lugar —continuó Claudia frenética— donde las mujeres pueden estar seguras. Un lugar para mujeres precisamente como tú, Sophie. Nadie lo conoce, y no está cerca de aquí. No podrá encontrarte, ¡te lo juro! Vamos, entonces, recoge tus cosas. ¡Podemos ir hoy!

Sophie la miró boquiabierta. Un torbellino de emociones le nubló los ojos —desesperación, incredulidad, esperanza— y tras un momento sacudió la cabeza y miró sigilosamente a la puerta.

—No, hoy no. Regresará pronto y sabrá que has sido tú quien me ha ayudado.

Con gran frustración, Claudia alzó las manos al cielo.

—¿Es que no ves las magulladuras en todo tu cuerpo? ¿Ni siquiera te asusta lo que es capaz de hacer?

—Sé muy bien lo que es capaz de hacer, créeme —respondió Sophie en tono grave, y un escalofrío recorrió toda la columna de Claudia—. Mañana. Se va a un mercado en Huntley y pasará la noche fuera.

—¿Un mercado? —preguntó Claudia confundida.

Sophie frunció el ceño e hizo un ademán con la muñeca como muestra de repugnancia.

—Carreras. Ha perdido buena parte del dinero de Julian en poco tiempo y piensa que lo recuperará con unas pocas apuestas.

—De acuerdo, mañana entonces. Julian nos ayudará...

—¡No! —chilló Sophie—. ¡No puedes contárselo! ¡Tienes que jurarme que no se lo contarás!

—¡Tiene que saber dónde estás, Sophie! No puedo ocultárselo.

—¡Si se lo dices, no iré! ¡Prefiero morir antes que dejarle ver mi vergüenza, Claudia! ¡Antes me quitaría la vida! —gritó dominada por el histerismo.

Claudia pensó con desesperación qué podía hacer. No podía ocultar algo así a su marido, ¡el propio hermano de Sophie! Pero también podía percibir la profunda vergüenza de ésta, aunque fuera infundada.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —accedió—. No se lo diré ahora. ¡Pero se morirá de preocupación cuando descubra que te has ido!

—No viene de visita hasta el sábado. No lo sabrá durante dos días —replicó Sophie, suplicándole con los ojos. Claudia se dijo a sí misma que se calmara, se dijo que lo más importante en ese momento era sacar a Sophie de aquí, impedir que sufriera algún daño. En cuanto a Julian... ¡Señor, no podía ocultarle esto! Pero entonces no podía pensar, y por el momento, Sophie obtuvo su palabra.

Cuando estuviera segura de que Sophie estaba a salvo, discurriría la manera de explicárselo a Julian.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

Una de las cosas más difíciles que había hecho Claudia en su vida — tan difícil como enfrentarse a Julian después de la fuga de Sophie — era ocultarle a él las últimas novedades sobre su hermana. A lo largo de la cena y hasta bien adelantada la velada, su mente pugnaba con aquello. Cada vez que le miraba, sentía el embate de la culpabilidad y la incertidumbre. En el salón permaneció sentada con la mirada perdida en las páginas de un libro sobre su regazo, preocupada de tal modo que hasta Julian llegó a preguntarle si algo iba mal. Aquello la sorprendió y volvió su mirada hacia su marido, insegura sobre si le había preguntado eso a ella.

—¿Perdón? —dijo.

Como si fuera un milagro, una débil sonrisa levantó las comisuras de sus labios.

—Te he preguntado si estás bien. En este momento de la noche es cuando intentas convencerme de lo contenta que estás de haberme conocido. Puesto que esta noche no me has dado pruebas de ello, no puedo evitar preguntarme si tal vez te encuentras mal.

¡Virgen santa, estaba bromeando con ella! Claudia, asombrada, sacudió la cabeza.

—Perdóneme, señor, por favor. Nunca quise dar a entender que estaba tan contenta de haberle conocido.

Julian soltó una suave risita al oír aquella ocurrencia. La miró rápidamente de arriba abajo antes de devolver la atención al manuscrito que estaba revisando. Un débil anhelo inundó a Claudia cuando desplazó la mirada otra vez al libro, pero lo apartó y pasó los siguientes momentos repasando el plan de escapada que ella y Sophie había diseñado. Stanwood

planeaba marcharse mañana al mediodía. Claudia se reuniría con Sophie y con su doncella, Stella, en la esquina de Park Lane y Oxford Street, donde podría introducirse con facilidad en un vehículo de alquiler, sin llamar la atención.

—Está bien ¿qué estás pensando? Tienes un aspecto espeluznante de verdad, con la cara arrugada de esa manera.

Sorprendida otra vez, la mirada de Claudia voló hasta Julian.

—¿Arrugada?

Él sonrió.

—Pareces perdida en tus pensamientos.

—Ah —dijo confundida por su comportamiento sociable—. Bien, sí. Sí, estaba pensando, en Sophie. La he visitado hoy. —La atmósfera agradable creada entre ellos de pronto se disipó y Claudia lamentó al instante sus palabras.

Julian frunció el ceño y miró el manuscrito.

—Oh. ¿Y cómo la has encontrado?

Puesto que ya habían entrado en territorio prohibido, ya no tenía nada que perder.

—Tremendamente desdichada —dijo en voz baja.

El ceño de Julian se marcó aún más. Se quitó las gafas y, con los ojos cerrados, se pellizcó el caballete de la nariz con el índice y el pulgar.

—Sí, bien, por desgracia, es cosa suya.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —continuó Claudia con cautela—. Sin duda tiene que haber argumentos para una separación de algún tipo.

Julian le dedicó una mirada penetrante.

—Sabes tan bien como yo que su unión es imposible de disolver si Stanwood se opone a ello.

—Pero él es cruel con ella. La corrige constantemente y la tiene encerrada en casa.

—¡Esos son los derechos que le concede la ley! —respondió Julian con brusquedad. Se estaba empezando a enfadar. «Respira hondo», se recordó.

—Podría solicitar el divorcio. Ya se ha hecho con anterioridad.

—¿Alegando qué? Se levantó con brusquedad de su asiento y se fue hacia la chimenea—. ¿Locura? ¿Impotencia? ¿Sodomía? —Claudia jadeó, pero Julian continuó—: ¿De verdad piensas que no lo he considerado antes? ¡No hay ningún motivo! ¡Ella le eligió! No puede retractarse ahora porque de pronto ha descubierto que no se llevan bien algo que por cierto yo no sé. Tal vez ella te haya hecho alguna confidencia, Claudia. A mí me cuenta pocas cosas, aparte de que le va a las mil maravillas.

Una pura rabia la estaba poniendo nerviosa. Agarró los brazos del asiento en el que estaba sentada para no ponerse a temblar como una cobarde y continuó con obstinación:

—Hay crueldad. Podría alegar crueldad.

De pronto Julian apoyó los brazos contra la repisa de la chimenea y dejó caer la cabeza entre los hombros.

—¿Sabes siquiera lo que quiere decir eso? —preguntó con voz ronca—. Se necesitan pruebas de violencia física sobre su persona. Te doy la razón en que Stanwood es un bellaco, pero no hay pruebas de que le pegue. Y si lo hace, no hay pruebas de que sea algo más que disciplina rutinaria.

—¿Disciplina rutinaria? —repitió con un resuello, indignada en extremo por esa admisión de que estaba bien golpear a una esposa para que fuera sumisa.

Con un gemido, Julian echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo.

—¡No lo apruebo, Claudia! ¡Es una verdad desagradable, pero pegar a la mujer de uno no constituye violencia a los ojos de la ley!

Dios bendito, si pudiera contarle la verdad. Claudia bajó la cabeza y se esforzó por no desvelar las confidencias de Sophie al recordar la promesa que le había hecho. Cuando alzó la cabeza, se estremeció: Julian la estaba mirando fijamente, intentaba leer sus pensamientos.

—¿No hay pruebas de violencia... verdad, Claudia? —preguntó con calma.

Un millón de pensamientos abarrotaron su mente.

—No. —Santo cielo, con qué facilidad había salido la mentira de su lengua. Al instante bajó la mirada al brazo de la silla y jugueteó con el

bordado de la tapicería—. Pero si la hubiera, ¿qué harías? Quiero decir, ¿le ayudarías a poner una demanda de divorcio?

Julian se frotó la nuca y se desplazó con desasosiego hasta la ventaria.

—Divorcio —dijo sin más, como si probara el sonido de aquella palabra en su boca.

—¿Es el escándalo lo que te da qué pensar? —interrumpió con ansiedad, demasiada ansiedad; él le lanzó una mirada de curiosidad por encima del hombro.

—Evitaré el escándalo, por todos los medios —dijo—. El buen nombre de mi padre ya ha soportado bastante en los últimos seis meses. ¿Tienes alguna idea de lo que pasaría con Sophie si pidiera el divorcio? Aunque tuviera razones legales para la demanda, su vida estaría destruida. Ningún caballero la aceptaría, ningún caballero. Se vería, obligada a vivir encerrada en mi casa como un familiar enfermo. Sin hijos. Ni amigos con los que hablar, ya que ninguna dama tiene trato con una divorciada. No podría volverse a relacionar con la sociedad en absoluto. ¿Qué clase de vida es ésa?

—Eso es preferible a lo que tiene ahora —musitó Claudia.

—Pues que Dios la ayude entonces, Claudia —dijo con voz peligrosamente grave—. Que Dios nos ayude a todos porque esa muchacha sabía lo que estaba haciendo en el momento en que se fugó con él. Ella hizo su elección, buena o mala, y ahora tiene que vivir con las consecuencias. — Y tras decir eso salió de la habitación antes de que pudiera decir más.

Pero las palabras persistieron en su mente. Se quedó mirando fijamente las llamas del fuego, sin ver nada. Claudia daba vueltas a su decisión. Julian no iba a ayudar a Sophie, se había resignado al destino de su hermana, tal vez creía que tenía lo que se merecía por su impetuosidad. Era mortificante pensar que si ella hubiera sido un hombre joven y hubiera cometido aquel mismo error, todo se resolvería de un modo elegante, con casas separadas y tal vez alguna aparición conjunta de vez en cuando en las fechas señaladas para cumplir con las apariencias. Pero, como mujer, Sophie iba a tener que dar la vida por ello, sin que hubiera ninguna opción en medio. El mundo no perdonaría a Sophie Dane por su error.

William estaba furioso.

Sophie le observaba con los párpados medio cerrados mientras su esposo despotricaba del monedero que había perdido y de las cuarenta libras que había dentro. Cuarenta libras que perdería en las carreras de caballos al día siguiente.

—¡No tengo tiempo de ir al banco ahora! —le grito—. ¡La diligencia sale a la una!

—Mejor te das un poco de prisa entonces —sugirió Sophie.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —soltó con rudeza—. ¿Y qué hay de esa doncella tuya? ¿Dónde estaba anoche?

A Sophie le dio un brinco el corazón.

—Tenía el día libre, milord. Su madre estaba bastante enferma, Y fue a ocuparse de ella —mintió.

—El mozo de la cocina, entonces. ¡Tiene toda la pinta de ser un ladrón!

—Seguramente lo habrás dejado en otro sitio...

William se giró entonces de repente y le lanzó una bofetada que le dio de lleno en la barbilla. El impacto del golpe la tiró hacia atrás, y se dio contra el armario.

—¡No me hables como si fuera un estúpido!

Incapaz de hablar, Sophie se llevó lentamente la mano al dolor que le ardía en la barbilla. El mal humor se desvaneció de repente del rostro de William, quien tendió sus brazos a su mujer. Ella, asustada, agitó las manos contra él, pero como era habitual, estaba del todo indefensa. William le sujetó los brazos a los lados con un fuerte abrazo. Tras varios momentos, le tocó el rostro con una mano temblorosa y le pasó las manos con cautela por el punto en el que la había pegado.

—Lo siento, cariño, lo siento tanto —dijo en tono suplicante—. Pero sufro mucha tensión, tú lo sabes. ¿Por qué dices cosas que me alteran?

Sophie se limitó a sacudir la cabeza.

—Dios, ¿te duele mucho? —le preguntó con suavidad, con un gesto comprensivo de dolor. Pegó con delicadeza los labios contra la hinchazón—. No dejaré señal, estoy seguro. —Sonrió con ternura, le apartó el pelo de

la frente y luego la besó—. Mejor me voy ahora si quiero llegar al banco y a la diligencia. —Se acercó hasta la cama y cogió su levita—. Y te advierto, busca muy bien ese monedero —le dijo en tono amigable—. Quiero que me digas cuando yo regrese el sábado que has encontrado al culpable.

Tragándose la náusea que sentía en la garganta, Sophie preguntó:

—¿Entonces no vas a regresar hasta el sábado?

William se detuvo a medio camino de la puerta y alzó la vista al cielo con un suspiro cansino.

—¡Te he pedido que no me controles, Sophie! Estaré en casa cuando acabe mis asuntos. Tal vez el sábado, tal vez más tarde. —Estiró la mano y le hizo un gesto para que se acercara. De algún modo, ella consiguió mover sus piernas, consiguió obligarse a acercarse a él y permanecer quieta mientras la besaba—. Cuídate, querida mía —dijo Y salió por la puerta como si fuera algo del todo natural pegar a la mujer de uno y luego salir como si tal cosa para las carreras.

Sophie se quedó en medio de la habitación durante lo que pareció una eternidad, quieta, escuchando cualquier sonido que sugiriera que él pudiera volver. Cuando por fin estuvo convencida de que se había marchado, se fue hasta el armario, rebuscó entre los muchos abrigos nuevos de él y sacó el monedero del bolsillo en el que ella lo había dejado. Lo abrió y se cercioró de que las cuarenta libras seguían ahí. Cuarenta libras. En cuestión de horas, eso sería toda su fortuna.

La escapada fue mucho más fácil de lo que Claudia hubiera imaginado. Hacía bastante frío y viento, pero Sophie y Stella aparecieron en el lugar acordado, aparentando ante el mundo entero haber salido a dar un paseo casual. Claudia encontró enseguida un coche de alquiler y las tres mujeres se subieron, con el mismo nerviosismo que si estuvieran robando las joyas de la corona.

Para cuando llegaron a la casa de Upper Moreland Street, sus nervios respectivos estaban totalmente crispados. Cada vez que el vehículo se detenía a causa del intenso tráfico, se aplastaban contra los mugrientos cojines, pues temían que alguien pudiera reconocerlas. Aquello parecía

bastante improbable cuanto más se alejaban de Mayfair, pero Stella con frecuencia se imaginaba que veía a alguien que conocía a través de la sucia ventana, y el corazón les daba un vuelco cruel una vez mas.

Una vez en Upper Moreland Street, Claudia dio al conductor una corona de oro por el excelente trayecto y otra más para que la esperara, algo a lo que accedió gustoso. Mientras bajaban del carruaje, Doreen apareció en la entrada, las manos plantadas con firmeza en las caderas mientras observaba estoicamente a Sophie y Stella recorriendo los peldaños con las dos bolsas que se habían atrevido a traer. Le echó una mirada a Sophie y sacudió la cabeza.

—Pobrecita. Querrán un poco de té —dijo con un movimiento para que entraran. Sophie vaciló y miró por encima del hombro a Claudia, con ojos llenos de temor. Claudia entendió, se encontraban en una parte de la ciudad que Sophie nunca antes había visto, de clase evidentemente mucho inferior a la que ella estaba acostumbrada. Y pese a tener un corazón más grande que la luna, el talante severo de Doreen no es que inspirara demasiada sensación de afecto en los desconocidos. Claudia intentó tranquilizar a su cuñada con un ademán con la cabeza, que por lo visto funcionó por el momento ya que con mucha cautela cruzó el umbral de la puerta.

En el interior, una mujer cogió las capas de Sophie y Stella y luego las condujo hasta la sala con una alegre charla, insistiendo en que se calentaran al lado del fuego. Mientras la mujer ayudaba a Stella a llevar otra silla junto al fuego, Sophie se inclinó hacia Claudia y susurró

—¿Qué lugar es éste?

Doreen alcanzó a oírla y esbozó una de sus poco habituales sonrisas mientras le daba unas palmaditas en el brazo a Sophie.

—Tomemos el té. Nos tomaremos un té y luego hablaremos toda la noche si quiere. —Con una mirada furtiva a Claudia, Sophie asintió con incertidumbre y ocupó la silla más cercana al fuego. Fue entonces cuando Claudia vio la contusión en su barbilla.

Asombrada de no haberla visto antes —la cinta del sombrero la tapaba, supuso—, Claudia intentó con esfuerzo no mirar a Sophie. Era una marca nueva que Stanwood había dejado allí en algún momento entre la tarde de ayer y su escapada. A Claudia se le revolvió el estómago de asco; no

concebía que hubiera animales que pegaran a alguien mucho más pequeño. Era un cobarde, un maldito cobarde. Mientras intentaba tranquilizar a Sophie enseñándole cosas interesantes —unas acuarelas hechas por unos niños, las labores de costura de algunas mujeres esparcidas sobre cojines por la habitación, el trabajo a destajo apilado junto a la mecedora de Doreen — deseó que alguien más grande y fuerte que Stanwood le pegara a él para someterlo.

Sus intentos de tranquilizar a Sophie no tenían el efecto deseado. La pobrecita abría cada vez más los ojos a causa de su consternación. Tenía que ser muy difícil para ella: Sophie era una dama, hija y hermana de un conde con siglos de arraigo en la monarquía inglesa. La habían educado con lujo, nunca había estado en contacto con la clase obrera excepto para recibir servicios. Desde luego, nunca de este modo, todo era por completo ajeno a ella. A Claudia empezó a preocuparle que tal vez no fuera capaz de quedarse aquí, la inquietó que se sintiera tan incómoda en este lugar como en casa de Stanwood.

Una mujer apareció por la puerta con un deslustrado juego de té. Mientras entraba en la habitación, Sophie abrió los ojos más de lo posible con absoluto terror. Se fijó en ella y la miró con atención mientras dejaba el juego de té en la mesa y servía una taza. Y cuando le ofreció la taza a Sophie, Claudia pudo ver lo que miraba su cuñada: el blanco del ojo izquierdo de la mujer estaba ensangrentado y la piel que lo rodeaba estaba por completo amoratada.

Sophie se llevó la mano a la contusión de su barbilla. La mujer dejó sobre la mesa el té y se hundió en una silla, doblando las manos con fuerza sobre su regazo. Las dos se miraron la una a la otra hasta que la mujer murmuró en voz baja.

—No está sola, señorita.

Y Sophie empezó a sollozar.

Claudia permaneció una hora con ellas; había empezado a nevar y aunque Sophie ya estaba bastante calmada, se abrazó con fuerza a su cuñada cuando ésta se preparó para marcharse.

—Todo irá bien, Sophie —susurró Claudia con fervor.

Ella asintió, intentaba creerlo con todas sus fuerzas, y la verdad era que Claudia sólo podía esperar que todo fuera bien. Cuando el carruaje se puso en marcha desde el bordillo donde esperaba, una sensación nauseabunda de terror le subió hasta la faringe. Por muy poderoso que fuera Julian, sin ayuda de nadie no podía cambiar las leyes de Gran Bretaña a su conveniencia. Y lo que era peor, todavía le quedaba la pequeña cuestión de contarle a Julian lo que acababa de hacer.

Sintió un pánico de una clase totalmente diferente.

OceanofPDF.com

Capítulo 23

Julian forzaba la vista para distinguir las letras de la meticulosa caligrafía del antiguo manuscrito. Dos horas de trabajo habían servido para traducir un párrafo. Sólo un párrafo de cuatro líneas. Se quitó las gafas e, inquieto, apoyó la base de sus manos en los ojos. ¿Cuánto tiempo podría seguir así?

Trasladó las manos a la nuca y, dejando caer la cabeza, se frotó los músculos tensos. Sintió una aguda tensión que le sacudió la columna vertebral hasta las piernas. Esta ansiedad constante le estaba matando, este malestar descontrolado por todo y todos a su alrededor. Era culpa de ella, pensó con amargura, era culpa suya porque no podía dejar de quererla, por mucho que lo intentara. Por mucho que intentara encerrar su corazón en una jaula de acero, ella conseguía introducirse en su interior.

Bajó las manos y subió despacio la cabeza, y su mirada fue a parar, no podía ser de otro modo, sobre la pequeña maceta de violetas que descansaba en una esquina del escritorio. Se recostó hacia atrás y formó un triángulo con los dedos mientras estudiaba aquella cosa tan tonta. Alguien cuidaba de la maceta cada día y podaba los capullos marchitos. Cada día aparecían nuevos capullos en tal cantidad que ahora casi rebasaban los confines del pequeño tiesto de porcelana, que también era diferente a los demás: estaba pintado con un sol, árboles y flores, y si no estaba equivocado, con una espantosa imagen de la fachada principal de la mansión Kettering.

Parecía milagroso, pero las raíces de esas violetas se habían enroscado en torno a su corazón le inyectaban un poco de vida cada día y le recordaban que la quería, que pese a todas sus peculiaridades y crímenes de pasión, era a ella a quien quería en esta vida. Estos malditos capullos azules

y púrpuras atrapaban su atención cada mañana, encandilaban su mirada, se sentía atraído por su belleza... igual como le atraía Claudia. Estos toscos dibujos sobre el tiesto de porcelana, más cálidos y brillantes que cualquier otra cosa, frescos e indiferentes, eran igual de bellos.

Igual que Claudia.

Julian apartó con brusquedad el viejo manuscrito y se levantó, se alejó tambaleándose del escritorio y las violetas. La quería. Estaba claro que se había enfadado con ella por haber influido en Sophie con tal inconsciencia, con la consiguiente fuga de su hermana. No obstante sabía que aquel mal consejo no lo había dado de forma malévola; Claudia lo había hecho con la creencia vehemente de que tenía razón. No, ya no la hacía responsable de la desgracia de Sophie.

Entonces, ¿exactamente contra qué continuaba luchando? ¿Qué le hacía evitarla con tal empeño, insistir en mantenerla fuera de todos sus pensamientos mientras estaba despierto? Julian se detuvo delante de las ventanas, perdió la mirada en la nieve que cubría St. James Square.

Tal vez si fuera sincero consigo mismo —un esfuerzo por sí solo podría reconocer que había una parte de él que simplemente no podía aceptar el que ella no le correspondiera en su profundo afecto. Sospechaba que sus recientes y repentinas declaraciones de amor eran producto de sus sentimientos de culpa. Se culpaba de la tragedia de Sophie, y su repentina atención era la manera de expiar su culpa. Al final se cansaría de su penitencia autoimpuesta y, cuando así fuera, estaba seguro de que las cosas volverían a ser como antes. Claudia volvería a despreciar su situación, pensaría en Phillip con frecuencia y atravesaría revoloteando su corazón y su vida como si fuera una mariposa hostigándole con su encanto mientras eludía la captura. Estaba convencido de que, cuando eso sucediera, se desintegraría como la tierra entre los dedos, desaparecería entre la hierba infestada de zarzas en que se había convertido su vida.

De modo que se aferraba a su instinto de supervivencia y mantenía las distancias con ella.

Claro que aquello parecía conveniente, pues había otra parte de él, igualmente desesperada, que continuaba segura de que a la larga él también la destruiría a ella. Las fuerzas siniestras de la naturaleza que parecían regir

su vida encontrarían a la postre la manera de hacerle daño, igual que a todas las demás personas que había querido. Cuando murió Valerie estuvo a punto de perder la cordura, la muerte de Phillip le había empujado al borde del negro abismo, y ahora descendía en espiral por la oscuridad con la ruina de Sophie. Cuando la desgracia encontrara por fin a Claudia —y así sucedería, si él la quería— su alma ardería con toda certeza en el infierno.

Llegó a la conclusión de que era mejor mantenerla fuera de su mente y su cabeza. Era mejor enterrarse en antiguos tomos, sin levantar la cabeza de ellos, impidiendo el acceso de toda luz y sonido.

Volvió de la ventana y echó una ojeada al reloj situado sobre la repisa de la chimenea, luego frunció el ceño. Por desgracia, en un momento más distendido, se había visto impulsado a aceptar una invitación para cenar aquella noche con los Albright y sus invitados para después jugar un rato a las cartas. Por mucho que le asqueara, la realidad era que las apariencias lo eran todo entre la aristocracia. Había aceptado aquella invitación por culpa de Sophie, pues sabía que si quería seguir con la farsa de aquel matrimonio, tenía que aparentar que todo iba bien en la familia Kettering.

Veinticuatro horas no habían servido para dar con alguna idea brillante, ni el paso del tiempo había hecho nada para aliviar el pánico de Claudia, que ahora se había convertido en una histeria en toda regla. ¡Jesús, María y José! ¡Había cometido un delito al sacar a Sofía de su casa! Un delito imperdonable y, peor aún, bajo la ley inglesa, su delito era el delito de Julian. Él sería el culpable de secuestrar a su propia hermana, hecho por el cual podía perder sus tierras o la libertad, o tal vez incluso su cabeza, ¡aunque él ni siquiera lo sabía!

Claudia había salido en varias ocasiones de sus habitaciones para ir en busca de Julian, preparada para confesarlo todo y pedirle ayuda. Un miedo frío, duro, la había detenido cada una de las veces: el miedo a que él obligara a Sophie en última instancia a volver a casa después de estrangular a su esposa. Claudia podía soportar su ira y cualquier castigo que le impusiera, pero no podría soportar ver que Sophie regresaba con Stanwood. No, antes morir que permitir que sucediera aquello.

Su indecisión la había mantenido en un constante estado de desasosiego a lo largo de todo el día y ahora se vestía sin pensar para la cena de los Albright. Casi no prestó atención al elegante peinado que Brenda le hizo, entrelazando hebras de hilo de plata a juego con el bordado del corpiño. Cuando se ajustó los pendientes de diamante y aguamarina, a juego con el collar que se había puesto, se obligó por fin a mirarse al espejo. El vestido de terciopelo y brocado color rosa favorecían su cutis, supuso, pero nada podía borrar las marcas de preocupación que rodeaban sus ojos, su piel pálida y el gesto de culpa de su boca. Pero aparte de eso, no le pareció que su aspecto fuera el de una maleante.

Con un suspiro cansino, se retiró un rizo de la sien, se puso con desgana las pantuflas rosa y se encaminó hacia abajo como si recorriera el camino hasta la horca.

En el salón azul, Julian iba de un lado a otro con impaciencia mientras la esperaba a ella; su aprensión crecía a cada paso. No era buena idea, pensó, más bien todo lo contrario. ¿Cómo iba a soportarla de su brazo toda la noche? ¿Qué le había hecho creer que podía actuar como si todo fuera bien delante de dos de los hombres más indiscretos de toda Europa? Si había algo que despreciaba de Adrian Spence y Arthur Christian era su capacidad asombrosa para leerle como un maldito libro abierto.

—Oh, cielos, estás... muy guapo.

El susurro de su voz le sorprendió. No la había oído entrar y se volvió con torpeza. Al hacerlo notó cómo escapaba su aliento de forma entrecortada de sus pulmones.

Oh, Señor. Apareció ante él como una princesa. De forma muy deliberada, Julian se volvió para contemplarla de arriba abajo, incapaz de apartar la vista de aquella asombrosa visión.

Claudia se ruborizó. Sonrió débilmente y se retiró cohibida un rizo detrás de la oreja.

—No era mi intención sonar insolente. Mis disculpas. Sólo es que estás muy... bien —dijo y se rió con vacilación.

Julian sintió el calor de aquel sencillo cumplido propagándose por todo su cuerpo. De todos modos, sólo podía mirarla, maravillándose de cómo conseguía cautivarle una y otra vez, descentrarle y hacerle caer en picado por el precipicio del deseo.

Las mejillas pálidas de Claudia empezaron a relucir de rubor.

—Espero no haberte ofendido, de verdad.

—No —dijo él por fin cuando encontró la voz. *Sólo es que estaba pensando lo mismo de ti*—. Por favor —añadió como un imbécil e indicó con un ademán uno de los dos sillones de orejas situados justo delante del fuego—. Aún es temprano —dijo con brusquedad—. ¿Te apetece un poco de vino? Lanzó una rápida mirada al lacayo apostado junto a la puerta y le hizo un breve ademán con la cabeza, luego consiguió de algún modo ordenar a sus piernas que se movieran de la ventana a la chimenea.

Claudia vaciló, le estudió con cautela antes de seguir su indicación y sentarse, toqueteándose los rizos sueltos del pelo mientras se deslizaba por la alfombra. Se sentó en el extremo del sillón situado frente al que él había ocupado, y mientras se arreglaba las faldas un poco, él admiró la plenitud turgente del corpiño de intrincado bordado —también esa parte cubierta, al menos— que se elevaba suavemente con cada respiración.

El lacayo apareció a la izquierda de Claudia y se inclinó con su bandeja de plata. Con una dulce sonrisa, cogió una copa de vino y esperó a que Julian se sirviera antes de dar un sorbo con delicadeza. Él no bebió sino que continuó mirándola por encima del borde de la copa de cristal, sintiendo aquella familiar sensación de desasosiego, el viejo temor a no poder coger nunca entre sus brazos tal belleza.

Claudia bajó la copa de vino y jugueteó con el collar de piedras preciosas que reposaba contra su garganta. Tras un momento, le miró a través de sus oscuras pestañas.

—Hace casi un año que te vi en el baile de Navidad de los Farnsworth —dijo ella y posó la vista un momento a la copa—. Lo recuerdo porque en aquella ocasión también ibas todo de negro. Levita y pantalones negros. Chaleco y pantalón negro. Parecías un peligroso bandolero. —Hizo una pausa. Como él no decía nada, se aclaró la garganta con nerviosismo. Con un dedo siguió el borde de la copa, una vuelta y otra y otra.

Julian recordaba aquel baile con mucha claridad. Había llegado allí en la recta final de alguna excursión demente, una más que le había llevado a pasar por Dunwoody, donde Phillip estaba enterrado. Desconocía por completo qué era lo que le había poseído para detenerse ante la tumba de su amigo, pero lo había hecho y había llevado un puñado de flores de invernadero. Cuando dejó la tumba de Phillip, le dolía la cabeza hasta el punto de estallar, resultado, se había dicho, de la falta de sueño y el exceso de alcohol. *No de la culpa.*

—Y aún llevabas las espuelas —añadió—. La señorita Chatham hizo un comentario sobre ellas: creía que habías cabalgado todo el camino desde Kettering Hall sólo para el baile de los Farnsworth.

Julian arqueó una ceja socarrona.

—¿Y tú que pensabas? —preguntó con calma.

—Que eras el hombre más guapo de todo Londres —respondió al instante.

Julian sintió la primera grieta en el hielo que rodeaba su corazón. Con mucha calma, dejó el vino a un lado y preguntó:

—¿Por qué me halagas tanto?

—No te halago, Julian. Te admiro, me parece que no puedo evitarlo —contestó ella y bebió presurosa de la copa de vino—. Me has recordado aquella noche, nada más. Lo siento.

—Yo también te recuerdo —se oyó responder—. Llevabas una cinta de bayas secas de acebo en el pelo.

Una sonrisa de genuina sorpresa tomó sus labios, una de las muchas sonrisas que podían iluminar el alma de Julian en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Recuerdas eso? —preguntó, estaba claro que complacida.

—Igual que el acebo en tus zapatos.

Entonces Claudia sonrió abiertamente, y Julian pudo sentir el calor y el brillo de la sonrisa en su corazón, fundiendo el hielo. Se rió con alegría, un sonido melodioso que no había oído durante semanas.

—Papá estaba bastante contrariado, quiero que lo sepas. Juró que había echado a perder un par de zapatillas perfectas.

—A mí me parecieron bastante festivas —dijo, y se percató de que él también sonreía.

—No sé cómo conseguiste verlas —continuó risueña—. Estabas en el otro extremo del salón de baile, rodeado de tus muchas admiradoras femeninas. Creo que eran cuatro o cinco. Y por lo que recuerdo, la señorita Chatham se encontraba entre las más ardientes.

Lo recordaba, claro que sí. Incluso recordaba haber dado un beso a la anhelante señorita Chatham en el vestíbulo y desear que fuera Claudia.

—Una pena que no te encontraras entre ellas —dijo.

La sonrisa de Claudia se desvaneció despacio, sus ojos grises azulados se encontraron con los de él durante un largo momento. Julian tuvo la sensación de que ella podía ver más allá de su coraza de protección, más allá del hielo.

—Estaba entre ellas —dijo por fin—. Siempre he estado entre ellas... sólo que no podías verme. Y siempre estaré entre ellas, pese a lo que pueda pasar.

Julian no encontraba las palabras. De repente se adelantó, porque quería tocarla, quería exigir la verdad... Estiró el brazo a través hueco que les separaba y le pasó una mano con ternura por el codo, hasta su muñeca, que rodeó con firmeza con los dedos.

—Claudia —dijo en voz baja— nunca me digas algo así sólo para aplacar tu conciencia preocupada. Nunca me digas eso a menos que lo digas con todo tu corazón...

—Milord, el carruaje está listo —entonó Tinley desde la entrada. Julian, sorprendido, se volvió hacia el viejo mientras él entraba renqueante en la habitación para descansar contra una silla—. En la calzada, bonito y caliente para milady —añadió con una sonrisa ufana.

La oportunidad del viejo era increíble.

—Gracias —pronunció Julian con sólo un mínimo de educación, y volvió a mirar a Claudia. Estaba sonriendo, le chispeaban los ojos. Y parsimonioso, con incertidumbre, Julian se levantó y su mano flotó hasta el codo de Claudia para ayudarla a ponerse en pie.

Se levantó con gracia y vaciló un tanto al encontrarse de pie delante de él.

—Lo digo en serio, con todo mi corazón —murmuró y se balanceó para ponerse de puntillas sobre sus pantuflas rosas y besarle con timidez la

comisura del labio.

Antes de que pudiera recuperarse de la extraordinaria sensación de aquel sencillo beso, ella se estaba acercando a Tinley para enderezar con una mano al hombre que renqueaba hacia la puerta. Julian, estupefacto, la siguió hasta el vestíbulo y se quedó mirándola fijamente mientras se ponía el sombrero y el manto, y se esforzaba por ponerse los guantes igual que se esforzaba por creerla. La siguió igual de estupefacto cuando salieron sobre la nieve dura y crujiente, y sintió la alegre risa que le invadió hasta la médula cuando ella se resbaló y chocó contra él.

Y cuando el coche dio una sacudida hacia delante, zarandeándoles mientras el chófer buscaba el tramo más liso de la carretera, la miró con recelo, temeroso de creerla. Ella le respondió con una suave sonrisa, sus ojos centellearon igual de brillantes que las joyas en su garganta.

—No me crees —dijo por fin.

—No del todo —admitió él con cautela. *Pero Dios sabe que quiero creerte.*

El coche dio una brusca sacudida a un lado y Claudia intentó sujetarse, pero empezó a resbalarse desde los cojines de terciopelo. Julian tendió sus manos al instante y la agarró por debajo de los brazos y, sin pensar, la atrajo sobre su regazo.

—Quiero creerte.

Algo destelló en los ojos de Claudia. De repente le agarró la cabeza con fuerza mientras le besaba, deslizándose su lengua sobre la de él y mordisqueando la carne a lo largo del extremo de su boca. Aplastó su cuerpo ágil contra él, mientras Julian, con cuidado, casi como si no quisiera, movía su mano con delicadeza a lo largo de su hombro y cuello, hasta la mejilla, y le tomaba el rostro.

El carruaje volvió a zarandearse y, de forma tan repentina como había empezado, había acabado. Claudia levantó la cabeza y le miró de soslayo mientras respiraba a fondo varias veces.

—No sé cómo convencerte —dijo—. Ni siquiera sé si debería. —Se apartó de su regazo para sentarse a su lado. Julian no respondió, temía poder dejar ver lo desesperado que estaba por que le convenciera. Lo peligrosamente cerca que había estado por virtud de un beso ardiente. Con

ingenuidad, Claudia se apoyó contra él como si fueran viejos amantes, mirando por la ventana con gesto compasivo mientras el carruaje daba tumbos. El enrolló su mano sobre la de ella y Claudia respondió apretándole los dedos.

Julian sintió el pequeño apretón tranquilizador subiéndole hasta el corazón, y se preguntó si no estaba loco del todo por creer que las cosas podrían ir bien entre ellos dos, que algún día podrían sentirse viejos amantes.

El conde de Albright, en contra de su criterio, había traído a su esposa a lo que se suponía que era un viaje muy corto a Londres. Su clara intención era regresar a Longbridge, su finca en el campo, para finales de semana. Ciertamente, no tenía intención de quedarse tanto tiempo, y mucho menos de organizar una cena. Pero su esposa, Lilliana, había insistido en ello, le había recordado que había estado encerrada en Longbridge durante semanas sin un solo invitado ni nadie con quien hablar aparte de él, el bebé y varias vacas. Y entonces le había empujado para dejarlo tumbado de espaldas y garantizar la respuesta que quería oír haciéndole el amor apasionadamente. Como era habitual, Adrian había quedado indefenso.

Por consiguiente, él y Arthur estaban de pie junto al aparador, estudiando la sala llena de invitados. Lilliana y Claudia se reían alegres con la duquesa de Sutherland, Lauren. Estaba el hermano de Arthur, Alex, duque de Sutherland, sentado sobre un sofá con Louis Renault y lord Boxworth, enfrascados en animada conversación sobre la última serie de reformas parlamentarias. Lady Boxworth y lady estaban también presentes y, por supuesto, Julian Dane, quien se hallaba de pie en un extremo sorbiendo en silencio una copa de oporto y observando a su esposa como un halcón.

Adrian desplazó la mirada de Julian a Arthur con una sonrisita.

—Yo diría que nuestro viejo amigo lo lleva un poco mal.

—Fatal —respondió Arthur de inmediato— aunque me atrevería a decir que él aún no lo sabe. Nunca fue muy astuto en cuestiones del corazón.

—¿Ah, vas a juzgar a nuestro hombre por el número de corazones rotos que ha dejado atrás a lo largo de los años? —preguntó Adrian risueño.

—¿Le has visto durante la cena? La miraba como un muchacho locamente enamorado cuando ella hablaba de organizar a las mujeres trabajadoras. Ha perdido la cordura, si me pides mi opinión... enamorarse así de una mujer que ha nacido para dar problemas... —comentó Arthur, divertido a todas luces.

—Te doy la razón —musitó Adrian mientras miraba con disimulo a Claudia—. ¿Sabes que de hecho ella convenció a Lilliana sobre lo bien que les sentaría a las hijas de mis inquilinos un verano en Londres costado por nosotros? Lilliana ya había planeado un complicado programa para el verano y estaba a punto de ir a ver a los inquilinos para explicárselo todo cuando yo me enteré.

—¿Un verano en Londres? ¿Y con qué objeto? —preguntó Arthur, que evidentemente estaba confundido.

Adrian frunció el ceño.

—Cultura y educación.

Arthur miró a Adrian; los dos hombres estallaron en carcajadas.

Si Julian hubiera oído sus palabras, de buen seguro también se habría reído. Pero no había oído ni una sola palabra en toda la noche: Claudia le tenía consumido. Si no estaba mirándola, estaba pensando en su trayecto en el carruaje. Y si no estaba pensando en eso, se sentía orgulloso de su argumento elocuente sobre la organización de las mujeres trabajadoras.

Ahora, en el salón rojo, hacía tiempo con impaciencia hasta que llegara el momento en que pudieran escaparse sin quedar mal y continuar la discusión iniciada en el carruaje. Había tenido las horas transcurridas para reflexionar y estaba más que contento de dejar que Claudia le convenciera de que le adoraba. Había llegado incluso a permitirse la fantasía de que tal vez pudieran dejar el horroroso pasado atrás y empezar de nuevo; y empezaría por hacerle el amor. Una y otra vez, si tenía esa suerte.

Pero entonces, Max, el mayordomo de Adrian, llamó su atención. El diminuto hombre apareció en la puerta saltando nervioso de un pie al otro mientras Adrian se adelantaba despacio. Julian le conocía y sabía que tendía a dramatizar, pero de todos modos tuvo un mal presentimiento cuando éste

gesticuló como un loco en la dirección del vestíbulo y Adrian frunció el ceño.

El repentino alboroto en el pasillo sorprendió a Julian. Se movió hasta el centro de la sala mientras Adrian se situaba en el umbral de la puerta.

—¡Eh, vamos! —gritó con aspereza—. ¿Qué se cree que está haciendo?

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Stanwood apareció de repente en la puerta con aspecto de estar hecho una furia. A Julian le dio un vuelco el estómago. Rodeó a toda prisa el sofá mientras Stanwood irrumpía en la sala.

—¡Alto, Stanwood! —gritó sin prestar atención al grito de alarma que soltó una de las mujeres—. Le agradecería que saliera de la casa de lord Albright de inmediato...

—¡No sin que me diga dónde está! ¿Qué ha hecho con mi esposa?

—¡Oh, Dios bendito! ¿Qué le ha sucedido a Sophie? —chilló Eugenie.

Julian se abalanzó hacia delante mientras Stanwood, que prácticamente echaba espuma por la boca, se volvía a Eugenie.

—¡Se ha ido! ¡Ustedes la han separado de mí, pero no les servirá de nada! ¡Esa zorra ahora me pertenece!

Julian no se percató de que el rugido de indignación lo había soltado él mismo. Casi no tomó nota de que Sophie había desaparecido: su ira le dejaba demasiado sordo, demasiado ciego a cualquier cosa menos a Stanwood y su firme intención de matarle esta vez. Arremetió contra él y le empujó contra la pared, propinándole un fuerte golpe en el ojo. Recuperó deprisa el equilibrio y levantó de nuevo el brazo, pero alguien le contuvo mientras tres lacayos se apresuraban a dominar a Stanwood. Julian, furioso, forcejeó contra quien le contenía. Adrian dijo enardecido:

—¡No, Kettering! ¡No merece la pena!

—¿Pensaba que podría ocultarla de mí para siempre? —dijo Stanwood entre jadeos, forcejeando contra la contención de los tres hombres—. No puede, Kettering. ¡Me pertenece ahora, cada centímetro de ella y su maldita fortuna! Haré con esa puta lo que me dé la gana...

—¡Basta ya! —chilló Claudia—. ¡Yo me la he llevado!

Se hizo un silencio de asombro en la habitación. Julian se sentía como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. ¿Ella se había llevado a Sophie?

Su mente no podía asimilar aquello o sus implicaciones. Se libró del asimiento de Arthur y de Louis, se alisó el chaleco en un impulso distraído antes de volverse a mirarla.

—¿Qué quieres decir, Claudia? —preguntó sin alterarse pese a la rabia que bullía en él justo debajo de la superficie.

—Zorra —profirió Stanwood furibundo en voz baja—. ¿Viniste a mi casa y te llevaste a mi mujer? Eso es un delito, puñetas, maldita estúpida...

Julian se dio la vuelta y pegó a Stanwood a la pared con una mirada asesina mientras los lacayos le llevaban fuera del alcance de Julian.

—Una palabra más y te mato, ¡o sea que pide ayuda a Dios!

—Llámeme lo que quiera, señor —dijo Claudia, con voz temblorosa—. ¡Pero no volverá a ponerle la mano encima!

—¡Señor bendito! ¿Dónde está? —gritó Eugenie histérica—. ¿Qué demonios has hecho con ella?

Claudia miró a su alrededor fuera de sí, moviendo la mirada ciegamente de uno a otro antes de volver a fijarla en Stanwood.

—Está... está perfectamente a salvo. Pero no os diré dónde, ¡no hasta que esté segura de que está a salvo de él! —Se agarró el vestido con las manos, formando una ovillo con el tejido.

Julian percibía cómo aumentaba la histeria de Claudia con la misma agudeza con que sentía que aumentaba su furia. Le costaba creer lo que estaba oyendo, incapaz de entender cómo podía haber hecho esto, cómo podía haber desafiado la ley y a él y llevarse a su hermana. Cómo había faltado al deber de contarle a él lo que había hecho.

—¡Pagaré por esto, lady Kettering! ¡Con su vida, si de mí depende! —gritó Stanwood.

—¡Lleváoslo! —bramó Adrian—. Arrojadlo cerca del río. ¡Disparadle si monta una escena!

—Voy a asegurarme de que no lo hace —dijo Arthur, adelantándose a zancadas y siguió a los sirvientes fuera del salón mientras se llevaban a Stanwood.

—¿Y qué pasa con mi esposa? —chilló mientras le obligaban a salir al pasillo—. ¡Exijo saber dónde está!

Julian se dio media vuelta con brusquedad para mirar a su mujer con mirada penetrante. La respiración de Claudia era audible. Su rostro había adoptado una expresión de terror. A Julian le asaltó la noción de que su impotencia que en ese momento había llegado a límites inimaginables, era incapaz de controlar aquel maldito asunto. Intentó controlar su genio como pudo y se acercó a ella.

—Tenemos que salir de aquí.

—Julian, espera! —gritó Ann—. ¡Tenemos que saber qué ha hecho con Sophie!

—¡Yo hablaré con ella, Ann! —dijo con aspereza y lanzó una mirada rápida a Adrian, quien pareció entender hasta qué punto lamentaba aquello. Su amigo le respondió con un ademán para que saliera, Julian no vaciló. Sujetando con fuerza a Claudia, la empujó hasta el pasillo y la impulsó hacia delante cuando ella se tropezó con el dobladillo. No dijo ni una palabra aparte de pedir su coche, luego aceptó estoico sus capas del nervioso lacayo que se las tendía, echándole a Claudia la suya en torno a los hombros.

—Julian... —empezó a decir, pero él no podía hablar, apenas podía respirar, y se contuvo de decir nada, sujetándola por el brazo y empujándola afuera hacia el carruaje mientras la rabia trataba de destrozarle la garganta.

Una vez dentro, ella volvió a intentarlo.

—Julian, por favor, yo...

—No —fue lo único que dijo en tono peligroso. Entonces Claudia casi pareció desaparecer contra los cojines, observándole con cautela mientras el carruaje cabeceaba por las calles de Londres cubiertas de nieve.

El viaje a casa fue insoportable; el silencio se estiraba entre ellos como un océano. Con cada sacudida que el carruaje daba sobre las heladas carreteras, él más la despreciaba. Le había castrado, le había mutilado en público. Jesucristo, el torbellino de emoción y confusión de los últimos dos años le había agotado más allá de la razón, más allá de lo humano. Así de simple: ya no quedaba nada, nada que ella pudiera aprovechar.

Sólo quería saber dónde estaba Sophie.

Cuando llegaron a la residencia Kettering, Julian le dedicó una mirada fulminante mientras bajaban del carruaje. Cuando le tendió la mano para

ayudarla, Claudia le cogió la muñeca y no quiso soltarle. La rabia de él formó una espiral descontrolada, se soltó el brazo con una sacudida y se libró de ella sacándose su mano de encima. Pasando por alto las miradas de asombro en los rostros del conductor y de los dos lacayos, irrumpió en el interior de la casa y subió por la grandiosa escalera. El diablillo le siguió.

Entró en tromba en sus habitaciones y se giró en redondo para enfrentarla de cara, con la respiración entrecortada mientras intentaba soltarse el pañuelo del cuello y arrojarlo a un lado con descuido.

—¿Dónde está? —consiguió soltar.

—Por favor, escúchame...

—¿Dónde está? —bramó al techo.

Claudia retrocedió varios pasos de un brinco.

—Por mi vida, está a salvo, Julian, te lo juro...

—¡Cómo te atreves a jurarme algo a mí! ¿Te das cuenta tan siquiera de que has cometido un delito? ¿Dónde está ella?

Se rodeó el abdomen con un brazo protector.

—No... no te lo voy a decir, así no.

La rabia le cegó, Julian se volvió de espaldas con las manos pegadas a ambos lados de su cabeza, apretadas contra la infame palpitación en sus sienes.

—¡No juegues conmigo, Claudia! —dijo en voz baja—. ¿Qué diantres has hecho con ella?

—¡Él ha estado pegándola, Julian! —gritó—. ¡Vi las contusiones y ... temí por su vida!

Lo que le quedaba de compostura se desmoronó. El mundo dejó de girar; tuvo que luchar para tomar inercia y volverse a mirarla. El rostro de Claudia perdió todo color, la humedad en sus ojos relumbró bajo la luz de la vela. Cuernos, era verdad, la peor pesadilla se había convertido en realidad.

—Contusiones —balbuceó con voz ronca.

Claudia asintió con frenesí y se pasó las manos por las mejillas.

—Muchas. Por todo su cuerpo, de arriba abajo. Dijo que... dijo que le pegaba donde no pudiera verse.

¿Por qué, Señor, por qué no se abría la tierra en ese momento y le tragaba? ¿Por qué debía soportar aquella angustia indecible?

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó con aspereza y, al ver que no contestaba de inmediato, su furia estalló de nuevo—. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo has dicho?

—¡P-porque tenía miedo! —gimió ella—. ¡Quería contártelo pero no estaba segura de lo que ibas a hacer y no podía soportar la idea de que la obligaras a regresar con él! Y tan sólo teníamos un resquicio de oportunidad...

—Cómo debes de despreciarme, Claudia —dijo con voz alterada—. ¿Me crees tan cruel como para dejar a mi hermana en manos de un monstruo?

—Sólo quería ayudar a Sophie...

—¡Sólo querías castrarme! —escupió con desprecio—. Si tuvieras algo de juicio me lo habrías contado. ¡La habría ayudado! ¡Es mi hermana, por el amor de Dios! ¡Pero no, preferías anunciar al mundo mi impotencia en este asunto!

Claudia le miró boquiabierta, sin palabras.

—¿Entiendo bien? ¿Estás enfadado porque tu orgullo de hombre está herido? —preguntó, incrédula.

—Gracias a ti, señora, no tengo orgullo. Me has privado incluso de eso. Tú ganas, Claudia. Has acabado conmigo, física y emocionalmente, ya apenas sé qué sentido tiene.

—¿Que he acabado contigo? ¿Tengo que recordarle, señor, que usted fue quien me sedujo? ¡Su lujuria acabó conmigo! ¡Es el único motivo de que estemos aquí ahora!

—Pues parecía bastante deseosa, señora —replicó con efusión, desoyendo de forma ostensible la afirmación de Claudia.

Claudia se quedó boquiabierta, llena de indignación.

—¡Sí, sí, lo deseaba! Había bebido demasiado champán y tú... por favor, Dios, no me recuerdes la escasa cordura que he demostrado toda mi vida en lo que a ti respecta!

La rabia de Julian ahora aporreaba como un tambor en su pecho, en su garganta y en sus sienes. Dio un paso amenazador hacia ella.

—¡No me hables de escasa cordura! ¡Debería haber seguido mi camino y dejar que te las arreglaras tú misma, tan altiva y poderosa! ¡Nunca debería

haber permitido que tu padre me convenciera de que protegiera tu honor! ¡Si hubiera sabido que al final destruiría a mi hermana, habría dejado que te pudrieras con tu escándalo!

—¡Si hubieras escuchado a Sophie en vez de creerte tan divino e infalible, esto nunca habría sucedido!

¿O sea que ahora todo esto era obra suya?

—Si hubiera escuchado más a mi cabeza en vez de a mi polla, esto tampoco habría sucedido, nunca, te lo aseguro —le disparó.

Aquello la hirió. Claudia retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

—Siempre es lo mismo contigo, ¿eh que sí? —musitó—. Sólo lujuria, en realidad no te importa dónde descargas, mientras esté caliente y se mueva. —Una risa histérica desbordó su garganta; se llevó la mano a la mejilla—. ¡Dios santo, te creí cuando dijiste que me querías! ¡Te creí de verdad! Pero no era más que otra mentira, ¿verdad? Otra mentira para arrastrarme hasta tu cama! ¡Me das asco!

—No era una mentira peor que las tuyas, Claudia. Quería creerte, también, pero parece que desde el principio estábamos condenados al fracaso. Bien, no hace falta que te preocupes más, prefiero verme colgado de Newgate antes que tenerte otra vez en mi cama. Lo único que quiero de ti es saber el paradero de mi hermana.

Claudia entrecerró los ojos de forma peligrosa.

—No.

—¿Te crees que esto es alguna clase de juego? —le soltó con irritación—. ¿Otra de tus pequeñas fantasías en las que las mujeres gobiernan el mundo?

—Te lo he dicho, está perfectamente a salvo. Pero no te voy a decir dónde está, no hasta que te hayas calmado. No puedes ir tras ella, así no.

De repente embistió contra su esposa, pero Claudia se apresuró a escapar de él.

—¡No puedes hacer nada para que te lo diga! —gritó, se dio media vuelta y huyó de sus habitaciones.

¡No puedes obligarme a quedarme en mis habitaciones! La repentina imagen de la desafiante niña le despedazó. Julian cayó sobre una rodilla y

se tapó los ojos con una mano mientras intentaba recuperar el equilibrio con la otra. El desasosiego en su piel era tan abrumador, ejercía tal presión sobre sus huesos y su cráneo. Por fin lo había conseguido, le había destruido por completo. Gracioso, ¿verdad?, que en todo este tiempo le hubiera preocupado más que ella pudiera acabar destruida.

No les quedaba nada, aparte de encontrar una manera de poner fin a esta farsa de matrimonio. De una vez por todas.

OceanofPDF.com

Capítulo 24

Claudia no fue invitada a la reunión familiar que se convocó para la siguiente tarde, algo que le dejaron bien claro. Desalentada, confundida y bastante insegura, despidió a Brenda y pasó el día en soledad. Empezó a preparar sus maletas con movimientos rígidos, pues sabía que todo había acabado. Aquel desagradable embrollo era ya demasiado complicado como para entenderlo, y por mucho que lo intentara, no podía indicar con exactitud qué era lo que había destruido en última instancia el amor que Julian sentía por ella.

La falta de confianza entre ellos era tan enorme... dudas que se extendían a lo largo de años, demasiadas falsedades a través de las cuales no parecía posible abrirse camino. Sólo había una cosa de la que tenía total certeza.

Amaba a Julian.

Muchísimo, con todo su corazón, de la misma manera intensa, inútil y fatal que cuando era una niña, tal vez incluso más. Le quería, pero también quería a Sophie y no podía lamentar del todo lo que había hecho.

De cualquier modo, Claudia entendía que aunque no hubiera pasado nunca lo de Sophie, de igual manera habría estado haciendo hoy las maletas. Ella y Julian estaban condenados desde el momento en que coincidieron en Dieppe, y si no hubiera sido así, alguna otra cosa finalmente la habría llevado a ser una mera espectadora. Era demasiado independiente para este mundo, estaba demasiado implicada en causas sociales, era demasiado irreverente con las convenciones de la sociedad como para soportar un matrimonio dentro de la elite aristocrática. En

definitiva, algo como la escuela o la casa en Upper Moreland Street, algo, se habría interpuesto entre ellos.

Por desgracia, por mucho que quisiera, no podía cambiar quién era.

A última hora de la tarde alguien llamó por fin a su puerta. Al abrirla, encontró a Tinley apoyado contra la jamba. Le hizo un gesto para que se apartara y entró arrastrando los pies en la habitación para sentarse lentamente en el sofá junto a la chimenea.

—Perdóneme, milady, pero tengo que recuperar el aliento.

Claudia cerró la puerta.

—¿Tinley? ¿Suced algo?

Tinley se metió su mano huesuda en el bolsillo de la solapa y sacó un pedazo de papel que le tendió con su brazo torcido. Era de Julian; había empezado a escribir las cosas en vez de confiar en la memoria de Tinley. Claudia no quería leer esa nota, observó el papel que la hostigaba desde el brazo tembloroso de Tinley.

—Milady —gimió él al ver que no se movía para cogerla.

Se obligó a tomarla. Se volvió un poco para que Tinley no pudiera verle la cara y la abrió:

Requiero su presencia en el salón azul a las cuatro de la tarde en punto.

Eso era todo, nada más que una simple orden. Claudia echó una ojeada al reloj. Un cuarto de hora. Desplazó la mirada de nuevo a Tinley.

—¿Qué se suele poner uno para asistir a un ahorcamiento, tienes idea?

—preguntó con aire apesadumbrado.

—Algo negro, apostaré yo —respondió con afabilidad el mayordomo.

A las cuatro en punto, Claudia se hallaba de pie ante la puerta del salón azul, dando profundas bocanadas de aire para llenar sus pulmones en un intento de calmar su corazón acelerado. Cuando aquello no funcionó, se apretó el abdomen con las manos y tragó saliva entre respiración y respiración para que la ansiedad no le provocara náuseas. Iba a llamar,

entrar en esa habitación y plantar cara a las consecuencias de todo aquello, pero por lo visto no había fuerza en el universo que pudiera hacerle levantar el brazo.

No hizo falta ninguna fuerza, la puerta se abrió de pronto de par en par y Julian la fulminó con la mirada.

—¿A qué esperas? —le preguntó con rudeza mientras se hacía a un lado para dejarla pasar.

Obligando a sus piernas a moverse, Claudia entró en la estancia. Julian cerró la puerta con un golpe resonante, se cogió las manos por la espalda y empezó a recorrer la habitación delante de ella. Iba arriba y abajo y, con cada giro violento que daba, el dobladillo de su levita volaba tras él. Claudia, demasiado acobardada como para hablar o moverse, le observó, observó cómo se hinchaban los músculos de su mandíbula con la fuerza con que apretaba los dientes, observó cómo le lanzaba miradas, para luego mirar otra vez el suelo, como si su rostro le quemara igual que el sol. Continuó así durante lo que pareció una eternidad, pero al final se detuvo y se obligó a mirarla.

—¿Dónde está?

Claudia soltó el aliento que contenía.

—¿Qué le vas a hacer?

Julian recorrió con su mirada el rostro de ella, estudiándolo como si en realidad nunca antes lo hubiera visto.

—La protegeré con mi vida, Claudia... ¿cómo es posible que no sepas eso?

Había sufrimiento en su voz. Claudia tragó un repentino nudo de emoción y pestañeó rápidamente contra las lágrimas que de pronto inundaron sus ojos.

—Lo sé —admitió con calma. Y así era, lo sabía: es lo que haría él, del mismo modo que sabía que es lo que haría ella. Se preguntó frenética por qué había tardado tanto en entenderlo—. Te daré la dirección.

Julian se dio media vuelta y se fue veloz hasta el escritorio para coger papel y lápiz, luego regresó a zancadas hasta ella y se lo entregó.

—Escribe aquí —dijo con ansiedad— la dirección exacta. Se quitó las gafas y miró con atención por encima de su hombro mientras escribía la

dirección del 31 de Upper Moreland Street. Le arrebató el papel cuando acabó. Parecía cansado, pensó ella, mucho mayor que sus treinta y tres años. Julian frunció el ceño—. No conozco esta calle.

—Es normal —musitó ella.

El ceño se marcó mucho más mientras se metía el papel en el bolsillo de la levita, luego se dirigió deprisa hacia la puerta.

—¿Está muy lejos? Me pregunto si podré llegar antes de que oscurezca —murmuró para sí mismo, distraído—. Voy a mandar una nota a Genie...

—Tengo intención de irme a casa de mi padre —dijo de pronto Claudia con calma.

De espaldas a ella, Julian se detuvo. Su cuerpo entró visiblemente en tensión. *Por, favor, dique no. Di que no, di que no*, le rogó ella en silencio.

—No te lo impediré —dijo sin volverse.

Lo que quedaba de su corazón se precipitó como una estrella fugaz contra la tierra. Le saltaron las lágrimas, que corrieron abundantes por sus mejillas.

—Esperaba que no lo hicieras —dijo entonces y se tragó más lágrimas.

Casi a su pesar se volvió a mirarla. Su mirada titubeó por un momento para mirar el papel en su mano, luego volvió a ella. —Es bastante inútil, ¿no crees?

—¿Lo es? —susurró.

Él asintió con solemnidad.

Ya estaba. Todo había acabado, no quedaba ninguna esperanza, habían quedado todas destruidas: estaba claro que su marido la despreciaba, lisa y llanamente. Claudia se obligó a apartar la vista de su atractivo rostro y a mirar el suelo a sus pies. No quería volver a ponerle la vista encima, no cuando tenía este aspecto, tan apuesto, tan viril... tan distante y frío.

—He preparado unas pocas cosas. ¿Serías tan amable de enviar a uno de tus lacayos con ellas?

—Por supuesto.

Claudia continuó con la mirada clavada en el suelo, deseó que se fuera en aquel mismo instante, que la dejara con su dolor y amargura.

—Claudia...

¡No iba a dejarla marchar, no de esta manera! Su corazón levantó el vuelo en un débil intento de resucitar.

—¿Hay alguna cosa que debería saber sobre este lugar? ¿Encontraré algún obstáculo si quiero verla? —preguntó.

Las alas se rompieron y el corazón empezó a caer en picado sobre la tierra.

—No, por supuesto que no —consiguió decir—. Está a salvo. Sólo tienes que llamar a la puerta, el resto depende de Sophie.

Él asintió, se dio media vuelta y salió por la puerta.

Y Claudia se desplomó en un sofá, doblada por el sufrimiento mientras las lágrimas de su desesperación salían profusamente de su corazón.

Julian sólo tuvo un pensamiento al ver Upper Moreland Street. Se alegró de que Claudia no estuviera con él, de otro modo hubiera tenido la tentación de cortarle la cabeza por someter a Sophie a este lugar. Upper Moreland Street estaba sin duda muy por debajo del nivel de vida al que Sophie estaba acostumbrada, y Julian se molestó muchísimo al verlo.

El carruaje se detuvo delante del número treinta y uno. Se apeó y observó con atención a la mujer que apareció en la entrada. Pequeña y delgada, llevaba un vestido demasiado grande para ella, con más de un remiendo. Su pelo marrón canoso estaba peinado hacia atrás y recogido en un moño tirante en la nuca, lo cual le daba un semblante bastante severo. Frunció el ceño mientras Julian se acercaba a ella y cruzó los brazos con gesto defensivo debajo del pecho.

—Buenas tardes —saludó a viva voz.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—El conde de Kettering —le informó con aire aristocrático.

La mujer sin embargo no pareció demasiado impresionada.

—Ah —comentó como si se hubieran conocido antes—. Así que es usted, vaya.

Prefirió pasar por alto aquel comentario.

—¿Puedo preguntar con quién tengo el placer de hablar?

—Señora Conner.

—Señora Conner, tengo entendido que mi hermana, lady Stanwood...

—Está aquí, claro. Entremos, entonces —dijo y se adentró en la pequeña casa.

Julian vaciló por un breve instante pero subió los escalones de la pequeña entrada, se metió en el diminuto vestíbulo y recorrió el pasillo principal. Al instante se encontró con dos niños que daban volteretas con poco cuidado en el estrecho pasillo ya que uno de ellos fue rodando como una pelota hasta sus pies. Se aclaró la garganta y consiguió atraer la atención de los muchachos. Ambos se volvieron a mirarle con expresión de sorpresa y ladearon la cabeza hacia atrás todo lo que pudieron para poder verle.

—¡Caray! —susurró uno, con ojos como platos.

—Eso digo yo —dijo Julian arrastrando las palabras y pasó con cuidado por encima de los dos rufianes, apartando su sobretodo de aquellas manitas pringosas. Había perdido de vista a la señora Conner, por supuesto, y se detuvo mientras los dos niños reanudaban su ruidoso juego para atisbar en una habitación a su izquierda.

Dos mujeres estaban sentadas dentro del saloncito, zurciendo una montaña de calcetines. Una de ellas le echó una ojeada y le dedicó una amplia sonrisa.

—Buenos días, milord —saludó en voz alta con marcado acento del este de Londres.

Julian hizo un seco ademán y se apresuró a continuar. Niños bruscos y mujeres cockneys, ¿a qué más habían sometido a Sophie?, ¿Cómo podía Claudia pensar tan sólo en traerla a un sitio así? Frustrado, se detuvo ante la puerta que tenía a la derecha y miró dentro,. Era una especie de comedor, excepto por los rollos de tela esparcidos por todo el lugar. Dos chicas jóvenes trabajaban con un par de tijeras, sobre uno de los rollos extendidos sobre la mesa y cortaban con cuidado la tela en grandes cuadrados. La mayor de ellas detuvo su trabajo y le estudió con atención.

—¿Es usted el juez? —preguntó.

—No —respondió al instante, estremeciéndose al pensar por qué una muchacha de su edad necesitaba saber qué era un juez y mucho menos esperar ver a uno. Santo cielo. ¿Dónde diantres estaba Sophie? Se encaminó

hacia la escalera al final del pasillo, cuando reparó en una puerta situada detrás. Se apoyó en un lado para ver mejor y pensó que al menos debería probar en aquella puerta antes de subir al piso superior y acabar metiéndose por accidente en el dormitorio de alguien.

La puerta llevaba a un estrecho pasillo que conectaba la parte delantera de la casita con otra habitación en la parte posterior. Mientras Julian se introducía en el estrechísimo pasillo, el aroma a pan recién horneado llegó a su nariz. Por lo visto, había ido a parar a las cocinas. De todos modos asomó la cabeza y vio a tres mujeres haciendo pan, una con los brazos metidos hasta los codos en la masa.

—Oh, cielos, mira esto, Dorcus —gorjeó una divertida—. ¿Alguna vez habías visto algún tipo tan chulo?

La mujer que lavaba en la tina se volvió a toda prisa. Una sonrisa desdentada se dibujó en sus labios mientras se secaba apresuradamente las manos en el mandil.

—¡Pues, nada, adelante milord! No vamos a morderle, ¿verdad que no, Sandra?

—Yo no prometo nada —contestó Sandra con aire coqueto, y las tres mujeres estallaron al unísono en carcajadas.

—Les ruego me perdonen, por lo visto me he confundido de habitación —les informó Julian con amabilidad y recibió otra tanda de risas socarronas. Se apresuró a retirarse de la habitación y entornó los ojos mientras oía las risas. ¿Qué clase de lugar extraño era éste, lleno de mujeres y niños? Estaban por todas partes, en todas las habitaciones, ocupadas en todo tipo de tareas inimaginables. Julian subió por la escalera, se paró para mirar por la primera puerta. Dos mujeres más y una pila de trabajo de costura entre ellas, dando puntadas a buen ritmo con sus agujas. Continuó antes de que repararan en su presencia y llegó a una segunda puerta donde, gracias al cielo, encontró a la señora Conner sentada en una mecedora, balanceándose hacia adelante y hacia atrás al ritmo de su aguja.

—¿Le sirvo una taza de té? —preguntó sin alzar la vista de su labor.

—Señora Conner —dijo Julian, que se sentía más inquieto por momentos—. He venido a buscar a mi hermana. Si fuera tan amable de traerla aquí, le estaría muy agradecido.

—Ella ya sabe que está aquí, milord —le informó sin darle importancia la señora Conner, que seguía sin alzar la vista.

Julian pensó en serio en ir hasta ella y arrebatarle la condenada costura de las manos y exigirle la atención que se merecía.

—Perdone, señora Conner, pero creo que no entiende. Estoy aquí para buscar a mi hermana. Ahora.

—¡Julian!

La voz de Sophie le sorprendió, se giró en redondo esperando ver... cualquier cosa menos esto.

Estaba sonriendo, si bien con frialdad. La sonrisa estaba estropeada por la contusión negra y púrpura de su barbilla, cuyos extremos amarillentos se extendían hasta el extremo de su boca. Aquella visión le provocó náuseas; en silencio juró allí mismo que se ocuparía de ver muerto a Stanwood antes de que volviera a acercarse a Sophie.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó—. Claudia, supongo. ¿Ve, señora Conner? Sabía que no guardaría el secreto demasiado tiempo.

—Eso está bien —comentó la señora Conner con tono distraído.

—¿Estás bien? —le preguntó él de forma directa—. Te ha hecho más daño aparte de... —No conseguía decirlo, sólo pudo indicar vagamente su barbilla. Sophie sacudió la cabeza.

—No debes preocuparte por eso, Julian. Ya ha pasado, y no volverá a suceder. De verdad, estoy bien.

Sonaba tan serena, tan sincera, que sintió un doloroso aguijón de culpabilidad en su columna. Debería ser él quien le dijera a ella que no se preocupara, quien le prometiera que nadie volvería a hacerle daño. Pero cuando volvió a abrir la boca para hablar, no le salió ninguna palabra, y Sophie entrelazó el brazo en el suyo.

—Está bien —le dijo con dulzura. Con una sonrisa tranquilizadora, miró por encima del hombro a la señora Conner.

—¿Le importaría mucho que le enseñara el lugar, señora Conner?

—Por Dios, no. Ya es hora de que vea lo que ella hace por nosotras —respondió la señora Conner y, entrecerrando los ojos, detuvo su trabajo para escudriñar por la ventana arqueada—. Ya es hora de que todo el mundo sepa lo que hace por nosotras —añadió con calma.

Julian no tenía ni idea de quién o de qué hablaba la señora Conner, ni le importaba de forma especial. En aquel momento sólo quería llevarse a Sophie de este lugar horrible, llevarla a su casa, al lugar al que pertenecía, donde él pudiera ponerla a salvo.

—Ahora no tenemos tiempo, cielo —le dijo a Sophie—. ¿Dónde están tus cosas?

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le contradijo con cariño—. Media hora más no va a cambiar nada. Vamos. Quiero que lo veas.

—Ya he visto..

—No. No, no has visto nada. No como deberías —dijo con obstinación, y con otra sonrisa tranquilizadora le tiró del brazo, le sacó del pequeño salón para conducirlo por el pasillo—. ¿Sabes lo que es este lugar? —le preguntó mientras le guiaba hacia el final del corredor y luego por otra escalera que llevaba al piso superior.

—No —refunfuñó con irritación.

—Me atrevería a decir que no hay otro sitio como éste en todo el mundo. Es un refugio al que podemos venir mujeres como yo cuando necesitamos cobijo.

Julian expresó su opinión con un resoplido y, mirando por encima del hombro, dijo con tirantez:

—Estas mujeres no son como tú, Sophie...

—Sí, lo son —dijo cortante—. Son exactamente igual que yo. Todas ellas han caído en algún tipo de penuria u otra, y todas ellas necesitaban un lugar al que poder ir, donde estuvieran a salvo. Son iguales que yo en ese aspecto; Julian. ¿Sabes lo difícil que es, y más para estas mujeres? —preguntó de forma retórica mientras llegaban al segundo piso.

Julian no dijo nada, frunció el ceño mirando su espalda cuando ella se detuvo para abrir la puerta de una habitación con varios pupitres aglomerados. Echó un vistazo a su alrededor.

—De acuerdo. Es un aula —dijo con impaciencia.

—Es la única educación que algunos de los niños que llegan aquí van a recibir en su vida —dijo con tono reflexivo. Julian volvió a dar un vistazo a la habitación y se dio la vuelta para marcharse. Pero algo le llamó la

atención. Buscó sus gafas y estudió con atención un dibujo enganchado a la pared. Luego entró en la habitación.

Conocía ese dibujo.

Había visto docenas de ellos, en su salón en la residencia Kettering. Era el dibujo de una escuela de la que Claudia no dejaba de hacer bocetos. Y aquí estaba otra vez, enganchado a la pared, pero éste tenía unas toscas figuras dibujadas con lápiz por los extremos con nombres escritos con caligrafía infantil sobre cada cabeza redonda a la perfección. Johnny, Sylvia, Carol, Belinda, Herman...

—Claudia —musitó.

—Vaya. Pues claro que Claudia —dijo Sophie riéndose.

Julian desplazó la mirada a su hermana.

—¿Qué quieres decir con eso?

La sonrisa de Sophie se desvaneció a causa de su confusión.

—¡Seguro que lo sabes!

—¿Saber el qué? —inquirió mientras sentía que la inquietud se apoderaba de él, que su cuerpo se desplazaba dentro de su piel.

Sophie separó los brazos.

—¡Todo esto es obra de Claudia! ¡Es ella quien ha creado este lugar!

Julian, asombrado, se la quedó mirando. ¿Cómo era posible que aquello fuera cierto? Nunca había oído hablar de este lugar, ni siquiera sospechaba de su existencia. Sin duda sabía que donaba dinero a varias causas, pero ni en el sueño más disparatado...

—Hace más de un año que lo puso en marcha. Lo paga con su asignación y la señora Conner se encarga del lugar por ella. La señora Conner cuenta las historias más asombrosas, de verdad, sobre cómo Claudia la rescató de una de las fábricas textiles. Y hay mucho más, creo. Son muchas las mujeres que han llegado hasta aquí. Janet dijo que ahora todas saben de este lugar, ya me entiendes, las mujeres de las fábricas, quiero decir. Pero lo guardan en secreto entre ellas. Si una mujer necesita un refugio sea cual sea la razón, saben que hay un lugar donde pueden ir para ponerse a salvo cuando no pueden acudir a ningún otro lado. Vamos —dijo y le cogió de la mano para tirar de él.

Julian la siguió, enmudecido de asombro, e intentó asimilar todas las cosas que Sophie le mostraba con orgullo. En el cuarto piso, donde el tejado descendía bruscamente, había seis camas a lo largo de una pared en una habitación alargada. Aquí dormían los niños, le informó Sophie. A veces la habitación estaba llena, a veces estaba vacía. Todas las camas estaban hechas con pulcritud, y en el extremo de cada una de ellas había una bufanda de lana y un par de mitones. A las mujeres que permanecían aquí se les pedía, a cambio de su manutención, que contribuyeran si no estaban demasiado maltratadas por la vida. No con dinero, le informó enseguida, eso nunca, porque Claudia creía que debían guardar cada penique que ganaran. Una mujer había estado tan agradecida por el cobijo que le habían ofrecido que, con la lana que Claudia le facilitó, había tejido varios pares de mitones y bufandas para los niños que vinieran aquí.

Por lo visto, Claudia proveía de todo, se enteró Julian, con sus propios fondos o juntando donativos.

Sophie le condujo por el segundo piso, a lo largo de una sucesión de pequeñas habitaciones, cada una de las cuales acogía dos camas bien hechas, con cuadros alegres y pequeñas macetas de violetas que adornaban los tocadores. En cada habitación había un armario con un puñado de vestidos prácticos para aquellas mujeres que llegaban a esta puerta sin nada. Los vestidos, explicó Sophie mientras abría el armario, provenían sobre todo de Mayfair, de los armarios de las amigas de Claudia a las que había convencido para que los donaran.

Mientras avanzaban por la casa, Sophie le presentó a varias de las mujeres que estaban instaladas. Julian las saludó con la formalidad habitual en él. No obstante, no pudo evitar advertir pequeñas cosas en ellas, como sus manos ásperas o la frecuencia con que una mujer se agarraba la espalda como si sintiera algún dolor. Y estaba Stella, la doncella de Sophie, que se ocupaba con sumo gusto de dos niñas. Y Janet, la nueva amiga de Sophie, que lucía un horrible ojo morado que a Julian le provocó un escalofrío de repugnancia.

En el segundo piso estaba la sala principal en la que aún se encontraba la señora Conner sentada, dándole a la aguja con su costura. También había una sala de música con un piano y un arpa donados por algún samaritano y

una especie de biblioteca. Mientras Julian deambulaba por la biblioteca llena de novelas y obras de geografía, astronomía y etiqueta, curioseó en una pila de manuales básicos para niños. Cogió un libro infantil y lo hojeó.

—Muchas de las mujeres que vienen aquí ni siquiera saben escribir —susurró Sophie—. Algunas sólo conocen las letras. Les gustan

los libros de niños. —Julian se quedó mirando el libro que sostenía e intentó imaginarse a una mujer madura haciendo el esfuerzo de leerlo. Cosas que él daba por sentadas; no podía imaginarse lo difícil o limitada que con toda certeza sería la vida de uno sin saber leer.

Cuando acabaron de dar la vuelta por la casa, Sophie le enseñó el pequeño invernadero que Claudia había pedido a un operario que construyera para que así las mujeres pudieran tener verduras durante todo el año. Mientras recorría una hilera de tomates, dijo:

—La señora Conner teme un invierno largo. La asignación de Claudia, la verdad, no es suficiente para mantenerlas a todas vestidas y alimentadas y, por desgracia, los donativos se han secado con el escándalo.

Los donativos. Pensaba que todos eran para su proyecto de escuela.

Julian aceptó con humildad que no había nada que él pudiera decir. Miró a Sophie mientras permanecían en el pequeño invernadero; un millón de pensamientos, pesares y arrepentimientos se revolvieron dentro de él.

—Es un lugar admirable, tienes toda la razón. Pero, lo siento, de todos modos, lamento que tuvieras que venir a buscar refugio aquí. Siento no haber visto que...

—No, Julian —dijo ella sacudiendo con firmeza la cabeza—. No es culpa tuya y no te voy a permitir que creas que lo es. Fue decisión mía fugarme y nada que me hubieras dicho me habría hecho cambiar de idea. —Sonrió con timidez y apartó la vista, con la mirada centrada en algo muy distante. Tras un prolongado momento, volvió a hablar—. Estoy muy contenta de haber venido aquí. Al principio no quería, y no te voy a engañar, estaba muerta de miedo cuando Claudia me dejó sola aquí. Pero estas mujeres... oh, Señor, no puedo explicarlo. Entiendo tantas cosas que no sabía ni siquiera hace dos días, Julian. No las habría aprendido nunca si no hubiera venido aquí.

—¿Aprender qué?

—Que soy fuerte —respondió sin vacilación—. Soy fuerte y siempre lo he sido. Sólo que nunca me había dado cuenta de que yo podía ser así.

En realidad Julian no estaba seguro de a qué se refería, pero pensó que tal vez lo entendía de algún modo remoto. Qué extraño era, pensó, mirando a la menor de sus hermanas, la última a su cargo, que pareciera tan... madura ahora, tan diferente a la muchacha llorosa, enferma de amor, que había dejado en Kettering Hall. Nunca antes había visto a Sophie tan segura de sí misma. Con tal confianza.

Y lo había conseguido eso. Ella había conseguido lo que él nunca había logrado. No sólo había dado a estas mujeres los medios para encontrar la confianza en sí mismas, sino que también le había dado este precioso regalo a Sophie. Eso, y su vida.

Y todo aquello le abatió más allá de lo comprensible, hasta el punto de que tuvo que esforzarse para no caer de rodillas en aquel pequeño invernadero y rogar a Dios que le permitiera poder dar marcha atrás y empezar otra vez desde el principio.

Julian cedió a los ruegos de Sophie para que le permitiera quedarse en Upper Moreland Street hasta que llegara el momento de embarcar para trasladarse a Francia. Por suerte, ella entendió la decisión de la familia de enviarla allí mientras él trataba con Stanwood, con la Iglesia y con varios tribunales. La familia, explicó él, quería ayudarla a conseguir el divorcio si ella lo deseaba así. Sophie comentó que le sorprendía mucho la voluntad de la familia de hacer frente a aquel escándalo que con seguridad recaería sobre todos ellos, y Julian sintió el dolor de la educación de sus hermanas palpitando con fuerza en su sien. ¡De qué manera les habían inculcado las convenciones! Pero él le aseguró que lo que la familia estaba dispuesta a soportar era menos importante que lo que ella estaba dispuesta a hacer.

Solicitarían el divorcio ante el Parlamento, pero era un proceso largo y público en gran medida, le informó. Si no conseguía ganarlo, lo mejor que la ley le podría conceder era una separación. Nunca se le permitiría volver a casarse, no mientras Stanwood siguiera con vida. Sophie asintió, le estrechó

la mano con afecto y le aseguró que por descontado estaba dispuesta a arriesgarlo todo para conseguir liberarse de sir William Stanwood.

Lo que no le dijo Julian fue que en Francia Louis la protegería por si a Stanwood se le ocurría exigir su venganza allí, o que confiaba en que lejos de Londres el escándalo no la marcará con tanta profundidad. En cuanto a Eugenie, nadie tenía que saber que su hermana menor había estado casada en algún momento. Louis no tenía tanta confianza en que el escándalo pudiera contenerse, pero Julian sabía que defendería la reputación de Sophie con toda su considerable influencia como si fuera la suya.

A Sophie no le costó tomar una decisión. Julian le besó en la frente, la estrechó con firmeza contra él durante un largo instante y luego se despidió hasta dentro de unos días.

Agotado, regresó hasta la residencia Kettering con sus pensamientos y emociones sumidos en un caos total. Mientras tendía el sombrero a Tinley, el viejo mayordomo dijo:

—Ha vuelto —y sacudió algunas gotas de agua del sombrero de Julian con la manga de su levita.

—¿Quién? —preguntó.

—No recuerdo el nombre de ese tipo. El marido de lady Sophie.

Bien. Quería acabar con esto.

Stanwood se encontraba en el salón dorado, bebiendo con delicadeza de una copa de brandy. Aparte de servirse el mejor licor de Julian, llevaba otro traje nuevo: otra cortesía más de la fortuna de la familia Kettering.

Una mueca desdeñosa se dibujó en sus labios cuando Julian entró en la habitación.

—¿Bien, Kettering? ¿Ya ha entrado en razón?

Santo Dios, le gustaría golpearle hasta dejarle con tan sólo un milímetro de su lamentable vida.

—Claro que sí —dijo arrastrando las palabras mientras se dirigía despreocupado hasta donde se encontraba el intruso y le retiraba el brandy de la mano, provocando una desagradable risita de Stanwood.

—Yo en su caso no me apresuraría tanto a insultarme, milord. Tengo la ley de mi lado, como bien sabrá.

—¿Ah, sí? —preguntó Julian arrojando el brandy al fuego. Observó como ardía con fulgor igual que su mal genio.

—Por supuesto. El matrimonio es del todo legal, le guste o no. Es mía, y no hay nada que pueda hacer. Y bien, puesto que soy un hombre generoso, estoy dispuesto a pasar por alto el grave error de juicio a cambio de unos pequeños honorarios. No llevaré esta afrenta ante los tribunales e incluso permitiré que la muy golfa le visite de vez en cuando.

Maldito hijo de perra. Julian cerró el puño en un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura.

—Le advierto que cuide su lengua, Stanwood, no sea que se la arranque de la boca. El hecho es que tengo intención de presentar en nombre de Sophie una petición a la Iglesia para que le conceda el divorcio.

El canalla reaccionó con una risa chisporroteante.

—¿Que va a qué? ¡Oh, eso sí que es bueno! ¿Basándose en qué? ¡No tiene motivos, Kettering, y aunque los tuviera, no tiene narices para enfrentarse al escándalo que le espera!

—Espere y verá —dijo Julian con malevolencia.

Stanwood le miró boquiabierto como si hubiera pronunciado una amenaza de muerte contra el rey.

—Pero... no tiene en que basarse —insistió exaltado. Ahora le tocaba a Julian sonreírse.

Pediré el divorcio a la Iglesia a mensa et a thoro. ¿Sabe qué quiere decir eso, Stanwood? La petición citará razones de crueldad extrema. Y antes de que se le ocurra rebatir eso, sepa que he visto con mis propios ojos las muchas contusiones en su cuerpo.

Stanwood palideció.

—¡Se cayó! —dijo casi chillando, luego miró exaltado al fuego—, De cualquier modo, con esto que me amenaza sólo le otorgarán una separación, nada más... ¡eso no es un divorcio!

—Cierto —dijo Julian mientras asentía pensativo y se desplazaba con aire despreocupado al centro de la habitación—. Pero entonces presentaré una petición al Parlamento para disolver el matrimonio con motivo de su adulterio, ya que estoy seguro de que no tardará demasiado en meterse en la cama de alguna fulana... si es que no lo ha hecho ya. —Stanwood palideció

de tal manera que reveló la verdad de aquella afirmación, y la sonrisita de Julian se transformó en un gesto de desprecio—. Entretanto, le estaré observando cada minuto de cada día, Stanwood. Mis ojos estarán en todas partes, puede contar con eso. Cuando respire, yo lo sabré. Cuando coma, yo lo sabré. Cuando se ponga en cuclillas sobre un orinal, yo lo sabré. Y si se le ocurre por un momento desafiarme, haré caer todo el peso de mi nombre sobre su cabeza. Ninguna institución ni hombre de posición le dejará dinero. Nadie le dará trabajo. Nadie le alojará ni le dará ropas ni le dará de comer. No podrá acudir a ningún sitio, Stanwood. ¿Lo ha entendido bien?

El mentón de aquel canalla empezó a temblar de rabia.

—¡No puede hacer eso! —gritó—. ¡No tiene poder para hacer eso!

Con una risa desdeñosa, Julian cruzó los brazos sobre el pecho.

—Póngame a prueba... —replicó arrastrando las palabras.

La respiración de Stanwood se volvió áspera y sonora de manera repentina.

—No puede hacer eso —repitió—. ¡Usted y sus hermanas no podrán soportar el escándalo que voy a montar! Plantaré batalla, y puedo hacerlo, le aviso. ¡La ley está de mi parte! Oh, sí, plantaré batalla.. si es que la quiero, claro. ¡Tal vez ya no la quiera más! ¡Tal vez ya este harto de esa ramera! ¿Y qué si la repudio? ¿Qué pasa entonces?

Julian se encogió de hombros con gesto de indiferencia, disimulando el caldero de rabia que bullía en su interior.

—Supongo que, en tal caso, se irá con el rabo entre las piernas y se arrastrará bajo la roca de la que salió.

Un curioso estremecimiento sacudió a Stanwood.

—¡No me amenace, Kettering! ¡No puede ganar en esto! ¡La ley se la otorga a ella y todo lo que es suyo! ¡Me pertenece a mí, no a usted! —estalló con estruendo y se fue hacia la puerta.

Y un carajo que no podía ganar en esto.

—Entonces, muy bien —dijo con aire despreocupado—. Sólo recuerde que le estaré vigilando. Preocúpese de no hacer nada que vaya en su perjuicio —le dijo con una risa siniestra—. No obstante, hay otra salida, si es que se aviene a escuchar.

Stanwood titubeó en la puerta con aspecto confundido.

—¿Qué salida?

—Cincuenta mil libras a cambio de abandonar cualquier reclamación de su anualidad o rechazar la acusación de adulterio. Lo toma o lo deja.

Stanwood se irritó.

—¡Eso es absurdo! ¿Y qué pasa conmigo?

—Es su vida, Stanwood. Cincuenta mil libras o una prolongada batalla en los tribunales. Si cree que su causa es sólida, podemos vernos en el estrado en la Cámara de los Loes.

Stanwood se puso rojo mientras toqueteaba el reloj de bolsillo en su cintura.

—¿Y qué pasa si acepto? No digo que vaya a hacerlo, pero suponga que lo hago, ¿cuándo recibiría exactamente las cincuenta mil libras?

Julian había ganado la primera fase de la batalla.

OceanofPDF.com

Capítulo 25

Los dos días siguientes fueron para Julian un infierno en vida en el que volvieron a despertarse antiguos sentimientos de impotencia y pesar junto con imágenes perturbadoras y emotivas de otros seres que había perdido. Por supuesto, este caso era diferente. Sophie no estaba ni mucho menos muerta: sólo se iba a Francia. De forma indefinida. Tal vez para el resto de su vida.

Era como morir, y Julian lamentaba su pérdida de inocencia, no tenía demasiadas esperanzas de que su futuro fuera fácil. Dedicó las largas horas a una docena de tareas desagradables, desde discutir en detalle el matrimonio de Sophie con sus abogados a supervisar los preparativos de su equipaje o calmar los temores de sus hermanas, inquietas porque el escándalo que se estaba desatando alcanzara de rebote a sus hijos.

No se permitía pensar en nada más que la tarea que tenía entre manos, desde luego no quería pensar en el montón de maneras en que podría haber ahorrado a Sophie que los puños de Stanwood la alcanzaran, aunque eso se colaba en su conciencia más veces de las que quisiera.

O tampoco pensar en la extraordinaria casa en Upper Moreland Street.

Pero no podía detener los pensamientos de Claudia que le invadían como un ejército y atacaban cada parte de su mente y de su corazón. Apartó a la fuerza aquellos pensamientos, los silenció bajo tanta basura que había en él, se negó a reconocerlos o concederles la posibilidad de la más mínima deliberación. ¿Cómo podía? Se vendría abajo si se permitía pensar, y tenía que ocuparse de Sophie, de todas sus hermanas... de cualquiera menos de el mismo.

Aquella mañana, Eugenie y Louis arroparon a sus hijas con calientes abrigos y esperaron pacientemente en el muelle de St. Katherine, y Julian recogió a Sophie en Upper Moreland Street. Tras una larga despedida a todas las mujeres instaladas allí, incluido un lloroso adiós a Stella, quien prefería quedarse en la pequeña casa, y a Janet, quien no tenía otra opción que quedarse, Sophie subió al carruaje con una calma que desconcertó a Julian. Su nueva seguridad se había desarrollado aún más en los pocos días transcurridos desde la última vez que la vio, y como si quisiera demostrarlo, le tranquilizó con una sonrisa que dejaba claro que estaba muy bien y que de hecho le hacía ilusión aquel viaje.

Mientras el carruaje se alejaba de Upper Moreland Street, Sophie preguntó:

—¿Está Claudia con Eugenie? Quiero darle las gracias antes de irme. Julian apartó la mirada de la ventana.

—Claudia se ha ido a casa de su padre —dijo de forma simple.

La sonrisa desapareció del rostro de Sophie; se dio cuenta de cómo los pensamientos giraban en su cabeza. Tras un largo momento le preguntó por qué.

—Porque, cielo, había demasiada desconfianza entre nosotros.

—¿Es por mí, verdad? Oh, Julian, no te enfades con ella... ¡Me ha salvado la vida!

Como si le hiciera falta que le recordaran eso.

—¡No podemos perder a Claudia! Sea cual sea el problema entre vosotros, lo puedes arreglar, ¿verdad que sí? —preguntó con ansiedad.

—No lo sé —le contestó sincero, y evitó ahondar en la conversación, incapaz de comentar qué había sucedido; como si supiera de verdad qué había sucedido entre ellos... Ya era bastante esfuerzo contener su abrumadora consternación enterrada en la esquina más oscura de su alma.

En los muelles, su familia al completo estaba esperando. Cuando él y Sophie se acercaron por el paseo entarimado hacia donde ellos estaban, Ann y Eugenie se separaron de los demás y salieron corriendo al encuentro de su hermana. Las tres se abrazaron con fuerza cogiéndose por los hombros, apretando sus rostros una contra otra mientras se susurraban entre sí. Al

observarlas, Julian recordó cómo de niñas se abrazaban entre ellas de ese modo... sólo que entonces eran cinco.

El estruendo de la inquietud en la boca de su estómago casi le dobla por la mitad.

Dieron vueltas mientras esperaban a embarcar en el buque que les llevaría a Francia. Nadie estaba demasiado seguro de qué decir, todo el mundo miraba a hurtadillas a Sophie, buscando más contusiones, algún indicio de que estuviera deshecha. Pero su semblante era sereno, no daba muestras de desesperación, nada que sugiriera que el viaje que estaba a punto de emprender la asustara. Cuando el sobrecargo del barco dio la señal de embarcar, las chicas se abrazaron y besaron, prometiéndose escribirse a menudo.

Julian intercambió unas pocas palabras finales con Louis antes de levantar a cada sobrina para besar sus caritas mofletudas. Rodeó a Eugenie con sus brazos y la besó en lo alto de la cabeza. Le sonsacó la promesa de que escribiría al menos una vez a la semana para que él pudiera saber cómo le iba a Sophie. Luego se volvió a su hermana pequeña, horrorizado por completo al percatarse de que sus ojos habían empezado a humedecerse. Ella le rodeó entonces el cuello y le besó en la mejilla.

—Nunca me perdonaré todo lo que te he hecho pasar, Julian... Estaré bien, lo juro, y tú tienes que prometerme que no te preocuparás tanto.

Él sonrió contra el cabello de Sophie.

—Lo intentaré, cielo, pero no puedo prometerte eso.

Sophie se apartó y le sonrió.

—Transmítele todo mi cariño a Claudia, ¿quieres? De verdad tienes que darle las gracias por ayudarme. Estoy en deuda con ella de por vida.

Igual que todos ellos. Con un gesto de asentimiento, Julian le besó en la frente. Y luego, de súbito, Sophie se había ido.

Julian se había quedado solo.

No regresó a casa de inmediato sino que ordenó al chófer que diera una vuelta por Hyde Park. Y luego otra más. Le asustaba regresar a aquella casa oscura y vacía y a su silencio mortal. No había ni luz ni risa allí, ni el sonido de niños jugando o mujeres discutiendo alegremente o practicando tiro al blanco en el césped.

Dios, cuánto la echaba de menos.

Sin pensar, se apretó los puños contra los ojos. Estaba perdido sin ella. Al final, había vivido la peor pesadilla y le había fallado también a ella, igual que había fallado a los demás. Desde la partida de ella, el desasosiego que sentía se había convertido en un vivo fuego que consumía su espíritu. Al menos ahora entendía de dónde provenía aquella inquietud.

Había hecho falta el desastre de Sophie para que por fin comprendiera el sufrimiento que le asediaba desde la muerte de Valerie. Se le hizo evidente, con la claridad del cristal, cuando regresó de Upper Moreland Street y se encontró a Stanwood en su casa. Una vez que se fue el hijo de perra, Julian se había sentado con la cabeza entre las manos, sintiendo el dolor hasta el punto de pensar que iba a volverle loco... porque la necesitaba.

La necesitaba entonces, allí, para que le abrazara, le susurrara algo tranquilizador al oído. Necesitaba compartir con alguien toda su carga, sentir que ella le consolaba. Necesitaba sus tontas violetas sobre el escritorio, las prácticas de tiro en el césped, los téis con damas un poco trastornadas. Necesitaba oír su risa, su docena de sonrisas, el calor de su cuerpo durante la noche. Por fin, un rayo de luz había iluminado su corazón vapuleado y por fin había entendido las palabras del párroco en el funeral de Phillip, «conoce en esta muerte la luz de nuestro Señor, la virtud del amor...»

Casi se ríe en voz alta por su propia estupidez cuando el cochero dobló chirriante la curva de la carretera. Todo este tiempo había pensado que conocía lo que era el amor, que en su caso era perder a las personas con quienes estaba encariñado. Ahora entendía que el tipo de amor que él anhelaba, que tanto dolor ansiaba, era con Claudia, un amor sin principio ni fin, eterno, interminable, fuerte y puro ante las peores adversidades. Eso era lo que había querido con tal desespero sin siquiera saberlo, tal vez desde la muerte de su padre. Pero era el tipo de amor que no estaba dispuesto a concederse a sí mismo, por aquella necia convicción de que acabaría haciéndole daño a ella.

Le había hecho daño, de acuerdo, la había excluido, la había apartado justo cuando más la necesitaba. Ella podría haberle dado la espalda, podría

haber rehusado más escándalos. Pero no lo había hecho; había hecho todo lo posible para continuar adelante. Y —aquello sí que era irónico, maldición— cuando Phillip murió, se llevó a Julian con él hasta el borde del abismo. Entonces se había aferrado a Claudia, primero al ideal, luego a la persona. A sabiendas o no, Claudia le había apartado del borde y le había impedido caer.

Y deseaba con locura enterrar de una vez los demonios que le obsesionaban y amarla, sencillamente, creer en ella, deleitarse con ella, ayudarla. Más que eso, quería de forma desesperada que ella le amara. Sin embargo, tal vez hubiera perdido aquella oportunidad para siempre.

Tal vez se quedara en aquel abismo después de todo.

Los Dane no eran la única familia de Mayfair que había sufrido en los últimos días. El hogar Whitney estaba sumido en un caos a causa de la tragedia de Sophie, si bien era cierto que desde una perspectiva muy diferente.

Aquella perspectiva tenía que ver con la inquebrantable creencia del conde de Redbourne: Claudia pertenecía a Kettering, y por consiguiente, era problema de éste. Desde el momento en que el conde se la había entregado en matrimonio, la conducta poco ortodoxa de su hija estaba bajo la disciplina de Kettering, sus alocadas ideas eran la cruz con la que él tenía que cargar, su desmesurada asignación corría de su cuenta. Estas opiniones se las dejó muy claras a Claudia en un tono bastante alto y tras una reprimenda expresada con dureza para acabar de convencerla de que no podía largarse de su casa sólo porque a ella no le fueran bien sus decisiones. Y en especial después de que otra mujer de la familia Dane se hubiera rebelado y escapado de su esposo legítimo.

Claudia mantuvo una discusión encendida con él, luego intentó camellarle, para acabar suplicándole sin tapujos que la dejara regresar. Pero el conde estaba decidido de un modo inquebrantable en este tema: no iba a permitirle abandonar a su marido como una golfa de origen humilde. No obstante, si Kettering decidía que ya no la quería, no tendría entonces otra opción que mandarla a Redbourne Abbey hasta el momento en que su

marido considerara oportuno trasladarla a Kettering Hall. De un modo u otro, le gritó, se las tendría que ver con ellos. Como si fuera un objeto que les desagradara y que por tanto había que sacar de en medio.

La degradación de Claudia era por tanto completa aquella tarde en que la llevaron a la residencia Kettering en St. James Square como si fuese un mueble para el que no había sitio en la casa de su padre. Y aunque el conde consideró necesario asegurarse de que se subía al carruaje como él había ordenado, no le pareció necesario acompañarla de hecho a la residencia Kettering, siendo enviada allí sola, en compañía de un lacayo.

Llegó como una indigente, llevando nada más que la pequeña bolsa con que la habían dejado. Para gran alivio suyo, Tinley no pareció sorprendido de verla y, aprovechando su falta de memoria, se escapó a sus habitaciones, donde dio vueltas como un animal enjaulado. Nunca en su vida se había sentido tan insignificante, tan desdeñada e inútil.

Y nunca se había sentido tan sola.

Desalentada, no era tan atrevida como su padre, no confiaba en que Julian le permitiera quedarse. Aunque se sintiera particularmente generoso, sin duda la enviaría a algún otro lugar para no tener que mirarla. Como mínimo, la apartaría de su vista.

¿Habría encontrado a Sophie? ¿A dónde la llevaría?

Sus habitaciones estaban oscuras y frías, pero Claudia no se preocupó en llamar a algún criado. No le quedaban energías ni voluntad. Se desplomó sobre un sillón con demasiado relleno y se ciñó la capa alrededor del cuerpo, recogiendo los pies bajo el vestido para calentarse. Se le ocurrió pensar mientras permanecía allí en el enorme sillón que sólo había encendido el fuego una sola vez en su vida. Siempre había alguien que lo había hecho por ella, alguien que atendía todas sus necesidades. Alguien que la convertía en una inútil para el mundo. Ni siquiera sabía encender el fuego.

Bajó la frente sobre la palma de la mano y cerró los ojos, pero no había lágrimas: se habían secado, estaban extinguidas. No importaba. Ya no necesitaba llorar, sólo estaba desolada. Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de por dónde tirar, ni idea de cómo arreglárselas, qué hacer. Impotente, vulnerable y desdichada, había acabado por entender que, pese a

todos sus esfuerzos por mejorar su suerte, había acabado al final a merced de un hombre, un hombre a quien quería con todo su corazón. Un hombre que la aborrecía.

El sonido de alguien que entraba en el pequeño vestíbulo de sus habitaciones se filtró en la habitación y Claudia suspiró cansinamente, en un intento de cobrar fuerza para hablar con Brenda o Tinley o quienquiera que hubiera venido a interesarse por ella. Escuchó las pisadas amortiguadas, sintió que andaban sobre su corazón. La brillante llama de la cerilla la sorprendió, alzó la vista de forma brusca, pestañeando.

—Claudia.

Oh, Dios. Julian.

Avergonzada, apartó la mirada y se pasó el dorso de la mano por la mejilla con un ademán inestable, incapaz de mirarle.

—Tinley me ha dicho que estabas aquí. —Entró en la habitación y ella le dirigió una rápida mirada por el rabillo del ojo. Era una figura intimidadora, la miraba con insistencia, con una expresión inescrutable. Era como un cuchillo en su corazón, triturando el último resto de esperanza, y de pronto se sintió desesperada por mantener al menos la dignidad.

—Los siento —murmuró, tragándose las lágrimas secas—. Papá... me ha traído de vuelta. Él... cree que mi lugar está aquí hasta que tú digas lo contrario. Lo siento de veras, Julian... intenté de todas las maneras disuadirle...

—Tienes que estar congelada —dijo él con voz suave.

Congelada. No era la respuesta que esperaba. Sacudió la cabeza y se puso despacio en pie.

—No tengo frío —dijo sin apasionamiento—. La verdad es que ya no puedo sentir nada.

—Lamento mucho oír eso.

Y ella también. Entonces le miró, los ángulos marcados de su barbilla, el pelo espeso que seguía demasiado largo, los ojos negros que la perforaban, y le sorprendió pensar cuánto lamentaba ya no poder sentirle a él. En otro tiempo podía sentir su mirada clavada en ella desde el otro extremo de una habitación abarrotada o su aliento en su nuca antes incluso de que se hubiera aproximado. Y ahora... ahora no podía sentir ni una

puñetera cosa. Estaba entumecida, insensible, su alma se había apagado. ¡Dios, cuánto lamentaba todo aquello!

—Todo... todo esto es culpa mía, y no sabes cuánto lo lamento —espetó de pronto y se tapó el rostro con las manos, mortificada por el hecho de que él la viera así, como una mendicante—. ¡He sido tan estúpida con tantas cosas! Desde el principio, incluso, y la verdad es que tienes mucha razón, sabes, porque siempre he sabido que estabas cerca... pero yo... yo te quería con tal desespero que no pensaba con claridad por entonces, y cuando las damas hacían comentarios sobre tus manos y tus labios y tu belleza... te detestaba por preferirlas a ellas en vez de a mí.

—Ah, Claudia —murmuró él. Con cautela, dio un paso hacia ella.

Ella era consciente de que estaba a punto de empezar a decir tonterías en un ataque de histeria, pero no podía controlarse, una fuerza invisible la impulsaba a extraer de su corazón las palabras y sacarlas a la luz. Continuó imparable:

—Y luego... luego siempre estabas con Phillip, siempre tonteando por ahí, y no era ningún secreto lo que hacían los Libertinos, en particular Phillip, y la noche en casa de Harrison Green estaba lady Prather, ya sabes. De modo que cuando vine aquí, y vi que tú y Arthur salíais de noche, supuse que volvíais a lo mismo, y nunca debería haber escuchado a Tinley, pero se supone que las mujeres lo aceptan, y se suponía que a mí no tenía que importarme tanto... pero, oh, Dios, ¡me importaba! —lloró y se cubrió los ojos otra vez con las manos.

—Claudia...

—Te quería tanto que no podía soportar que me tocaras, porque cuando me tocabas, tenía la impresión de que era la única mujer para ti, ¡pero no lo era! Siempre había alguna otra a quien tú tocabas de la misma manera...

—Nunca tocaba a ninguna otra mujer, Claudia... ¡no digas más! —le suplico y dio otro paso hacia ella.

Pero Claudia retrocedió tambaleante, escapó a su alcance, incapaz de detenerse ahora hasta soltar el último de sus secretos más oscuros,

—¡Y yo te mentí! No sólo sobre Sophie, no sólo eso, sino también sobre Phillip —sollozó y entonces alzó la cabeza para mirarle—. Me mentí a mí misma. Nunca quise a Phillip, no como te he querido a ti, no como te quiero

ahora, y estoy del todo agradecida de no haberme casado con él, porque sé cómo habría sido mi vida, y no habría sido como esto —dijo al tiempo que indicaba frenéticamente a su alrededor—. No habrías estado tú, ¡y yo lo habría lamentado tanto, tanto, toda mi vida! Aun así te mentí porque estaba dolida. Pensé... pensaba que no te caía demasiado bien, que creías que siempre me pasaba alguna cosa rara y que deseabas no haberme conocido nunca, y tal vez sea así. Yo desde luego lo entendería si ahora mismo fueras a ver a mi padre y le exigieras que me llevara de vuelta a su casa...

—Nunca volveré a dejarte marchar —replicó con voz ronca y se adelantó hasta que la tuvo al alcance de él.

La proximidad la hizo entrar en pánico, como si se hallara demasiado cerca del borde del precipicio. Si él la tocaba, se caería. Levantó el brazo con brusquedad y lo mantuvo estirado delante.

—Esto es... tan humillante —balbuceó con gran desdicha—. Que te envíen de vuelta a casa de alguien que no te quiere...

—Yo te quiero...

—Y verme obligada a postrarme a tus pies como una mendicante...

—Soy yo quien se postra a tus pies. —Le tendió los brazos con cuidado, le rozó la mano con los dedos y luego se la rodeó. Sacudiendo con violencia la cabeza, Claudia dijo.

—No puedo soportar esto... te he arruinado la vida, lo sé...

—La has enriquecido de forma inconmensurable...

—Cometí un delito al llevarme a Sophie, sin pensar en las consecuencias, y por tanto, mi delito se convierte en tu delito...

De repente, Julian la atrajo hacia sí de un tirón, agarrándola por los brazos.

—Claudia, escúchame bien —dijo con brusquedad, agachándose para quedarse a la altura de sus ojos—. ¡Te quiero! Te he querido irremediabilmente desde hace demasiado tiempo. ¡No paso ni una sola hora del día sin pensar en ti, ni un momento sin que te mire o aguce el oído para oír tu voz! Lo único que quiero... —Bajó la voz y la obligó a mirarle—. Lo único que quiero en este mundo es que me correspondas a este amor, al menos un poco.

El corazón de Claudia se detuvo, suspendido en algún lugar entre el cielo y la tierra.

—Oh, no —gimió, y sus piernas flaquearon bajo el peso de aquellas palabras. Se puso de rodillas y Julian con ella, aún sosteniéndola con un fiero abrazo.

—Te quiero —volvió a repetir, doblando aún más sus dedos sobre los brazos de ella.

Inconcebible. ¿Después de todo lo que había hecho?

—No me digas eso —le rogó Claudia cerrando los ojos con fuerza para no tener que ver aquella mirada penetrante—. No me digas eso porque me romperé en pedazos...

—No, eso no va a pasar —dijo sacudiéndola una vez—. Me corresponderás con tu amor. Me querrás como has intentado quererme cuando yo no te dejaba. Me enseñarás a vivir, Claudia, me enseñarás a entregarme a todo el que me rodea, sin temor a las convenciones o a las consecuencias. Me enseñarás a preocuparme de tal modo por los que no han tenido la misma suerte que yo. Me enseñarás a amarte, porque Dios sabe que no lo he hecho muy bien...

—¡No! —gritó ella—. ¡Estoy asustada! No sabes cuánto duele...

—¡Cómo que no! —balbució enfadado—. ¡No renuncies a mí, Claudia! ¡Tengo la impresión de haberte esperado toda la vida! Te necesito, ¿no te das cuenta con qué desesperación lo hago? No puedo vivir sin ti ¡No puedo respirar sin ti! Sufro cuando te vas, sufro cuando estás cerca, me consume mi anhelo por ti. ¡Señor, Dios, lo siento, desde lo más profundo de mi alma patética, siento no haberlo entendido todo antes. Pero ahora sí, y te juro, te juro que lo haré mejor, haré lo que haga falta... sólo quíereme.

La frágil coraza de lo que quedaba de su corazón se resquebrajó y, con un grito contenido, Claudia se hundió en sus brazos, le buscó a tientas, necesitaba apoyarse en él y en el calor reconfortante de su cuerpo.

Con un gemido, Julian apretó su boca con fuerza contra la de ella y ahondó profundamente buscando refugio. Con sus manos, le tomó la barbilla, que sostuvo como si fuera muy frágil... ah, Señor, ella era frágil, estaba a punto de desintegrarse con los remordimientos, el alivio y la euforia que la arrastraba como una marca y la fundía contra su cuerpo.

Julian recorrió con la boca su mejilla hasta el pelo, permaneció jadeante junto a su oído mientras le quitaba las horquillas del pelo. —Amame, Claudia.

El deje de desesperación en su voz hizo que su corazón se agitara de forma descontrolada. No tenía que pedírselo: ella le amaba, de forma intensa y profunda, pero aun así no era suficiente. No podía ser suficiente, y enterró el rostro en el cuello de su levita, aspiró su aroma, se embriagó con él mientras Julian le retiraba la capa de los hombros. Notó que se movía, sintió su brazo en la espalda y le echó los brazos al cuello de forma instintiva. De pronto él la levantó, la llevó mientras le besaba los ojos, la frente, la boca, y la dejaba sobre la cama para luego echarse encima de ella y rodearla de oscuridad y calor.

—No me dejes nunca —le susurró y tomó con ansia su boca. Claudia buscó con impaciencia el calor de su cuerpo, intentó aflojarle el pañuelo, luego el chaleco y por fin metió sus manos dentro de la camisa para sentir su duro pecho y sus pezones.

Julian, estremecido con el contacto, trazó un rastro de besos desde el cuello hasta lo alto de su seno para metérselo de lleno en la boca. De manera instintiva, ella se arqueó hacia él, se deleitó desvergonzadamente en la dulce sensación que se filtraba a través de su piel hasta el fuego que ardía en la boca de su estómago. Julian la amó con manos y boca, la acarició de forma reverente y la saboreó. Claudia le devolvió las caricias con las suyas cada vez más frenéticas e insistentes al tiempo que una sensación creciente de júbilo y libertad se apoderaba de ella. Con la excepción extraordinaria de su noche de bodas, nunca se había permitido sentirle a él de aquel modo, no se había permitido sumergirse por entero en el placer que le daba.

Lo que había sucedido entre ellos en las últimas semanas por lo visto estaba olvidado, no dejaba nada que inhibiera sus instintos animales. Era como si fueran salvajes, su cuerpo parecía tener fiebre, el ardor en la boca de su estómago quemaba, la abrasaba en cada sitio que la tocaba, embargada por un deseo inimaginable, obsesionada por la necesidad de sentirle a él al completo, conocer el amor en su forma más noble y en su forma más abyecta.

Con ansia, impaciente, se apretó contra él, sus manos y boca corrieron sobre la piel de Julian. Con un gemido gutural, él apretó su rodilla con fuerza contra el vértice en lo alto de sus muslos. La mano de Claudia descendió por su pecho, a lo largo de la lana de sus pantalones y acarició la erección entre sus muslos.

Cuando la cogió en su mano, Julian se puso en tensión y arqueó el cuello.

—Me vas a matar —le dijo con voz áspera, y bajó la cabeza. La besó mientras ella le acariciaba y sintió cómo se alargaba su miembro en la mano de ella. Claudia tanteó los botones y soltó uno, luego otro y otro, hasta que el miembro salió en libertad, llenó su mano con el calor de la piel satinada que se estiraba sobre un núcleo de mármol.

Julian se apartó de repente de ella, retrocedió para desprenderse de la levita y de la camisa. Mientras intentaba soltar los botones de perlas de su camisa, la miró con una intensidad oscura.

—No puedo esperar. Te he deseado así, justo así durante tanto tiempo que ya no recuerdo cuándo no lo deseaba. —Tras tirar la camisa, la cogió por el brazo y la levantó mientras le deslizaba una mano por la espalda para soltarle con descuido el vestido y así sacárselo de su cuerpo.

Cuando se quedó sin ropa a excepción de una camisola y la ropa interior, Julian la volvió a dejar sobre la cama, luego le cogió un tobillo y le sacó el zapato que salió volando por la habitación oscura. Subió su mano por la pantorrilla, luego volvió al tobillo y a continuación alcanzó la parte superior de la media.

—Si hubieras sabido cuánto deseaba tenerte así —murmuró mientras le enrollaba lentamente hacia abajo la media, deteniéndose para besar la piel desnuda de su muslo— bien podrías haber llamado a las autoridades. —Arrojó la media a un lado y le besó la punta del pie, el tobillo y la rodilla.

—Si hubiera sabido que me deseabas así —respondió con voz jadeante — habría llamado a las autoridades para que te trajeran ante mí.

Julian soltó una risita contra la suave parte interior de su rodilla, luego le dobló la pierna y la empujó hacia fuera para poder rozar con su mano la parte interior del muslo y dejar un rastro de chispas incandescentes ardiendo sobre su piel.

—Desde el momento en que te vi en el baile Wilmington, quise darte placer —dijo él y se inclinó hacia abajo, rozó con su aliento los rizos mullidos entre sus piernas.

Claudia se percató de que era ella quien gemía. Julian le sonrió con pereza y se movió más abajo para poder besar su vientre plano mientras apartaba la camisola. Ella gimoteó de nuevo, su cuerpo era un infierno ardiente, su mente estaba insensible a todo excepto a sus manos, sus labios, su voz. Aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado; todos los agobios, toda la oscuridad que la había rodeado durante las últimas semanas habían desaparecido, se habían esfumado con su beso y sus caricias, sus susurros de amor. Claudia le cogió la cabeza entre las manos mientras él ahondaba entre sus piernas, su aliento y su lengua bordearon el infierno que ardía en su interior, y luego penetraron hasta el núcleo del calor.

—¡Julian! —dijo atragantándose, pero él no parecía oírla, demasiado concentrado en lamerla con parsimonia insoportable. El infierno de pronto ardía sin control, se extendía por sus extremidades y por su mente. Él no le daba tregua, la sedosidad de su contacto estaba en marcado contraste con su intensidad. Claudia le tiró con ansia del pelo, al compás de cada pasada de su lengua hasta que de pronto todo se volvió blanco. Volaba y se hundía al mismo tiempo, con un grito de placer en sus labios.

Julian, con un quejido, levantó la cabeza y se colocó entre sus piernas. Se quedó mirándola, sus ojos negros casi no se distinguían en la oscuridad de la habitación mientras apenas apretaba la punta de su virilidad contra su vulva, palpitante de necesidad, propagando sacudidas peligrosas de placer por ella. Los músculos de sus brazos se hincharon con el esfuerzo de sostenerse justo encima de ella, sus labios rozaron la punta de su nariz, su boca.

—Te quiero —susurró, y con el más leve movimiento de caderas, se deslizó dentro de ella—. Desesperadamente —añadió mientras se hundía más—. Y siempre te amaré. —Hizo una pausa y salió poco a poco para luego empezar a penetrarla de un modo enloquecedor. Perdido en el placer que ella le daba, Claudia se movió debajo, doblando sus caderas para que él pudiera alcanzar el mismísimo centro de su ser. Le cubrió la mano, extendida en algún lugar por encima de la cabeza, apretándola con fuerza

con la suya mientras sus penetraciones empezaban a profundizar y a hacerse más rápidas. La penetraba hasta el fondo como la marea, luego se retiraba, para volver a entrar e inundarla. La experiencia era asombrosa, Claudia podía sentir el rugido dentro de ella, como si la espuma la golpeará, hasta que de repente se sumergió de cabeza en un estanque de inconsciencia extasiada, bañándose en oleada tras oleada de placer una y otra vez.

Claudia se mecía debajo de él, se balanceaba hacia arriba para encontrar su cuerpo cargando contra ella. Recorría su piel con sus manos, sentía el músculo tensado en su cuello, su espalda y luego los sacos que se hinchaban bajo su contacto. El aliento de Julian le llegaba con un siseo entre sus dientes apretados; de pronto, las embestidas eran urgentes, se hundía más profundamente en ella hasta que le pareció que eran un cuerpo, un ser, que era imposible discernir dónde acaba un corazón y empezaba el otro. Claudia podía sentir su propio cuerpo ciñéndose alrededor de él mientras experimentaba otra liberación que la desintegró en la oscuridad, y mientras levantaba las caderas para encontrar su poderosa embestida, él arrojó la cabeza hacia atrás y gritó, se convulsionó con violencia dentro de su útero, entregando su sangre vital.

Con un estremecimiento final, Julian se apoyó en los codos, jadeando con fuerza, y apoyó su frente en la de ella. Ninguno de los dos habló. Claudia le retiró con ternura un mechón húmedo de la sien, le pasó los dedos por la piel perlada de sudor que cubría los músculos de su brazo, mientras rogaba que este momento extraordinario nunca acabara, que lo que había sucedido aquí nunca la dejara.

Permanecieron así, observándose en silencio el uno al otro como dos amantes, hasta que el aire empezó a hacerles sentir frío. Sin decir nada, Julian se separó de ella para encender el fuego. Regresó a la cama, retiró las mantas y colocó a Claudia debajo con la seria advertencia de que continuara allí, así, hasta que él regresara. Se metió los pantalones y desapareció, para regresar poco después con una larga bata de terciopelo y una bandeja con pan, queso y vino. Se dieron un festín en la cama, susurrándose su amor el uno al otro, riéndose en voz baja sobre nada en particular y cualquier cosa. Y luego él volvió a hacerle el amor, lenta y deliberadamente, prolongando el éxtasis hasta que pensó que se volvería loca del todo.

Cuando por fin él se durmió, la sujetaba con fuerza entre sus brazos como si temiera que fuera a dejarle durante el sueño. Acurrucándose a su lado, Claudia cerró los ojos, reviviendo de forma soñadora cada momento excepcional. Aquella noche, nada se había interpuesto entre ellos; era como si hubieran mantenido el mundo a raya durante un momento todo el tiempo, y había sido el momento más maravilloso de toda su vida. Pero mientras se quedaba dormida, sintió el tirón distante de la realidad en su conciencia, la débil advertencia de que era una ilusión, de que era imposible mantener toda aquella dulzura.

OceanofPDF.com

Capítulo 26

Mientras su mente empezaba a retirar lentamente el velo del sueño, Julian buscó a Claudia con el brazo, pero encontró la cama vacía. Se obligó a abrir los ojos, se incorporó sobre los codos con un bostezo amodorrado y miró a su alrededor. Claudia estaba agachada delante de la chimenea envuelta con la bata de él, con el pelo revuelto y caído sobre su espalda, mientras atizaba las brasas moribundas del fuego que él había dejado ardiendo pocas horas antes.

—Vuelve a la cama, amor mío. Yo te calentaré —le dijo abriendo la boca somnoliento.

Ella le lanzó una rápida sonrisa por encima del hombro.

—El sol ya ha salido —le informó y continuó atizando las brasas.

Maldición.

Aún sonriendo, se levantó y se limpió cuidadosamente las manos en los pliegues exteriores de la bata. Julian le hizo una señal para que se acercara a él.

—Ven aquí —dijo con voz áspera. Ella obedeció, moviéndose graciosamente por el suelo sobre el que se esparcían ropas, botellas de vino y una bandeja con pan seco y queso duro, y se sentó sobre el borde de la cama. Julian se incorporó sobre el codo para recorrer su cuello con los labios.

Claudia soltó una risita y, retorciéndose, se apartó de él.

—Eso hace cosquillas —suplicó.

A su pesar, Julian se echó hacia atrás contra los almohadones, pero dejó que su mano se deslizara dentro de la voluminosa manga de su propia bata y se perdiera por la parte interior del brazo de Claudia sobre una piel que

parecía seda. Parecía demasiado mediatubunda, sobre todo si se tenía en cuenta la noche de sexo extraordinario que habían compartido. Él, por el contrario, se sentía bastante excitado otra vez en aquel preciso momento.

—¿Qué pasa, Claudia?

—¡Nada! —declaró un poco con demasiada firmeza. Se ruborizó de inmediato y bajó la vista sobre su regazo—. De acuerdo —dijo despacio—. No voy a fingir. Anoche fue... fue la cosa más hermosa, más maravillosa que me ha pasado en la vida.

La entrepierna de Julian reaccionó a eso con una débil reverberación.

—Con eso, cariño mío, te quedas corta —contestó y le tocó distraído el extremo de un mechón de pelo.

—Y nada nos quitará eso jamás...

—Ni esas noches que aún quedan por venir —murmuró riéndose suavemente cuando ella se ruborizó con un atractivo tono rosa.

—Fue... maravilloso —dijo otra vez, tirando distraída del ribete de la bata.

Una señal de advertencia se agitó en el cerebro de Julian. De pronto se sentó en la cama y la rodeó con un brazo mientras con el otro la obligaba a mirarle.

—¿Pero?

—Pero... pero aún hay tantas cosas entre tú y yo... y... y el mundo —musitó con aire desdichado.

Pánico. Fue pánico, poco pero auténtico, lo que hizo que su estómago diera un vuelco como si hubieran encontrado un bache en la carretera.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, intentando no alterar su voz. Claudia volvió a bajar la vista, y él se quedó mirando las gruesas pestañas que abanicaban sus mejillas.

—Bien... está la cuestión de que Sophie se haya escapado y... el, ah, escándalo. Y la posición de mi padre con el rey. No hace falta que insista en que es primordial para él, lo antepone a cualquier cosa —dijo con una mirada desamparada hacia el techo.

—¡No me importa! —dijo sin miramientos—. Te quiero, Claudia. Mientras te tenga a ti, mientras tú me quieras, me importa un rábano lo que piense Redbourne o cualquier otra persona.

Claudia alzó la mirada a él, sus ojos grises rebosantes de pesar.

—Oh, Julian —susurró—. Yo te quiero. Más que a mi vida, lo juro

—¡Pues entonces ya está! —estalló él, pero su inquietud iba en aumento—. ¿Qué más hay que decir? Ven a la cama ahora—dijo y la rodeó con los brazos, recostó la cabeza de ella contra su hombro sin querer oír más de su peligrosa cháchara.

—Pero... pero en algún momento tendremos que levantarnos, y cuando lo hagamos, tendremos que sobrellevar el escándalo y la desgracia. En cuanto a mí... —Su voz se apagó, apretó el rostro contra su hombro.

—¿Qué?

—He perdido toda credibilidad —balbució con impotencia.

La imagen de la casa de Upper Moreland Street de repente invadió la imaginación de Julian y comprendió que en las últimas semanas, en las que había padecido alguno de los momentos más oscuros de su vida, ni en un instante había pensado en cómo afectaba todo aquello a Claudia. Mientras le acariciaba el pelo, recordó lo maravillado que se sintió cuando recorrió aquella pequeña casa, la pujante sensación de orgullo. Pensó en las docenas de dibujos de la escuela que plagaban el salón de Claudia, los muchos discursos que le había oído pronunciar durante más de una cena sobre el tema de la educación de las niñas. Había decidido con ella que atraerían el interés de la gente, pero no había prestado la atención debida a la causa en sí. Aquellas cosas significaban algo para ella, y sabía que tenía razón: entre la humillación de su matrimonio forzado y la desgracia de Sophie, no le quedaba credibilidad.

Diablos, ni siquiera su propio padre le hacía caso.

Claudia suspiró contra su hombro y Julian volvió el rostro hacia ella, le besó la sien mientras apoyaba la mano sobre su fina columna a la altura de la nuca.

—Todo irá bien —le susurró, pero las palabras sonaron huecas. Le apartó los rizos del rostro y le besó la mejilla... daría cualquier cosa por arreglar aquello para ella, cualquier cosa por arreglarlo.

—No, no irá bien...

—Que sí —insistió él, le tomó el rostro entre sus manos y se quedó mirándolo fijamente.

Claudia sonrió con timidez.

—Así están las cosas, Julian.

Lo dijo con tal calma y con una creencia tan inocente que a Julian se le desgarró el corazón.

—Encontraré la manera de que todo se arregle. —Se apresuró a besarla antes de que pudiera darse cuenta, por su mirada, de que no tenía ni idea de cómo arreglar aquello, ni la menor idea.

Volvieron a hacer el amor y alcanzaron otra cúspide de dicha juntos. Pero cuando Julian oyó cierta agitación en el pasillo, se levantó a pesar suyo, pues sabía que no podría posponer lo inevitable y que, finalmente, se vería obligado a hacer frente a la realidad de su vida, tal y como ella había dicho, y todo lo que había sucedido entre ellos.

Los días que se sucedieron a continuación confirmaron que no había retorno al momento vivido en la habitación a oscuras de Claudia, en el que ella se había rendido finalmente a él. Oh, hacían el amor con el mismo ardor y bastante frecuencia, como si hubiera una necesidad íntima entre ellos de recuperar el tiempo perdido. Claudia florecía en sus brazos, se permitía experimentar la magia del amor, le devolvía el deseo con una ferviente pasión que de pronto no conocía límites. Se deleitaba en el cuerpo de Julian, le torturaba con ligeras caricias, dejando un rastro provocador con sus labios sobre cada parte concebible de él. Los clímax que compartían estaban marcados por una intensidad furiosa que a él le dejaba tambaleándose.

Pero no podía, por más que lo intentara, recrear la misma libertad o sentimiento de euforia libre de trabas que había habido aquella noche. No ahora que todo tiraba de ellos hacia abajo.

Para Julian, por supuesto, estaba la tarea abominable de conseguir el divorcio de Sophie, y durante aquel proceso, aprendió de primera mano lo muy despreciable que podía ser la elite aristocracia como grupo. Hombres que conocían a su padre actuaban como si nunca hubieran coincidido con él. Madres que en otro tiempo habían ofrecido dinero, tierras y cualquier

cosa que consideraran un aliciente para él, ahora hacía caminar a sus hijas en otra dirección cuando él se aproximaba.

A Julian no le importaba un rábano por él mismo, pero sí por Ann quien, de no haber sido por su retiro a causa del embarazo, podría haber sufrido lo peor. Le importaba un rábano por Sophie. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera regresar a Inglaterra, si es que lo hacía alguna vez.

Pero era Claudia la que estaba padeciendo su total y absoluto abandono.

Comprendió la espantosa verdad de todo aquello cuando la encontró revisando sus libros de cuentas. Con el ceño fruncido, daba unos golpecitos sobre la página, inconsciente de que él había entrado en la habitación. No obstante, en el momento en que se percató, se apresuró a cerrar el libro y a apartarlo. Y cuando él le preguntó, hizo un ademán con la mano para restarle importancia a la cuestión, insistiendo en que tan sólo pasaba el rato. Él no había dado más vueltas al terna pero, días después, cuando ella se fue a visitar a Ann, sacó los libros y echó un vistazo.

Con la excepción de las cuatro deudas cuyo pago inmediato él había reclamado, no había recibido ni un solo donativo en dos meses, pese al hecho de que casi había salido cada día a visitar a benefactores potenciales. Nunca hablaba de ello e intentaba que pareciera que no le afectaba, pero Julian podía percibir su profunda decepción. Aún más, los dibujos de la escuela estaban desapareciendo; una mañana cuando él pasó junto a su salón, sintió que algo había cambiado, como si se hubieran llevado una silla o una mesa. Luego comprendió que habían desaparecido las docenas de dibujos.

Se preguntó entonces por la casa de Upper Moreland Street al recordar que Sophie había dicho que las contribuciones estaban mermando. Pero cuando intentó hablar con Claudia al respecto, no quiso tratar el tema, insistía en que no era nada y fingía que no era una parte de su vida: una parte importante de su vida.

De lo que Claudia quería hablar era de Sophie, un tema que Julian no estaba muy interesado en resucitar. No le gustaba que le recordaran el papel de Claudia en la caída de Sophie y, peor todavía, en su fuero interno no estaba del todo seguro de haberla perdonado. Lo había olvidado, desde luego... pero ¿perdonado? No obstante, Claudia insistió, y una noche,

mientras estaban entrelazados uno en brazos del otro, sacó el tema. Julian se resistió con toda la fuerza que pudo, pero no podía hacer nada contra su suave voz y sus labios aún más suaves. Ella le presionó hasta que se sintió tan frustrado que lo reconoció, sí, aún estaba enfadado y dolido por aquello.

De forma increíble, Claudia había sonreído.

—¡Por fin, ya está! —había exclamado con alegría, y en un repentino estado de enajenación, insistió en que hablaran de sus respectivos sentimientos sobre lo que había sucedido, los motivos de su rabia y desconfianza. Julian aceptó, lo hizo por ella apretando los dientes y entornando los ojos con bastante frecuencia. Pero le siguió el juego y escuchó de labios de ella la ridícula teoría de que él habría intercedido y habría enviado a Sophie de vuelta con Stanwood, y la noción igual de absurda de que estaba enfadado con ella porque había hecho lo que había anhelado él mismo. Naturalmente, él discrepó y explicó a la muy cabeza de chorlito lo tontas que eran sus teorías, y con un resoplido teatral, incluso aceptó las disculpas de Claudia.

Julian nunca lo admitiría, no a otro ser vivo, pero desde luego sintió bastante alivio cuando acabó toda la sesión.

En el transcurso de varias noches, iba a saber mucho más, como por ejemplo por qué Claudia pensaba que él era un mujeriego. Al final de esa charla, la verdad, estaba bastante convencido de que era posible que lo fuese. Y para gran sorpresa suya, se enteró de que la fastidiosa niña Claudia le había adorado de pequeña. Lo que más le asombraba era no haberse percatado siquiera. Aquello, le dijo ella enfurruñada, había sido su gran error. Obviamente era bastante burro en todo lo que se reafirmaba a los afectos de las mujeres. No obstante, más tarde, aquella misma noche, Claudia admitió un poco a su pesar —mientras permanecía desnuda en brazos de él — que tal vez había mejorado un poco en aquel tema.

Lo más fascinante de todo era que finalmente Phillip empezaba a desvanecerse y, sólo por eso, Julian se sintió eternamente agradecido. No fue fácil; nunca había sido capaz de sacudirse la sensación de que Phillip le observaba cuando estaba con ella. Por lo visto le dio suficientes pistas a Claudia para que ella dedujera qué era lo que le molestaba a él, porque finalmente, una noche, le obligó a sentarse y a escuchar lo que había

sucedido con Phillip. Julian no quería oírlo... pero tampoco podía negarse. Escuchó con fascinación morbosa mientras ella hablaba de la creciente distancia entre ella y Phillip, la embriaguez, la noticia de que él tenía una querida. Todo aquello le sorprendió, pero lo que le conmocionó por completo fue que Claudia le hablara de la última vez que había visto a Phillip, el ataque que sufrió... y cómo aquel recuerdo la había obsesionado cuando había visto las magulladuras de Sophie y la había obligado a actuar.

Pero el fantasma de Phillip no empezó a esfumarse de verdad hasta que ella se lo aseguró con sus propias palabras, y luego con su cuerpo: que en realidad nunca le había querido, no así. Y eliminó cualquier duda que persistiera con sus besos.

Despacio pero con seguridad, Julian comprendió que ella les estaba llevando a través del laberinto del pasado, dejando sucesos y percepciones en el lugar que les correspondía antes de guardarlos para siempre, lejos de los vivos. Con cada día que pasaba, cortaban con el cincel un poco más del temor y las dudas que existían, crecía la confianza entre ellos. A Julian le deleitaba: por primera vez en su vida sentía que Dios le sonreía de verdad, le concedía algo que podía hacerle totalmente dichoso.

Si al menos pudiera hacerla a ella igual de feliz.

Pese a las confesiones de Claudia afirmando lo contrario, ella no brillaba como antes. Por mucho que intentara convencerle de que estaba bien, había algo en sus ojos que se había apagado, como si la llama se hubiera extinguido y no se pudiera reavivar. Por mucho que él hiciera o por mucho que la amara, no podía devolver la luz de nuevo a sus ojos.

Moriría en el intento, decidió.

Después de haber presentado con éxito la demanda de Sophie ante el Tribunal Eclesiástico, el primer paso de un arduo recorrido para obtener el divorcio, Julian regresó a casa una tarde en un estado de júbilo: al menos veía un final para este drama. Nadie bloqueó su petición: Stanwood se había ido de Londres con sus cincuenta mil libras, aparentemente convencido de que Julian podría buscarle la ruina tal y como le había amenazado. Eugenie informaba que Sophie cada día estaba más fuerte, que una paz interior la

había llenado y que seguía el ejemplo de Claudia y pasaba el tiempo en los pueblos, trabajando con mujeres y niños menos afortunados que ella.

Brillaba el sol cuando Julian llegó a casa. Ansioso de comunicar a Eugenie las últimas noticias. Al entrar pasó junto a su mayordomo dormido en el vestíbulo, a quien dio una palmadita en el hombro mientras se dirigía a paso vigoroso a su estudio. Al pasar junto al saloncito orientado al sol, alcanzó a ver a alguien dentro y se detuvo. Sentada junto a su esposa en un sofá había una mujer a la que Julian no había visto nunca antes. Claudia la rodeaba con el brazo mientras la mujer se secaba los ojos con un pañuelo. La mujer llevaba un vestido verde apagado con varios remiendos en los bajos. Tenía las manos ásperas y rojas, y aunque llevaba casi todo el pelo metido bajo una cofia, le caían mechones grises lacios alrededor de las orejas. Claudia la miraba con gran preocupación, sin tener en cuenta por lo visto la diferencia de posición social. Le prestaba atención como si fueran de la misma clase, como si fueran hermanas.

Y en un singular momento de absoluta genialidad, Julian se percató al instante de lo que tenía que hacer, preguntándose al mismo tiempo por qué no había pensado antes en ello. Con una débil sonrisa, continuó su vigoroso recorrido hacia el estudio.

Claudia despertó a Tinley un rato después, esperó con paciencia a que se levantara antes de pedirle que trajeran el carruaje. Regresó al pequeño salón donde estaba sentada Bernice Collier formando con sus manos un pequeño ovillo sobre su regazo. La pobre mujer, que tenía la terrible desgracia de estar sin blanca y embarazada, había conseguido de modo milagroso encontrar el camino hasta St. James Square; era hermana o amiga de una criada en algún lugar, había mascullado en voz baja. Le llevó un cuarto de hora tragarse la vergüenza y finalmente admitir por qué había venido a ver a Claudia. Después de ser abandonada por el padre de la criatura, no tenía trabajo ni dinero ni un lugar adónde ir. Atemorizada ante su situación, había buscado a Claudia con desespero, pero lo único que había conseguido era que Tinley y un lacayo la obligaran a marcharse. Por casualidad, ella la

había visto por la ventana y había salido al paseo, desde donde la llamó para que entrara.

Ahora ayudaba a la señorita Collier a ponerse en pie con un brazo consolador alrededor de los hombros.

—Le gustará mucho la casa de Upper Moreland Street —dijo mientras la guiaba a la puerta de la sala de estar. Se detuvieron en el vestíbulo y Claudia pidió al lacayo que le trajera su capa azul. Cuando regresó, cubrió con la prenda los hombros de la señorita Collier, sonriendo al ver la mirada de sorpresa de la mujer.

—Oh, no, no puedo, señora...

—Necesita una capa abrigada, señorita Collier —respondió con firmeza Claudia—. No permitiré que la rechace.

Las lágrimas desbordaron entonces los ojos de la mujer.

—Es cierto lo que dicen de usted, milady. Es un ángel.

Claudia se rió con entusiasmo entonces.

—¡De verdad que no lo soy, créame! —Metió un pequeño pedazo de papel doblado en la palma de la mujer—. Déle esto a la señora Conner cuando llegue. No encontrará mejor amiga, se lo aseguro.

—El carruaje, señora —dijo el lacayo desde algún lugar tras ella, y la señorita Collier salió con suma timidez al paseo, boquiabierta al mirar el interior del lujoso carruaje.

Claudia se quedó en la entrada y observó con una abrumadora sensación de tristeza el carruaje salir a la plaza. Anhelaba tanto poder hacer más por mujeres como la señorita Collier, pero a duras penas conseguía mantener la casita de Upper Moreland Street a flote en la situación actual. Las locuras que había cometido en su vida la habían llevado a aquello.

Maldición. No podía recoger donaciones ni para mantener a flote un cerdo. Lo poco que entraba —en un goteo ínfimo— se había interrumpido dos semanas atrás con la carta al director del Times que un malintencionado Dillbey había mandado como respuesta a un encendido debate sobre el sufragio femenino. Argumentaba que las mujeres que buscaban los mismos derechos que los hombres no eran buenas desde su perspectiva.

«Observen, por ejemplo, a la propia hija de nuestro lord Redbourne, lady Kettering. Su defensa del derecho a organizarse de las trabajadoras para proteger a las mujeres y niños de las fábricas, sin duda llevaría a una petición de más derechos que, según las ideas de lady Kettering, tal vez incluirían la promiscuidad en invernaderos y el desafío a la autoridad legal de un matrimonio. Caballeros, no podemos permitir ofuscar el razonamiento sensato con gemidos y pataleos de mujeres. La plataforma es demasiado radical... »

Desde que había aparecido el artículo, incluso sus defensores más fervientes habían dejado de contribuir a la causa. No es que pudiera culparles; la amenaza de la censura era real. Por desgracia, la aristocracia tenía una memoria de elefante.

Cuando el vehículo de la señorita Collier desapareció de su vista, Claudia suspiró con cansancio y se retiró al interior de la casa en la que había vivido como virtual prisionera desde que se divulgaron las noticias sobre Sofía.

Su desdicha no se mitigó en las siguientes semanas.

Ann dio a luz a su hijo justo antes de las fechas navideñas, y Claudia no había visto nunca tan exultante a Julian. Sostenía a la criatura en su brazo y le sonreía radiante, reacio a devolvérsela a Victor cuando éste se lo pedía. Luego volvía su radiante sonrisa a Claudia. Ella estaba encogida por dentro, aquella escena tan alegre sólo servía para entristecerla aún más. Todo parecía roto para ella; se sentía inútil, como si no pudiera hacer algo tan simple como quedarse embarazada.

Por primera vez en su vida, se sentía sin objetivo, como si cada día lo pasara a la deriva sin un destino particular. El único punto brillante en su espantoso mundo era, por supuesto, Julian. Y aunque estaba terriblemente agradecida —daba las gracias a Dios a diario— también había estado segura de que su amor la animaría en los peores momentos. Pero, por extraño que resultara, cuanto más sentía el amor de Julian, más notaba su falta de objetivo. No tenía nada que ofrecerle, sólo podía aferrarse a él como una niña. Estaba desorientada y no sabía cómo recuperar el rumbo. A

diario se hundía un poco más en el agujero negro de la futilidad, esforzándose por encontrar una cuerda de salvamento.

El día de Nochebuena hacía una tarde oscura, con una niebla gris suspendida sobre las calles de Londres. Claudia permanecía de pie ante los largos ventanales del salón dorado y miraba a la plaza. Había invitado a cenar a su padre, pero él había declinado la invitación, aduciendo que estaba contento de poder celebrar la fecha en su club. Ann y Victor habían declinado también la invitación ya que Ann, comprensiblemente, ponía reparos a exponer al frío al pequeño Victor; vendrían a la mañana siguiente después de la ceremonia religiosa en la Iglesia. Con lo cual Claudia y Julian se habían quedado solos para celebrar la Nochebuena. Solos por completo, por lo visto, ya que Julian había dado la noche libre a los criados tanto de la residencia Kettering en Londres como de Kettering Hall, igual que el día de Navidad.

Alzó la vista al cielo gris y luego cerró los ojos. No permitiría que la melancolía le arruinara esta fecha a Julian. Al menos, él se merecía su presencia de ánimo durante las fechas más festivas del año. ¡Si al menos pudiera conseguir eso! Julian había sido muy paciente con ella y había aceptado cada una de las excusas que ella había aducido en los últimos tiempos por su falta de ánimo. Se merecía mucho más de lo que era capaz de darle. Echó una ojeada al paquete que descansaba sobre la mesita situada al lado del sillón favorito de Julian. Era su regalo de Navidad para él, lo único que había conseguido hacer en los últimos tiempos, e incluso aquello había requerido la ayuda de su padre.

—Ah, aquí estás —la voz de Julian la envolvió como una cálida manta y le arrancó una sonrisa. Se volvió hacia la puerta donde él se encontraba. Apoyado en el marco, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos doblados encima del pecho. Estaba sonriendo ampliamente; desde el otro lado de la habitación ella alcanzaba a ver el destello en sus ojos negros.

—Hermosa como siempre —comentó.

Claudia bajó la vista a su vestido de brocado verde y oro.

—Soy el hombre más afortunado de la tierra, creo —dijo apartándose de la puerta y paseándose hasta ella—. Mi corazón casi no puede soportarlo.

—Señor, usted es un seductor cruel —dijo ella, riéndose con suavidad mientras él le rodeaba la cintura con el brazo. Acalló su risa con un beso ardoroso que la dejó casi ingrávida. Cuando él por fin alzó la cabeza, se rió entre dientes de la mirada extasiada de Claudia.

—Tengo un regalo para ti —murmuró ella con ojos soñadores.

—Tú, cariño, eres el perfecto regalo de Navidad.

Sonrojada, se libró un poco del abrazo.

—Es muy fácil de complacer, milord, demasiado fácil. Ven. —Le cogió de la mano y Claudia le llevó a sentarse en el sillón de cuero gastado, luego le tendió la caja envuelta con cintas doradas y plateadas.

—Feliz Navidad.

Con una mueca casi infantil, Julian aceptó la caja lleno de entusiasmo.

—¿Tengo que adivinar? —preguntó mientras levantaba el paquete para sacudir el contenido.

—Es demasiado pesado para ser un chaleco, ¿verdad? Ah, lo tengo. Puros de auténtico tabaco americano. No ando muy errado, ¿verdad? —dijo y bajó la caja sobre su regazo—. Me pregunto más bien si alguien no los habrá catado ya mientras yo no miraba —añadió con un ceño juguetón.

—En realidad, Tinley se ha quedado fascinado.

Julian se rió y soltó la cinta.

—Lo juro, el hombre se retirará este año a su casita aunque yo lo tenga que llevar ahí si hace falta —dijo alegremente y levantó la tapa de la caja. Estudió con curiosidad el contenido, hurgó en el interior y sacó otra caja más pequeña—. ¿Qué tenemos aquí? —murmuró y retiró la tapa. La sonrisa se desvaneció de su rostro mientras miraba fijamente los gemelos de rubí. Del tamaño de un cuarto de penique, estaban tallados con perfección, incrustados en oro—. Son extraordinarios —musitó y los sostuvo a la luz.

—¿Te gustan? —preguntó Claudia con ansia.

Sus ojos la miraron brevemente, luego volvieron a los gemelos, mientras una sonrisa arrugaba su rostro.

—¿Qué si me gustan? ¡Cariño, son maravillosos!

Una pequeña oleada de júbilo la inundó. Se sentó con aire entusiasta en el extremo de la otomana.

—También hay un alfiler de corbata.

Julian revolvió el interior de la caja y sacó otra cajita más pequeña, que abrió. Un alfiler, sobre el que descansaba un rubí tallado de menor tamaño pero igual de brillante que los de los gemelos, le hizo un guiño.

—Oh, vaya —dijo, estaba claro que complacido—. Colócamelo, ¿quieres?

Fijó el alfiler con destreza en su pañuelo negro, igual que había visto hacer a su padre, y Julian se levantó de inmediato, atravesó la habitación hasta un pequeño espejo cerca del aparador para admirarlo.

—Tu padre se morirá de envidia —comentó con una risita—. Gracias, amor mío —dijo besándola en lo alto de la cabeza antes de volver a ocupar su asiento. Volvió la atención a uno de sus puños y se colocó un gemelo de rubí. Mientras empezaba con el segundo, le preguntó:

—¿Qué te gustaría de regalo, cielo?

A ti. Nada más. Claudia sacudió la cabeza.

—Tengo todo lo que puedo desear.

—¿De verdad? ¿Todo? ¿Estás segura?

Oh, claro que estaba segura. El mayor regalo de su vida era él; lo era todo para ella.

—Muy segura —respondió sonriendo.

—Venga. Seguro que hay algo que te gustaría tener. —Ajustó el segundo gemelo y se estiró el puño mientras admiraba los rubíes en sus muñecas—. ¿Algo habrá que hayas deseado y nunca te hayan regalado?

No. Tenía más vestidos de los que podía ponerse, más joyas, más zapatos, sombreros, guantes y batas de los que una mujer tenía derecho a poseer. Si quisiera algo, no podría envolverse en una caja, porque no existiría.

Quería que le devolvieran su vida.

Quería volver a ser Claudia Whitney, capaz de mover montañas para los menos afortunados, capaz de sacar dinero a las familias que eran de largo demasiado ricas, para entregárselo a mujeres y niños necesitados, en situaciones desesperadas. Quería volver a ser la hija favorita del conde,

contar con su respeto y apoyo. Julian era su vida, pero también quería desesperadamente recuperar su propia identidad.

—No —repitió.

Con una suave palmadita debajo de la barbilla, Julian le sonrió. — Espera aquí, entonces, tontita.

Se fue en un abrir y cerrar de ojos y regresó con la misma rapidez, con las manos escondidas tras la espalda. Supuso que era alguna joya, algo caro y exquisito, se levantó y volvió a sonreír.

—Veo una docena de arcoiris en esa sonrisa, ¿lo sabes? —le preguntó con voz suave y sacó las manos—. Aquí tienes —dijo, y se movió para ajustarle un pequeño prendido de violetas y capullos rosas en el pecho.

Claudia, sorprendida, se quedó mirando el pequeño ramillete de flores, conmovida de forma genuina por su simplicidad.

—Es precioso. —Lo dijo de corazón. Era el regalo perfecto para ella, sencillo, bonito, sin pretensiones—. Las violetas...

—Son de la pequeña maceta en el extremo de mi escritorio. —Le dedicó una sonrisa irresistible—. Juro que seré tan constante como la pequeña y obstinada planta —le informó y le cogió las manos entre las suyas—. Estaré para siempre a tu lado, apoyándote en todo lo que hagas.

Claudia ladeó la cabeza a un lado y le miró con recelo.

—¿Qué está planeando exactamente, señor?

Aquello le hizo reír, y él le besó la frente de forma impulsiva.

—Te quiero, Claudia. Siempre estaré contigo, puedes contar con eso... pero tienes que confiar en mí.

La alegre conversación de pronto se había vuelto seria. Claudia le miró, buscó en sus ojos una explicación.

—¿Confías en mí?

—Con mi vida —respondió con semblante solemne. Algo centelleó en los ojos de Julian y la besó con ansia, como si no la hubiera visto durante días o semanas. Luego, de forma abrupta, alzó la cabeza—. Entonces, ven conmigo —dijo y la tomó de la mano para llevarla hasta la puerta.

La condujo deprisa hasta el vestíbulo, le echó la capa sobre los hombros mientras ella le preguntaba adónde diantres quería llevarla el día de Nochebuena. Un «Ya verás» fue todo lo que le dijo, e hizo caso omiso de

sus preguntas mientras metía los brazos en su abrigo y se ponía el sombrero y los guantes.

—¡No podemos ir a ningún sitio! ¡Todo el mundo está en casa con sus familias!

Julian se rió y la arrastró al exterior, hasta la escalinata de la entrada. Había un faetón preparado en el paseo y Julian saludó al mozo de los establos que aguantaba el caballo.

—Gracias, Geoffrey. Feliz Navidad a ti y a tu familia.

—Feliz Navidad, milord. Lady Kettering —respondió y se bajó de un brinco para salir corriendo por el pequeño sendero que llevaba a los establos.

Julian miró a Claudia.

—¿Bien? ¿A qué esperas?

—A que recuperes un poco el juicio —se rio y permitió que él la ayudara a subir.

Mientras conducían por las calles oscuras, con una gruesa manta de viaje tapándoles, Claudia disfrutó bastante del juego que había iniciado él y lo salpicó de preguntas a las que él respondía de la manera más evasiva que podía. Pero cuando cruzaron el río, empezó a concretar su sospechas de una visita sorpresa a Ann y Victor iban desencaminadas. Ahora sentía una enorme curiosidad. Cuando frenaron poco a poco, hasta detenerse ante un edificio de ladrillo medio en comprimido entre dos fábricas, estaba por completo perpleja.

—Creo que has perdido la cabeza —comentó mientras él la ayudaba, le sonrió en la oscuridad y le besó la sien.

—Confía en mí —le recordó y, rodeándola con un brazo, la condujo a la oscura puerta.

Iba segura de que el edificio se vendría abajo cuando él empujara la puerta para abrirla. Crujió de forma ruidosa sobre las bisagras y de inmediato les asaltó un húmedo olor a moho, como si hubiera estado cerrado durante años. El interior estaba negro y a Claudia le pareció oír el sonido de ratas correr por el suelo y se agarró inconsciente al brazo de Julian, que...

—¡Feliz Navidad! —De pronto por la habitación aparecieron una docena o más de luces y un puñado de voces. La sorpresa que se llevó Claudia casi fue fatal; con un chillido, cayó sobre Julian con el corazón acelerado. Se encendieron más velas mientras ella se llevaba una mano a su ruidoso corazón, mirando absorta la habitación abarrotada.

Parecía que todas las personas que le importaban estaban allí: Ann, tía Violet, Doreen... ¿Doreen?... y varias mujeres más y niños de Upper Moreland Street, incluida la señorita Collier. Su padre, y rígido al lado de la familia de Christian, Mary Whitehurst y Adrian y Lilliana Spence y su hijita. Tinley, Brenda y un par de criados de la residencia Kettering. Mientras miraba a su alrededor y observaba sus rostros radiantes, su mirada aterrizó sobre algo grande de mampostería que se hallaba en medio de la habitación.

LA ESCUELA WHITNEY—DANE PARA NIÑAS

De pronto comprendió. Su mente lo entendió, pero su corazón no podía asimilarlo. Era demasiado, demasiado precioso. Sin habla, se volvió de golpe para mirar a Julian. Le sonreía radiante, demasiado satisfecho de sí mismo.

—Lo admito, exigirá una cantidad atroz de trabajo. Pero me pareció que te daría otras cosas a las que dedicarte aparte de limpiar, y puesto que en Upper Moreland Street por lo visto no faltan alegres voluntarios dispuestos a trabajar, supuse que conseguirías suficiente ayuda. No obstante, tengo que advertirte que se han organizado en algo parecido a un sindicato y no tolerarán condiciones de trabajo inseguras...

—Tú... tú has hecho esto. —No era una pregunta; lo manifestaba totalmente admirada.

Julian se rió.

—No cielo, tú lo has hecho, mediante tu trabajo incansable y desinteresado en estos dos últimos años. Yo sólo he ayudado un poco. Y ahora escúchame. Yo no puedo perder el tiempo con tu nueva escuela —dijo buscando en el bolsillo de su abrigo—, tengo cosas demasiado importantes de las que ocuparme, como partidas de cartas y las carreras

anuales en Ascot. De modo que te transfiero su dirección. —Le puso un grueso paquete en la mano—. Si me lo pides con amabilidad, te ayudaré, pero sospecho que no me vas a necesitar.

Claudia se quedó mirando el paquete de papel que le había puesto en la mano. No podía entender cómo este hombre podía haber intuitido lo que necesitaba antes de que ella misma fuera capaz de expresarlo con palabras. Pero él lo había sabido con esa facultad asombrosa que tenía de percibir sus necesidades antes que ella. Aún más extraordinario, la quería lo bastante, había creído en ella lo suficiente como para darle el regalo más espléndido de toda su vida. De repente su visión se empañó; una lágrima caliente de dicha se deslizó por su mejilla.

Alzó la mirada a su esposo y vio las lágrimas que relucían también en sus ojos. Sonrió.

—No podría quererte más de lo que te quiero en este mismo instante —dijo casi sin poder hablar y le echó los brazos al cuello.

—Oh, Dios —dijo también con un nudo en la garganta y le rodeó la cintura con los brazos—. Espero que recuerdes esto y vuelvas a decírmelo cuando estemos a solas.

La sonrisa de Claudia se agrandó, la sintió en el centro de su alma.

—Gracias por este regalo; no puedes saber lo que significa para mí.

Julian deslizó dos dedos bajo su barbilla y le inclinó la cabeza hacia atrás.

—Lo sé. Créeme —dijo y la besó, riéndose en su boca cuando sus invitados empezaron a silbar, aplaudiendo y gritando para que la invitada de honor cortara el pastel de Navidad.

Capítulo 27

Adrian y Arthur se hallaban junto a una fría pared de ladrillo, cada uno de ellos con una copa de ponche en vez de las libaciones habituales a las que estaban acostumbrados. Observaban con gran estoicismo las celebraciones, que a Arthur le parecían un poco descontroladas. Julian había traído regalos de Navidad para todos los niños —un indicio más de que había perdido la cabeza por completo— que correteaban de un lado a otro entre las piernas de los adultos como si fueran ratas. Un chico de mejillas rubicundas perdió por tercera vez el control de su caballo sobre ruedas que cruzó veloz el suelo de piedra resbalando hasta el tobillo de Arthur. Con toda tranquilidad, éste lo empujó suavemente con la bota y lo mandó de vuelta hasta el niño.

Al otro lado de la estancia, Claudia, Lilliana y una mujer de aspecto demacrado se hallaban junto al gran letrero de mampostería hablando con gran animación, señalando diversos lugares de la habitación como si tramaran alguna decoración. Las otras mujeres, a las que Julian había traído desde alguna casita en algún lugar de la ciudad —Arthur aún no estaba muy seguro de los detalles— se ocupaban de la cuadrilla de pequeños monstruos. En medio de todo estaba Tinley, quien se había comido dos grandes pedazos de pastel y por lo tanto no había tardado en quedarse dormido en la silla.

Y Julian andaba entre el gentío como un rey, riéndose con los criados, guiñando alegremente el ojo a las mujeres de la casa; en pocas palabras, paseándose ufano como un pavo real. Muy satisfecho consigo mismo, eso seguro, pero por lo visto más satisfecho con su esposa, a la cual dedicaba alguna mirada furtiva a cada ocasión que tenía. A todo el mundo le

resultaba obvio que Julian Dane estaba locamente enamorado del diablillo de Claudia Whitney, algo que Arthur, por supuesto, ya había pronosticado con anterioridad. Pero no había adivinado la medida del enamoramiento; Julian Dane estaba loco por su mujer, perdidamente enamorado de ella, pese a ser el candidato más insospechado a algo así en toda Inglaterra.

—Supongo que puede dejar de preocuparnos la posibilidad de que Julian caiga por la pendiente, ¿no te parece? —comentó Adrian distraídamente, en referencia al juramento de vigilarse unos a otros pronunciado junto a la tumba de Phillip.

Con un gesto de asentimiento tan tibio como el ponche, Arthur respondió:

—A menos que nos preocupe su caída fatal en un estado de enamoramiento del que nunca pueda recuperarse.

Adrian soltó una risita.

—Decididamente se ha vuelto loco.

—De remate —añadió Arthur con sequedad.

—Lo cual supongo que nos deja únicamente a ti, Christian —comentó Adrian mientras lanzaba una mirada de soslayo a su amigo—. Dios bendito, va a ser la mar de divertido.

Con una risita desdeñosa, Arthur sacudió la cabeza.

—Yo no soy de tu calaña, Albright. No me derrumbaré.

—Me estaba refiriendo a la caída fatal en un estado de enamoramiento del que nunca puedas recuperarte. Ya sabes, el corazón latiendo con fuerza, ese tipo de cosas.

Aquella idea era tan absurda que Arthur soltó una carcajada.

—¡Y Kettering dice que yo soy un tonto sentimental! —bromeó con una mueca—. Puedes estar tranquilo, Albright. Estoy perfectamente satisfecho tal y como están las cosas.

Adrian alzó una ceja.

—Jo, jo! Y supongo que tu intención es mantenerte soltero toda la vida, ¿cierto? ¡Eso, amigo mío, nunca sucederá, ya lo verás!

Arthur resistió la necesidad repentina de aflojarse el cuello. Se encogió de hombros con gesto de indiferencia.

—¡Qué no daría por un poco de ron para echar a este espantoso ponche —dijo cambiando de tema y pasando por alto la amplia sonrisa de complicidad de Adrian. El tema, no obstante, no merecía la pena ser discutido; con toda franqueza, la noción de casarse con una mujer para toda la eternidad era inconcebible para él. Aunque era perfectamente reverente con el sexo débil, personalmente no necesitaba a las mujeres para otra cosa que para calentarle la cama. Lo cual le recordó que cuanto antes abandonara esta entrañable y enternecedora reunión, mejor. Madame Farantino le había prometido una gran sorpresa para él.

OceanofPDF.com